EL CANTOR DEL DÍA

AUTOR: JUAN MANUEL PÉREZ ÁLVAREZ

"Me hará cruzar el líquido éter"

Horacio

"Ángeles son, que ya viene el alba"

Teresa de Jesús

I

Era una tarde soleada del mes de abril. Los próceres de la Corte de Tolosa salieron de la audiencia uno detrás de otro según su rango. Se escuchó relinchar a los corceles en las caballerizas. Una bandada de vencejos parecidos a moscas en el lejano azul del cielo alto atravesó el paisaje de la campiña mediterránea.

El conde salió el último, vestido a la usanza, acompañado de un obispo y de un capellán. Tenía manchas de viruela en la cara (se había contagiado de un peregrino de Tierra Santa hacía dos años). Los nobles hablaban entre ellos sobre cuestiones financieras, y de vez en cuando alguno alzaba la voz algo más de lo debido y era reprendido por los demás.

El conde iba pensativo, con la mirada fija en las margaritas del suelo, acariciando la empuñadura de la espada, escupiendo a los laterales del camino adoquinado por el que partían los caballos de los terratenientes y de los representantes del pueblo. De vez en cuando repetía:

- ¡Ah, si al menos tuviera más tiempo! ¿Por qué tanta prisa por hacer todo?

Los prelados iban a lo suyo, y parecían no escucharlo. Cuando el conde le manifestó sus quejas, le leyeron unos versículos de sus devocionarios.

El castillo del conde era espacioso, con vistas a la ciudad de Tolosa, sobre una mota de la que sobresalían heridas graníticas. Por la noche cenó como siempre en compañía de su mujer, a la sombra de un reloj de péndulo que daba las horas regularmente, obra de un artesano suizo, con una esfera que representaba el mundo, de números muy visibles.

- No se puede mantener esto sin un poco más de dinero- decía el conde, sin apenas saborear la comida- Ya estoy viendo que van a llegar los papistas y nos van a quitar las tierras. Saben que somos ricos.
- Prepara las defensas- le aconsejó su mujer.
- Necesito más soldados, y los marqueses los quieren para defender sus feudos.
- Entonces aumenta los impuestos.
- Si lo hago, los marqueses se rebelarán, como hace cinco años.
- Déjalo en manos de Dios, entonces.
- No tengo otro remedio, pero mi gobierno es prácticamente inútil. ¿Qué le quedará a mi hijo de todo esto? Yo no soy rey... Si lo fuera, pero no lo soy. Mi padre tampoco lo era, ni mi abuelo, ni ninguno de mis antepasados. Y el rey tiene más partidarios que yo. No tiene más que comprar a los míos- dijo el conde suspirando.

Y se bebió una jarra de malvasía de un litro, que le chorreó por la barba y cayó al suelo. Su mujer se fue a la cama. Él también se fue, por otro sitio, tambaleándose un poco a

consecuencia del cansancio y del alcohol. Un criado contrahecho, enano, con la mandíbula saliente, le alumbró con una antorcha de aceite el camino hasta su habitación.

Afuera brillaba la luna sobre la tierra de los campesinos, que todavía se resistían en regresar a sus casas. Se quejaban algunos enfermos de peste. Los perros ladraban. Un loco, demente a consecuencia de una terciana, deambulaba cantando con un caldero de hierro en la mano.

De pronto, un hombre muy bien vestido salió de entre los jarales. Se puso a tocar una vihuela justo debajo de la ventana de la alcoba de la condesa del Castillo de Tolosa. Era un joven de unos veinte años, sano, con aljuba azul flordelisada, que tocaba junto a un palafrenero grueso que le vigilaba el caballo.

Tanta armonía escapaba de sus notas, que la luna, hechizada por su belleza, pareció colocarse encima del cantor. Pero la ventana no se abría.

Al cabo de media hora se oyeron los goznes del postigo de la torre.

- ¿Eres tú?- se escuchó una voz masculina.
- Siempre soy el mismo- respondió el joven deteniendo la música- Entrégame lo que me pertenece y haz justicia según la ley de Dios.
- ¡El Diablo te lleve!- se escuchó- ¡Vete o haré que te maten!
- Nadie puede matarme- replicó el joven- Sabes que el mundo me protege. Ninguna pared puede aislarte de mi canto. Y él me da fuerzas para que cada noche venga a hacerte recordar. El pueblo...
- ¡Vete! ¡Tú no eres de mi sangre!- se oyó desde la torre, y cruzaron algunos murciélagos- Estás excomulgado. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

Se oyó la cuerda de un arco que se tensaba.

- No puedes hacerlo- dijo el joven sonriendo a la luz de la luna- ¿No sientes miedo? Mírame a los ojos. Soy yo. No me has invitado a Cortes. Es imposible que mates a quien ya has matado. Quieres creer que no existo, ¡bien! Tú eres el único obstáculo para que triunfe tu mentira. No puedes olvidar, porque estás vivo. No puedes repetir lo que otros han hecho. Pero esas paredes dan mucho miedo... ¡Parecen piedras, pero son hombres, solo que están dormidos!
- ¡Tienes tu exilio! ¡Ya te he pagado! ¡Ahora deja que me acueste, Maldito! ¡No me molestes más ! ¡Eres la mayor desgracia de mi tierra! ¡Porque ningún poder tengo sobre ti! Pero juro sobre mis armas que mandaré que te encierren, y lo cumpliré en cuanto termine la guerra.
- La guerra eres tú - contestó el joven- Me iré hasta la noche siguiente. Pero solo hasta la noche siguiente, si Dios quiere...

Y él y su ayo se marcharon, antes de la medianoche. En la incertidumbre de la oscuridad la estrella polar desplegaba su brillo veraz junto a la palidez de la luna encarnada por el soplo del viento.

II

Llegó el día de la campaña.

Se oían los desastres de la guerra, los gañidos de los cuernos de caza y las voces del estrépito de los metales, la artillería, la agonía, la angustia, el fin. Diez mil soldados del

Conde de Tolosa perecieron, y los heridos llenaban los fosos y los campamentos. Algunas mujeres lloraban despidiendo a sus seres queridos, y un niño jugaba con un puñal sucio de sangre ajena.

Llegaron los ejércitos del Rey y deshicieron la falsa seguridad de la tierra indómita, anexionándola a sus dominios en nombre de sus intereses, pretextando delitos de lesa majestad y desobediencia a los mandatos del clero local. Por las montañas huían como salvajes algunos personajes de la nobleza: Beltrán de Ventadorn, señor de Altaforte, y Jaufré Rudel, ambos príncipes y trovadores armados.

Los ejércitos regresaban de la frontera perseguidos por sus enemigos, los extranjeros excluidos de los puestos representativos del Estado. Otras naciones dirigidas por el Rey de Francia capitaneaban el ataque, e iban absorbiendo en oleadas de nuevos pobladores las tierras fértiles de los campesinos.

La cuestión era sencilla: la guerra, durante tanto tiempo alejada por los tratados de paz, era devuelta al país y devoraba el monumento de su autoridad. El Rey era el Tiempo que combatía para cobrar la deuda del interés del hambre, relagada a otros reinos bajo su mandato.

El Conde de Tolosa fue hecho prisionero con diez de los suyos e iba a ser ejecutado según era costumbre al cabo de tres días. (Estaba aislado en una celda en su propio castillo, y no probaba el pan mohoso que le traían para comer, ni bebía el agua que le presentaban en una palangana de zinc, que cumplía la doble función de bebida y de líquido de lavado. No veía ni escuchaba nada, y aguardaba sentado a la muerte. Quiso recordar un versículo del Evangelio: “Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón”. Pero él había perdido su tesoro, y su corazón con él. Y ahora solo le quedaba el vacío de la muerte. Se le acordaron algunas personas, incluído él mismo en otras épocas, y sintió que el fuego de la angustia y el hielo de la soledad le torturaban el pensamiento, y su cuerpo parecía no pertenecerle. Solo sentía un vacío que lo tragaba como el hambre que había provocado en los demás).

Desde su celda, el Conde, a pesar de que tenía las orejas tapadas con las manos, pudo escuchar una voz que lo elevaba por un momento de su infierno. Pegó su oído a la pared granítica y húmeda, que enfermaba sus pulmones y lo hacía toser continuamente, y sonrió de pronto recordando. El único vínculo con la realidad que poseía era aquella voz familiar, ni estridente ni débil, en su justo tono, alegre y vivaz pero solemne también si se prestaba la atención debida cuando se la escuchaba.

“ Yo siempre en el mismo castillo”, pensó, “y él siempre ahí fuera, despertándome para darme la vida”.

Terminado el plazo de la prisión, los guardias entraron en la habitación del Conde - que en tan poco tiempo había enfermado a consecuencia de la humedad y del mal estado de los alimentos-, y lo entregaron a los verdugos para ejecutarlo públicamente. La condesa estaba en poder del general en campaña que servía a las órdenes del Rey y su hijo recién nacido hacía una semana había desaparecido en manos de la nodriza. Cuál sería su sorpresa cuando de pie en el patíbulo, con los ojos aún no acostumbrados a la luz de aquel amanecer resplandeciente en el que su pueblo, irreconocible, pedía justicia a gritos, el Conde vio un rostro que le hizo enderezar su fatigado cuerpo, acostumbrado a la pena del calabozo.

- ¿Tú aquí?- preguntó al ver frente al patíbulo, junto al general que administraba la justicia en nombre del Rey vencedor, con la aljuba flordelisada y una vihuela bajo el brazo, al Cantor de la Noche, al joven desconocido todavía para nosotros que cada vez que el sol se acostaba bajo la piel del mar acudía a entonar su canto bajo el balcón de la condesa, en el Castillo donde él marcaba el compás de su vida.
- Vengo a despedirte- le respondió el joven sonriendo- Tengo preparado un réquiem para ti.

El pregonero leyó la ejecutoria. Un sacerdote lo bendijo mientras el pueblo lo insultaba mirándole a los ojos, antaño espejos de autoridad, y ahora empañados por las lágrimas que caían despacio como si se derritiese el hielo de su condición humana, desconocida hasta el último día de su camino. Le pusieron la soga al cuello y lo apalabraron para presentárselo así a la muerte. Toda esta ceremonia se hizo con una premeditada discreción, porque nunca la balanza de la ley ni la costumbre, su tribuna, son tan eficaces como en el momento en el que alcanzan sus límites.

Pero esta vez se interrumpió el proceso (¿no son extraordinarias las interrupciones? ¿no son necesarias para mantener nuestro pensado mundo?) por obra del Cantor de la Noche, que pidió licencia para entonar su despedida en presencia del reo. Antes de cantar, se aproximó a él y le susurró al oído:

- Te advertí de que este momento llegaría. Mi existencia fue una profecía de este momento, pero mi canto vivirá más allá de él, y tu no podrás morir tampoco, porque lo has escuchado, porque eres una forma suya, aunque tus culpas te hayan condenado delante de los hombres, cuya ley es solamente apariencia de un interés. Has dejado atrás tu castillo y tus títulos, y ahora eres libre, y estás vivo, y me has visto de nuevo no ya como el enemigo que soñaste desde tu angustia, sino como el hermano tuyo que soy, y ahora que la ley te condena, mi corazón te ha absuelto, porque ya no hay motivo de rencor entre tú y yo, porque tu fortaleza ha desaparecido, y la condena que te poseía te ha abandonado cuando tú has dejado de poseerla. Pero escucha mi canto guardando todavía las apariencias ante los hombres. Ellos aún no saben públicamente lo que sabemos nosotros. Todo lo que he te he dicho hasta ahora se ha cumplido, y lo que te acabo de decir también se cumplirá.

Dicho esto, en presencia de una muchedumbre que anulaba la plaza, de miles de miradas pendientes del hilo de un acto, el Cantor orquestó una suave música en la que danzaban todas las almas unidas. La gravedad del instante centró la atención y la melodía sonó como repetida por el eco de tantas personas, cada una de las cuales era una caverna en la que el sonido se transformaba para figurar otro universo. En la música se diluían las diferencias entre los hombres, y cada cual se sentía lleno de sus semejantes hasta el punto de parecer luces invisibles que abrían los espacios de su memoria en un lento florecimiento verbal, en una clave de compartida unidad.

Terminado el himno, la danza se detuvo y las almas regresaron a los cuerpos. El Cantor de la Noche habló para la asamblea de los hombres que se habían congregado para presenciar una ejecución:

- Habéis venido aquí para ser testigos de la muerte de vuestro soberano, el Conde de Tolosa, a manos del General que preside el ejército del Rey de Francia. Siento defraudaros, pero así estaba escrito por el Redentor, por aquel que sabe lo que nosotros ignoramos, aquel que se hizo hombre en nuestra historia y personificó en el destino

nuestros actos, aquel que unió la naturaleza divina a la humana por medio de la palabra que empleamos para comunicar la vida. El Conde de Tolosa no puede morir.

Todos quisieron saber la causa.

- Él y yo somos hermanos. Si él muere, a mí, que soy su heredero en el condado, también tendréis que matarme -explicó el Cantor de la Noche- Pero si lo hacéis me llevaré a mi tumba el secreto del tesoro del condado, el cual ha venido a buscar el ejército del Rey. Si me matáis a mí, moriréis también vosotros, porque el ejército os exterminará para que le reveléis un secreto que no conocéis; y si no obstante el ejército resuelve mi ejecución junto con la de mi hermano, el Rey nunca tendrá acceso al secreto. Tanto el pueblo como el Rey necesita el secreto para justificar esta ejecución.
- Revélanoslo tú, entonces- habló el General.

El Cantor de la Noche pidió un escaño y comenzó a hablar.

III

- " El Conde y yo nacimos el mismo día, hijos de un mismo parto, un 6 de abril. El galeno que exhibió nuestros cuerpos recién nacidos delante de toda la Corte declaró que éramos como Jacob y Esaú, y a mí me tocó ser Jacob. Quiero decir, que mi hermano fue declarado primogénito por dictamen del médico. Desde niños nos educaron de la misma manera, en las armas y en las letras, las dos madres del buen gobierno, de la vida activa y de la contemplativa, de la guerra y de la paz. Pero ya desde los primeros juegos se echaron de ver las divergencias de los dones con los que Dios nos había investido: a mi hermano le apasionaban la violencia, el mando, el deporte, la retórica, la competición, los honores de la opinión pública, la disciplina de los ejércitos y el amor de las mujeres; a mí me seducía el perfume de las flores, el color imposible del mar, el abrazo del cielo, la monarquía del sol, los encantos de la soledad y de la vida retirada, y toda revelación de la naturaleza que no está sujeta al comercio de los hombres. A mis dieciséis años, nuestro padre murió y mi hermano, aún tutelado, adquirió el título y presidió a los nobles de Tolosa, esos que ahora están escondidos por el temor que les causa el ejército desplegado del enemigo que olvidaron. Yo decidí emprender un viaje por el Languedoc y conocí el arte de la trova, que combina la música y la poesía, en un comienzo unidas como la hoja y la rama, pero separadas más tarde por la incuria de los intereses, cuando el vate fue sustituido por el escriba encerrado tras los muros de una biblioteca controlada por un representante del pueblo que se adjudicó la vara de hierro de la justicia afilándola hasta convertirla en una espada esgrimida contra sus iguales. Homero fue cantor, y Horacio, y Virgilio, y Ovidio, y Propercio, y Tibulo, y Lucano, y Lucrecio, y Prudencio, y Píndaro, y todos los poetas latinos y griegos que heredó la Europa de los hijos de Jafet se declararon cantores, pues la palabra está unida al sonido, y el sentido al sentimiento, como el espíritu a la carne sobre la que su eficacia se derrama.

En nuestra edad, la poliarquía hizo posible una nueva edad de oro, al caer derrumbado el imperio y ser dividida la tierra en naciones, únicamente vinculadas por el Poder Espiritual de la Iglesia, no siempre bien administrado por sus pastores, que a menudo fueron lobos que devoraron a sus propias ovejas. Cada nación hizo resurgir a cada hombre tal y como era antes de que las malas costumbres cívicas de las metrópolis lo empequeñeciesen, porque todas las ciudades imperiales son una copia de Babilonia, y todos los pueblos libres e

indígenas son un simil de Jerusalén. La pobreza temporal hizo posible la riqueza espiritual, y a pesar de los males que nos acechan conocemos el destino que nos está reservado por la esperanza de esta tierra que pisamos, cuyos bienes son incompletos y nos hacen caminar hacia otros mejores, hasta la definitiva patria de la plenitud que se arraiga paso a paso en nosotros.

Mi hermano contrajo matrimonio en poco tiempo, la confianza en sus posesiones lo hizo avaro y aprovechó mi ausencia para adueñarse de mis tierras. No conforme con eso, la mujer con la que contrajo matrimonio fue mi prometida, la hija del duque de Borgoña, a la que enamoré con mi voz sin que nunca pudiera llegar a verme, pues su padre el duque, al caer en la cuenta de mis pretensiones la encerró en su feudo de mil millas bajo siete llaves. Cuando supe la noticia -mi prometida vivía todavía en casa de su padre- regresé a mis tierras y pedí cuentas a mi hermano de lo que había hecho delante del obispo de Tolosa, que actuó como árbitro entre nosotros y como testigo de nuestra entrevista, pero él se negó a reconocerme y me ofendió con su indiferencia. Entonces prometí delante de él apelar a la justicia divina - cuyo tribunal es la definitiva instancia de los nacidos- y vengarme del único modo realmente efectivo en cualquier iniquidad, que es mediante la maldición del recuerdo, mediante el fuego de la conciencia que calienta al que cumple sus mandatos y abrasa al que los incumple, con la doble propiedad de la llama o del alimento, que puede ser veneno para unos y medicina para otros, según el uso que de él se haga. El don con el que fui investido, no para mi beneficio, más bien para el nuestro - pues todo lo que hace un hombre no es nada si no se pone en comunicación con lo que hacen los demás, ya que todos pertenecemos a la misma sustancia del pensamiento que forja nuestro lenguaje-, don manifiesto a cualquiera - la palabra es de todos, pero el arte de presentar la verdad bajo la creación de la belleza es solo de algunos-, me sirvió de mensajero y de abogado, de testigo y de juez al mismo tiempo, y cada noche, antes de las doce, me presentaba bajo el balcón del Castillo de Tolosa - donde sabía que dormía mi prometida con mi hermano- y entonaba la misma canción, que sonaba cual campana funeraria o cual toque de ánimas en el corazón del enemigo que me había traicionado. La canción aludía únicamente al despertar de la primavera - se llama “La Dama de Blanco”, en honor al alba- pero el remordimiento de mi hermano la interpretaba como la réplica de la hora de su muerte. Y así era de hecho, porque cada letra de la canción, cada acorde pulsado por mis manos y cada tono de mi voz eran profecías de lo que acontecería, además de ser bellos consuelos para las almas sedientas de verdad”

- Eso no nos interesa saberlo, trovador- interrumpió el General al Cantor de la Noche- Ya sabemos que te gusta interpretar tus piezas delante del público y escuchar los aplausos al terminar, antes de que alguno te arroje por caridad un muslo de ternera a la boca - los concurrentes rieron estrepitosamente- pero nosotros solo queremos saber dónde está el tesoro. Para eso hemos venido aquí y queremos cobrarnos de lo que nos ha costado la campaña. Dinos solamente eso, y abrevia tus razones antes de que se nos acabe la paciencia. Si no, la horca os espera a tu hermano y a ti, y supongo que tus dedos no tocarán después de muertos.
- ¿Queréis saber dónde está el tesoro?- preguntó el Cantor de la Noche, sonriendo con lástima al apercibirse de la codicia de los verdugos de su nación- Muy bien,no dilataré más vuestra intriga insaciable. El tesoro está aquí mismo, pero no podréis llevároslo a vuestras tierras, porque no tiene forma ni peso, ni se puede comprar ni vender, ni se puede enterrar ni almacenar, ni se puede negociar con él, ni acuñar con él moneda.

- ¿Qué clase de tesoro es ese?- se preguntó el obispo- Hijo mío, los ejércitos están impacientes y obedecen las órdenes del Rey. Es preciso ser prudentes cuando se quiere conservar la vida. Más valdría que dieras el nombre de los judíos prestamistas que tienen a buen recaudo la hacienda nacional. Cuando se trata con un militar, se debe ser diligente, como el papa León lo fue con Atila, antes de que tu cabeza caiga rodando a consecuencia de esa temeridad. Dale a este hombre lo que te pide, y váyase cada cual por donde quiera.
- Es lo que hago, ilustrísima- explicó el Cantor- al no mentir más que para tratar de decir la verdad a los que desean oír mentiras. El tesoro tiene esa naturaleza y propiedad, y no tiene ninguna otra. Así es y así debo decirlo. Así lo digo ante estos soldados que fueron a las Cruzadas, así lo diría ante moros y sarracenos, y ante toda persona o criatura racional. ¿No se infiere de la Sagrada Escritura que lo más valioso es aquello que no puede verse y de lo que no puede apropiarse uno con exclusividad? Este tesoro es compartido, pero más valioso que toda reliquia y más común que toda moneda. Este tesoro es el Canto, el sonido de la palabra con el que fue creado el mundo, y que no volverá al que la pronunció hasta que se haya cumplido lo que afirma. El tiempo presente me ha otorgado este ministerio entre vosotros, porque a cada persona le está reservado un momento, y este para mí estaba desde siempre reservado. Yo pronunciaré delante de vosotros un canto que llenará todas las bocas, desde la del pequeño hasta la del grande, de un pan cuyo origen os es desconocido, porque entrará por sí mismo en vuestra boca.
- Este hombre está loco- declaró el General- No continuéis preguntándole. Ha perdido la razón según se infiere de lo que dice, y no tenemos paciencia para hablar con locos. Bastante hemos esperado ya.

El Conde miró con tristeza a su hermano.

- Gracias por querer salvarme- le agradeció considerando con los demás que estaba loco.
- Te acabo de salvar- declaró con solemnidad su hermano, mientras sonreía.

IV

Estaba el sol declinando y había llegado la hora en la que el Cantor de la Noche acudía a anunciar el mensaje acostumbrado al Conde de Tolosa. Los oficiales del Ejército del Rey de Francia estaban cenando en sus tiendas y escucharon una melodía lenta procedente de la Plaza Mayor de la Ciudad.

Era el timbre de las cuerdas de una vihuela, pero, ¿cómo era posible que se pudiesen oír desde tan lejos? ¿Y qué composición sería aquella que tan diferente era de las habitualmente escuchadas por ellos? Demasiado alegre para un lied, demasiado solemne para una sirventé, demasiado pausada y grave para una sencilla canción. Aunque estaban acostumbrados a las fatigas de las campañas y a la diversidad de los parajes de la tierra, al hambre y a la sed de los caminos y a la variedad de los fenómenos de la naturaleza, les llegaba aquella música como procedente de otro mundo.

A lo lejos, el viento llevaba la noticia de las cuerdas que hablaban a una velocidad superior a la del pensamiento y que se imprimían grabadas a fuego en la memoria sedimentada por el mito renovado de cada día. Ningún prodigio de la Antigüedad abolida por la Luz de la

Caridad de Cristo había alcanzado las proporciones de la elevada armonía que ahora labraba un paraíso en el interior de sus corazones, entrando por los oídos y echando raíces en la tierra infinita de las almas. Ni la estatua de Memnón - que acostumbraba entonar la escala diatónica cuando el sol de la mañana la inundaba- ni la lira de Orfeo - que invertía el curso de los ríos-, ni la cítara de Apolo - como la luz del sol, apenas inspiración del color en las superficies- ni la voz de Lino - origen del lamento y de la melodia- ni todas las maravillas juntas de los países de los patriarcas y de los antepasados podían emular esta nueva epifanía de móvil belleza, estatua de ritmo líquido cuyas formas engendraban otras cadencias y hacían bailar de júbilo los huesos más ancianos.
Y otros hombres escucharon también aquella voz.

Una hueste de unos treinta mil soldados de caballería escondidos en las riberas del Ródano -procedentes de un ala rota de un ejército de helvéticos al servicio del Sacro Imperio Romano- Germánico que habían desertado de una misión para invadir Italia desde el Piamonte- extrañamente percibieron el rumor de la música maravillosa desposada con el austro que rozaba su piel reseca, apenas recuperada de la deshidratación del día por la humedad de las tinieblas envolventes de la noche. Los oficiales de la hueste creyeron reconocer las notas errantes de una pastoral escuchada otras veces para advertir del asedio de una ciudad. Consultaron los mapas y dieron con la ciudad de Tolosa, plaza que la avaricia de los reyes apoyada en los vicios temporales del Pontífice y de la Curia Romana, había señalado como destino de una próxima anexión, amparándose en la excusa de reprimir una herejía que ponía en peligro el ordenamiento de los estados de la cristiandad desconocedora de su ministerio y sierva de los prejuicios del demolido imperio de los Césares: la herejía cátara, un intento de reformar los preceptos consuetudinarios del clero desde las costumbres paganas de las supersticiones locales refundidas con la doctrina griega platónica. Se imaginaron que podrían alcanzar en pocas horas la vieja capital de los visigodos si atajaban por la llanura próxima al mar que había dado origen a Europa, se organizaron y se pusieron en marcha para llegar a ella lo antes posible (pensaban participar así del botín de los vencedores). En menos de seis horas vieron la muralla con las puertas abiertas y los ejércitos del Rey de Francia en su interior.

Se encontraron con que a la ciudad habían llegado también, procedentes de los feudos colindantes, miles de familias campesinas que lo mismo que ellos, habían escuchado la canción misteriosa y se habían puesto en camino con la esperanza de participar en un nuevo reparto de tierras. También habían llegado pastores, algunos nobles vasallos del duque de Borgoña, e incluso un contingente de moros ismaelitas de confesión mahometana expulsados de las Islas Baleares, de Cerdeña, de Córcega y de Sicilia por la cristiandad en expansión. Cada cual escuchaba la voz de la vihuela y la interpretaba según sus deseos, pero a todos citaba su cadencia en el mismo lugar del encuentro.

El derecho de propiedad, de herencia romana y de fundamento castrense, durante siglos extendió la urbanización y el imperio por el mundo descubierto por los navegantes y por los exploradores, convirtiendo el océano en otro mediterráneo y las naciones indígenas en colonias más tarde simuladas en estados. Las áreas urbanas y metropolitanas y el mercado monetario y financiero, favorecido por las comunicaciones y por el progreso de la ciencia y de la técnica concentrada en grandes centros primero manufactureros y después industriales, fundó sus propias calzadas y sus propicias autopistas de información para universalizar los mercados de occidente. El liberalismo político del Siglo de las

Revoluciones favoreció la concentración de capitales y la abolición de los aranceles, institucionalizando la democracia representativa - el modelo político más favorable a la libertad de empresa- a nivel internacional, y formando la red global de los transportes y de las telecomunicaciones, del almacenamiento y del tratamiento de datos en máquinas dirigidas por el Hada Electricidad - Minerva del automatismo- e incluso de la colocación de satélites señalizadores en la órbita del espacio. La ciencia, la ley y la costumbre siguieron los derroteros marcados por lo civilizado, y el tren de vida de los núcleos urbanos se importó a los extremos más lejanos del planeta habitado por los hijos de Adán, expulsados del paraíso de lo sencillo y natural rumbo al exilio del desierto de los mercados, de los contratos y de los fraudes contra la buena fe del que respeta la religión de sus antepasados y tiene por máxima la herencia de su trabajo. Todas las épocas construyen sus Torres de Babel, apartándose del suelo común a consecuencia de la institucionalización de sus vicios, y todas ven derrumbarse la máquina de sus ambiciones, como describe el vate napolitano autor de la Palinodia a Gino Caponi. La Edad Media fue una de estas épocas de demolición - el imperio confundió las lenguas y la división estableció la frontera de los países cuya influencia copiarían pasado el tiempo preciso los continentes que rodean la Vieja Europa, para disolverse de nuevo (y el autor de este relato anticipa acontecimientos) en su poliarquía inicial-. Es como si la propiedad con la que el hombre trata de adjudicarse la tierra que lo conforma se rebelara contra su dueño para transformarse en otra realidad, de modo que la energía del espíritu que informa la materia la hiciese caminar por un principio desconocido a un fin remoto únicamente sospechado por la fe en la promesa de lo ya acontecido - prueba exclusiva del porvenir-.

Asi, la Ciudad de Tolosa, referente de lo despojado del poder siempre delegado que le confería su sentido, se veía rodeada de pueblos alrededor de sus murallas. La población de Tolosa, reunida en torno al patíbulo - ¿qué otro símbolo hay de mayor poder humano?- aguardaba la ejecución del soberano vencido y de su hermano demente, ciega en su sed de venganza, aprovechando a circunstancia del asedio para alborotar los yugos que ellos mismos se habían impuesto con sus conductas. Cuando sintió el galope de los caballos que se acercaban a la Plaza Mayor y los gritos de los soldados franceses que combatían con los recién llegados, el Cantor de la Noche esbozó una sonrisa que inundó como un rayo de luz el rostro de su propio verdugo. El General del Ejército del Rey se vio obligado contra su voluntad a pactar alianza con los recién llegados, quienes asimismo querían su parte del botín. La ejecución de los condenados hubo de ser interrumpida para concertar los tratados con los ejércitos y con los miles de campesinos agolpados a las puertas de la ciudad. Viendo a los mismos veteranos adjudicarse tierras sin esperar a los tratados, el General rindió sus armas allí mismo aguardando la resolución de los invasores, mayores que los suyos en número. Entonces, entre el ruido de las multitudes, un hombre tomó la palabra y las miles de lenguas guardaron silencio. Era el Cantor de la Noche, que libre ya de la horca y de la condena, estaba hablando desde el patíbulo.

V

- Queridos hermanos - apeló a sus vecinos como si predicase desde un púlpito- Estoy ejercitando el último derecho que puede concedérsele a un hombre: el derecho a la última palabra. Como podéis comprobar, en la palabra empieza y termina la vida y la memoria humanas, ella hace y deshace y no regresa a la boca del que la ha pronunciado sin que se cumpla su mensaje. ¿Por qué sois tan duros de oído al tono de lo verdadero?

¿En qué Dios confiáis, en aquel cuya imagen murió por vosotros o en aquel que multiplicado en vanidades cual moneda acuñada puebla los olimpos inaccesibles del privilegio, de la discordia y de la muerte, cuyo rayo vengador es el Castigo y no la Luz, la sangre venenosa de la violencia y no la sangre medicinal de la entrega? Creísteis que estaba loco porque no comprendísteis el sentido de mis palabras, pero ahora que se han convertido en hechos no podéis negarlas, pues son notorias y patentes. ¡Oh pueblo, pueblo, cuán errado estás cuando no sigues las conductas virtuosas de tus mayores, su moral inquebrantable, y te dejas conquistar por demagogos y falsos representantes que canonizan tus vicios para halagarte y no te corrigen para aprovecharse de tu débil opinión! Os dije que el canto que saliese de mi boca os había de traer el pan y os había de librar de vuestros enemigos, y me entregásteis a vuestros jueces para que me quitasen la vida. Lo mismo hicieron vuestros padres con la imagen de aquel que no muere y en el cual nosotros tampoco morimos. ¿Qué habéis aprendido de la historia? Nada, pues nada aprende aquel que no escucha. Puesto que no prestásteis la debida atención, no caísteis en la cuenta de que lo que os he dicho no habíais de interpretarlo según vuestra ambición sino de acuerdo con la razón y la lógica íntima que se desprende del lenguaje, que no significa nunca solamente lo que aparenta significar. Pero como vosotros juzgáis sobre apariencias y no con el corazón, lo entendísteis a vuestra manera y atribuísteis al mensajero vuestro propio error. ¡Necios!. Y no lo digo, Dios es testigo, para ofenderos, antes lo hago para que abráis los oídos en adelante, pues la historia continuará para vuestros hijos cuando nosotros seamos eternos como los antiguos consejeros. Estos nuevos pobladores trabajarán para vosotros y evitarán la destrucción de la ciudad, serán vuestros jornaleros y os llevarán el pan a la boca, por virtud del canto que escucharon y que los condujo hasta aquí.

Dicho esto, el Cantor de la Noche escendió del patíbulo al solar de la Plaza, disponiéndose a montar en su caballo y marchar a otras tierras, pero su hermano, liberado ya de sus argollas, le echó los brazos al cuello y le dijo con lágrimas en los ojos:

- No te vayas, hermano mío. Tú me has salvado.

Y lo besaba en las mejillas y no quería soltarlo.

- ¿Por qué me has socorrido? Yo no merecía ser ayudado. Te robé a tu mujer y te confisqué tus propiedades.
- Porque tú vales más que el falso contrato que firmaste con mi mujer y que las tierras que me confiscaste- le respondió su hermano- Porque tu alegría valía más que mi venganza. Por eso.

El Conde sollozó en voz alta como un niño y quitándose el manto flordelisado que aún en la cárcel conservaba, declaró:

- No quiero ya mis títulos ni mis propiedades, que solo han servido para separarnos.

Pero el Cantor de la Noche lo amonestó:

- No. Consérvalos, pues ahora han alcanzado su verdadero valor. Era necesario que esto sucediese para nuestro bien. Ahora eres realmente el Conde de Tolosa, y yo soy realmente tu hermano. El ejército del Rey fue el tiempo que nos ha unido. ¿Acaso no consideras que nos ha sido favorable?

Iban a abrazarse de nuevo, cuando prelado del ejército del Rey de Francia opuso una objeción a la paz milagrosa:

- Tenemos un rescripto del Papa contra vosotros. Sois culpables por difundir en vuestros feudos la herejía cátara, que se opone a las instituciones naturales consagradas por la Iglesia. Vuestros trovadores propagan el cisma con sus composiciones.

Todos los presentes, incluido el General y los Oficiales del Ejército del Rey de Francia -los musulmanes presentes fueron los primeros en dar gracias a Dios por la unión de los hermanos, y los alemanes del Sacro Imperio arrojaron al suelo sus armas en señal de rendición - se entristecieron al oír la noticia, pues solo la soberanía del Rey y de su aliado el Papa podían turbar la ceremonia del desenlace esperado por todos.

Pero el Cantor de la Noche, sin dejar de sonreír como aquel que sabe bien en quién confía y quién asegura sus pasos, replicó:

- ¿Qué criterio humano que se atenga a razón puede considerar que quienes han celebrado delante de su pueblo el acto más fehaciente de amor fraterno, como es la reconciliación entre dos hermanos por medio del perdón, única ley predicada por Cristo al mundo, pueden promover una herejía contra la su Iglesia?

Y ninguno de los prelados pudo oponer ninguna excepción a su demanda.

Durante toda esta extraordinaria audiencia - no espera el autor de este cuento que la de Josafat sea muy diferente- transcurrió la noche y alboreó la mañana, y se oyeron cantar los gallos en los corrales de las aldeas, y uno de los gallos del Conde, fugado de su serrallo habitual, voló al balcón del Castillo bajo el cual solía entonar su canto el Poeta y encaramándose a su barandilla de piedra, cantó diez veces - el número de días de mes que antecedían a aquel en el que estaban, día de la festividad de -.

Desde entonces, el hermano del Conde de Tolosa fue llamado por su pueblo - y así se conoció de generación en generación- “El Cantor del Día”.

EL ÍDOLO DE LA FRONTERA

“¿Conoce su condena?”

Kafka

“existe un tiempo bajo el tiempo de acero”

Ángel Soldevilla

No me pregunten qué hago aquí. Ni lo sé ni quiero inventarme la causa. Es bien cierto que no conozco a los indios. Apenas los vi de pequeño en ilustraciones y obras teatrales, en espectáculos y vodeviles, con plumas, arcos y flechas y esas cosas típicas y tópicas con que los caracterizan. Pero lo que es ver a un indio tal cual es, tal cual puedo verlo ahora, eso nunca lo hice hasta llegar aquí. Ahora bien, ¿a quién puede importarle? ¿No hacen todos lo mismo? Porque la importancia que pueda tener un indio es francamente poca, y solamente en los sermones de misa se los idealiza, tal vez porque no se los conoce como tampoco los conozco yo.

Mi mujer tampoco sabe nada de ellos, y mis hijos saben lo mismo que sabemos nosotros, que somos sus padres. Como si no costase ganarse la vida lo suficiente y tuviésemos que

curiosear en esas insisgnificancias, pues las insignificancias no dan de comer. Aún hoy, cuando acudía a la redacción del periódico en Virginia - me refiero a la capital de Virginia- me pagaron menos de tres dólares por un artículo de una página sobre los avances en la línea de ferrocarril de la West End, y yo mismo tuve que desplazarme a caballo unas treinta millas para recopilar los datos de mi artículo. ¡En fin, esta es una nación joven! Le quedan muchos siglos para mejorar, pero lo que es ahora, está todo muy atrasado con respecto a Inglaterra, de donde vengo. ¡Y por si fuera poco nos sacan el problema de los indios! Aún no hará treinta años que se declaró la Independencia y ya están esos malditos negros del Sur reclamando derechos por culpa de esos condenados plantadores. De todos modos, a nosotros los del Norte nos viene bien la emancipación de los negros, porque es la futura mano de obra de nuestras empresas, para cuyo beneficio se ha constituido esta Libertad de que al presente disfrutamos. ¡Pero los indios, los indios no dan más que dolores de cabeza! Violan los tratados de paz, desconocen las formas de vida civilizadas, no son ni capaces de aprender nuestra lengua, o por lo menos la francesa, la española, la portuguesa, la alemana o la holandesa, si es que le da rabia aprender la de sus colonos. Se oponen al progreso, a los transportes y a las comunicaciones. ¿Es mucho pedir que dejen espacio suficiente para atender a las necesidades comunes? ¡Condenados salvajes! ¿Quién los ha traído aquí? ¿Procederán de la tribu perdida de Israel, como asegura el predicador Smith, cuando la de Benjamín fue dividida a consecuencia del crimen de los judíos? A mí me importa poco. Los pastores los bautizan en la fe cristiana, pero ellos ni se enteran, y para eso tantos mimos por nuestra parte, para que sean personas como nosotros. ¿Qué personas van a ser si no saben ni leer? Imagínense que les notifican una requisitoria (porque otra cosa no creo que puedan recibir de los jueces), ¿qué van a hacer ni no saben ni de qué se los acusa? ¿Para qué los queremos aquí? Dígamelo usted. Son un peligro público porque no saben comportarse, van a nuestras escuelas y le comunican malos hábitos a nuestros hijos. Eso es tan cierto como mi nombre.

Aquí en América la vida está muy difícil. No quiero decir que cueste más respirar, digo que para que las instituciones sean efectivas queda mucho camino por recorrer. Los emigrantes como yo trabajamos a destajo y podemos sostener a los bancos que financian a las grandes empresas de las que depende el gobierno. El Presidente bien lo sabe, aunque se queje de la usura alegando motivos de patriotismo que a los colonos no nos interesa en absoluto celebrar. El patriotismo es tener qué comer a la mesa. That’s the question, como dijo Shakespeare, y esta creo que fue su mejor frase. Esta es también toda la literatura que yo conozco, aunque me hicieron estudiar de pequeño a Donne, a Milton, a Spencer, a Marlowe, a Browning, a Pope, y a no sé que otros endiablados poetas más, y aún mis hijos estudian hoy a un tal Wordsworth, a un tal Coleridge, a un tal Keats y un libertino al que llaman Lord Byron. ¡Esos poetas! ¿Qué beneficios aportan al Estado? Unas palabritas bonitas, como las que se le dicen a las mujeres, muchas palabras importantes, de esas que no se olvidan, pero el trabajo lo tenemos que hacer los que no sabemos tanto de letras. ¡Son aristócratas! Que me cuelguen si no lo creo. Beber cerveza y a vivir. ¡Y mientras tanto que el mundo se estrelle! Ellos saben como nosotros, a pesar de sus bellezas, que las cosas se compran con dinero, porque el dinero compra las cosas. Y ni siquiera lo hace el dinero, lo hace la posibilidad de tenerlo, el empleo profesional de esa posibilidad. El crédito hace al hombre.

Fíjense: creo que fue hace cuatro años, cuando vivía en Quebec. Estábamos construyendo, cinco socios holandeses y yo un muro para cerrar una parcela de bosque que queríamos

destinar a la producción de madera para un aserradero que estaba a una milla de distancia, un aserradero que montó un sueco con unos fugados de la justicia de Dakota del Norte. Como mi familia es natural del Lincolnshire, y desde hace unos años, desde que se inventó la locomotora, trajeron de no sé dónde esa moda de las enclosures, que los agricultores usan en Inglaterra para evitar que los ganaderos les invadan las tierras, desde que los ingenieros agrarios sustituyeron el barbecho por el cultivo rotacional adaptado al consumo de las ciudades donde se concentran la industria y los obreros - esos condenados paletos salidos del campo que no saben ni leer y que arman huelgas y piden derechos como si el empresario les debiese algo, él, que los sacó del arroyo y los acogió como un padre bajo su techo, hijos pródigos desagradecidos, tarambanas que solo saben beberse el salario en la taberna- pues... ¡eso estaba diciendo, se me ha ido el santo al cielo con tanta palabrería!, no se nos ocurrió otra cosa a los seis, ¡el diablo nos lleve!, que cerrar el maldito bosque como si fuera una finca. ¡Cerrar el maldito bosque! Bueno era yo entonces para que no me robaran la leña los jodidos irlandeses de la competencia... y estábamos haciendo el muro, ¡ni cemento teníamos!, cuando nos ponemos a mirar atrás, y, ¿quiénes estaban allí, se o imaginan ustedes? ¡Nada menos que los malditos indios! Allí estaban, con sus plumas y sus collares, sin ropa ni zapatos, atontados mirando la obra, como si no hubiesen visto cosa igual en su vida. Entonces le digo yo a Stihl - ¡buen empresario estaba hecho, ya de niño le robaba las hostias al cura!- “Hazles ruido a esos diablos para que bailen”, y él, que era un tipo de por sí sobresaltado - no sé dónde le cabía tanta cerveza en el cuerpo- agarra la carabina y mete cuatro tiros al aire. ¡Si viera usted, señor fiscal, cómo corrían los hijos de Satanás! ¡Quién los viera por ahí, parecían renos, y corrían por la nieve descalzos, los muy hijos de perra!

Y ya vuelvo al tema de los indios. Pero es que es así. Que el Estado mantenga a gente que no sabe vestirse, ¿para qué? Ni producen ni sirven para comerciar, y por si fuera poco son violentos. Le conté lo de Quebec porque no es soberanía estadounidense, que yo sé muy bien que usted, señor juez, defiende las libertades que proclamaron los Padres de América en el 87, porque esos hombres tan listos que inventaron el telégrafo y el pararrayos y los sistemas de seguros, hijos de ricos todos ellos, peritos en leyes y profesores de Universidad, les querían demasiado a los indios, como los quiere quien no los conoce. Si supiera el señor Washington, o el señor Franklin, o el señor Adams, o el señor Jefferson - o el señor Van Buren, para ser actuales-, que a uno de esos salvajes lestrigones los pones en un comercio y no saben diferenciar el valor de una moneda del de otra, ¡cómo vas a negociar con ellos! ¿Qué diálogo es posible? El diálogo es deportarlos a Oklahoma, como pretenden los buenos ciudadanos, los buenos padres de familia, que pagan sus impuestos a tocateja. Y si no caben allí todos, pues a quemarlos como hacían en Roma con los herejes, ¡porque para esclavos no sirven! Si un negro vale una tercera parte que un blanco, un indio vale la décima parte. Es imprescindible discriminar si queremos ser millonarios y hacerle frente al resto del mundo. ¿Acaso a los cowboys les cuesta barata la vida? ¿Y a los tramperos? ¿Y a los ferroviarios? ¿Y a los plantadores? ¿Y a los contratistas? Ustedes saben que no. Y usted también, señor juez, pero ya no se acuerda de quién lo ha puesto donde está. Ahora la justicia me persigue por un asunto que a nadie le importa. Y tantos abogados y no saben defender un pleito tan tirado como este, un hombre contra un animal. ¡Sí, sí, contra un animal! Lo repito. Muy pronto los animales tendrán derechos, ahora hasta las piedras tienen derechos. Arrancas una hierba y te detienen, ¡pero quién les paga a ustedes, eso ya es otro cantar! El que paga, manda. ¿Este es el precio de la libertad? No. Tengo dinero para apelar

y apelaré al Presidente, si hace falta, porque un rey en América es imposible. En esta República gobiernan los bancos. Para lo demás, puedes tener la religión que se te antoje, puedes anunciarte en el periódico, puedes poner una imprenta, puedes ponerte el sombrero al revés - eso creo que lo dijo un poeta, y si no, lo dirá más adelante- y puedes casarte si tienes con quién. Todo lo puedes hacer, cuando alguien te avala. Ese detalle ha hecho grande a América. Y América es de los que hemos trabajado para levantarla, porque de no ser por los pioneros - yo me considero pionero también, y ustedes, si son yanquis, habrán de reconocerlo- este país todavía sería una colonia de Europa. No me diga que no, señor abogado. Usted defiende a quien le paga, pero es bueno decir la verdad aunque sea por una vez en la vida.

Todos esos artículos de la Constitución salieron del sudor del pueblo, del pueblo que somos nosotros los empresarios, los que votamos como legítimos propietarios que somos. La democracia se construyó así, rechazando los impuestos de Inglaterra y formando aquí nuestro propio parlamento. Esos intelectuales de las capitales escriben libros sobre el buen gobierno, esos ilustrados como el señor Locke o como el señor Cabet, o como esos franceses que ahora están de moda, el señor Rousseau, el señor Voltaire y el señor Montesquieu, todos ellos hijos de esa nobleza insostenible de las Cortes Absolutas - ustedes saben lo que ha pasado en Francia, ¿no?, la guillotina, Bonaparte y demás teatro- dicen lo que hay que hacer con mucha flema, que si declaraciones de derechos, que si división de poderes, que si sufragio cuanto más universal mejor, pero no tienen ni idea de dónde salen esos avances. Se lo digo yo: todos esos avances salen de nuestras espaldas, y por cada máquina que se inventa hay una revolución nueva. ¡No se crean, hasta Rusia, una tierra de campesinos, tiene ahora sus fábricas a la moda, y el Zar se pasea con francmasones! Y gracias a nuestro trabajo la América Española se está independizando, y salen oficiales del ejército hasta debajo de las piedras. Agustín de Itúrbide, ¿de qué vivía antes de la revolución? ¿Y Santa Anna, que no sabía ni montar a caballo? La sociedad se transforma rápidamente, la ciencia de Newton y las matemáticas de Galileo se aplican incluso a las cosechas, y muy pronto los campesinos serán catedráticos, y los bueyes funcionarán a pilas, y los caballos llevarán ruedas, y quién sabe si ustedes, señorías, no serán sustituidos por autómatas como ese de Praga.

Pero para que el progreso sea posible, se necesitan hombres de energía, que sepan mover los hilos de la opinión pública, hombres hechos a sí mismos y mujeres que sepan hablar todos los idiomas del planeta, gestores de las emociones y del dinero. ¡Se necesitan héroes de nuestro tiempo, periodistas, banqueros, electricistas, pilotos de barcos y de aparatos que vuelen, secretarias de despacho y asesores de mercado, para saber dónde, cuándo y cómo se debe invertir! El non plus ultra es esta mentalidad del hombre libre, emancipado del terruño, promotor y emprendedor, con el corazón en la cabeza, con los pies en la luna. No podemos ser débiles, no podemos llorar ni reír por tonterías, no debemos amar si no nos conviene. Cada niño debería llevar un Maquiavelo dentro. Para que el resto de las naciones digan: ¿qué fue Roma o Grecia, o Asiria o Persia en comparación con esto? ¿Quién le tose a la bolsa de Nueva York? En América todos son ricos... El dólar manda casi tanto como Dios.

Y de este proyecto tienen que quedar excluidos los indios. Con que solo perjudiquemos a una comunidad salvaje nos beneficiaremos todos. Si apartamos al indio, todos seremos iguales, incluso me atrevo a decir que un negro valdrá lo mismo que un blanco. Así de

simple. Ellos no saben negociar. ¿Qué culpa tenemos nosotros? Que se bauticen en nuestro sistema si quieren que los admitamos,y si no, a la selva. Porque las tierras, de no ser por este razonamiento, serían suyas, y entonces, ¡adiós Nuevo Mundo! La Nueva Atlántida de Bacon y la Icaria de Cabet serían tan irrealizables como la Torre de Babel. Y eso no le interesa a nadie, ni a Mefistófeles tampoco, y hay que pactar esto o se hunde el barco que tripulamos. Siempre habrá montañas que escalar, porque las necesidades también se provocan. Siempre se puede vivir mejor, es decir, por más precio. Los filósofos y los curas pueden decir lo que les venga en gana. Ellos no se casan ni tienen hijos, ni tienen preocupaciones por hacer de ellos buenos ciudadanos, por educarlos en las tareas comunes. Ellos predican, predican, predican, pero a poder ser viven arrimados a los productores. Bien es cierto que hay santos, pero esos son los menos, y no edifican los Estados, ni adquieren nuevas tierras, ni patrocinan el mercado nacional. Son como niños, viven como niños toda la vida, e irán al cielo, no lo discuto, porque Dios es bueno y algo le tendrá preparado a quienes tanto han hecho por la justicia y por los demás, y ellos intercederán por nuestras acciones, no lo dudo, pero este asunto no tiene nada que ver con eso. Este es un negocio entre promotores y promotores, entre el Estado y los que lo mantienen. Aquí no hay buenos ni malos. Aquí hay trato o no hay trato, y yo no pienso venderles la mercancía de mi derecho por motivo de la reclamación de un paria cherokee. Hace tres años que me estaba molestando su manera de actuar, siguiéndome a todas partes como si quisiera vengarse de mí, como si estuviésemos entre moros y cristianos. Ya no vivimos en esa época...

Ahora tenemos las fronteras delimitadas. Somos los guardianes de la frontera, los prefectos del pretorio, los dueños de la balanza comercial. A mí no me tenía por qué seguir a San Francisco desde Filadelfia, cuando sabía que viajaba en diligencia con mi familia. ¡El Oeste es muy peligroso! ¿Qué intención era la suya? ¿Por qué me interceptó en Indiana cuando sacaba unas partidas de tela de la casa Mr. Lawrence & Co? ¿Qué propósito era el suyo sino robarme a punta de pistola? Les diré cómo fue la cosa, para que se enteren de una vez: después de salir de hotel a las nueve para realizar un encargo urgente, vuelvo al mismo y me comunica el recepcionista que hay un hombre de tales y tales señas que espera por mí. Y yo le respondo: no lo conozco. Aún estaba hablando cuando el jodido cherokee se me presenta vestido de occidental, con el pelo largo como lo llevan los de su raza, y me suelta antes de darme el saludo: “Hola, señor George. Supongo que se acordará de mí. Tengo las maletas en la diligencia. Sé dónde está su familia. Espero que comprenda mis motivos. De esta vez no le valdrá el trato con el sheriff. Le ruego por su bien que me acompañe al Juzgado”. ¿Cómo sabía mi nombre? Seguro que fue al registro a preguntar, pero tuvo que decírselo alguno de mis rivales por dinero, porque yo estoy registrado con otro nombre y el acta parroquial ardió con la sacristía del distrito el año pasado, quemada por algún negro. ¡Una trama de novela! La velocidad de los transportes hoy en día multiplica la curiosidad por cada kilómetro a la hora. Menos mal que saqué la pistola y le dije: “Lárgate o no llegarás a mañana, indio. Tienes mi promesa”. Pero en la cantina de San Francisco me lo encontré bebiendo y refocilándose con las coristas, y echándoles billetes de los grandes a las piernas, ¡eso no lo investigan, seguro que son de un banco próximo! y les juro que me dio mucho asco verlo así, y diciendo mientras se besaba con una y con otra: “Lo voy a matar”. Yo sabía por quién lo decía. Por eso lo hice, no hubiera podido ser de otro modo. O él o yo. No cabemos dos así en el mundo - en el nuestro, al menos-. ¿Y qué importancia puede tener quién fue el provocador? ¿No es legítima defensa prevenir un riesgo? Si no lo hubiese hecho, lo hubiese hecho él conmigo, y les juro por mi sangre que un indio no me

toca ni un pelo de la cabeza sin que lo fulmine. Hay que establecer la frontera en alguna parte. Aunque sea con un ídolo, con el Poder o con el Dinero, para que nadie pueda cruzar la alambrada de nuestras normas. Porque si no hay fronteras no hay Estados, porque sin fronteras no se pueden obtener beneficios, y vendrán a arruinarnos incluso los habitantes de otro planeta. Si la frontera pasa por el indio, hay que construir sobre él. Esa es mi tesis. Y él tenía que morir.

No renuncio a la salvación eterna. Lo de aquella muchacha fue cuando era joven. Estaba solo. No renuncio a la salvación eterna. No sabía quién era y ella lo hubiese querido también. El hombre al que tuve que matar era entonces un socio mío, me proporcionaba leña y me contaba los secretos del bosque, cuando me dedicaba a cazar mapaches para vender la piel a las curtidoras. Yo era amigo suyo, él también lo era mío. Hasta que... Todos los días la veía, estábamos siempre de viaje, pero yo parecía no fijarme ni cuando se acostaba después de tomar el baño. En aquella ocasión puede decirse que cualquiera en mi lugar lo hubiera hecho. Yo era joven, y aunque gritó no consiguió avisar a su padre, porque le tapé la boca y la intimidé con el cuchillo a la espalda. ¿Es tan importante que hubiese pasado eso? ¿Por qué tanta extrañeza por algo que es natural? ¿Y cómo iba a casarme después con la hija de un indio? ¿En qué cabeza cabe? Me hubiese arruinado la vida, lo pensé después con la cabeza fría. Pero entonces era joven, y llevaba mucho tiempo con ellos, y no estaba casado ni tenía mujer, allá por las Rocosas. Él me guardó siempre rencor por aquello. Me dijo. "Te doy mi palabra...". Tuve que escaparme. Y después de quince años, cuando la muchacha murió a consecuencia de una leucemia - una maldición, aseguraba el padre, de mi sangre- que un médico le diagnosticó afirmando que la causa había sido aquello, porque era una muchacha un poco tísica, se me aparece como un fantasma en Indiana. "¡Remember!", como si me hubiese dicho eso. También había bebido un poco, un poco de ron entonces, antes del tiroteo. Antes de que me mirase de una forma cruel, como si quisiera llevarme consigo cuando el disparo le tocó el corazón. Me dio lástima... Pero ya no pude hacer nada. Se me apareció entonces a mi padre, y a mi hermano, y a mi hijo, se pareció a mí, creí ver en él a todos mis antepasados y descendientes. Incluso... si me apuran, puedo decirles que lo amo, aunque sea un condenado cherokee. Yo tuve la culpa, pero, así me enseñaron a tratarlos. ¡La maldita frontera! Y sigo soñando con aquello. Veinte años soñando, hasta que vine aquí a confesar. Pueden meterme en la cárcel, si quieren. Yo no voy a defenderme más. Ya lo he confesado todo. Sé que en el fondo no es culpa mía. Siento como si estuviera muerto y enterrado, con la frontera encima, y como si los ojos del indio que nunca he sido capaz de odiar me estuvieran mirando desde el fondo, definitivamente.

LOS CAZADORES DE LEONES

"*Este mundo magnífico y la tierra, su morada"*

Milton

"Este es el aire común que baña el globo"

Whitman

A veces los animales hablan. Y a menudo nuestra existencia parte de ellos. Deberían reconocerlo todos los hombres, si no fuera porque algunos prefieren no existir ignorándolo.

Ellos llegaron de lejanas tierras, eran marido y mujer, no tenían hijos ni conocían nuestro idioma. Los masai somos gente pacífica, apenas salimos de nuestra tierra en toda nuestra vida, y sabemos de los viajeros por las huellas que dejan en la arena, junto a los ríos.

Los viajeros son extraños y curiosos, y caminan siempre rodeados de objetos, como si quisiesen llevarse la tierra consigo. Debe ser porque no logran asentarse en ninguna parte. Lo que más los seduce es nuestro oro, al que nosotros no damos demasiada importancia porque se saca de la tierra, y tiene un color que se parece a aquel con el que nosotros vemos la luz. Pero lo que debiera parecer más increíble, que es el lenguaje de los animales, eso lo pasan por alto, y alegan demasiadas excusas tal que si pretendiesen confundirnos con sus números y datos sacados de no sabemos dónde.

Los viajeros conservan la memoria de su linaje, como si tuviese alguna importancia el día de ayer, y de sus experiencias hacen leyes, en lugar de herramientas, y olvidan la manera de aprender cada día. Existen dos clases de viajeros: los misioneros y los colonos. Los primeros traen mucho cuando llegan, pero a medida que se acostumbran a nuestra forma de vivir van abandonando esos cepos que no le dejan caminar y se vuelven más afables, y parecen más felices, mientras nos enseñan que el resto de los hombres diseminados por el misterio divino como las estrellas por el cielo de la noche se parecen a nosotros, y son como un solo hombre. Los colonos, al contrario, nunca mudan de condición, y siempre se rascan la cabeza preocupados cuando sucede algo habitual.

Entre los misioneros hay hombres y mujeres, al igual que entre los colonos. Los misioneros suelen adornarse con cruces brillantes, aunque los hay que las prefieren invisibles, porque cruces las llevan todos, y por esa razón sirven para unir a los pueblos. Los colonos se adornan con todo lo que encuentran, y prefieren siempre aquello que no tiene utilidad alguna. De ahí, tal vez, derive su incredulidad y su falta de interés hacia la religión y al arte, que suplen con una memoria prodigiosa que los trae a menudo entretenidos.

Estos dos de los que hablo eran colonos, nos llamaban a nosotros “Los Cazadores de Leones”. Eran hombre y mujer. Llegaron en un automóvil todo terreno cuando los jóvenes de la tribu nos encontrábamos en el Monte Sagrado, silenciosos, desde donde desciende el agua, porque habíamos ido a recibir la bendición del obi antes de participar en la caza del león. Para esa ceremonia nos preparamos los varones durante toda la vida, y las mujeres, nuestras esposas y prometidas, son educadas en nuestra partida y en nuestro regreso, momentos que a menudo coinciden con las estaciones. En esos instantes nuestro corazón palpita, porque sabe que algo sagrado viene a visitarnos, porque hemos cedido a ese instante nuestro conocimiento, y la alianza entre Dios y el hombre se efectúa y adquiere plena eficacia a partir de ese medio. El banquete en el que se consume la carne del león cazado en comunidad es lo de menos - sabemos que es necesario, pero que es una excusa obligatoria para la otra decisión importante, que es la voluntaria-, pero sin él no podríamos reunirnos con un vínculo tan firme. Es debido a ello por lo que estamos tan contentos - incluso nerviosos, a pesar de lo aprendido- cuando llega a manifestarse el momento que en nuestro interior intuíamos a través de la memoria que nos devuelve el tiempo revalorizado, mejorado y unido en el acto de nuestro ser.

Los misioneros hacen lo mismo que nosotros con un pedazo de pan, simplificando la ceremonia, adaptándola a sus viajes continuos por el mundo, para llevar el signo a todas partes si es que hay alguien que no lo conoce y está separado de los demás, pero nosotros lo conocemos, y estamos unidos de alguna manera además de entre nosotros, con los ausentes de otras latitudes que tratamos y que no tratamos. Desde la montaña puede verse la sabana entera hasta el Río de los Cocodrilos, que marca el límite de nuestra vista y que se confunde con la línea del horizonte. Era la hora en la que el sol se encuentra en mitad de su curso de esplendor cuando vimos un objeto metálico que levantaba una cabellera de polvo detrás de sí y que ahuyentaba a los impalas de la llanura, centinelas de la novedad. Se interrumpieron los tam-tams y nos pusimos a vigilar el objeto no identificado más que por los ancianos, que han llegado a ver lo que ninguno de nosotros ha visto. Del automóvil - esa caravana de metales y de piezas que trabaja con fuego artificial sacado del centro de la tierra- salieron el hombre y la mujer, con mucha ropa, como es habitual en los colonos. Tenían la piel pálida, la mirada oscura, usaban gestos que parecían querer refugiarse en sí mismos, y comprendimos que eran de la raza de los navegantes que recorren los puertos de la tierra para comerciar, desde antiguo, venidos de la región de los hielos, hombres y mujeres que han trazado un itinerario en forma de globo por el que circulan obteniendo sus medios de vida, hombres y mujeres que apenas saben detenerse, pues siempre están buscando un nuevo objeto que adquirir, y que cambian de atuendo constantemente, insatisfechos siempre del que dejaron atrás. Lo primero que hicieron fue mirar alrededor, luego tocaron con sus manos la tierra, y al fin - para esa clase de hombres la exactitud de la medida es imprescindible para sentirse seguros y saber que no van a ser robados- sacaron del coche un animal simulado que se apoya en tres patas de araña y a través de cuyo ojo se puede ver el paisaje amplificado, y permanecieron una hora atentos al objeto, sin fijarse en su alrededor. Supimos que se acercarían más tarde a nosotros, porque los hombres se atraen entre sí, aunque procedan de lugares diferentes.

El maestre de la expedicion nos ordenó que interrumpiéramos la ceremonia que sería reanudada una vez conocidas las intenciones de los recién llegados. Lo hicimos a nustro pesar, maldiciendo en nuestro corazón los motivos que tendrían los extranjeros para violentar así nuestras instituciones. Pero es cierto, y así nos lo ha dicho el obi, que las costumbres no son buenas ni malas, y solo las acciones pueden ser ofrecidas al Dios en el que creemos.

Para comunicarnos con ellos empleamos un intérprete. Era un hombre que había venido con ellos, en su mismo coche, de nuestra raza, pero vestido igual que los extranjeros, y con los ojos oscurecidos del continuo trato con las gentes de su estirpe. Nos preguntaron a través de él si podían acompañarnos a la caza del león, cuando nuestro comandante les informó de nuestra partida, y nosotros les autorizamos a acompañarnos, aunque no nos complacía la idea de que el extraño animal de las patas de araña pudiese intervenir en el sigiloso proceso en el que la atención habría de estar centrada únicamente en el león, convertido de cazador a presa. Su presencia desviaría nuestros ojos, como desviaba los de los extranjeros colonos, y nos atraparía en su red de simulaciones hasta hacernos perder la orientación de nuestro objetivo, hasta anular la eficacia del acto que íbamos a realizar. Pero la interrupción que nos trajo a los colonos también sirvió para algo bueno. Los caminos que la vida tiene para obrar son mucho más amplios que los de nuestra voluntad, y gracias a esta verdad la voluntad del hombre se perfecciona hasta pertenecer a la vida por entero saliendo de su muerte, de su pasado error.

Nos acompañaron hasta el Desfiladero de la Luz. Allí descansan las leonas después de la caza, allí se reúnen también los chacales y las hienas, descienden del cielo los buitres y los marabúes, en sus altos cedros dormitan los leopardos, los guepardos se tienden en su abrupta ladera, y los carnívoros y los carroñeros descansan por la noche, antes de la próxima alborada. Cuando la luz ilumina el desfiladero, el mundo recupera su movimiento en el instante en el que los cazadores descienden a la sabana. Nosotros conocemos una cueva abierta en una roca de cuarzo, de donde brota la oscuridad del miedo, en la que el Gran Cazador - el león más viejo de la manada- se refugia al fin del día. Ese es el león al que cada cinco años debemos cazar porque su banquete representa la unidad de nuestro pueblo. Es siempre el mismo, inmortal, al que cazamos y del que nos alimentamos cada cinco años, porque su espíritu se renueva y toma forma otra vez en nuestra memoria, sin desaparecer como lo hacen el resto de los animales.

Acompañados de los extranjeros, nos acercamos a la cueva rezando en voz baja para infundirnos ánimos, repitiendo el nombre del sol siete veces, marcando el paso. Llegados junto a la gran abertura de la cueva, desde la que ya se precipitaba la sombra echándose sobre nosotros, el comandante de la expedición llamó al Gran Cazador tres veces. Pero el león no quiso salir de la cueva, tal vez por la presencia de los extranjeros, y la noche avanzó un paso más sin que pudiésemos ver ni escuchar al guardián de nuestro tiempo. Los dos extranjeros y el intérprete, junto al animal de tres patas al que le atribuían poderes mágicos, parecían observarlo todo sin comprender. Todos los guerreros nos pusimos a temblar cuando en lugar de escuchar el rugido habitual del león, el sonido que esperábamos, percibimos un gemido tétrico, terrible y desolador, agudo como el filo de una lanza, que nos puso los pelos de punta y que hizo que algunos de los nuestros perdiesen el equilibrio y cayesen a tierra. Era el sonido más desagradable que jamás habíamos escuchado, el sonido que hacen las hienas al devorar un cadáver. Pero el sonido estridente no venía de la cueva, sino de nuestras espaldas, temblorosas por el miedo. Nos volvimos y descubrimos el motivo de nuestro temor: los extranjeros, mirando el uno para el otro, la mujer para el hombre y el hombre para la mujer, se reían mientras sostenían el animal de tres patas que parecía querer echar a volar según daba bandazos a uno y otro lado, impulsado por las manos de sus cuidadores. Tal vez los extranjeros se hubiesen vuelto locos sin saber por qué, y así lo interpretaron el comandante y el obi, quienes preguntaron el motivo de aquellas risas a los extranjeros colonos, para determinar si podían o no responder conforme a razón. Ellos dijeron por boca del intérprete:

- Discúlpennos. Para nosotros es muy importante lo que están haciendo. Hemos venido precisamente a grabar la caza, a recoger un testimonio visual con nuestro equipo de este acontecimiento, con el fin de comunicar esta costumbre al resto del mundo. Pero no nos deja de parecer ridículo que nosotros estemos aquí hoy detrás de veinticinco hombres esperando que salga un león de una cueva, mientras escuchamos cómo ustedes lo llaman a gritos. En nuestra tierra nunca se nos ocurriría cazar así.
- ¿Cómo lo harían entonces?- les preguntó el obi.
- Aguardaríamos a que saliese para comer, y desde un punto lejano le dispararíamos con nuestro rifle, y toda la ceremonia concluiría en eso - comentó el varón extranjero.
- Si así lo hiciésemos nosotros jamás podríamos cazar al león que buscamos - explicó el obi- porque cazaríamos a otro que se le parece, y no tendría sentido nuestro rito. De lejos no se pueden hacer bien las cosas importantes. Además, si una trampa caza al león no lo cazaríamos nosotros.

Los extranjeros parecieron no comprender aquellas palabras, a pesar de que el intérprete se las traducía a su idioma. Pero guardaron una actitud de mayor gravedad a partir de entonces. Vanos fueron a pesar de todo los esfuerzos del comandante y los del obi. El Gran Cazador no abandonó la cueva, y las sombras de nuevo borraron el mundo conocido hasta la mañana siguiente. Nosotros acudimos entristecidos a nuestras tiendas, como si hubiésemos perdido un tesoro muy valioso - todos los tesoros son poseidos en esperanza- y nos dormimos en el Valle de los Cedros, sin atrevernos a regresar al pueblo después de la pérdida de nuestra primera oportunidad. Sabemos que la desgracia es un desconocimiento, pero la fe en el pasado nos otorga la seguridad del presente y el premio del futuro, de modo que el tiempo que somos lo formamos con el espíritu innato de nuestra voluntad. Los colonos se retiraron a su automóvil para dormir, después de mostrarnos los espectros convocados de nuestras imágenes del día pasado en la retina del ojo del animal de tres patas al que tenen costumbre de llamar Grabador, pero no nos sorprendimos de que aquel animal falso hecho de piezas de metal cuyo nacimiento no habíamos presenciado tuviese poder para repetir nuestros movimientos en un paisaje dibujado como el que acostumbra a aparecer en sus fotografías - ¿qué utilidad puede haber en repetir lo que ya se ha hecho?-, lo hicimos más bien de la capacidad que tienen los colonos para otorgar importancia a aquello que no la tiene y que solo sirve para distraer la atención y para desviarla de su objetivo fundamental, que nunca es un objeto, que siempre es un método de comprensión.

Uno de nuestros vigías nos llamó cuando el sol estaba clareando al término de la noche. Los elefantes habían iniciado su ruta hacia el oeste, y los hipopótamos regresaban a las aguas del Río de los Cocodrilos que marca el límite de nuestra tierra. Los extranjeros fueron los últimos en llegar.

- Parece que hemos venido a vivir al Más Allá- comentó la mujer extranjera.

El "Más Allá" es el territorio que, según los que viajan, se alza al otro lado de su propia muerte. Aquí lo llamamos el Espíritu o La Paz, y no creemos que se encuentre en un solo lugar, sino en todos los lugares a la vez. Como los peces del arrecife de los mares que los exploradores han visto, así son los pensamientos de los hombres, diversos en colores y tamaños, y todos sumergidos en las cosas que recuerdan de otro tiempo.

Supimos por los mensajeros del pueblo que las mujeres estaban preocupadas por nuestra ausencia y por el fracaso de la expedición, y rezaban para que regresásemos pronto a nuestras casas. Durante toda la mañana los exploradores mantuvieron un intenso diálogo con el comandante y con el obi, se intercambiaron regalos y se rieron juntos. Parecía que el mundo hubiese cambiado de pronto sus leyes insondables, y la circunstancia se debía a que el Gran Cazador no había querido aparecer, y el miedo había salido de su cueva y no había regresado a ella, y nadie sabía muy bien lo que era conveniente hacer. Surgieron rumores entre nosotros: unos decían que la situación traería problemas, otros no se preocupaban y participaban de la hilaridad de los embajadores del grupo, quienes seguían más pendientes de los extranjeros que de sus funciones, como embriagados o envenenados por la picadura de una serpiente. Yo me dediqué a escribir lo que sucedía de acuerdo con las reglas que me habían enseñado los misioneros durante mi infancia.

Los babuinos chillaban en los baobabs del desierto peleándose entre sí, como borrachos de sangre. Dos machos se enfrentaron y uno mató al otro y arrojó su cadáver desde la copa de su árbol. Vimos el color del líquido de la vida que gritaba salpicando desde sus heridas la piel del cadáver, en torno al cual se juntaban las moscas verdes y brillantes. La boca estaba

abierta, y los colmillos punzantes del mono sobresalían de su mandíbula de encías rosadas en un último gesto de feroz combate. Una sensación de lástima recorrió nuestro pensamiento, una emoción de frustrada expectativa nos tocó levemente el corazón, porque vimos la semejanza entre los rasgos del animal y los nuestros.

Después llegó la tarde y el crepúsculo de piel de leopardo, cuando los rayos del sol se ocultan en la sombra. Y volvimos al Desfiladero de la Luz después de ver pasar a las manadas de ñúes de un extremo a otro del río. En nuestro grupo no había orden ni jerarquía, y me pareció que nadie recordaba su función en la comunidad. El Gran Cazador tampoco quiso salir de la cueva. Los extranjeros volvieron a grabar nuestra llegada, y cuando nos vimos de nuevo como espectros del ojo del falso animal de tres patas, del animal que tanto se parece a un buitre, con un único ojo que sirve para ver y para ser visto, nos pareció que una parte de nosotros no estaba con nosotros, porque ya cada uno no pensaba más que en sí mismo. Pero el comandante del grupo, por consejo de los extranjeros, le quitó importancia al asunto y les ayudó a encender fuego a los hombres blancos. Pasaron toda la noche en vela el comandante, el obi y los extranjeros, observando fotografías a la luz de una bujía de fuego amaestrado por ellos y hablando de sus diferencias en el vestir, poniendo ejemplos simpáticos de algunos antecesores suyos que visitaron nuestra tierra en otros tiempos, y de los trucos que empleaban para que nuestra población creyese que eran dioses.

- Tal vez ese león que buscan haya muerto, y por eso no salga- explicaba el extranjero.

E incluso el obi aceptó la explicación, pareciendo comprender el significado de la palabra "muerto".

A la mañana siguiente la mitad de nuestros hombres decidió regresar al poblado. Los que permanecimos fieles a nuestra misión nos quedamos tristes, pensando en lo sucedido y en el cambio que se había operado en nosotros. Como nadie respetaba autoridad alguna fuera de sí mismo a consecuencia de la desmotivación y de la desesperanza de las dos noches anteriores, los presentes se pusieron a conversar con los extranjeros y a despreocuparse por el interés común. Yo mantuve el oído muy atento a las palabras del intérprete de los extranjeros al mediodía, mientras las jirafas ramoneaban las hojas altas de las acacias floridas. Entre risas y cháchara desprovista de importancia, los extranjeros se besaron delante de nuestro sacerdote y de nuestro comandante, mientras ellos reían y aplaudían olvidando sus obligaciones. Muchos de los nuestros los imitaron, y muy pronto solicitaron del comandante trasladar al campamento a sus mujeres y a sus hijos, para divertirse mientras no aparecía el león. El comandante se lo autorizó, y él mismo fue al poblado a recoger a su mujer y a sus dos hijas. Yo también regresé al poblado para informar a mi familia de lo sucedido, sin detenerme en pormenores para no preocuparlos, asegurándoles que habíamos tenido un incidente que solucionaríamos sin dilación. Pero no me llevé conmigo ni a mi mujer ni a mi hijo, para que no fuesen testigos de la violación de las normas de nuestro pueblo. Al regresar, me encontré a mis compañeros en estado de trance, como cuando se embriagan durante la Fiesta de Presentación de las Cosechas del Año. Me sorprendí mucho cuando vi que el extranjero tenía sujeta por la cintura a la hija del comandante mientras este sonreía, y mientras la extranjera que lo acompañaba jugaba con un adolescente y le colocaba las manos en el pecho sin dejar de reír. Le dije a Ojo de Águila, el amigo más grande que tengo, mientras anotaba estas cosas en un libro de memoria:

- Tú ves y oyes como yo cómo estos dos colonos extranjeros han hecho olvidar su deber a nuestro pueblo, cómo nadie denuncia la situación, cómo nuestras mujeres y nuestros hijos están a merced de su capricho, a pesar de que el sol y la luna siguen su curso, y los animales siguen mostrándole a nuestra inteligencia el camino a seguir, que es lo que Dios quiere de nosotros, lo que hará que participemos de su gloria.
- Pero ya ves, Hijo del Rayo- me respondió mi amigo- que a ellos nada les preocupa.
- Pues si nadie tiene valor de decir la verdad- repuse yo- somos nosotros los que debemos hacerlo, pues en nosotros está el bien de los demás que han olvidado su camino.

Entonces mi amigo me replicó:

- Soy yo el que debo actuar, porque tú estás ocupado en la tarea de dar testimonio de todo esto. Aguarda aquí mientras voy a hablar con el comandante.

Así lo hizo mi amigo. Pero ni el comandante,ni el obi, ni tampoco sus compañeros reconocieron sus motivos, y se burlaron de él alegando que como era pobre y no tenía que comer, por ello estaba tan interesado por el banquete. En nuestro pueblo solo se habla del hambre, de la pobreza y de la riqueza, cuando alguna acción nuestra ha atraído la culpa y el castigo sobre nosotros, pues el mal atrae la desgracia como el bien la prosperidad. La contestación encendió de ira a mi amigo, que arrojó su lanza sobre el sobrino del comandante, que hacía mofa de él para avergonzarlo delante de los demás, y le hirió en el hombro derecho. El herido se levantó y se echó sobre mi amigo golpeándolo con los puños en las mejillas. Alentados por la refriega, los presentes se adhirieron a uno de los dos bandos y se pelearon entre sí, sin respetar parentesco alguno, del modo que ocurre en las guerras civiles. Cada cual invocó a los antepasados de su casa y se echó sobre el contrario para aniquilarlo. Antes de que me pusiese a gritar por lo sucedido, escuché un disparo. El extranjero tenía una pistola en la mano y dijo con rudeza:

- Que nadie se mueva o disparo sobre el que lo haga.

Todos callaron. Solo se escuchaba llorar a los niños.

- Hombre blanco - dijo mi amigo con odio, mientras le chorreaba la sangre por la frente- Tú has traído la guerra a nuestro pueblo.
- No- repliqué yo avanzando hacia el grupo- La hemos traído nosotros cuando olvidamos nuestro deber. Cuando la gacela huye el guepardo la persigue. Cuando nosotros obramos mal la paz nos abandona. ¿Qué fue del Gran Cazador que perseguíamos? ¿Dónde está nuestro objetivo?
- Malditos cabestros, otra vez con esa leyenda- murmuró el extranjero con la pistola humeante- Vuestro león no existe.
- ¿Quién eres tú para decirlo?- se oyó una voz.
- Soy el que lo ha matado- respondió el extranjero mientras guardaba la pistola en la cartuchera del cinturón.
- ¡Oh, no se lo digas! ¡Ahora estamos en problemas, Gabriel!- chilló la extranjera sollozando.
- No harán nada, Alina, saben que no pueden nada contra nosotros- contestó el extranjero.
- ¿Y si viene la policía?- gritó ella.
- No vendrá nadie a este lugar- replicó su acompañante- Y si vienen no podrán probar nada.

Dicho esto por el extranjero, el sol de la sabana, enorme óvalo de fuego naranja, se alzó sobre el desfiladero y se oyó pasar a un enjambre de abejarucos que ensombreció el cielo sin nubes, encendido del calor de la tarde como la plancha de un horno. El extranjero nos llevó a un lugar que no conocíamos a todos los presentes, una cabaña portátil de madera a la que denominaba bungalow, muy usada por los británicos que llegaron a las tierras del norte en la época de nuestros abuelos, acompañados de franceses, de alemanes, de italianos, de españoles y de portugueses - estos últimos habían coronado a un rey del Congo en edades remotas-, todos ellos procedentes del Norte de donde descienden las estrellas, todos ellos colonos y agrimensores que trazaron fronteras, instituyeron tronos y dominaciones, convirtieron a sus costumbres a muchos de los nuestros y les mostraron el arte de hacer la guerra a cambio de mercancías. Al abrir la puerta, todos nos asomamos a su vano, y en un instante lo vimos. Yacía en el suelo la piel del Gran Cazador, y los pies de los extranjeros la pisaban.

- Aquí está vuestro inmortal- masculló el extranjero riendo con odio- Yo mismo le disparé cuatro tiros y lo desollé con ayuda de este hombre de los vuestros que ahora me sirve de intérprete.Sé bien que es una especie protegida, pero las autoridades de este país no tienen fuerza suficiente para perseguir los delitos perpetrados por los mismos que les hemos dado sus leyes. Solamente os lo muestro para abriros los ojos, para que no deis crédito a una leyenda y veáis la realidad tal como es. Nosotros los occidentales no seremos perfectos, pero somos más fuertes que vosotros. Mi mujer y yo hemos venido a grabar un documental de la vida salvaje de África para venderlo a la Sociedad Geográfica. No queríamos perturbar vuestras costumbres, pero nos hemos dado cuenta de los errores que tenéis. Así cualquiera os puede engañar. Yo no pude resistirme a hacerlo. Estáis lejos del progreso y de la ciencia, y solo creéis en supersticiones.
- Eres tú- repuse entonces- hombre soberbio, quien solo crees en supersticiones. Tu confianza ciega en el progreso y en la ciencia que invocas es una superstición. Vuestro pueblo está lejos de la verdad, por eso recorre inquieto el mundo y no encuentra descanso ni lugar donde establecerse. Por eso vuestros barcos comercian por el mar y vuestros aviones atraviesan el cielo con la velocidad a la que el enfermo busca la salud, y no la encuentran porque aunque cambien de lugar, no cambian de costumbres. Yo no he salido de mi tierra, pero sé esto por muchos que me lo han contado. Puede ser que en algún tiempo tuvieseis espíritu, pero ahora os ha abandonado.

Mis compañeros bajaron la cabeza. El extranjero sonrió.

- Esas son pamplinas, las causas de vuestro atraso- repuso encendiendo un puro y expulsando el humo al techo- El mundo económico se divide en tres partes, y vosotros sois la tercera. Los hijos de Cam, los olvidados, los oprimidos. Solo los que han salido de vuestra tierra han prosperado. ¿Por qué emigran tantos a Europa, y mueren cada año en su intento de cruzar el estrecho de Gibraltar? Buscan una vida mejor de la que tienen. Pero contra los hechos no hay prédicas: ahí está vuestro león muerto.
- Vuestra vida se sostiene en la herencia de vuestros padres, pero vosotros no habéis hecho nada para merecerla -repliqué- por eso la tierra os será arrebatada. Aquellos que emigran lo hacen porque vuestros antepasados han contaminado de vicios su nación, y han llevado la violencia a sus casas. Y en cuanto al hecho del que presumes... yo te mostraré lo equivocado que estás al confiar en una ilusión de tu ciencia.
- ¿Vas a resucitar al león?- rió el extranjero- ¡Por Cristo que no lo harás!

- No necesito pronunciar el nombre de Dios en vano- repuse adelantándome con mi cuaderno bajo el brazo- Tú profanas la religión de tus padres. Este no es el Gran Cazador. Te diré por qué- dije mientras me agachaba a inspeccionarlo- Vosotros, Guardián y Sacerdote, sed testigos de lo que voy a decir. El Gran Cazador, según nuestra ciencia, es hijo del sol y de la noche, y toma la figura del león y se hace patente a nosotros por medio del espíritu al que vosotros despreciáis, porque no tenéis otra religión que vuestro vientre. Una señal lo identifica: en su presencia nadie de nosotros tiene miedo, pero aquí todos desconfiamos del que tenemos al lado, y la envidia ha envenenado nuestros corazones, y por eso hemos sido derrotados al vender a este extranjero nuestra religión por sus armas. En nuestro rito ya no habita el espíritu, por eso estamos a merced de este extranjero. Nuestro pueblo ya no existe.
- ¿Quién te ha dicho eso, hablador?- repuso uno de los oficiales encarándose conmigo - ¿Quién te ha dado autoridad para juzgar a los demás y decir que no forman un pueblo?
- Hijo del Rayo tiene razón- habló entonces el obi- Hemos dejado que este extranjero y su mujer participasen en nuestro rito y no les hemos exigido, dejándonos seducir por sus novedades, que fueran purificados antes. Tú mismo, Comandante, le has presentado a tu hija al extranjero. El castigo nos ha venido por nuestra culpa.

Y todos se pusieron de acuerdo en aquello. Pero el extranjero, enfurecido y avergonzado, ordenó:

- Quiero que os vayáis de mi casa. Si queréis seguir siendo unos salvajes, es vuestro problema. Nosotros tenemos mejores cosas que hacer que charlar de tonterías.
- No, hombre blanco- repuso mi amigo Ojo de Águila- Tú has matado a este león en nuestra tierra sin nuestro consentimiento, y debes pagarnos por lo que has hecho.

El extranjero echó una carcajada delante de mi amigo, y mirándole a los ojos, levantó su pistola y le apuntó diciendo:

- Vete.

La mujer del extranjero lo abrazó para calmarlo y le rogó:

- Por favor, Gabriel. Ya les hemos hecho bastante daño. Págales lo que sea y que se vayan.
- Juro que a estos salvajes no les pagaré nada - declaró el extranjero- Nadie me va a obligar a hacerlo. Ningún africano me va a dar órdenes. La ley siempre estará de nuestra parte. Es una cuestión de orgullo. No hemos venido a pagar deudas.

Al escuchar hablar así al extranjero por boca del intérprete, muchos de los nuestros quisieron intervenir por la fuerza, pero nuestro comandante, quien ya había recuperado el mando de nuestra expedición, ordenó que nos retirásemos, pues la culpa de confiar en los extranjeros había sido nuestra.

Pero cuando ya estábamos afuera, oímos un grito de la mujer del extranjero. Cuando caminaba entre la hierba, una cobra la había mordido en la tibia, y se arrojó al suelo a consecuencia del dolor, y se puso a gritar fuertemente. El extranjero se echó al suelo con ella y trató de extraer el veneno de la herida, pero cuanto más apretaba con los dedos, más extendía el veneno por la pierna. No hubiese tardado una hora en morir, pues al poco rato su cuerpo daba fuertes convulsiones, de no ser por la intervención de nuestro obi. Con un pedazo de carbón y con una planta desconocida para quienes no pertenecen a nuestro pueblo detuvo la infección y anuló el efecto del veneno, cortó la hemorragia y calmó las

convulsiones. Después escupió la sangre infectada y lavó la herida, y como no disponíamos de agua suficiente, se cortó en la mano con un cuchillo de sílex purificado de la infección y vertió la sangre sana de su herida en la herida enferma de la extranjera, y de ese modo pudo salvar su vida. Cuando recuperó el habla, el extranjero la besó y lloró arrancando la ira de su corazón, mientras la escuchaba decir:

- Gabriel, has obrado injustamente con estos hombres. De no ser por ellos, estaría muerta. Nunca he estado más agradecida a nadie en este mundo. ¿Por qué los has maltratado? Si los maltratas a ellos, es como si lo hicieras conmigo. Ahora lo comprendo, y tú debes comprenderlo también: este es un pueblo santo, y de no ser por él, ¿qué hubiera sido del nuestro? ¿Cuántas veces nos habrán salvado aún de nuestras propios enfrentamientos estos hombres y mujeres tan despreciados por nuestra soberbia? ¿Qué sería de nosotros sin ellos? ¿Dónde estaría yo ahora? ¿Dónde estaríamos nosotros ahora y aún antes de haber venido a esta tierra?

El extranjero alzó la vista del suelo, y sin dejar de llorar como nunca lo había hecho antes, liberado al fin de su orgullo por la pena de sus acciones, nos suplicó:

- Perdonadme. Y perdonad también a mi pueblo. Ni yo ni él os comprendíamos hasta hoy. Agradecido le estoy incluso a esta serpiente, porque su veneno me ha curado del mío.

Aún no había terminado de hablar, cuando algo nos hizo volver la cabeza al Desfiladero de la Luz. Justo en la cumbre, bañado por el sol del crepúsculo, alzaba su rugido intenso el Gran Cazador, y las montañas parecían escucharlo como lo hacíamos nosotros.

HABLANDO DE PÁJAROS

En mi esgrima fantástica voy solo a ejercitarme,
oliendo en los rincones el azar de la rima,
tropezando en palabras como en el pavimento,
topándome con versos largamente soñados.

Baudelaire

Una viva claridad gris invade el tranvía y se propaga por todas partes como una justicia inexorable.

Jean Paul Sartre

Ataúlfo Vaugiron caminaba solo por París, la mañana siguiente al día en que había terminado la guerra. Evocando un acorde de Pergolesi, saliendo de su piso o azotea del Barrio Latino que no disponía de agua corriente y que ocultaba los vanos sin cristales de las ventanas con lienzos de vanguardia, vagabundo glorioso como Dino Campana, hallando símbolos de Baudelaire y de Laforgue en las extremidades de las calles donde campeaban los contenedores del servicio municipal de basuras, cruzó la Plaza de la Estrella y torció hacia el Bosque de Bolonia. Eran las cuatro y aún no había comido. Hacía un mes que no

trabajaba y vivía de unos articulitos de circunstancias que le pagaban en Le Figaro a diez francos la unidad. Se preguntaba si iría al mismo restaurante de siempre, a que le sirvieran el plato del día, a charlar con el novelista Hanté, a comentar la retirada de las tropas alemanas, a jugar al dominó y a preguntar por algún burdel a buen precio, y otros motivos de cotidiano breviario.

Pero aquel día el destino le tenía preparado un homenaje. Desde la ventana de mi apartamento de la Rue Dauphine - esa calle recoleta en la que Bretón y los surrealistas han ubicado el Paraíso Artificial del Museo Civilizado- lo vi pasar escuálido y pobre, y con esa soledad tan fantástica y de leyenda que lo hacía tan interesante para mí. Lo vi poner el auricular junto a su oído y supe que me llamaría antes de que lo hiciese. Le dije desde la ventana que podía venir a mi casa mientras el hombre que trataba de eludir no volviese. Al llegar se echó a mis brazos y buscó mi cuello con ansiedad, y me besó en los labios tocando la punta de mi lengua antes de que yo lo apartase sonriendo y ofreciéndole mi mesa, donde acababa de comer unas milanesas de carne en compañía del otro. Los platos no habían sido retirados todavía, y el pobre tenía tanta hambre que se puso a comer con las manos sobre los restos del plato de Gerard, el agente de seguros con el que desde hacía una semana me había amigado.

- ¡Dios mío, parece que hace un año que no comes! - grité, y su apetito despertó mi sensualidad.

Él no dijo nada en un cuarto de hora, terminado el cual se bebió una copa de coñac y se limpió con la servilleta con un cuidado exquisito.

- Me han despedido de la productora- dijo muy serio, como un candidato en las elecciones- Ahora solo vivo de mis artículos.
- ¡Mi pobrecito!- exclamé yo - ¿Y cómo no has buscado otro trabajo?

Él miró hacia sus zapatos que antes de la guerra habían brillado como el rótulo de un cabaret del Barrio Latino, y respondió con una voz que me pareció afónica por el frío y por el tabaco:

- ¿Tú crees que alguien querría contratarme?

Y se puso a jugar con la banda de su sombrero de fieltro desteñido.

- Yo puedo buscarte algo- repuse- aunque sea de taquillero en los Italianos. O de acomodador en el cine, o de telonero en la Ópera, oh, ¡en fin!, ya buscaré algo.
- O de oficial de guerra - saltó él- ¿Te imaginas, con estas heridas?- y se descubrió los bajos del pantalón, rotos a la altura del tobillo.

Esta salida me hizo reír.

- ¿Pero es que nunca vas a hacerte un hombre de provecho?- dije suspirando - La ciudad está pasando hambre últimamente, incluso en las galerías de arte los pintores hacen alusión a lo que nadie puede ocultar por más tiempo. Me ha hecho gracia un pintor de estos del Salón de Otoño que ha dibujado a una mujer que llevaba en el sombrero, en lugar de flores, un pescado.
- Fue Braque, o, no, Picasso, creo que fue- comentó él mientras encendía la pipa la llenaba de unos restos de rapé que llevaba en el bolsillo, envueltos en un pañuelo- ¡Esa condenada guerra! A todo eso nos han llevado las colonias, la Bolsa y los bancos. El señor Krupp tenía que fabricar sus cañones. ¡Y la nueva artillería, regalo del Diablo! No en vano el azufre, el salitre y la hulla, los componentes de la pólvora, se extraen de los

infiernos del subsuelo, donde trabajan los condenados de las minas. Ahora quieren fabricar el nuevo Caballo de Troya, la bomba atómica, para abrir un boquete en la civilización, con uranio y con plutonio, esas piedras filosofales descubiertas por los esposos Curie. ¡Todo para seguir manteniendo el dinero en el Banco, en poder de esos usureros descendientes de Caín, y para seguir produciendo armas que exportar a sus colonias!. ¡Toda una novela de amor, un romance capitalista, como dijo el señor Pound!... En fin, ¿dispones de tiempo?

Comprendí lo que me pedía y le respondí con una sonrisa. Mientras le sacaba la lengua, se quitó el pantalón y se tumbó en la cama en camisa, y luego me desvistió con impaciencia, con la devoción acostumbrada: primero la falda, después la blusa y la chaqueta, y por último el sujetador. Noté que en las últimas semanas había adelgazado, y una o dos chinches lo habían picado a la altura de los sobacos. Pero olía a perfume de lavanda, como siempre, y su aliento parecía el de un quinceañero. Sentí con alegría que la parte de su cuerpo con la que se celebran estas felices uniones estaba más entusiasmada que nunca y su firmeza era admirable, e hicimos el amor ardientemente mientras se escuchaba por la radio una emisión de las noticias internacionales de actualidad sobre la retirada de las tropas alemanas de París y sobre el desembarco de las tropas americanas en Normandía, con algunas aclaraciones del mariscal Pétain en las que repetía: “Resistiremos, mantendremos la frontera”.

Después de habernos sincerado soltando lo que llevábamos dentro, él, extenuado, se echó a dormir sobre la cama y yo me quedé pensando en qué tendría que hacer para conseguir que Gerard me prestase cincuenta francos para pagar el vestido que me había comprado para actuar en el Moulin. Por curiosidad rebusqué en el bolsillo del pantalón de Ataúlfo algo que se pareciese a una billetera y me encontré con un pedazo de cuero con una inscripción hecha a punzón en la que se leía en letra gótica: “Talleres Bouvard. Sea feliz por poco precio”. Dentro había un pasaporte y un carnet raído, una fotografía de una mujer con un abrigo de petitgris que parecía una actriz de cine, y una estampita de la Virgen de Fátima bajo cuya imagen llevaba el Ave María y la fecha de 1917. La estampita me despertó la devoción y me puse a rezar y a rogar por mi madre y mis hermanos de Montpellier, que hacía diez años que no veía y con los que me comunicaba por carta antes de la guerra. Me enternecí pensando en mi vida y me puse a llorar. Después recé a la Virgen diciendo: “Madre de los Cielos, haz que algún día termine esta farsa y que pueda tener lo que siempre quise tener y nunca tuve: el amor, y no la tristeza; la paz, y no el placer de lo que empieza y termina casi antes de haber empezado”. Estaba terminando la oración cuando interrumpieron mi pensamiento los ronquidos de mi amante, y recordé que tenía que llevar la ropa a la lavandería y entregarle a la señora Éluard los quinientos ochenta y tres francos que me había prestado la semana pasada para poder pagar la letra del tresillo rojo del salón, ese tresillo al que Gerard llamaba ridículamente “comunista” por su color estridente y por la estrechez de sus patas, que a veces tenían la manía de cojear. La señora Éluard es una mujer de mediana edad, muy habladora y bromista, con muy buen humor, que tiene un marido bohemio, un poeta, que siempre va de aquí para allá buscando sitio donde instalarse. En su casa apenas hay una cocina de carbón y una mesa no muy buena de castaño, no hay cortinas y una de las habitaciones tiene los cristales rotos, y la señora Éluard se ve obligada a tapar el vano de la ventana con un cuadro con el dibujo de una mujer tumbada que está firmada por un tal Matisse. Me levanté de la cama de un salto y le dije a Ataúlfo, despertándole:

- Acaba de llamar Gerard… Vamos, vístete y vete.

Se puso la camisa y el pantalón bostezando, con esa inocencia que tiene su cuerpo, cuerpo de viajero, de hombre nómada que conoce mis caricias, de héroe cotidiano que no tiene otro hogar diferente a mis brazos, casi a punto de nacer, casi hijo mío. Apagué la radio. De pronto se puso sus zapatos y desapareció como un fantasma por el agujero de la puerta, tragado por la oscuridad de la escalera, dejando un beso profundo de gratitud en la punta de mis labios. Me vestí y salí de casa. Caminé por Saint-Antoine y antes de que pudiera doblar la esquina una gota de sangre me alcanzó las mejillas. Miles de soldados americanos festejaban la victoria de los aliados, con sus cascos que parecían caparazones de tortuga y con sus uniformes bordados de estrellas, pero había un silencio en las palabras que nadie se atrevía a decir y que hacía que sonaran a huecas, porque las palabras son paisajes articulados que se llenan con pedazos del corazón, y cuando solo repiten como campanas los sonidos del vacío del alma cuando no existe el amor, se parecen a la lluvia menuda que no llega a mojar la tierra. Reaccioné cuando sentí un brazo atándome la cintura, como una serpiente tratando de doblegar mi talle, y una sonrisa se posó en la boca de un soldado que me miraba con la cara manchada de heridas ajenas.

Primera Carta del Amor

"Santa Genoveva, en pie con la oriflama del invierno,

Sonríe desde la cúpula del Panteón,

Tan semejante a la escarapela del Arco Iris,

Y,

Justo debajo de los relieves del Arco de Triunfo,

Los últimos modelos de automóviles circulan

Como colores de un lienzo impresionista de mitos usados,

Renovándose de generaciones

Al igual que el mar oscuro cantado por Valéry.

Un niño está caminando sobre la noche,

Funambulista musical sobre el cable de todos los sueños,

Sobre el teatro de Los Miserables,

Sobre las novelas inciertas de los transeúntes

Que toman el tranvía en dirección a su hogar.

Pero la noche no se detiene en su real enigma de fe,

Y el Ángelus de Millet se convierte de pronto en la mañana"

Noté que del aliento del soldado americano desprendía un olor a alcohol que me recordó la muerte de pequeña hija Judit hacía tres años a consecuencia del tifus. Le dije que me soltase, pero él sonrió y me enseñó como si acabase de capturarme a sus compañeros de regimiento, que arrojaban botellas de champán al suelo mientras bailaban al foxtrot con unas camareras de La Coupole. Quise liberarme de sus brazos cuando noté que otras miles

de manos me agarraban y me inmovilizaban como unas tenazas, sentí también el hormigón de la acera por la que no pasaba ningún transeúnte y su rigor de cemento sin color tensando mi espalda, y entre mis gritos y los himnos grotescos de los pífanos de la artillería bélica se coló la imagen de mi propio dolor, bala profunda que atravesó mi pelvis con la furia de una lanza sucia, y una bomba de guerra hizo estallar mis lágrimas. Fue parecido a un dolor de parto, aunque sin la esperanza de un principio de vida. Dejé mi cuerpo abandonado como el de los mártires, y no me entristecí, porque evoqué el testimonio de los santos, que solo entregan su propia muerte para ganar la vida. Las mujeres somos iguales que los hombres, pero nuestro cuerpo contiene a su vez al suyo, y por eso ellos nos buscan como si les faltase una parte de su cuerpo al perdernos, y por eso nos maltratan si se olvidan de sí mismos, aunque saben que esa es su perdición. Yo siempre he sido virgen, porque no me he entregado a nadie como esposa, y aunque muchos me han tocado, mis dedos solo han acariciado la cabeza de los hombres como si fuesen niños abandonados que necesitan el cariño de una madre. Por eso las risas ebrias de los soldados me sonaron a explosivos sobe mis oídos, mientras sus brazos eléctricos buscaban el lugar oculto de mi corazón. Otras chicas que habían sido sorprendidas en la misma trampa que yo trataban de desenlazarse de sus verdugos como la mosca trata de liberarse de la tela de la araña, ley que se impone solo a los débiles que en ella caen y no pueden romperla, y sus gritos de ninfas violadas se elevaron en tropel por los bulevares sitiados por las botas de los extranjeros. En la feria de la angustia noté la carcajada loca de una mujer grotesca pintada como un payaso de circo, embadurnada de pintura y con los ojos escondidos tras el velo de las lágrimas, bacante triste cual una mandolina desafinada, que se reía amargamente sobre su tristeza, airada sátira de la injusticia, envenenada por el odio de dos jóvenes que se habían quitado el uniforme y que amasaban sus pechos con sus manos en una pantomima sexual desenfrenada que la hacía rodar como un carrusel hacia la muerte, y que me pareció la expresión del grito de la alienación y del abandono que un pintor trazó sobre una tela tenebrosa de la que sobresalía una calavera amarilla, del color de los prados imaginarios de Van Gogh, la misma calavera de la vanidad y del comercio deshumanizado que aparece en el lienzo de Los Embajadores, de Holbein, y en El Grito de Munch. Allí en mitad de la calle, los burgueses que paseaban con ramos de flores para sus amantes se reían de nosotras, y eran los mismos que ahora festejaban la recuperación de la soberanía de Francia y de Europa con la ayuda de los aliados, con sombreros de fieltro y trajes de seda, los que habían celebrado también la ocupación nazi, hija del odio y de la usura de las colonias fomentadas por el progreso y las libertades públicas contra quienes esclavizados durante siglos no sabían defenderse, y llevaban banderas tricolores que agitaban mientras cantaban La Marsellesa. Igual que sucede en los cuentos de Maupassant, que yo leí a los quince años cuando vivía en una pensión en el Marais prestando servicios en un burdel para pagar el alojamiento mientras me pasaba las noches llorando y mentía en las cartas que les enviaba a mis padres a Montpellier, una mujer no tiene otra dignidad que la que la sociedad le confiere, y cuando la pierde es como si dejase de existir, aunque la propaganda de las leyes fomente una igualdad de derechos que solo sirve para justificar un cartel de Toulouse- Lautrec , una película o un anuncio de televisión, en el que la libertad sexual se convierte en un aliciente para el vicio que atrapa en su red a un pequeño grupo de víctimas como nosotras, que entre tanta novelería pierde la esperanza de ser libre. Detrás de los colectores de basura, sellados con el escudo de la ciudad donde aún se veían pintadas algunas esvásticas en forma de engranajes de fábrica, reconocí la cara del soldado que me violó. Tenía los ojos llenos de niebla y unos cortes de navaja en las mejillas, además de un hematoma violáceo a la altura

de la sien izquierda. En sus ojos tembló de pronto una llama de temor cuando pronuncié el nombre de mi hermano pequeño, y su infancia se me apareció como una revelación en el cielo de la memoria, antes de que muy asustado se apartase de mí y su voz sonase a maldición, a eléctrica sombra, huyendo a esconderse en un bosque de muertos olvidados, de esqueletos de fotografías disolviéndose en una amarga culpa metamorfoseada en el pitido de tranvía que nos sorprendió cuando después del dolor y del deseo aún estábamos mirándonos.

Segunda Carta del Amor

Te descalzas de los sueños parecidos a cristales de tiempo,
Cuando una alambrada cruel esconde
Tantos rostros humanos escoltados por la muerte.
Pero no estás soñando, aunque esperas
Que una decisión más allá de ti te despierte.
¿Por qué?, preguntas, tantos infelices
Están sepultados al fondo de este océano de ira,
Por qué las guerras se escriben con la sangre de los hombres,
Por qué es tan difícil amar cuando el rencor ha cegado el bien
Y cuando la luz se busca excavando en las tinieblas.
Hemos inventado el fracaso.
Recorro a solas un Campo de Concentración,
Y veo a hombres con los ojos borrados
Con la voz exiliada que están pidiendo una migaja de consuelo,
Una gota de cariño para su garganta seca
Y el milagro de una caricia para su corazón.
Otros intereses los cercan y los miembros del día se separan,
Porque no hay día ni futuro posible para quien no se reconoce en el otro.
Hay políticos en sus cabinas, soldados en sus cuarteles, tenderos en sus tiendas,
Pero ni una sola persona que sepa decir “te amo”
Y que pueda renunciar al odio para dar verdad al mundo,
Y para asentar la esperanza sobre la nada de no sentir.

No son judíos, ni negros, ni extranjeros
Los condenados por el crimen ajeno,
Es la Raza de los Pobres la exterminada,
Es la poesía de su voz la no escuchada,
Es su verdad la silenciada alevosamente
Como el secreto de un crimen que no se quiere desvelar

Para evitar la culpa que sigue a la mentira,
Como si las alambradas de las leyes
Como si los espinos de las costumbres no evaluadas
Pudieran mantener la frontera del odio
Para embriagar con sangre inocente la lengua de los que sin saberlo

Están muertos a todo camino.
Tanto dolor es continua escuela,
Pero si algo es la palabra es vivo testimonio,
Y no ha de ocultar en el silencio de los muertos la vida de los hombres,

Aunque se instituya el crimen
Bajo un palio de civilización,
Una sola piedra volteada por la honda de un pensamiento sincero
Derribará toda estatua de su pedestal de ira

Y devolverá el alma a los hombres para reconciliarlos.

En la Ópera, relumbrante caracol invertido, se representaba Nabucco, en tanto los aviones bombarderos atravesaban las nubes rasgadas de hilo blanco cosido al cielo. Humillada por el trato de los soldados, caminaba cojeando por la Rue Neuve Sainte- Geneviève después de salir de la estación de metro, en el que solo viajaban extranjeros que miraban sus pasaportes con los relojes detenidos en la hora de su exilio. A la salida se puso a llover, y como no tenía paraguas, me tapé con un periódico atrasado que me habían prestado dos mendigos polacos que comían alubias en lata bajo un cartel de licores donde un hombre rico y gordo, con sombrero de hongo y un bigote con las guías en pie, fumaba un puro y sonreía a una jovencita rubia con un cigarrillo entre los dedos. El agua de la lluvia chorreaba por el periódico y emborronaba la tinta de los titulares y de los artículos de opinión, caía como un diluvio sobre la letra impresa y pronto transformó el folleto en una pasta irreconocible, que dejé caer al suelo antes de refugiarme bajo el pórtico de la entrada, aguardando la llegada de los señores Éluard. Me puse frente a la taquilla, adornada con farolillos japoneses, y contemplé el desfile de parejas de bien que asistían a la representación, vestidos para la circunstancia, con ropas como lienzos, planchadas las arrugas de los chaqués y de los trajes, muy perfumadas las damas aunque a fuerza de la necesidad que había desencadenado la guerra, todos vestían a la moda de antes de 1929, con esos modelos de factura alemana y austríaca que acentuaban tanto las hombreras y las pamelas femeninas, como corresponde al estilo imperial del siglo de las revoluciones, y me reí pensando que eran sombras de cine que se paseaban sin vida propia por la ilusión de una pantalla proyectada desde el chauvinismo de las tiendas de ultramarinos. Eran como faunos asistiendo a una orgía campestre, tapados con anuncios de fábricas, cuyos gestos se miraban entre sí para no equivocarse. Evoqué a Mallarmé y su dramatismo lírico, la ironía de sus crepúsculos “con reflejos de púrpura y oro”, como diría Verlaine, las alusiones a la democracia colonial de Rimbaud y el derrame imaginativo de René Char para una sociedad ibseniana, protocolizada, que se miraba en el espejo de su progreso, artífice de dos grandes guerras. Una puede perderse en el humanismo de Flaubert y sus minuciosas descripciones de la trama social, puede saltar a las tesis regeneradoras de Tólstoi y Dostoyevski –aún evidentes en los escenarios de Gorki, de Turgueniév y con resabios populares de Pushkin-, puede llegar a los encajes evocados de Proust sobre la juventud de la memoria, puede incluso – si ve a una tuberculosa pidiendo en la calle para dar de comer a sus hijos, como vi

yo en aquella ocasión- poner una lágrima en el relicario del corazón al modo de Anatole France, pero no podrá olvidar que la carrera social de una época a otra sirve para condensar nostalgia y para reconocer la necesidad de volver a empezar desde el principio. Los diseños del Vogue no sirven de un año para otro, porque no se puede retener el tiempo que se ha evaporado de sus patrones del color de la soledad. Por eso al lector le parecerá tan fantástica mi vida como me parece a mí, que la cuento y la he vivido, aunque por boca de otro que la escribe, ese otro que es el tiempo y que justifica todas estas cosas. De todos modos hay que reconocer que es divertido jugar con este caleidoscopio de figuras y de imágenes, de mitos y de lienzos como los que describe el autor de *La leyenda de los siglos* , entre Escilas y Caribdis, entre Cielos e Infiernos, para que el alma conjunta que formamos y que se manifiesta en el sentido de cada uno de nosotros – los ojos del observador- alcance la quietud de la alegría. Sé que no era una comedia esa señora esposa del presidente de la Cámara de Comercio que me miraba por encima de sus impertinentes – hoja seca chapada de oro viejo de brillo robado al sol, caricatura de *Les amours jaunes* de Corbière- tratando de aplastarme con sus pestañas postizas, ni el jovencito petimetre que había empezado por llamarme "mi vida" y a llamarse "esclavo de mis encantos" para huir de su timidez provinciana e introducirse en el lujo de la capital de la mano de la señora Citroën, esposa del prestigioso empresario – Trimalción y Roma callen- que durante la Exposición Universal de 1937 había alumbrado de bombillas publicitarias la Torre Eiffel, joven donoso que había llegado a la estación hacía dos meses preguntándose dónde se escondían los caballos que tiraban del tren y que ahora conducía automóviles y había incorporado a su investidura social la tracción delantera. Entre los bigotes de un argelino accionista del carbón y del acero que charlaba con el vendedor de coñac Jean Monnet, quien le explicaba su proyecto de aperturismo de fronteras europeas para dar rienda suelta al *laissez faire,* se agitaba un cuerpo rechoncho hinchado como un globo aerostático que le preguntaba a su interlocutor: "¿ El asunto de la esvástica ya…?", mientras su colega aclaraba: "En este momento ni hablar de ello". Un niño de siete años vendía periódicos y estaba afónico de tanto pregonar las noticias de última hora de *Le Figaro,* que contenía en su suplemento el último manifiesto de las vanguardias literarias, y tal vez por esa razón nadie le compraba el periódico, porque todos los viandantes de quinientos metros a la redonda se las sabían de memoria. Quisiera darle al niño un franco, pero no tenía más que lo necesario para liquidar las cuentas con los señores Éluard, que tanto tardaban en llegar cual si fuesen beduinos perdidos en una tormenta de arena en aquel – oh Chateaubriand- desierto de gentes.

Nunca he sido de las que lloran demasiado, y no por falta de desgracias. Es que creo que todo lo que me sucede es para bien, y no tengo en cuenta las falsas opiniones de los hombres. Para el campesino la legitimidad son las tierras, para el burgués el dinero, y solo para la persona libre las buenas inclinaciones. La guerra tiene un buen fin también, aunque se pueda pensar lo contrario, porque pone al descubierto todas las maldades que anidan en los corazones humanos que no logran amar lo suficiente, y a través de sus plagas aprendemos a proyectar el camino de la justicia. La justicia no es eso de lo que hablan los embajadores, diputados y políticos que gritan arengando en la radio ni en esa pantalla casera que han instaurado en los Estados Unidos, no son derechos legales ni constituciones ni sufragios, son la senda que cada uno ha de recorrer para encontrarse a sí mismo en los demás. Ellos, como dijo aquel fabulista griego del que aprendió La Fontaine, ponen de manifiesto en sus conductas nuestros propios vicios. Por eso esta triste Magdalena que soy yo, que empecé a probar el placer de las relaciones con los hombres a los diez años – el

primer hombre que conocí en la cama fue a mi propio padre-,que luego me aficioné en el burdel donde trabajaba para acceder a los escenarios del cabaret del Folies Bergère al rito de Lesbos con una amiga a la que le contaba todo lo que podía contarle sobre mi vida, que tuve un hijo de un ferroviario al que entregué al hospicio por no considerarme apta para educarlo, no me doy lástima a mí misma cuando me desprecian como si fuese la basura que todos ignoran y sobre la que se ceban con asco de buitres carroñeros los hombres cuando se aburren de mis placeres, y las mujeres casadas para justificar la lujuria de sus maridos insatisfechos. No me importa que se exhiban con esos canotieres y esos guantes y esos bigotes engominados y esas corbatas de satén compradas con el sudor de los pobres, porque sé que en el fondo no son libres de elegir su destino, y el paisaje de sus fraudes los rodea y les impide convivir entre ellos sin estar enfrentados los unos a los otros. Me lastimé el tobillo intentando mantenerme en equilibrio en el pórtico mientras el público entraba en masa por la puerta pequeña donde se representaba una escena más de la Comedia Humana, después de que los señores Éluard, reconociéndome y no volviendo el rostro como la mayoría, me saludasen con una leve inclinación de cabeza. La señora Éluard me dio su mano con cortesía y me preguntó qué tal me encontraba, y poco me faltó para echarme a llorar en sus brazos de la pura emoción que me hizo sentir su afecto (pero ya no es de ahora la costumbre que tengo de guardar bajo llave en mi mente los recuerdos más íntimos y desagradables de mi vida encadenados al infierno secreto de la región del dolor oscuro al que recientemente la ciencia especulativa ha venido a llamar subconsciente) irrumpiendo en la soledad de mi existencia que no puedo explicar sin recurrir al lenguaje de otros, con la esperanza de descubrir más tarde o más temprano su sentido en mi vida. El señor Éluard lo comprendió todo y me entregó mil francos antes de que le dijese para qué los necesitaba. Venía vestido con un suéter y una gabardina blanca y llevaba sobre la cabeza una boina roja con una hoz de oro y una estrella de cinco puntas de color amarillo, y aunque aquellos emblemas humanos nada significaban para mí porque he dejado de creer en las ideas de los hombres que siempre están viciadas de culpa cuando pretenden imponerse a la libertad ajena sin la paciencia que da el amor (cuyas cartas son bienes que trazan nuestro camino), supe que debía ser una buena causa en aquel hombre cuyas intenciones eran buenas y cuyos actos eran visibles. Los obreros del Quai de Javel habían proclamado una huelga y sus voces unidas se escuchaban desde la Concordia.

Tercera Carta del Amor

Por el Bois de Boulogne se paseaba un poeta Que desde su cuaderno hacía el mundo de nuevo.

Cuántas veces vio banderas, Libertades Guiando al Pueblo,

Con los tres colores oficiales, imitando un dogma lógico

De uno a otro extremo de la capital donde el dinero se inventa

En el crédito de quienes han perdido el aval de su trabajo

Y se encadenan a la noria de los negocios vanos

Para los que trabajan como esclavos millonarios.

No tenía más que sentarse en un asiento y ver pasar a los trajes

- a los fracs, a los chaqués hilvanados de billetes de banco Que pesaban sobre humanos desaparecidos

De vida novelesca, invisibles fantasmas de modas secas

Pudriéndose hacia la tierra que tragaba su miseria-.

Pero ellos no eran culpables: ya tenían su castigo.

¿Dónde otro infierno mayor? Merecían el perdón.

Su vida era un testimonio de lo que no debe hacerse.

Conocer el sufrimiento es camino de virtud,

Y a veces hay que llegar con penas a entender la alegría.

El poeta hacía versos de todas las frases muertas

Resucitando el sentido que estaba en el fondo de ellas

Como semilla esperando lluvia de voz para brotar

Y no tenía hambre ni sed: se alimentaba

A partir de una providencia que lo hacía necesario.

Escribía largos versos, dibujaba el amor con sus dedos,

Transformaba los obuses e flores, y los barcos en palomas.

Todo lo que tocaba adquiría nueva forma

Y sus palabras eran profecías y consuelos.

Podía llamarse Apollinaire, Supervielle, Charles Cros,

Saint- John Perse, Luis Aragón, Verhaeren, Moreàs,

Bataille, Enmanuel, o tantos nombres como estrellas de luz

Y piedras vivas y distintas que edifican

el cielo compartido del encuentro.

Está escribiendo esta nota, y yo acabo de nacer.

La unidad del lenguaje me ha hecho persona.

No he conseguido saldar mi deuda con el banco y me han desahuciado de mi apartamento de la Rue Dauphine. Los señores Éluard han sido muy buenos conmigo, todo lo buenos que hubieran podido ser. Pero le debía intereses al banco y Gérard me ha abandonado por una actriz de la Comedia Francesa a la que regala joyas todos los días gracias a sus inversiones en las acciones de la Euratom. Además, últimamente le han investido de un puesto diplomático en las Naciones Unidas, y se ha comprado un automóvil americano y una casa nueva en la Cité, mirando al Sena. He tenido que volver a trabajar en el burdel, esta vez en Belleville, porque los salarios están cada vez más bajos y apenas queda clientela en el barrio Latino o en Passy. Una noche vino a visitarme Ataúlfo, mi antiguo amante, con una borrachera de cognac que le hacía caminar como un buque de carga, con una pistola en el bolsillo. Me dijo que había venido para que lo despidiese antes de suicidarse. Tardé dos horas en convencerlo de

que se fuera a la cama y le prometí que le buscaría trabajo en donde fuese, porque conocía por mi oficio a la plantilla de todas las fábricas, talleres y manufacturas de París, desde Nanterre hasta Saint-Denis, que tratarían de meterlo en cualquier empleo aunque tuviesen que partir con él un mendrugo de pan, porque todos ellos eran gente caritativa, aunque muy bruta y malhablada a consecuencia de las explotaciones que se veían obligados a soportar, y algunos incluso cobraban una pensión por cortesía del seguro laboral que les permitía tener domicilio propio. "Estoy arruinado y hundido, no puedo soportar por más tiempo esta situación" me dijo con la cabeza sobre mi regazo, "esta ciudad no solamente se ha tragado mis ilusiones, también ha ensuciado mi alma (cuando llegué a París tenía veintidós años y soñaba con ser un novelista de éxito. Quería ser como Balzac. ¡Y mi vida fue precisamente, oh ironía, una novela de Balzac! Me vi obligado a escribir artículos y críticas para los periódicos en el mismo tenor y formato que los de Lucien de Rubempré, para desacreditar obras valiosas ante los ojos ciegos, interesados y efímeros de la opinión pública. ¡Cuántos ríos de tinta desperdiciados! En esta ciudad solo se escriben artículos y más artículos, folletines morbosos e historietas que no valen el papel en que están impresas, porque no son tentativas de arte, sino felaciones al gusto del público. Tuve que prostituir mi pluma en tonterías que me pedían los titulares, y finalmente la guerra ha terminado con el interés por estas frívolas novedades, y me ha despedido sin una cama sobre la que caer muerto). Sí, ya sé que algunos han triunfado después de muchas vicisitudes: ahí tienes al autor de *El Gran Meaulnes,* que ya puede comer caliente y aprovecharse de los derechos proclamados en la Cuarta República, y ese André Malraux que da tanto que hablar entre el Gran Mundo de las Vanidades de la Prensa – curiosamente es también un buen escritor-, Bernanos, Mauriac o Julien Green, Hemingway, Dos Passos y algunos otros extranjeros. Pero para muchos ha venido la muerte antes de que pudiesen elevar la cabeza a estos leves consuelos – el pintor Modigliani ya no puede concurrir a las subastas en las que se pujan millones por sus cuadros-, y yo me siento desfallecer por esta carestía que acaba de sobrevenirnos de pronto. El positivismo de tantas leyes, constituciones, artículos y libertades nos ha hecho olvidar nuestra condición de humanos y nos ha impedido aprender. Julio Verne no sabía que el entusiasmo por el progreso de la ciencia podría hacernos fabricar ídolos a imagen de nuestro vacío, y que la máquina de volar de Leonardo también era el instrumento de nuestra caída, porque el aire que respiramos es providencia pura, y no podemos controlar la naturaleza que somos y que nos enseña a caminar hacia delante, dejando atrás nuestra muerte. Sin esta verdad todo es accesorio e inútil. En lugar de creer en nuestras posibilidades, creemos en los préstamos del banco, sobre el que tenemos puesta nuestra esperanza, como si el dinero fuese algo más que metal sin vida forjado por el trabajo. Es hermosa la libertad, la concordia de los derechos humanos incorporados en cada fase de la evolución política del liberalismo, pero vana es también la libertad si no está arraigada en la justicia de creer en lo que somos: razones sostenidas en la fe que da el amor, único sujeto de divinidad posible. ¿No ves lo que ha ocurrido en Rusia, donde la industria ha sido colectivizada después de haber derramado mucha sangre, y aunque la ideología del Manifiesto Comunista de Marx es insostenible por el carácter utópico de sus máximas científicas, resulta preferible a la concentración de capital que fomenta la explotación obrera? Los derechos son como las modas. Todo empezó con una Revolución. Y siguiendo su carrera olvidamos recordar para seguir viviendo. Yo también me he hundido en esta espiral de odio. ¿A dónde ha ido a parar lo que somos?".

Una balada de jazz interpretada por un solo de Chocolate ante el piano interrumpió sus trenos. El negro se había puesto a destruir la escala diatónica jugando con las notas, desvaneciéndolas en la magia de otro caos, prostituyéndolas para liberarlas de un formulismo de aparente e hipócrita castidad. Era imposible fijarse en otra cosa que no fuera en la música, independizada de una regla lógica que justificase la situación y los dioses aquellos de la blasfemia utilitaria, atrapados en su laberinto financiero, en sus sombras cavernícolas perseguidas por la necesidad de un resplandor que las aboliese. Y yo abracé a Ataúlfo, príncipe visigodo traicionado por su Roma, y me entregué a él durante toda la noche, consolándolo con las caricias que me quedaban. Me entregué a él con la ilusión de entregarme a un cuerpo divino que hacía florecer desde mi vientre el mundo, mágica, inconsciente, salvajemente para olvidarme de la hora que me sepultaba, y naufragados en el abrazo perdimos para siempre la noción del tiempo y rompimos su cadena con la locura de una necesidad no entendida que incluso –ni yo misma lo comprendo- ennobleció la raíz de mi vicio, abismo de fuego que absorbió la memoria de mi culpa y me entregó el reino de otra memoria viva nunca antes imaginada, como un continente de desconocidos bienes en las aguas grabadas de mi muerte.

Cuarta Carta del Amor

Mi paladar se ha secado como un desierto Y por el gusto del manjar de la mentira nada gusto ya.

Hay millones de fórmulas y de cláusulas en las frases de la esperanza,

Pero el paisaje de la ciudad me ha tragado en su trampa

Engañándome con mi propia identidad.

Había un Sosia que por ahí se paseaba:

un doble mío, un fantasma de mi sangre,

que no soy yo. La barbarie me excita.

Un veneno se extendió por las calles ensortijadas.

Anda ahí un esqueleto vestido de mi carne.

Lo tienes ahí: Camus lo llamaba “El Extranjero”.

¡Maldito actor absurdo que interpreta la muerte!

Los asesinatos de la Calle Morgue

Son los fármacos del tedio que distribuía Comte

Y todos esos ídolos se hicieron mis amantes.

Mujer deseada, mujer envilecida,

Soberbia de espejos en tus pupilas,

Clara Venus con úlceras de silencio

Maltratada ciudadela, plaza de arrancados miembros,

Caldo de los gusanos hundidos en su alimento

Que para ellos mismos fueron ciencia de su desgracia.

¡Y al fin ver la imagen de la ceguera!

¿Qué he de hacer, si mi rostro ya no existe?

Mis lágrimas salieron de las cuevas del llanto

Y se precipitaron bordando mi robo extremo,

Europa sobre el toro rasgó su ley cual tela

Que quedó abandonada, fundida con la orilla.

En el espejo de mi alcoba

Se agazapaba el pálido enemigo,

Mas lo maté sola con mi cuchillo:

Ausente de mí se unió

A la velocidad de tanto olvido,

Que construyó la memoria del alma.

Día 20 de enero de 1946. El General De Gaulle dimite, después del triunfo de la liberación de Francia y de Europa y de su discurso embanderado desde su Citröen DS (piensen por un momento en Escipión, en César). Antes de despertarme, el dolor de mi hombro derecho me hizo recordar mi cuerpo. Por Saint Cloud desfilan periódicos seguidos de señores con corbata y bigote, igual de grises que en las fotografías. Lo primero que vi fue un chorro de sangre que me empapó las sábanas y unos mocasines arrojados contra la pared que habían dejado una mancha como de carboncillo junto a la ventana. "¡Las fábricas Renault presentan su modelo 4 CV!" gritan los muchachos que venden el periódico ("nos encontramos" diría años más tarde un artículo de Le Journal versionado por el pensamiento de un sociólogo "ante una empresa joven que representa a la clase obrera de Francia mejor que el Frente Popular o que la C.G.T y los sindicatos, una empresa nacionalizada en 1945 que ha sabido comprender el signo de los tiempos y que oferta al pequeño propietario de la clase media un automóvil barato y funcional adecuado a sus necesidades, porque la funcionalidad y el diseño – los dos remos de la barca de Ulises- son las dos columnas del progreso y del bienestar, el capital que en Europa hemos fundado y cuyo sello se exporta a todas las naciones y colonias del mundo"). El comisario Pinay pronunció mi nombre y me volví hacia él todavía conmovida por la sangre que brotaba de mi cuerpo – "Señorita", me dijo con un puro gigantesco en la mano derecha que expulsaba un humo negro como el de un tubo de escape mal drenado, "nos vemos obligados a informarle de que hemos detenido a su amante por considerarlo sospechoso de un delito de robo con arma de fuego en unos grandes almacenes de Courcelles. Tuvimos que entrar por la fuerza en su dormitorio porque él se negó a colaborar con la policía, y lo encontramos con un revólver en la mano a punto de disparar contra usted y amenazando con hacerlo si no salíamos de la habitación. Hubo un tiroteo, pero ahora ya están todos a salvo y su amante ha sido puesto a disposición judicial", "¿Cómo pude estar dormida todo este tiempo?" pregunté, "Un facultativo le tomó el pulso mientras dormía y declaró que estaba bajo los efectos de la morfina que había ingerido hacía unas seis horas" respondió el comisario mientras

las mujeres de la casa de citas lo rodeaban como las *Demoiselles d'Avignon* a la rodaja de sandía cortada del lienzo sin perspectiva, envuelto en cortinajes de raso-. Por las calles del Faubourg Saint Germain serpentean las filas de huelguistas demandando un aumento de los salarios y la mejora de las condiciones de trabajo de las fábricas arruinadas por la posguerra; ellos cada vez son más jóvenes, y avanzan en compañía de sus mujeres y de sus hijos hambrientos y muchos de ellos enfermos de desnutrición y se paran en los semáforos a pelearse con los agentes de la autoridad y a espantar a la gente de bien que acaba de domiciliar su nómina en el banco y que aún no ha tenido tiempo de esconder sus verdosos billetes en la cartera, después repiten sus consignas como letanías de odio y rompen varios escaparates de la Cité – varias tiendas de ropa de moda con sus maniquíes posantes imitando la postura de Minerva y de Mercurio resultan dañadas por los ataques vandálicos dignos de un Atila que pretende devorar otro imperio, y las dependientas, sin importarle el vuelo de sus faldas, salen afuera y comienzan a gritar con histeria y una de ellas resulta atropellada por el automóvil de una marca por la que había invertido un tercio de su capital en acciones- antes de alcanzar la columna Vendôme (la columna Vendôme es un cilindro de mármol con una tira cómica de gestas inverosímiles inventadas por el monarca Luis XIV para competir con las ilusiones esculpidas de la Columna Trajana, monumento aborrecido por la clase obrera, que imagina que no puede llegar a entender sus relieves), convocar una asamblea de piquetes que levantan el puño al cielo y entonan otro *Ça ira* como el de 1789 – léase a Michelet y entiéndase a Carlyle- para terminar jurando los principios de una nueva revolución, que serán traducidos en nuevos derechos constitucionales que lograrán abolir los anteriores antes de ser abolidos por los posteriores, las nuevas tendencias en el diseño y los nuevos aparatos de gran consumo, la serpiente del progreso buscando otra presa a la que inocular su veneno, los dientes sembrados de Cadmo, la venganza que busca fuera de sí a un culpable. Pedí que me dejaran sola para vestirme justo cuando escuchaba el carillón de Notre Dame, vendé como pude mi hombro derecho magullado y reparé en que el espejo de mi tocador estaba roto por uno de los laterales y que alguien había dejado una nota escrita en un papel de fumar encima de la consola con restos de cal de la pared tiroteada, la leí e identifiqué la firma de mi hermano – "Si a las tres y media no estás en el número 26 de Nanterre no volverás a ver a tu hija. ¿Recuerdas a aquella desgraciada que entregaste a las monjas? Ahora está en mi poder. No vuelvas a jugar con el honor de mi familia. Yo fui el que hice encarcelar a tu amante, y prefiero verte muerta antes que trabajando en ese burdel. Tienes tiempo para arrepentirte o cobrarte una víctima más" . En el Teatro Nacional Popular de Chaillot se representa *Andrómaca* de Racine; el reparto es de lo mejor, y Jean Vilar se ha convertido en el nuevo director de la Comedia Francesa; el teatro encandila a la población que demanda lugares comunes de entretenimiento, y muy pronto el cine absorbe a ese público que acaricia superficialmente los mitos culturales que exigen un mayor grado de reflexión; llegan las películas americanas, y con ellas el estilo de vida de los grandes centros de producción industrial, los electrodomésticos, el individualismo, las grandes superficies, el bienestar que la población adora y demanda como una droga, pagándolo a precio de mercado sin considerar ninguna consecuencia – "las conquistas", creo haber leído en Séneca, "se hacen por la virtud de los conquistadores, que acaban adquiriendo el vicio de los conquistados"- y se celebra la utopía – o distopía- del Estado exento de responsabilidades, granero del pueblo que a través de la propaganda de sus instituciones modela los hábitos libres de las personas, que delegan sus conductas en tantos representantes como nuevas necesidades creadas se les infieren, implantando un

Olimpo de otros tantos dioses que no tienen contacto alguno con aquellos que han sacrificado su libertad para ellos, que viven en empresas relucientes que ni siquiera son reales más que en la imaginación de sus clientes, proyecciones de su miedo a no querer renunciar a un teatro de sombras. Me encontré con mi hermano en una chabola del barracón cercada por un jardincillo de chatarra apilada y de palés y pedazos de madera de mobiliario abandonado a la que acudían hombres y mujeres de la vecindad con carretillas para recoger leña; apenas me miraba y supe que era él; pero le pregunté su nombre, y nada más verme me arreó una bofetada que me dejó en el suelo, y me dijo "Ya estás en mis manos, zorra, y vas a pagar por lo que has hecho", "dónde está mi hija" le pregunté, acostumbrada como estaba a los insultos y sin importarme ni el golpe ni el baldón que la sociedad me había impuesto, "zorra, no volverás a ponerme en ridículo delante de nadie; me limpiaré la camisa con tu sangre de zorra, si hace falta", "dónde está mi hija" repetí gritando, "dónde la tienes, hijo de perra, qué has hecho con ella", "la he vendido a un mulero", "dime dónde está mi hija, o te juro que aunque no tenga más que mis manos te estrangulo" chillé sobrecogida con un terror de madre, y me asusté de lo que había dicho; pero él me sujetó por la muñeca y me abofeteó varias veces sin que la gente del barracón se preocupase en absoluto por detenerlo, antes parecía que era un suceso más del día a quien nadie daba importancia; intuí que mi hija no estaba con él – era solo una excusa para tenerme allí y poder vengar su odio hacia mí, por haberse acostado conmigo sin saberlo, y darse cuenta más tarde, y llevar ese recuerdo como una maldición sobre su conciencia y sobre su memoria- y decidí escaparme, pero mi propia falda recta me impedía correr y tropecé y caí varias veces antes de escabullirme en una herrería donde un individuo grueso golpeaba a otra mujer que se quejaba; salí de allí y continué corriendo, mi hermano me salió por el extremo de la calle sin pavimentar que desprendía un polvo ocre de no haber llovido hacía un mes, pero yo tomé una resolución valiente y blandiendo una sierra de cortar aluminio lo amenacé con clavársela en el estómago si me seguía persiguiendo; se detuvo como para tomar aire, se dio la vuelta y se fue corriendo; caminé unos metros y vi una casa portátil de madera que no parecía como las demás, y dentro de ella se oían risas de niños; entré en ella antes de que una señora mayor, enterada de lo que me había ocurrido, me preguntase cómo me encontraba; la cabaña de madera era un cine, estaba construida con restos de muebles viejos colocados por mano maestra que la hacían parecer casi una obra de arte, y dentro había un señor anciano que proyectaba una película para unos niños, una película de un señor que correteaba por la pantalla sin dejar de sonreír, con un bigote cómico y un sombrero de hongo cuya simpatía lo hacía parecer más real que la realidad misma; "es el abate Pierre", me explicó la señora, "se dedica a ayudarnos a nosotros. Vive aquí, ha organizado un mercado semanal y con la basura de los vertederos de París ha construido esta aldea donde ahora vivimos nosotros, que no teníamos dónde vivir. Es el hombre más bueno que conozco. A él se lo debemos todo: los muebles que tenemos pertenecen a los objetos y aparatos que ya no quieren en los barrios ricos, hemos aprendido a repararlos e incluso a fabricarlos, nos ganamos el pan con estos servicios, y él incluso tiene tiempo de organizar espectáculos para los niños más pobres del barrio, que no están vigilados por nadie y que de no ser por él ya estarían en

reformatorios antes de entrar en cárceles al adquirir la mayoría de edad"; "no imaginé que existiera gente así en este mundo" respondí, y me aproximé al cura para preguntarle algunas cosas, pero de pronto se oyó un grito y tuve tiempo de ver a mi hermano con un brillo extraño en la mano – intuí una pistola- antes de gritar yo también; una bala entró por la puerta de la cabaña y golpeó la pared donde se proyectaba la película (los niños la confundieron con un efecto de la pantalla), y el anciano que vigilaba a los niños – era más joven de lo que aparentaba- salió afuera y sin importarle el peligro avanzó hacia mi hermano que le advertía: "lárgate, viejo, no te metas en lo que no te importa", le tomó la pistola y le dijo mirándole a los ojos: "soy el párroco de esta comunidad. No voy a permitir que la violencia y el odio se apropien de un lugar de paz. En nombre de Dios, suelte esa arma y perdone los pecados de los demás, como Dios ha sabido perdonar los suyos"; mi hermano no obedeció y replicó: "aunque seas un cura, no me detendrás; es una cuestión de honor", pero la pistola cayó a sus pies inerte, exánime, y el abate Pierre lo abrazó antes de que fuese capaz de hablar; se echó a llorar en sus brazos y yo no pude resistir el impulso de abrazarlo también, y a pesar de lo que sentía no negó mis muestras de afecto – estaba especialmente pálido, no había comido nada aquella mañana y tenía el contorno de los ojos enrojecido igual que cuando era pequeño y había contraído la difteria antes de permanecer un mes al borde de la muerte-; recuerdo que ese día fue el único feliz de mi vida. La novela negra que leen los hombres cae de pronto al vacío, y sus figuras se desvanecen en el aire y adquieren nuevas formas como si llegasen al final de su ilusión –así termina el discurso del mundo móvil en el Apocalipsis firme de la memoria- pero esta noche no desaparece y su literatura se vuelve luz al principio diseminada en estrellas y más tarde orientada en el milagro del amanecer, porque las leyes que nuestra ciencia conoce pertenecen al pasado del mito antiguo, y solo se renuevan en la fe del desconocido, esa fe deducida por la razón de lo conocido, en la visión plena de la esperanza, que transforma el futuro en una imagen de lo real, de lo humano y de lo divino a la que todas las palabras conducen, y el progreso a veces incomprendido de tantos males también sirve a la verdad de lo necesario.

Sexta Carta del Amor

Busca el hombre un nuevo motivo de libertad
y en su ciencia investiga un remedio al sufrimiento.
Cree que todo depende de él,
considera el tiempo un teatro de máscaras
y persigue la juventud a través de los siglos.
En este viaje, a veces doloroso, aprende a amar
y a comprender el sentido de su vida
que lo hace a partir de sus sentidos.
Cuando se entusiasma descubre algo,
concibe un "Siglo de las Luces",
y edifica un paraíso igual que lo imagina.
Todas las fuerzas de la tierra obedecen al deseo;
no hay tesoro que no llegue a manifestarse
en la voluntad de quien lo anhela.

Así la ciencia avanza de la mano del deseo
hasta llegar a encontrar el límite del bien.
Quiere encontrar un pozo y halla una fuente.
No puede entender por qué en lo que confiaba

- ese deseo que lo ha hecho progresar-

se ha desvanecido en un fracaso
que en su empuje le ha legado la verdad.
Para volver al origen es preciso,
igual que el hijo pródigo del cuento,
conocer el error del mal camino
que al fin se ha vuelto bueno al convertirlo
hasta ser capaz de una decisión.
O – como Fausto, el signo de la ciencia,
guiado por el diablo de un deseo
en el apólogo del gran autor,
perseguir una belleza imposible,
obsesionarse con argucias técnicas
para llegar a detener el tiempo,
para alcanzar el placer que se esfuma,
y, finalmente, en el dolor que causa
hallar la comprensión de un amor que
lo eleva más allá de sus límites-.
Y lo que parecía separarnos
de nosotros, eso mismo nos une.

El día en el que fui a ver a mi hija me levanté a las cinco de la mañana y pasé toda la noche en vela leyendo "*El misterio de la caridad de Juana de Arco*", un libro que me había prestado el abate Pierre. Ahora vivía en el barrio de los Traperos de Emmaüs en compañía de una viuda que me había acogido en su casa y por fin yo había dejado de trabajar en los burdeles. Difícilmente me acostumbraba a aquella vida tan austera, que me hacía volver la cabeza al suelo a menudo recordando mi vida pasada, sintiendo incluso nostalgia de las cosas que antes me producían tanto dolor y que yo llegara a confundir con el placer tras haberlas padecido tantas veces. No hice nada por liberar a mi amante de la cárcel, porque el abate Pierre me aconsejó que no me mezclase en las culpas ajenas, y en cuanto a mi hermano, salió del ejército y se propuso también vivir con nosotros en aquel barrio que nos había acogido y reconciliado. Ahora se dedicaba a la carpintería, oficio que, según confesó más tarde, siempre le había gustado, pero del que la vida lo había distanciado por motivos diversos.

¿Por qué se me había ocurrido la idea de visitar a mi hija? Antes hubiera rechazado aquella resolución por el odio que sentía hacia mí misma. No hubiese podido consentir que mi hija se diese cuenta de quién era su madre. Incluso había sentido una especie de –perdóname, Señor- descanso interior cuando se había muerto su hermana- mi primera hija Judit- a consecuencia de una enfermedad entonces incurable, porque me liberaba de una responsabilidad que no hubiera podido asumir. Con esta otra no había ocurrido lo mismo, y para evitar que esa infeliz criatura que era probablemente el único sentido de

mi vida sufriese alguna consecuencia de mi desgracia, la entregué al Convento de Saint Julien Le Pauvre con seis meses de edad, para que la criasen y le diesen la educación que yo no podía proporcionarle. Pero habían pasado ya diez años y mi amor de madre experimentaba la necesidad de verla, al menos para saber que estaba bien – una imagen de su salud me hubiese curado de todos mis males-, así que me dispuse con la mejor ropa que tenía para ir a visitarla, me peiné lo mejor que pude descubriendo unas canas blancas al mirarme al espejo y, sin decir nada a nadie para que nadie me hiciese demasiadas preguntas, me encaminé en dirección al Hotel de Cluny. Me propuse ir andando – era una mañana fresca del mes de octubre y el aire me golpeaba las mejillas y me heló dos lágrimas que se me escaparon al pensar en Germaine, mi hija- para hacer penitencia por mi vida, cuyo dolor me había servido de castigo a la maldad de mi culpa. Recordé las palabras del abate Pierre, una tarde en la que me había confesado después de misa, mirándome a los ojos y sin dejar de sonreírme, como si lo que le estuviese contando de mí fuese el cuento de una niña: "*Al lado del amor de Dios nada son nuestros pecados. Desde que has nacido fuiste amada por quien creó el mundo dentro de ti, el mismo que dispuso los caminos para que tú llegaras a salvarte, corrigiendo el impulso débil de tu libertad. Los hombres aprenden a sentir la redención de ese amor desde el pecado y el dolor que produce, y su arrepentimiento, aunque no tiene la virtud de salvarte, te reconcilia con aquel que puede hacerlo, aquel que se oculta de las miradas de los hombres y solo se manifiesta en espíritu de verdad al que con fe lo busca. ¿Recuerdas el evangelio de la Resurrección? La primera persona que tuvo noticia de la resurrección de Cristo fue María Magdalena, la antigua prostituta, la que a ojos de la sociedad era el emblema del pecado y del mal, aquella que ungió los pies del Divino Maestro con perfume y los secó con sus cabellos porque no sabía hacer otra cosa para agradarle, mientras sus propios apóstoles no comprendían la señal de caridad que entrañaba su conducta, más perfecta que un sabio discurso, porque salía del corazón. La misma Magdalena lloraba cuando encontró a un joven que junto al sepulcro le preguntó qué le ocurría, y le informó de que el cadáver al que pretendía velar y al que no encontraba en el sepulcro abierto ya no era un cadáver, ya no pertenecía a la muerte y no había que llorarlo, porque había vuelto a la vida – el amor, su Padre, lo había resucitado-.Cuando fue a dar la noticia a los Apóstoles de lo sucedido no la creyeron, pero más tarde, cuando se les apareció el Maestro a ellos mismos, se acordaron de que ella había sido la primera persona que se lo había anunciado. Ella encontró la respuesta que buscaba no por sus méritos, sino por su actitud de querer encontrarla, por su fe, y el valor de su fe la condujo a la salvación".* Esas palabras me alentaron y me dieron una fuerza que desconocía hasta entonces. El hecho de que mi hija estuviese viva me condujo a pensar en ser mejor para ser digna del sentimiento que ella me inspiraba. Ella fue la virtud que en menos de dos semanas me condujo a una vida reglada por la caridad, por la ayuda a los demás, cuyos sufrimientos alcancé a comprender a través del mío. Descubrí que los seres humanos nos necesitamos unos a otros y que las dificultades y obstáculos que padecemos en la vida no sirven más que para unirnos. La sabiduría no consiste en eliminar esos obstáculos para transformarlos en fáciles o placenteros; al contrario, consiste en aceptarlos con el buen fin de la solidaridad entre los hombres. El placer y el dolor son dos hermanos que coexisten en perfecta simbiosis; cuando uno se manifiesta, el otro se oculta, pero su finalidad es la misma: orientar la existencia como indicadores de la naturaleza de las cosas, que es al mismo tiempo el estado de nuestra voluntad. Si antes pensaba que la

realidad era siempre la misma y no dependía de mis acciones, ahora he llegado a la conclusión de que la realidad es una variable que depende de mí, y su imagen es el espejo de mis acciones. Ayudando a un anciano a levantarse y a acostarse puedes llegar a mejorar la vida mejor que dando una vuelta al mundo, cuidando a un niño enfermo puedes aprender más que leyendo todos los libros – pues pones en práctica todos sus preceptos que consuelan con la belleza de sus figuras el alma de quien los lee-, haciendo compañía a un borracho o a un indigente que no tiene quien lo aprecie puedes descubrir más que quien consigue aislar un nuevo elemento.

Caminando por Saint Sulpice, antes de llegar al Teatro de Francia, un grupo de estudiantes de medicina conversaban alegremente mientras fumaban pitillos americanos. Sus rostros jóvenes y alegres, rostros de mirada rápida y poco profunda, filmaron mis pasos y captaron la huella del tiempo en mis ojos. Pertenecían a una generación que hablaba de la guerra y de los muertos como de un partido de fútbol o de una corrida de toros. Cuando me vieron pasar, dijeron a mis espaldas algo ingenioso – igual que si estuviesen ante una chica joven que saliese de casa de sus padres, una camarera o una modista de timidez provinciana- y regresaron a su fiesta sin interrupciones. Pero antes de girar a la derecha hacia el bulevar Saint Germain me topé de manos a boca con un mendigo que salía del metro y que me pidió cinco francos. Si lo hubiera mirado con detenimiento, me hubiese dado mucha lástima: estaba tan encorvado que tenía que levantar demasiado la cabeza para dirigirse a alguien, y en lugar de uno de los ojos, tenía la órbita vacía, y en lugar de la mano derecha, tenía un muñón con un solo dedo con el que apuntaba al transeúnte cuando se dirigía a él.

- Si me acompaña a Saint Julien Le Pauvre, tal vez allí le puedan dar algo. Yo tengo tanto como usted- le dije.
- Gracias- contestó el mendigo- La acompañaré, madrecita. Que Dios la bendiga. Soy polaco, mis hijos han muerto en Auschwitz y estoy solo y sin recursos. Lo único que puedo hacer por usted es rezarle la oración del Peregrino de Santiago. Es la única oración que conozco. Me la enseñó un abad de Lille. Yo la rezo todos los días. Empieza así:

Estrella de Belén, guía mis pasos

a la tierra de la Salvación...

El mendigo estaba cantando cuando vi que se acercaban los estudiantes a nosotros y uno de ellos comentó en voz alta:

- ¡ Dios mío, qué arpegios tan bien entonados! ¡Es Carusso, colegas!

Los otros se rieron y miraron hacia nosotros como un fisiólogo observaría al animal al que se dispone a practicar una vivisección.

- Son los amantes perfectos –apuntó otro- Ahí tienes a la Dama de las Camelias con su chal inconfundible. Tiene un encanto difícil de olvidar. Y ese es un héroe de nuestro tiempo. ¡Fijaos en su mirada! Tiene tipo de aviador. ¿Adónde va, Madame, con esa conquista?
- Déjalos, Paul- intervino otro- Van a coger su rolls-royce.
- Puede que sean de otro planeta- afirmó un tercero sin atreverse a acercarse a nosotros, como si nuestra proximidad fuera tóxica- ¿Recordáis a los marcianos de *La guerra de los mundos?* Eran así. Olían a antimonio y viajaban en platillos

voladores que volaban sin gasolina. Seguramente estos dejaron el vehículo en el aparcadero y salieron a dar una vuelta para enterarse de los estrenos de vodeviles de la Tierra.

- No, estos no son marcianos – comentó uno más siguiéndonos, a pesar de que nos esforzábamos por dejarlos atrás- A mí me parecen príncipes extranjeros. ¿No escuchamos por la radio que hoy harían una visita a la capital los sucesores de la Casa Real Belga? Pues hemos tenido la suerte de encontrarnos con sus Altezas. ¡Nosotros, los primeros! Vamos a pedirles unos autógrafos.
- ¿La Casa Real Belga?- rió la broma uno de ellos gritándonos casi al oído- Estos son los dueños del Palacio Real del Hambre, el palacio más real del mundo, y el menos fantástico también. ¡Eh, lavandera del barracón, preséntanos a tu hija para que la conozcamos!

No tuve el valor de resistir la tentación de este último insulto – sé bien que me merezco todos los insultos del universo, el único blasón que poseo son mis baldones, sé bien que no he hecho más que imprudencias en esta vida que me han dado, pero con solo mencionar la única esperanza que alienta mi corazón estallo en una ira que me resulta imposible controlar, como si de pronto la violencia de mi pasado se hiciese con el control de mi cuerpo- y me volví hacia atrás sin ver a quién me dirigía, y grité:

- No vuelvas a decir eso si no quieres no volver a hablar nunca.

Me pareció que el estudiante se asustó de mí y se quedó paralizado ante la fiera salvaje en la que se había metamorfoseado aquella miserable mujer a la que injuriaba. Sus compañeros lo tomaron del brazo y se fueron a otra parte, comentando que yo debía ser alguna loca que vivía en la orilla del Sena y que me alimentaba de lo mismo que se alimentaban los pájaros. El mendigo que me acompañaba comprendió en seguida mi turbación e intentó tranquilizarme.

- No se preocupe por esos estudiantes- me susurró- Son gente joven y poco reflexiva que no tiene en cuenta a nadie. A mí me llaman el Tío Miseria los estudiantes de Derecho cuando paso cerca del liceo Condorcet. ¡Ja ja! ¡Los muy canallas! ¿Qué habrán visto en mí para llamarme así? En fin, que Dios los perdone....
- Es usted un hombre bueno- le confesé- Es el primer desconocido que me habla con respeto.
- Madrecita, no estoy en condiciones de bromear demasiado- dijo riendo- Y aún así lo hago. ¡Qué diablo! ¿Por qué no lo iba a hacer, si el mundo está hecho para reírse de él? Aún con todos los males juntos, el Señor se porta bien con nosotros. Yo no sería tan pobre si no fuera un poco borracho... Me aficioné a la bebida cuando trabajaba de peón de albañilería en Alsacia, antes de venirme a París, cuando tuve que huir de Polonia... Hacíamos apuestas para comprobar quién bebía más... Una vez... ¡Bah! ¡La estoy aburriendo! Lo que quiero decirle es que no soy ningún santo, y merezco todo lo que llevo encima.
- Yo creo que es más santo de lo que usted cree- le dije sin temor a equivocarme.

Llegamos a Saint Julien cuando estaba a punto de concluir el relato de mi vida ante aquel buen hombre. Entré en el locutorio y pregunté a una hermana por mi hija Germaine, procurando que no me temblase demasiado la voz. La hermana me miró de arriba a abajo, con cierta curiosidad.

- ¿Es usted...?

- Su madre- respondí.
- Espere- me ordenó.

Me detuve a mirar un retrato al óleo que colgaba de la pared encalada, de factura barroca, que representaba a un hombre – debía de ser San Julián, porque llevaba un nimbo sobre la cabeza- acogiendo a una hilera de peregrinos pobres que iban entrando en su casa. Junto a él se arrimaba otra pintura, también de épocas en las que el arte religioso tenía una vertiente popular y didáctica, como las señales de tráfico en los tiempos del automóvil. En este segundo lienzo estaba la Virgen coronada con el niño en brazos y un grupo de frailes con el hábito de San Bernardo y presididos por su fundador, todos ellos arropados por el manto de la Virgen. Entre los dos cuadros se intuía un espacio secreto y vacío, sin personificación alguna, que transmitía la emoción del lenguaje no verbal, como una mirada entre esposos. Un reloj de péndulo dio la hora con estridencia, y la hermana regresó en el instante en el que imaginé que debía de encontrarme en la antesala del purgatorio, entre símbolos callados y la voz serena del tiempo que me hacía acordarme de mí.

- ¿Su hija se llamaba Germaine du Val?- preguntó la hermana al volver, sosteniendo un pliego de folios y un bolígrafo.

Me molestó que dijese *se llamaba,* y empecé a sentir los nervios a flor de piel. Un latigazo me alcanzó la sien. Busqué un punto de apoyo pero en el suelo brillante, recién fregado, no encontré ningún objeto en el que descansar los ojos.

- Su hija no está con nosotros- dijo de pronto la monja.
- ¡No!- exclamé.
- Quiero decir- se corrigió la hermana al apercibirse del miedo que me había invadido con aquella frase- que la hemos tenido que entregar al orfanato. Concretamente, aquí consta el día y la fecha de la entrega, cuando la niña contaba con cinco años de edad.
- ¿Por qué la han entregado?- pregunté, y no pude reprimir cierta repulsión por la palabra *entrega.* No era un paquete de correos. Yo hubiera dado la vida por ella.
- A constar por este informe, o expediente, si lo prefiere llamar así- repuso la hermana, tosiendo dos veces- padecía una enfermedad que requería hospitalización y cuidados especiales. Un médico emitió un dictamen por el cual la niña presentaba un cuadro de raquitismo y anemia grave que podría desencadenar otras enfermedades mortales. El raquitismo es muy frecuente en esta edad en los niños, teniendo en cuenta los tiempos que corren. No hay alimentos, y en cuanto a medicinas, no todo el mundo puede acceder a su adquisición, porque el precio de las investigaciones recientes, como la penicilina, es demasiado elevado como para encargar una partida para los miles de enfermos que podrían curarse con una sola cucharada. ¡Cuánto bien hubiéramos hecho nosotras con un poco de ayuda de las farmacias y de los facultativos! Pero no lo ha hecho Dios posible, tal vez para humillarnos por la gran plaga de la guerra. Quien investiga, lo hace para su beneficio, y no le importan nada los demás. La ciencia avanza, pero...
- ¿Dónde puedo encontrar a mi hija?- interrumpí a la hermana no logrando reprimir los deseos de encontrarla aunque estuviese entre las llamas del infierno.
- En el Hôpital des Enfants de la calle de Vaugirard. Pero, ¡oiga!...

Nada más escuchar el lugar donde podía encontrarse mi corazón, salí por la puerta y eché a correr hasta llegar al sitio indicado. Era como si una fuerza magnética me guiase.

Y durante todo el trayecto no vi ni escuché ninguna cosa. Caí en la cuenta de que llovía cuando noté humedad sobre mi piel. En el Orfanato escuché atentamente la sentencia de la directora, a la que solamente vi los labios que se movían dejando escapar un susurro que contenía la clave de mi vida y de mi muerte:

- Su hija (en el caso hipotético de que usted sea su madre)- insinuó casi sin querer, mirando a través de mis lágrimas- ha sido adoptada a la edad de nueve años por un profesor de la Escuela Militar. Sinceramente, confieso que ha tenido suerte. Otras niñas tan lindas como ella han acabado en manos de tenderos de Montmartre. El profesor, en concreto, se llama Jules Denis Ferry y es hijo del político del mismo nombre, que fue también alcalde de París. Según consta en acta, el adoptante tiene su domicilio en el número 32 de la Avenida de la Bourdonnais, junto al Campo de Marte. Pero yo le aconsejaría que no fuese por allí. No le convendría a la niña el saber que su madre es usted. Consuélese pensando que es muy afortunada.

Sin atender a ninguna recomendación, tomé la Avenida de la Bourdonnais y a la altura del edificio de la UNESCO me sorprendió una manifestación de jóvenes que llevaban escrita en sus pancartas la consigna: “Viva el Aborto Libre”. Tuve que detenerme para dejar pasar a aquella comitiva a la que con satisfacción hubiese querido ver en la cárcel, solo por negarle el paso a una madre que quiere conocer a su hija. La muchedumbre ciega avanzaba voceando, y los agentes de policía, retirados a un lado y observándolo todo como los espectadores de un teatro, fumaban y charlaban despreocupadamente y de vez en cuando dejaban escapar unas risas. Me introduje entre los manifestantes en dirección contraria a la de su marcha, pero me sorprendieron los insultos de los portavoces, entre ellos los de una joven con una falda a cuadros que no le llegaba a la rodilla, y que me gritó: “¡Eh, tú, puta relamida, deja paso a la voz del pueblo!”. Me tropezaba con cientos de manifestantes y no tenía tiempo de pedirles disculpas, pero cuando vi un claro por el que pude meterme para salir de aquel laberinto de ociosos, me salió al frente, igual que un murciélago, un señor con el pelo peinado hacia atrás, con un objeto en la mano que esgrimió contra mí y que parecía una pistola, o un tirso de bacante de una orgía griega, y que me espetó antes de que tuviera tiempo de salir de la manifestación:

- ¡Señorita, señorita! ¡Disculpe, soy reportero de la Radio de París! ¿Es usted una de las manifestantes? ¿Qué opina del poujadismo? ¿Qué le sugiere la posible descolonización de África y la probable pérdida de Argelia? ¿Cómo interpreta para la nación el nacimiento del R.P.F. de Mendès France? ¿Sabe que estamos casi a las puertas de una nueva era para la patria y para Europa, que el gobierno de la IV República se propone implantar un sistema de Seguridad Social que cubrirá las necesidades de las clases más desfavorecidas con un programa de pensiones y subsidios que garantizarán un bienestar duradero para las familias obreras, a las que se sumarán también los integrantes de la emergente clase media empresarial? Y si me permite la indiscreción, ¿cuál es su signo político?

No supe qué hacer: si retroceder y volver a mi punto de partida o continuar hacia adelante a empellones. Opté por continuar sin tener en cuenta los obstáculos con los que me topase, porque la situación no me concedía el tiempo necesario para sopesar una solución meditada. Para evitar la barrera del reportero y de sus acólitos dirigí la mirada fijamente a ellos, como si pretendiese hablar con ella, y tal debió de ser el temor que infundían mis ojos – en cuyas pupilas, semejantes a las del cuento de Lisle Adam,

estaban grabados los sufrimientos de mi vida- que los periodistas se dispersaron igual que fantasmas o igual que una bandada de cuervos ante una loba hambrienta que se aproxima a un cadáver al que están desgarrando la piel.

Cuando menos lo esperaba yo, se apareció ante mí una mansión de piedra labrada con esculturas y arcos en la fachada, parecida a un castillo por lo caprichoso de su arquitectura, donde se combinaba la utilidad con el ornamento, una de esas mansiones en la que los arquitectos modelan una idea, un descubrimiento humano, y que constituye una obra de arte en la que se habita a lo largo de las generaciones. En esa clase de edificios, semejantes a templos, habita la sociedad entera, aunque un individuo solo sea su inquilino. En su interior hay muchos servicios, habitaciones y dependencias que acentúan la fantasía del observador que lo ve por primera vez, y que no puede menos que compararlo con el lugar oscuro y mísero en el que él habita. Los palacios, como Versalles, o el Louvre, o Chambord, son eso: proyecciones del asombro, sombras magníficas de una emoción connatural a la condición humana, que en su camino en busca de libertad pretende hacer un hogar de todo lo que ve. Antes de saber que la casa que se apareció ante mí estaba en el número 32 de la Avenida de la Bourdonnais, ya imaginé – el instinto sometido a la fe es lo que los filósofos llaman razón- que en aquel nido magnífico vivía mi hija, y me alegré de pensar que mi esperanza se encontraba en un lugar seguro, algo similar a lo que hacen los burgueses y los negociantes con el dinero que depositan en el banco, sin llegar a la consagración de convertirlo en la mejor parte de uno mismo. Me quedé esperando a la puerta, sin atreverme a tocar el timbre que por otra parte me hubiese resultado ilógico pulsar, porque, ¿para qué modificar la aparente felicidad con mi sufrimiento? ¿No era preferible para el bien común que nadie supiera nunca mi secreto? ¿Para qué cambiar nada? ¿Por qué ser egoísta y no dejar que el mundo continuase como siempre, ajeno a mí pero libre y sano? Esto era lo que la ciencia de vivir me objetaba, pero no era lo que mi vida necesitaba, y ese vacío se apropiaba de mi corazón y de mi alma y pedía clemencia a lo Desconocido, pedía y pedía en su *De profundis* y su queja rebasaba todos los argumentos humanos. Estuve varias horas debatiéndome en esta lucha sin permitir que ninguna de mis emociones se manifestase al exterior, y al fin los sentidos me concedieron una tregua, y escuché llegar a dos personas por el jardín y miré sus semblantes casi fantásticos cuando se acercaron a la verja de la entrada. Una mujer más joven que yo, con un uniforme de sirvienta, conducía a una niña de la mano en la que me reconocí a mí cuando era niña, vestida con un canesú blanco y una falda bordada de flores rojas – a mí me parecieron las dos prendas de seda- y con unas chinelas de doble correa en los pies – siempre me fijo en el calzado. De él se deduce mejor que de la ropa el nivel de vida-. No puedo borrar esa imagen de la mente. Ni puedo olvidar, aunque lo intente, el momento en el que la niña levantó la vista hacia mí y yo leí en sus ojos mi nombre. En otras circunstancias la hubiera abrazado delante de la sociedad entera, pero ya habían pasado por mí algunos inviernos y ahora sabía lo que era mi pena y mi culpa, también la vergüenza y la miseria, y, sobre todo, la voluntad de sacrificar el interés propio al interés ajeno sobre las aras y el fuego del amor y la piedad. Y no dije nada. Tan solo me limité a mirar con mucha atención como quien procura entender, sin preocuparme de la impresión que causaría a las dos personas que caminaban por el jardín, del otro lado de la barrera de hierro. Sentí en mis manos ásperas el tacto de los dedos suaves de la niña cuando se acercó a mí, y de

pronto creí que me quemaban. La cuidadora le recomendó algo, y escuché hablar a la niña, saliendo su voz como del centro del Paraíso:

- Buenos días, señora. ¿Quién es usted?
- Buenos días, hija – así contesté- ¿Cómo te encuentras?
- Estoy bien- respondió sonriendo mientras la cuidadora sonreía también- Yo me llamo Germaine. ¿Cómo se llama usted?

Le dije mi nombre.

- ¿Le gustan a usted las flores?- me preguntó, y me ofreció una rosa de color amarillo pálido que llevaba en la mano, que yo cogí sin saber muy bien cómo, supongo que intentando que no se me cayese al suelo.
- Muchas gracias, Germaine- respondí sintiendo que la luz se oscurecía en mis ojos y que las imágenes aparecían borradas por una cortina de agua- Yo tengo que darte algo también a ti. Acércate.

La besé en ambas mejillas entre los barrotes de la verja. La cuidadora comenzó a impacientarse con aquellas extrañas muestras de afecto y temió ser reprendida por su patrón. Le dijo algo a la niña que no pude escuchar, porque mi atención se dirigía entonces a tratar de retener la imagen de la niña dentro de mí, a grabarla a fuego en la plancha de mi alma, para que los latidos del corazón que sentí en sus mejillas al besarla me acompañasen en el recuerdo para ser por siempre el reloj de mi voluntad.

- ¡Eh, Jacinta, la señora de la calle está llorando!- gritó de pronto Germaine, preocupada.
- No estoy llorando- repuse aparentando tranquilidad y sonriendo para amoldarme al protocolo de la escena- Anda, vete con tu ama.
- ¡ A la señora le duele algo! ¡Está llorando porque se ha lastimado!- le gritó la niña a la cuidadora, con la terquedad que muestran los niños cuando alguien se esfuerza en negarles lo que para ellos es evidente- ¡Se ha lastimado con la rosa que le acabo de dar! ¡Pobrecita!

Iba a convencerla de que nada de lo que veía era cierto, cuando salió del fondo del jardín, entre un macizo de gardenias, un terrier ladrando desaforadamente, y, acercándose a los barrotes de la verja, olfateó la desgracia y el peligro en mí, retrocedió y siguió ladrando desde lejos, pero sin atreverse a acercarse.

- Estate callado, Lulú- le ordenó la niña agachándose mientras le acariciaba la cabeza- Esta señora es buena, y se ha lastimado.

Hubiera querido irme, pero mi cuerpo no me obedecía. La cuidadora era una joven que no llegaba a los veinte años, y estaba muy preocupada por lo que pudiera pensar el señor de todo aquello, pero tampoco sabía qué hacer para convencer a la niña de que se despidiese de mí. Así que todas permanecíamos confusas, mientras el perro –el único que creía entender algo y que no mostraba duda posible sobre los hechos que no llegábamos a interpretar- seguía ladrando, mientras los pelos del lomo se le erizaban y los colmillos se dirigían hacia adelante dispuestos a tragarse, como la muerte, la pena del mundo. Se escuchó llegar un coche. Al minuto un hombre con americana gris y sombrero de fieltro puso los pies en el umbral de su casa y cuando iba a introducir la llave en la cerradura de la verja me miró de arriba a abajo con curiosidad.

- Papá, esta señora se ha lastimado- confesó la niña.

- ¿Qué hace usted aquí?- me preguntó el señor, que me pareció más grande que una montaña, a punto de entrar en su castillo, en el que una parte de mí estaba encerrada- Si necesita ayuda social, diríjase al Ministerio de Trabajo. No la conozco de nada, pero adivino que el motivo que la ha traído a solicitar ayuda a la puerta de mi casa es exclusivamente económico. Usted cree que se puede solucionar con un poco de solidaridad de nuestra parte, ¿no es así?. La experiencia de tantos años en la Administración del Estado me permite adivinar la raíz de estos problemas. ¡Justicia social! Está bien. Pero tienen que dirigirse ustedes a las instituciones. Afortunadamente, las naciones se han vuelto más cuerdas después de la guerra y buscan el consenso, la unidad y la concordia. Ustedes tienen sus derechos, por supuesto. Por ellos se ha luchado desde 1789. Pero también necesitan educación ciudadana, porque no saben ni siquiera a dónde tienen que dirigirse para participar en los servicios que les ofrece la democracia. Para eso luchamos nosotros, para que exista una sanidad pública, un empleo público y una educación pública, para que cada uno viva en su casa con lo suficiente y no se den estos tristes espectáculos de mendicidad medieval, de atraso, de beligerancia de clases en la Vieja Europa. Y absuélvame por el discurso, pero estoy harto de vocear en las Cámaras lo mismo y acabo por enfadarme si alguien no se ha enterado aún. Usted perdone. Voy a comer con mi familia.

Cuando ya me encaminaba por la gran avenida hacia abajo en dirección a los Inválidos, noté que alguien me tiraba de la falda.

- ¡Germaine!- grité.
- Le he traído una tirita para que se la ponga sobre la herida y se le cure más rápido- dijo la niña riendo, consciente de haber hecho una travesura- A mí me ha pasado muchas veces. Las rosas tienen espinas y yo, sin darme cuenta, me terminaba pinchando los dedos. Ya verá cómo así no le duele tanto.

Detrás llegó la cuidadora, la tomó por el brazo con cierta violencia y, sin despedirse de mí, se fue con mi hija en dirección a la casa del señor Jules Denis Ferry, diputado del Parlamento de Francia. Pero yo levanté el brazo para darle el último adiós al motivo de mi fe y de mi esperanza antes de perderme en el cruce sombrío de las calles.

Séptima Carta del Amor

En la Biblioteca Nacional una conferenciante con rostro para la ocasión – una escritora de folletines-imparte unas jornadas sobre Teoría de la Novela. Así se escapan las palabras de su boca que forman anillos de humo pensado en el aire:

"La Novela" , dice, "es el género literario de la época

en la que las máquinas han absorbido el trabajo

y le ha venido ganando terreno a la Poesía

desde que los héroes valientes de Homero

han sido devaluados por la estirpe comercial

de los tenderos que ilustran la ironía de *El Quijote.*

Ocurre que la Poesía es la palabra en su estado pleno,

y la novela, el ensayo y la historia sus adaptaciones.

¿ Quién sino la Ciencia Experimental del ocio urbano
para dejar atrás a la Ciencia Religiosa de la Memoria?
La Memoria es oral, pasa de padres a hijos,
de una generación a otra y se perpetúa en el tiempo
percibido de nuestras emociones. Y cambia
en virtud del sujeto que la ejercita, tal que
la savia de un árbol mantiene frutos y hojas.
El Yo no se pierde, es la voz de cada cual
que entona ese legado de la vida heredada.
La escritura es solo un modo de pronunciarlo.
La Novela también es poema, pero a veces
en el tráfico de los intereses se hace esclava
de la propaganda, del periodismo, de la noticia
viciada que cambia los ritmos de inversiones.
Así hay tantos géneros, así hay tantas escuelas
que se copian entre sí para emular el éxito
y figurar en tiradas extensas en librerías
sin cuidar de que ser autor es decir algo propio.
En la sociedad cambiante de las urbes y las máquinas
donde nada se mantiene estable ni duradero,
no hay lugar al mito, hay que fabular rápido
y fotografiar el instante antes de que huya.
Tenemos a Petronio, Arbiter Elegantiarum
de Roma, que parodia la retórica
de la Poesía, porque su lenguaje solemne
en la urbe se vuelve motivo de comedia.
En nuestro siglo, Joyce, el irlandés, lo emula
y transforma el lenguaje en un eco social
que solo es inmutable en el sonido hueco
apenas rimado con otro más antiguo.
Pensemos en Boccaccio: anécdotas picantes
en las que se imaginan los hábitos humanos.
¿ Y la *Comedia Humana* de Balzac? Un estudio

de costumbres de una época que va a variar de pronto.
Flaubert cura al lector cual médico al paciente;
Stendhal lo critica; Maupassant lo persuade;
Hugo lo emociona hacia lo fraterno;
Zola lo denuncia; Daudet y Huysmans lo evaden.
En el siglo de las guerras y de las utopías
donde las teorías de la ciencia se han vuelto
experimentaciones, en este siglo XX
que corre como Aquiles siguiendo su tortuga
a otra época que piensa hacer del mundo un parque
de ingenios que amenazan con su ruido al hombre,
Bernanos y Mauriac recuerdan un origen,
Péguy espera un cambio, Proust construye el recuerdo,
Gide pesa el vacío y lo incorpora al tiempo,
Céline cual Lautréamont deforma el cruel presente.
Apenas la mujer vendida ya al mercado
compite con el hombre por un empleo rentable
olvidado el oficio de la aptitud y el trato,
en una economía que produce inquietudes
y las transforma en nuevas necesidades nuestras
para que este modelo siga siendo posible,
la rueda del lucro no se pare, y prosiga
en su carrera inútil – Tántalo y su manzana-,
Virginia Woolf apunta la ansiedad femenina
en una mascarada de maquilladas lágrimas.
El Sur de Faulkner llega con su sol primitivo
hasta los corazones helados de los muertos
de las grandes ciudades, con crímenes pasados,
como los yacimientos de sal de Dostoyevski,
que renuevan pasiones enterradas en odio.
La Novela no olvida. Ahí está lo que somos,
aunque la historia en clave lo quiera desmentir.
Cada escritor como una hormiga arrastra un grano

de trigo y lo siembra en un campo sin límites.
Los héroes del futuro se vestirán de antiguo,
su voz será elevada a la fiel Poesía,
y aunque haya mentirosos que con ingenierías
traten de emular voces que fueron testimonio
para adormecer los oídos del mercado,
nunca las semillas podrán no germinar.
Pensemos ahora en la mujer: esa forma
que lo social ha modelado lentamente.
Hablemos de Madame Bovary, de Jane Eyre,
de Ana Karenina, de Ana Ozores, de ellas.
Simone de Beauvoir decía: “La mujer se hace”.
Una metamorfosis kafkiana se ha gestado
en la madre del hombre, mucho más vulnerable
en una sociedad donde lo natural se obvía,
donde hombres y mujeres han de esconder su sexo
para adaptarse a los ritmos de las máquinas.
La mujer es anuncio de fábrica, es artículo
de tienda, y su imagen circula en el dinero.
Seducida con moda, se la abandona luego
con su mentira en el mundo que ha de sufrir,
se entrega a mil amantes, ninguno la comprende
y todos la abandonan, o bien son abandonados
por ella, que no sabe en quiénes confiar.
Uno solo la goza: quien sabe traicionarla
haciéndose pasar por siervo de la moda
que a ella ha conformado, y luego la pervierte
como el proxeneta a su joven pupila.
Y de no ser así, se casa con un hombre
que o bien la maltrata – y la cárcel no basta
para reprimir los impulsos de la sangre-
o le da algunos hijos, mas, sin educación
sobre lo conveniente e inconveniente del hábito
social, insatisfecha, divide la familia,

al creer al marido un enemigo, y buscando
nuevas satisfacciones se entrega a los amantes
de la primera parte, y descuida a los hijos,
y cuanto más se enreda en su madeja menos goza
hasta caer en depresiones y ansiedades
y no ver más que el abismo de sus angustias.

Primero la manzana, después el castigo;
esta es la tendencia social, mas por fortuna
no todas las mujeres la siguen. La mayor parte
se hurtan al engaño siguiendo lo natural
anterior al interés de la producción.
Psicoanálisis, psiquiatría, psicología

- la tríada de Freud- ¿por qué tan necesarias
- en los tiempos modernos? Es hoy más represiva
- la sociedad que en las mayores dictaduras.
- Hay necesidades demasiado repletas
- de satisfacciones, y otras no satisfechas.
- La mujer es la puerta de lo bueno y lo malo:
- en la Biblia Eva fue corrupción, la Virgen, templo.
- El hombre la modela con todas sus conductas,
- pues si quiere que sea liberal con su sexo
- corre el riego de hacerla promiscua; si al contrario,
- quiere que evite el trato social, la vuelve huraña.
- ¿Libertad? Siempre fue la mujer persona y libre,
- no le otorgó el sufragio mayor independencia.
- Un interés hubo: aprovechar su trabajo
- para la industria; y su atractivo para el cambio
- continuo del mercado de tanta producción.
- Y la Novela muestra su cara verdadera:
- alguien que se debate entre ser y no ser
- como Hamlet, y alguien que en tanta propaganda
- no sabe conocerse, y camina entre sueños.
- Quiere un hombre que la ame, desea una familia
- y un hogar, pero la moda la seduce, la engaña,
- haciéndose pasar por su mejor amiga,
- y, enredándose en ella, el mercado la envuelve
- y la araña del lucro la paraliza pronto.
- Ninguna sociedad es perfecta, ni utopías
- de *Un mundo feliz*, de la granja de Orwell,
- que dan en ser al fin deformes distopías,
- tampoco el mundo industrial, con viajes, con inventos ,

- y con vueltas al mundo en ochenta segundos
- carecen de belleza, pues sus continuos retos
- ayudan al hombre a mejorarse, pero
- el lucro es hermano de la tecnología,
- y su carrera aumenta las cargas del trabajo
- y el saco codicioso siempre habrá de romperse
- aunque Midas transforme lo que toca en riqueza.
- Por eso infiero: la mujer y la novela son
- termómetros fieles del tiempo de las colas
- y los supermercados que venden libertades
- a veces a alto precio, sacrificando normas.
- Seguirá habiendo pobres en la edad de los autos
- y el bienestar vendido solo a quien lo ha pagado,
- mientras la soledad cobija al indigente
- que vive en otros mundos que no son el primero.
- Seguirán existiendo mujeres corrompidas,
- niños abandonados, también gente ignorada
- buscando un hogar y una mano tendida
- que vale más que todos los bienes que se compran.
- Así lo he concebido yo, la Musa Inteligencia,
- la Caridad que vive en todo corazón.
- Les dejo, amigos míos, mi dirección postal
- y un teléfono para que contacten conmigo:
- Calle de la Justicia, número Absoluto,
- teléfono Amor (llamada gratuita)".

En el barracón de Nanterre las cosas siguen como siempre. El abate Pierre se encarga de distribuir el trabajo en los talleres, y no hay nadie que no tenga un oficio propio en la comunidad. Yo me ocupo de coser la ropa y de cortar la tela para los monos de trabajo. Me da la impresión de que he envejecido prematuramente: me he mirado hoy al espejo y he visto dos arrugas en mis sienes demasiado profundas, igual que surcos, que se prolongaban hacia mis cejas y se escondían en ellas. Mi rostro conserva las huellas del paso del tiempo –ya no soy la cabaretera atractiva que gustaba a los hombres de todas las clases sociales- pero mi alma está intacta como si acabara de nacer, y ha crecido dentro de mí hasta dar origen a una alegría que se expande a los demás y que sobrepasa toda comprensión. En el pasado, era una estatua o una imagen del deseo social, ahora soy una persona viva cuya verdad es tan necesaria como el sol, la lluvia y los árboles. Y no es que esté exenta de enfermedades (hace unos meses creo que contraje la tuberculosis al acostarme con un niño huérfano que la padecía, para darle calor) pero cuando siento la gratitud de los demás hacia mí, cuando experimento que soy el eje de un nuevo mundo, nada me importa, porque mi situación es una parte muy pequeña de mí en el universo infinito del espíritu que me habita. He caído en la cuenta de que el lenguaje no es más que la búsqueda de ese milagro que se materializa en salir de uno mismo hacia la mirada del otro, que encarna nuestro yo y lo perfecciona con su libertad hasta trascenderlo en una realidad compartida que creamos continuamente con nuestras acciones. De este modo, el barracón, ese desperdicio que han construido los hombres de las ciudades con los excrementos inservibles de su industria, ese

segundo y tercer mundo de los suburbios, de los delitos, del crimen, del miedo, de la pobreza, de la indefensión y de la culpa, se ha convertido en la esperanza del porvenir. En la ciudad todo está agotado. Se vuelve necesaria la prisa, la carrera por mantener elevadas las murallas del bienestar, y la gente tiene el miedo en el cuerpo, como si fuera existiesen bárbaros extranjeros de aspecto mitológico dispuestos a devorar sus instituciones y a reírse de las predicciones de su ciencia. Pero el miedo está alimentado por los mismos que lo albergan, por su ánimo de separarse de sus semejantes y de considerar que solo ellos poseen la fórmula de la piedra filosofal a la que alimentan con ingentes cantidades de productos innecesarios cuyos yugos cargan sobre la población civil que se ve obligada a soportar su mantenimiento.

Lo curioso es que muchos artistas e intelectuales, conscientes de la decadencia discriminatoria de los centros de producción, han querido compartir su vida con nosotros. Les llamaba la atención que un puñado de obreros sin recursos hubiesen sido capaces de edificar una factoría que a un Cabet o a un Fourier le hubieran parecido utópicas de encontrarse allí presentes, y sin ningún recurso propio, únicamente usando los desperdicios de la ciudad, de los consumidores y de las fábricas, sirviéndose de la capital como de un desguace. En su carrera ininterrumpida, la industria colocaba ingentes masas de bienes en el mercado, y para no perder sus inversiones y explotarlas al máximo, fomentaban una cadena de distribución que exigía unos plazos muy cortos de venta y un abono inmediato de rendimientos, porque los créditos en los que sostenían las operaciones económicas tenían una duración cada vez más corta, para satisfacer el lucro de todos los empresarios. Los artistas valoraban aquella transformación en la que las máquinas habían sido reemplazadas de nuevo por los hombres, el trabajo mecánico por el trabajo artesanal, empezando por la pequeña célula de un barracón. Concretamente, un chico joven, moreno y activo, en compañía de unos amigos que siempre estaban bebiendo y repitiendo frases de libros, había afirmado que aquella era la auténtica revolución del pueblo. Siempre estuvo de moda esa palabra en Francia. El joven y sus amigos la repetían por consigna y, en el juego de sus emociones, llegaban a confundir el placer con la esperanza. Un día, mientras iba a buscar agua al pozo común – no tenemos agua corriente en las casas, y los actos de la vida cotidiana los hacemos en grupo, igual que una familia-, me encontré con el joven en medio del camino, que intentaba subir a una chica al asiento de una motocicleta de manillar reutilizado y de ruedas recauchutadas procedente de la “Fabrique Fleur de Lis” – así llamamos en el barracón al sótano del mecánico Etienne Vierge, quien le ha puesto ese nombre a su taller por ser aficionado a una marca de coñac con el mismo nombre- mientras la muchacha trataba de resistirse aunque en realidad tenía más ganas de montar que él. Sus amigos se reían en corro, y uno de ellos mordisqueaba una manzana tranquilamente y escupía la piel al suelo.

- No es bueno que hagáis esto en público- les aconsejé- Estas cosas deben dejarse para la vida privada.

Yo sabía por propia experiencia adónde conducían aquellos caminos.

- Señora, lo que usted ve no es más que una sombra- dijo el joven parafraseando a algún autor, y dándole tono teatral- Una sombra de una sombra que es usted. ¿No ha leído en Lautréamont lo que es la humanidad y dónde termina? “La muchedumbre se dispersa y la noche no tarda en cubrir con su sombra los muros del cementerio”. Pero mientras tanto, hay que divertirse.

- Es usted un poeta- le confesé- y no puedo discutir a su nivel. Recuerde que el don de la palabra únicamente sirve para unir a los hombres, y pierde su valor al promover conflictos entre ellos.
- Nuestra amable ciudadana de la República de las Ideas tiene razón- comentó un chico bajo, con unos jeans ajustados y unas gafas de sol sobre la frente- Instituyámosla Censora Máxima de la Atenas de Nanterre. Es la viva imagen de la Justicia.

Y para llevar adelante la farsa retórica, arrancaron una mata de perejil que crecía delante de uno de los hornos comunes – donde se cocía el pan para todos- y me la pusieron sobre la cabeza, y sacando del bolsillo una bandera roja con una hoz y un martillo, el joven de la moto me arropó con ella. Algunos mozos del barracón interrumpieron sus tareas para contemplar desde lejos una escena que no entendían. Al instante apareció entre ellos un hombre con camisa de estopa y pantalón de lona, con la barba blanca y un escoplo en la mano. Era el abate Pierre. Preguntó qué pasaba y se lo expliqué todo.

- Bien- dijo él, un poco afónico de la fatiga, pero con voz determinada y clara- Ustedes, jóvenes, no deben hacer proselitismo alguno en la comunidad, ni promover la violencia bajo ninguna forma, ya sea política o aparentemente lúdica, porque lo que empieza por juego puede terminar en discordia. Esta hermana tuvo razón al denunciar sus comportamientos, que no son precisamente ejemplares para fomentar la convivencia. Para ello se han hecho los hogares. Es en ellos donde las familias aprenden a vivir con la colaboración indispensable de todos los miembros, para después mostrar a la sociedad civil un modelo de unidad, porque la sociedad civil es un reflejo exacto de lo que pasa en nuestros hogares. Y usted, señor Luis Aragón, un intelectual y un artesano de cultura, debiera saber esto. Y ustedes, señores Pierre Enmanuel, Jules Supervielle, señores forjadores de la memoria, ¿no debieran ser especialmente cuidadosos con las costumbres teniendo en cuenta que los demás los toman como ejemplo?
- Honorable pastor de almas- contestó el joven de la moto- Tenga presente que también existe el aburrimiento. Esta chica viene del Marais y quiere divertirse con nosotros. ¿Por qué oponerse a la gracia de una broma? En cuanto a esta señora que acabamos de coronar, es una obrera perfecta. En la Comuna Soviética de Rusia se conceden premios a los mejores ciudadanos, y la Comuna Soviética es el modelo de todas las comunas, aunque el clero no lo tenga muy claro. Si Isaías era el profeta de la Antigüedad, Marx lo es de los tiempos modernos de la factoría industrial colectiva. Y puesto que los presentes somos pupilos de la Escuela Surrealista y hemos sido amamantados a los pechos de la Libertad de Pensamiento, hemos resuelto sustituir el laurel clásico por el perejil de vanguardia, cuyo aroma resulta mucho más estimulante para las hormonas, las Musas del Porvenir.

Los chicos aplaudieron la intervención, y la chica sonrió mientras se peinaba.

- Respeto su ruptura con las máximas engañosas de la burguesía industrial, comparto sus intenciones de devolver al arte el territorio de la expresión libre, imprescindible para su eficacia, y comprendo su simpatía por un modelo de producción que se presenta como alternativa a la codicia de los mercados occidentales, pero no debo permitir que esta comunidad acepte por principios y por normas idearios políticos fundamentados en el interés de unos pocos frente al resto, intereses partidistas que

pretenden imponer un criterio de organización – explicó el abate Pierre- Ningún criterio puede imponerse si se ha de respetar la libertad humana, amén de que los cambios sociales son imposibles si no se modifican las conductas individuales. El cambio parte de las personas, no de las instituciones. En cuanto al aburrimiento que esgrimen ustedes contra el deber, es un efecto de la desidia de la sociedad decadente de la que han despertado. Solo una sociedad que no valora el talento de cada uno para obrar en beneficio del bien común permite que sus miembros se aburran y pierdan el ánimo de actuar. ¿Saben cuántos niños y adultos en esta comunidad no saben leer ni escribir, y cuántos otros quisieran aprender más pero nadie les enseña? Pues ustedes pueden hacer mucho por ellos, y enseñarles a través de las artes que profesan a ser mejores, pues no hay mayor humanismo que este, y pueden tener la ideología que deseen, siempre y cuando sepan ayudar a los que tienen al lado, viviendo de su oficio y siendo testimonios imperecederos de conducta frente a todas las generaciones que fueron y que serán.

Dicho esto, el abate Pierre acompañó a los jóvenes a las escuelas que había fundado y les presentó a los alumnos a los que educarían más adelante. A algunos los llevó también a la sede de la Emmaüs Internacional, un taller de carpintería de apenas cuarenta metros cuadrados, donde se alternaban las sierras y las escofinas con las memorias y los informes que se habían de presentar al Parlamento pasado el tiempo. Entre los jóvenes había artistas y estudiantes, también representantes de profesiones liberales, y todos ellos se sumaron con entusiasmo a la propuesta de ser los fundadores de una nueva mentalidad que devolvía el vigor perdido al lenguaje antiguo y que resucitaba con buenas acciones las glorias del pasado. En seguida cayeron en la cuenta los jóvenes, cuyas emociones en bruto se aproximan a la certeza de los argumentos lógicos, de que aquel cura no se parecía a los predicadores que abundaban no solo entre el clero sino también entre la clase dirigente, y que se dedicaban a repetir como papagayos fórmulas aprendidas de sentido hueco. Al contrario, el hombre que tenían delante era uno como ellos al que no importaba hacer el trabajo de cualquiera, dignificando todas las tareas humanas. Ponía las manos en todo, predicaba con el ejemplo, se preocupaba poco de sí mismo y atendía con prioridad las necesidades ajenas. Se sorprendieron notablemente los jóvenes cuando les confesó que era diputado del Parlamento de Francia y que invertía su salario en mejorar la vida de aquellas gentes. Les contó numerosas anécdotas, una de las cuales le había sucedido con la visita de un obispo. Este, al ver el atuendo descuidado del abate – se vestía como un obrero cualquiera- le preguntó por qué no trataba de vestir de manera que los demás reconociesen su condición de sacerdote. Él respondiera:

- Siento defraudarle en esto, Ilustrísima, pero los hábitos son muy molestos para trabajar, y yo no tengo tiempo de ponérmelos en los descansos. De todos modos, ya todos saben que soy sacerdote, y los que no lo saben, al verme actuar, lo infieren enseguida.

Les presentó a los enfermos de la comunidad. Los había alojado en una nave construida por cinco albañiles voluntarios, dividida en compartimentos aislados para evitar el contagio entre los pacientes, con agua corriente y un sistema de calefacción central sin caldera de hidrocarburos – hubieran sido difíciles de obtener, además de caros y reservados a las clases adineradas que podían pagar a las compañías que los comercializaban-, con funcionamiento a partir del calentamiento de medidas de agua en

tuberías que circulaban bajo hornos de leña y otros materiales combustibles que abundaban en los vertederos, según el estilo que los monjes cenobitas habían aprendido de Roma. Las tuberías eran de cinc y los radiadores, de piedra o de hormigón, en forma de asientos repartidos por cada una de las habitaciones. Se alojaban en el hospital sobre todo niños y mujeres embarazadas, algún anciano y personas con alguna dolencia grave recogidas de las calles, sin recursos para vivir ni para sobrellevar su enfermedad. Un grupo de médicos y de enfermeras voluntarios asistían a los pacientes administrándoles cuidados y medicamentos (la mayoría eran de fabricación propia en laboratorios improvisados vigilados por químicos voluntarios que seguían las instrucciones de los vademécums de farmacia). Las enfermedades más comunes eran las infecciosas bacterianas – la tuberculosis, la difteria, el tifus, la disentería y el tétanos- curadas a partir de un tratamiento a base de penicilina inyectada en sangre y obtenida de cultivos aislados del hongo *Penicillium notatum* que se criaba en cítricos en estado de putrefacción – esta experiencia se correspondía con el origen del descubrimiento del antibiótico por Fleming en 1929-. Para las dolencias víricas y hepáticas se contaba con unas probetas en las cuales se obtenía interferón a partir de células de enfermos parasitadas por virus y que también se empleaban como vacunas para prevenir brotes nuevos, según la fórmula inventada por Jenner, y que curiosamente seguía el aforismo de la homeopatía de "curar lo semejante con lo semejante", tan próximo al mito de la lanza de Aquiles, que podía curar y dar salud primero como objeto punzante y luego como orín aplicado a la herida. Se encontraron con dos ancianos veteranos de la Primera Guerra Mundial que habían luchado en el frente de Verdún y que habían quedado inválidos el uno de la pierna derecha y el otro de una mano al haberle estallado una granada en ella antes de alcanzar la trinchera enemiga. Se encontraron con mujeres extranjeras y refugiados albaneses y yugoslavos con graves problemas de desnutrición y avitaminosis, la mayoría de los cuales, huidos de un país en guerra y sin domicilio fijo a lo largo de kilómetros y kilómetros, alojaban tantos parásitos en sus cuerpos como un rebaño de animales de tiro. También había enanos, tullidos que nunca habían recibido cuidado alguno, deficientes mentales abandonados por sus cuidadores, paralíticos y mutilados de brazos y piernas que antes de descubrir el barracón convertido en casa de acogida se dedicaban a pedir limosna a las puertas de los edificios públicos. Toda la humanidad enferma y rechazada cuyo lamento imposible de silenciar atacaba como un cáncer la sangre adinerada de las instituciones fundadoras del lenguaje humano, nunca completo en términos – hay verdades que no pueden expresarse directamente, y en el fondo la verdad precisa de metáforas para ser entendida- por más que el academicismo de la ciencia trate de reducir la maravilla y el asombro del sentido a las páginas de un diccionario, entraba de nuevo en el útero de los nacimientos, en la solidaridad, para nacer bajo una forma libre y absoluta, para resucitar el tiempo y alumbrar la vida, para comportarse como un solo hombre que contenía a Dios dentro de sí en figura de amor, alegría e inteligencia, volviendo la naturaleza imagen de felicidad, dotándola de realidad absoluta frente al relativismo de los sueños y de las emociones que no habían llegado a alcanzar la raíz del tiempo y de la esperanza que verdea en figura de belleza.

También yo me sentía unida a mí misma en los demás, como si hubiese perdido mi cara o mi imagen y la hubiese vuelto a encontrar a la vuelta de la esquina. Ya no me sentía pobre, ni abandonada, ni sola, ni triste, y si me hubieran preguntado por el cielo juraría que me encontraba en él. El domingo escuché la Palabra de Dios – la mía, aunque

nunca había sido capaz de interpretarla cuando yo estaba perdida en un mundo ajeno que ahora nacía de mí- y el evangelio me llegó al corazón igual que la voz de un hijo:

Nadie puede servir a dos señores, porque o bien odiará a uno y amará al otro, o bien se adherirá a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.

Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, de qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No es más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni tienen granero, y vuestro padre celestial las alimenta; ¿no valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, afanándose, puede añadir un solo codo a su estatura? Y del vestido, ¿por qué acongojaros? Mirad los lirios del campo cómo crecen: no hilan ni tejen. Pues yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿No hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos?, o ¿qué beberemos?, o ¿con qué nos vestiremos?, cosas todas ellas con las que se afanan los paganos, puesto que bien sabe vuestro padre celestial que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.

Todos los hombres y mujeres éramos pájaros en manos de la providencia, del desconocido, y el amor nos alimentaba, pues a partir del fruto del trabajo en comunidad comíamos y bebíamos y existíamos. Los intereses nos dividían, como la cizaña al trigo, pero manteniendo la dirección podíamos llegar a unirnos de nuevo, buscando *el reino de Dios y su justicia*, el amor al prójimo y al semejante por encima de nuestro yo, puro miedo aún no revelado en el tú que constituía nuestra verdadera identidad, nuestra felicidad. Siguiendo esta enseñanza me dediqué a aprender por mí misma todos los oficios posibles, a fin de ayudar en la comunidad en aquello que fuera de más provecho para los demás y para mí. Colaboré con un cubero en la construcción de barricas y de calderos de madera reforzados con aros claveteados de hierro, tejí en el telar, ayudé a los albañiles a mezclar la masa de arena y cemento, trabajé de enfermera y aprendí el oficio de parturienta – nada hay más placentero para una mujer que ver nacer a un ser humano-, colaboré con un zapatero y un curtidor cuya actividad resumía las preocupaciones del hombre por el calzado y el vestido, apenas restos de animales con los que cubrirse el cuerpo para preservarlo del frío y del roce con los objetos, al igual que la naturaleza preserva el entendimiento del hombre con su enseñanza. Incluso un ingeniero me mostró el funcionamiento de un frigorífico y la técnica de fabricación, el cual operaba según un circuito térmico de líquido que yo comparé con los meandros del Nilo y el ciclo de las cosechas, que había leído de pequeña en un libro de estampas.

Pero al llegar el invierno, cuando la comunidad mostraba una armonía casi celestial -¿qué es el cielo si no armonía humana?-, ciertos envidiosos exteriores, sintiendo la picadura de una profunda frustración a consecuencia de sus conductas discriminatorias acentuadas por la presencia de un grupo de personas que convivían alrededor del bien común – las tinieblas son más evidentes cuando hay una luz cerca-, empezaron a tomar en consideración el proyecto del abate Pierre, pero no para alabarlo por modelo, más bien para lo contrario, para acusarlo de todos los males con el fin de que desapareciera la amenaza de un posible juicio sobre sus acciones. Se publicaron artículos en el periódico, críticas y reseñas en las que se verbalizaban e imprimían disparates maliciosos en los

que los autores –la mayoría anónimos o protegidos por un pseudónimo- ejercitaban su ingenio en mentir e inventar calumnias y levantar testimonios falsos y morbosos para sembrar la confusión entre los que nada sabían del tema. Para avalar sus patrañas de vileza patente, recurrían a argumentos de autoridad, citaban a autores célebres por su virtud y los indisponían imaginariamente contra el proyecto del abate Pierre. Unos decían que este era un visionario como Swedenborg pero sin el talento suficiente para escribir una frase memorable, otros aseguraban que en el fondo era un pícaro que pretendía hacerse rico y vivir de los pobres; estos lo acusaban de herejía contra las instituciones eclesiásticas, los otros lo tildaban de embustero y embaucador y sectario con un pasado presuntamente criminal. A todo esto, ni el abate ni ninguno de los miembros de la comunidad nos interesábamos en lo más mínimo por estas falsas acusaciones que provenían de quienes no podían disimular su fracaso interior. De todos modos, la corriente de desconfianza, cual una serpiente que repta para inyectar el veneno en su presa, anidó en las entrañas de algunos sectores del clero de la zona para los que la actitud diferente del abate Pierre constituía un escándalo, al no observar suficientemente el protocolo de las costumbres canónicas. El proyecto del abate Pierre era ya conocido fuera de Francia: se hablaba de él en Inglaterra, en España, en Italia e incluso en América. Hubo quienes lo compararon erróneamente con Proudhon y con los socialistas utópicos, y este símil mal entendido fue la baza que empleó monsieur Roulin, párroco del Sacre Coeur, para acusarlo de comunismo subyacente y de compadreo con los bolcheviques de Moscú. Publicó un artículo que incrementó las ventas de *Le Journal* en cien tiradas más. Muy pronto los periódicos quisieron repetir el fenómeno, compusieron un titular llamativo y lo distribuyeron al por mayor para sacar todo el jugo a la novedad de la falsa noticia atestiguada por otro discípulo más de Judas, y la opinión pública, impresionada por el despliegue de artillería tipográfica, se tragó el anzuelo y comenzó a murmurar, hasta que sus murmuraciones llegaron a oídos del cabildo y del obispo, y también a los del papa. La información de los medios de comunicación social, de la radio y de la televisión – que entonces estaba asentándose en Europa- proyectaba fantasmas audiovisuales sobre la situación política del mundo e hinchaba de miedo la cobardía de los usuarios del sistema industrial, instaurando una falsa alarma que hacía que los obreros del naciente Estado Social de Bienestar temiesen la amenaza del comunismo como se teme a la peste negra. El abate Pierre era así situado en el lugar de un traidor a su patria, poco menos que un terrorista del pensamiento. Los habitantes de la fantasía del Estado no podían ver con buenos ojos una repentina erupción de verdad, porque las propias barreras que se habían formado les hacían chocar entre sí sin llegar a entenderse. Y dentro de esta contienda, el sector administrativo del clero tomó parte por sus privilegios que estaban directamente afectados por los intereses del Estado. El perjudicado de la situación era quien menos culpa tenía de ella, pero recibió un aviso episcopal ordenándole disolver Emmaüs Internacional. El abate respondió al obispo como hubiera podido responder un mártir ante las autoridades que lo condenaban por considerarlo enemigo del orden público: "*Mi trabajo no es más ni menos que ayudar a los necesitados y tratar de comunicar el reino de Dios a los hombres, empezando por los más próximos y principalmente por los más pobres, y ninguna autoridad humana puede oponerse a la voluntad de Dios. Para mí no es motivo alguno de gloria o de beneficio esta misión, es un deber y está por encima de los intereses, tanto propios como ajenos".* El obispo, no obstante, apretado por el cabildo que había sido tomado por los partidarios de los privilegios, influido y amonestado por la Curia Episcopal que traía

instrucciones de la Curia Romana y del Sumo Pontífice de la Sede Apostólica, cuya cobardía respecto a la caída de prebendas desde la Revolución Francesa lo había llevado a recrudecer las medidas de seguridad del Concilio de Trento, se mantuvo en su decisión y le concedió un plazo para llevar a cabo la disolución so pena de ser invalidado como sacerdote e incluso – si la Signatura del Vaticano lo determinaba- excomulgado. Puesto que todos los barracones de París estaban conviviendo bajo el patronato de Emmaüs Internacional, acabar con la asociación amparada en los derechos de la ley civil implicaba dejar morir de hambre a los pobres y asilados a los que las instituciones rechazaban y a los que la sociedad marginaba no proporcionándoles puestos de trabajo o bien haciéndoles la vida imposible hasta que se veían obligados a renunciar a ellos sin cobrar pensión ni subsidio alguno. En lugar de reivindicar una mayor justicia social ante las circunstancias del caso, los sindicatos hicieron la vista gorda, mostraron completo desinterés por la situación y se encargaron de movilizar a los obreros – muchos de los cuales vivían en los barracones- en huelgas y manifestaciones de poca o ninguna importancia para exigir disminución del horario laboral en vísperas de elecciones, prometiéndoles una mejora sin precedentes a la entrada del mandato del Frente Popular, que tenía por prioridad eliminar a la oposición conservadora dirigente desde la Liberación del Totalitarismo Nazi, arrimándose solo onomásticamente a los postulados desconocidos del esclavismo industrial soviético. Aprovechando la ocasión, los totalitarios derrotados desde la Liberación y agrupados en torno al partido de la Acción Francesa –para no vincularse a nadie se habían proclamado monárquicos y defensores de la tradición romántica al estilo de los promotores de la Restauración en el siglo XIX, encubriendo sus intenciones de dar un golpe de estado que devolviese Francia y Europa al imperio militar del fascismo- extendieron la noticia de que el abate Pierre provenía de raza semita, era un usurero pagado por la URSS para espiar los países capitalistas y había hecho un pacto con el diablo, como Fausto, para ser gobernador de París y colectivizar la propiedad privada poniéndola a nombre de la banca rusa. Por supuesto, el racismo había desaparecido de Europa desde el genocidio masivo de los campos de concentración, pero solo en apariencia legal, puesto que la opinión pública todavía consideraba a los judíos los responsables de las dos guerras y de las crisis económicas consiguientes, sin olvidar el altercado del Caso Dreyfus, por el que un escritor se había involucrado poniendo su pluma al servicio de la justicia.

Una tarde, después de comer en el refectorio común, se comentó entre algunos de nosotros la situación del promotor de los Hospitales de Caridad en los que vivíamos. Se decía que al abate, quien para nosotros era un Padre de la Patria verdadero, se le iban a retirar las órdenes mayores y se le iba a expulsar del seno de la Iglesia. "¿Qué poder humano" pensábamos nosotros, "puede expulsar a un hombre de una comunidad en la que está su corazón?". Toda aquella maquinación de falsedad aparente resultaba absurda, porque la Iglesia no era un edificio, ni un lugar físico, era la asamblea de todos nosotros, y donde allí estuviéramos nosotros, allí estaría Dios también, en el templo de nuestras voluntades, y ninguna potestad humana derivada de un egoísmo manifiesto era suficiente para separarnos de un amor que daba vida y trascendía naturalmente a cualquier circunstancia concreta. Así lo creíamos nosotros, pero los cizañeros y maquinadores que habitaban en las tinieblas del desconocimiento a pesar de los múltiples avances de su ciencia experimental, de su progreso y de su idolatría por el lucro y la propiedad privada, nada sabían de aquella verdad y, celosos por el éxito ajeno,

trataban de impedir por todos los medios que una luz que no saliese de ellos radiografiara sus alevosas mentiras. Se unían, pactaban compromisos, rubricaban contratos, mantenían el secreto de sus negociaciones, actuaban rápido como agentes bursátiles para tratar de detener lo que se les venía encima, utilizando los intereses del pueblo como palanca. La excomunión era una mascarada, lo mismo que la retirada de las órdenes, mas su intención estribaba en apartar el proyecto del abate de las mentes de quienes aún no se habían incorporado a él, ensuciándolo con una etiqueta humillante, marcándolo para que se pareciera más a ellos, pegándole un código de barras que lo confundiese con un producto de su mercado. Por la propagación de las calumnias en la prensa y a través de los chilladores de la radio, el fundador de Emmaüs Internacional fue considerado un proscrito. Únicamente los que vivíamos de su caridad estábamos preocupados por él. En el marco de esta conversación, pues, decidí tomar una resolución, y así se lo comuniqué al abate, a quien la preocupación de sus enemigos no había logrado borrar su cotidiana alegría. Como era afable con todo el mundo, resultaba fácil acercarse a él y no era necesario pedir audiencia por adelantado. Recuerdo que me miró como si mi cuerpo fuese transparente y mi alma llamease en el centro de mi pecho animada por mi voz temblorosa.

- Voy a sacrificarme por usted- le confesé mientras veía en la pared de la sede las herramientas de carpintería y las fotografías que las enmarcaban, entretejiendo lo que se asemejaba a un nimbo alrededor de la cabeza del padre- Tengo cuarenta y cinco años, he vivido hasta hace dos meses como una pecadora y como una desgraciada. Comprendo que ha llegado el momento de pedirle al Señor que me perdone, que me acoja en su luz definitivamente, y, aunque su misericordia es mayor que cualquier mérito humano, quiero acercarme a él para que su paraíso verdadero, para que su cielo y su gracia habiten en mí plenamente, pues todo mi interior tiene sed de él. Realmente este sacrificio será el premio que siempre he deseado. Prométame que no impedirá por ningún medio mi resolución.
- Hija mía- me habló el abate acariciando mis mejillas con sus manos ásperas del trabajo- Nadie puede impedir que tu voluntad se una al Señor. Ya ves que yo soy un hombre sin virtud alguna, esclavo de mis pecados como cualquier hombre, pero con la voluntad y la perseverancia de querer arrastrar la cruz de mi pobreza por el mundo para que Cristo viva en todos los hombres. Él es el Ungido, la parte que Dios ha separado de nuestra corrupción para que permaneciese. Por él la muerte no tiene poder sobre nosotros, ni nuestra debilidad nos determina, ni nuestra infidelidad nos acusa, ni nuestra mentira nos posee. Pero no todos lo conocen, porque para conocerlo hay que acoger primero su mensaje, y para acoger su mensaje hay que abrir los oídos a la voz del prójimo. Si los hombres quieren, pueden abrirse sus oídos, pero para quererlo de verdad primero han de experimentar el dolor de su pecado, que es el arrepentimiento. Si tú decides arrepentirte de ese modo, en verdad Dios te premiará, pero no lo hagas por mí ni por nadie, tan solo por Dios. De lo contrario, se volverá un fanatismo que te perjudicará.
- No será ningún fanatismo- repliqué mirando al suelo- Hace mucho tiempo que vengo pensando que llegaría el momento de emprender una buena obra. Escúcheme hasta el final y no me interrumpa, por favor: aunque la opinión pública esté en contra de usted y eso pueda perjudicarle con respecto al clero (pues sé bien que solo el clero le preocupa, y de ningún modo las habladurías de la gente), yo sería capaz

de desplazar el oprobio hacia mí, pues el oprobio de una mujer mancillada y envilecida es tan manifiesto como su atractivo, si es que alguna vez lo tuvo, y consigue encarnar cualquier injuria, por ajena a ella que sea. Incluso un crimen, si recayera sobre una mujer, sería más horrible todavía, porque la mujer representa el vínculo familiar, el hogar, el placer y la belleza, y cuando alguno de estos entornos está ensuciado por el vicio, este resulta mucho más patente. Por eso (y porque usted ha dicho asimismo que la mujer es la parte más tierna de la humanidad, a la que antes llega el bien y el mal, y que actúa a modo de vehículo de la vida a partir de su aceptación del principio masculino, que es la fortaleza), yo me siento capaz de devolverle su buena fama sin sacrificar la mía, tan solo confesando mi intimidad, porque he sido prostituta desde los trece años, y únicamente hace unos meses que he intentado seguir una vida un tanto devota. Me bastaría confesar una mentira piadosa para contrarrestar la mentira impía de la gente: afirmar que yo lo he seducido y que usted me ha rechazado convirtiéndome al bien, cosa que me sería muy fácil asegurar, porque sé cómo se seduce a los hombres. Con este plan, usted...

- ¡De ninguna manera te lo consentiría, hija!- gritó el abate, y por un instante creí que nos oirían fuera- ¿Acaso vale mi fama ante los hombres más que la tuya?
- Sí, padre- respondí sin titubear- Porque su fama puede convertir a muchas almas.

Ante esta respuesta, el abate Pierre no supo qué responder. Su rostro se endureció, mostrando una lucha interior. Ya no parecía un sacerdote, sino un hombre cualquiera que sufre por el dolor. Se dio cuenta de que mi plan era lógico, y bueno, aunque detestable según la ley de la apariencia. Pero la apariencia desaparece, y lo invisible perdura en miles de millones de infinitas apariencias. Por consiguiente, ¿no era un prejuicio, un miedo supersticioso, egoísta e interesado, el querer oponerse a mi decisión? Me puso las manos en los hombros y me dijo mirándome a los ojos, con asombro:

- Eres la criatura más noble que he conocido hasta hoy. No puedo negarte lo que pides, porque es justo que lo hagas, si es que esa es la medida de tu cruz, la cual es también la medida del amor de Dios que acogerás dentro de ti. ¡Pero yo no soy digno de esa gracia! ¡No puedo confesar tu mentira! ¡Preferiría decir que fui yo quien te sedujo!
- Si así lo hiciese, padre, se opondría a mi plan por completo- aseveré- Piense que nadie es digno de la gracia de Dios, de su verdad y de su amor, de su iglesia y de su Hijo, pero Él opera más allá de nuestros méritos. Si a través de Eva se pervirtió el hombre, a través de María se redimió. Usted está al margen de mi acción. No tiene por qué saber nada de ella. Niegue mi confesión. Así lo considerarán santo, y no tendrá necesidad de mentir. Yo seré la que mentiré, pero solo para decir la verdad y vencer a otra mentira.

El abate Pierre me acarició las mejillas y me besó la frente, y de pronto las lágrimas le nublaron la vista, pero se las limpió enseguida y sus ojos se enrojecieron un poco.

- Bienaventurada- me dijo, y después, inconscientemente, recitó el verso inicial del *Magnificat- Ave María, gratia plena, dominus tecum.*
- Vámonos, padre- le recomendé- Van a pensar que hemos estado demasiado tiempo juntos.
- Sí, hija mía- dijo el cura sonriendo como si quisiera abrazarme- Que Dios te bendiga.

La noticia se extendió enseguida, semejante a un alumbramiento, propagada por *Radio Francesa*, a cuyo estudio había acudido para confesar ante los medios sociales de la opinión pública mi culpa. El asunto sobre la probable vinculación política del abate con el régimen soviético perdió todo interés, y el nuevo escándalo ocupó las portadas de los periódicos e incrementó como nunca antes la venta de ejemplares, pasó a protagonizar la actualidad y la pólvora de los poderes públicos, divididos por la aritmética burguesa de Montesquieu, se encendió de liviandades hasta estallar en giros parlamentarios. Se supo en Europa, pero se prohibió su difusión masiva por considerarse contraria a los intereses de la nación y del crédito de sus inversiones extranjeras. Como todos los líos periodísticos, tuvo una vigencia efímera y una caducidad acelerada, pero la sociedad, que nunca olvida los oprobios, se encargó de hacerme el vacío aún más, de murmurar a mis espaldas y de tratar de no rozarse con mis pasos. Se emitieron anuncios que aludían sucintamente al escándalo para tratar de vender lencería, cosméticos y otros consumibles femeninos. Se reprodujeron las facciones de mi rostro en carteles que publicitaban automóviles y estilos de vida basados en el consumo, con ciertos eslóganes que a mí me dieron risa por lo disparatados que eran, como uno que advertía de las plazas de un coche- "con una más para la amante y para el cura"- o como otro de comida en lata en el que un niño decía al estilo de un cómic: "mi papá me lo trajo del barracón después de que mamá despidiese al padre". Yo me lo tomaba como bromas que eran, y nunca les di la menor importancia. Me sentía absolutamente libre, y tan feliz como nunca lo estuve en este mundo.

Uno de los escritores afines a la vida de los barracones se ofreció a escribir mi biografía en primera persona, cambiando a verso algunas de las anotaciones de mi diario y alternándolas por el texto, para marcar los actos de mi existencia, tal vez acentuando su teatralidad, cuyo sentido es la sinceridad del tiempo que conduce a la persona a la conversión. Ojalá su ejemplo sirva para abrir los ojos de muchos.

En los últimos tiempos, no salí de mi casita en Nanterre. Todos mis vecinos estaban muy preocupados por servirme y agradarme, como si fuera una santa. ¡Una santa yo! Eso sí que me hacía reír. También me hizo reír la mañana de verano en la que llegó por la puerta un pobre hombre vestido de traje de etiqueta, con un sombrero de fieltro y un rostro que reconocí enseguida. Era el mendigo que me había ayudado a buscar a mi hija, a quien los estudiantes de Medicina llamaban El Tío Miseria. En lugar de su habitual vacío en su cuenca izquierda, exhibía un reluciente ojo de vidrio.

- Señorita- me dijo arrodillándose en el suelo, con mucha flema, y extendiendo un objeto brillante hacia mí- He venido a pedirla en matrimonio. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Nos casamos en la capilla del barracón. El abate Pierre ofició la misa. Asistió casi todo el vecindario, amén de un hombre acompañado de su esposa, elegantemente vestida a la moda de Viena, quien me tocó la mano con un calor conocido.

- Soy tu antiguo amante, Ataulfo Vaugiron- me susurró al oído- Ahora trabajo en la redacción de *Les Débats.* Sé todo lo que hiciste y, aunque soy consciente de que es pecado, a veces rezo a Dios pidiendo que tú intercedas por mí ante él, porque te considero una patrona de mi alma. Que vivan los novios.

La luna de miel la pasamos pasando por el puente de Alejandro III, junto a sena, saboreando caramelos de azúcar, como los niños. Mi reciente esposo parecía más joven, y yo también lo parecía. Y París parecía un sueño, un cuadro pintado en el cielo.

- Te juro que te amaré siempre, más allá del mundo- me dijo con el brazo alrededor de mis hombros- ¡Dios mío! Apostaría a que hasta nuestra boda no supiste que me llamaba Fréderic Zeromski... Y yo no sabía que tú te llamabas...
- Hortensia du Val- respondí.

Aterrizaron dos palomas frente a nosotros, como si de repente estuviésemos hablando de ellas.

- ¡Vida mía!- exclamó mi esposo- ¡Cuánto he tardado en conocerte!

UNA MONEDA DE ORO

"Es un secreto aún no conocido en este mundo que el cielo, entendido globalmente y de modo que incluya todo, refleja a un único hombre"

Swedenborg

" Ojos del abismo son los metales y las piedras preciosas en cuya superficie se refleja la luz que crea el mundo en nuestros ojos, pedazos y formas desvanecidas de instintos perversos y de mezquinas alucinaciones, figuraciones de nuestro pecado. Oh, el oro y la plata, el amarillo y el blanco, el sol y la luna, las sombras del alma interior. Solo sombras, no obstante. ¿Por qué os persiguen los hombres? No respiráis ni sentís como ellos. No sois libres ni podéis condenaros ni redimiros. ¿Cuál es vuestro poder? Nuestra debilidad. ¿En dónde habitáis? En las entrañas de la tierra, de las que os arranca nuestra codicia, la enfermedad de cerrar los ojos al paisaje libre de la vegetación, de los árboles, de los ríos y de los valles. ¡Instintos perversos! ¡Cartas trucadas del placer y de la mentira! ¡Maldiciones! Sois infecciones que corrompen con ácidos y estigmas los órganos de la palabra y del sentimiento, brilláis expulsando purulentas y sulfúricas fiebres que ascienden en espirales de humo venenoso a la memoria, allí se enquistan hasta conquistar el entendimiento y hasta manipular la voluntad, allí endurecen la carne e impiden el paso de la sangre de la vida inocente, hasta mutilar una parte de nosotros, deshaciendo el tejido maravilloso de la sonrisa que niega su bienaventuranza al mundo que somos. ¡Fantasmas! Quien ama sombras es atormentado por su vacío vertiginoso. ¡Océanos de bilis, tormentos y muertes! ¿Qué habéis hecho de nuestra voz? ¿No es solo un treno, un lamento gutural, un gemido animal sin el Sentido de nuestros sentidos, sin el Dios de nuestros dioses, sin el Significado de nuestros sentimientos? Ni siquiera estos cantos parecen verdaderos, más bien se asemejan a sueños y a pesadillas vanas, en el Imperio de un mar que nos absorbe entre dos continentes que nos confunden: la maldad y la falsedad, Escilas y Caribdis de ebrios navegantes del lucro, un Plus Ultra que nos devorará sin compasión. ¡Sonidos y ecos resonando no sé dónde! ¡Retórica sin amor ni esperanza! Pero aún nos queda la salvación de una tierra y de un cielo realmente nuevos. Aún nos queda el perdón. Aún estamos vivos. Aún...".

Aquí se detuvo la pluma de *Scopula,* pseudónimo de Fernando González del Moral, nacido en Gaeta de padre y madre sevillanos, soldado, caballero de la Orden de los Hospitalarios o Caballeros de Malta, y últimamente regidor del cabildo de Santo Domingo, en la isla La Española. El monólogo tan próximo al estilo de Shakespeare, más dramático que lírico, le había sumido en una circunspecta melancolía. No venía esta de la falta de riqueza o de bienes, o de haber caído en desgracia en las consideraciones mundanas; procedía de su interior, donde sentía un vacío que se iba agrandando, una decepción de todas sus experiencias y un desengaño acerca de las ilusiones que lo habían impulsado a embarcarse por vez primera rumbo al Nuevo Mundo, a las Indias Occidentales. Tomó de su escritorio un libro impreso y encuadernado en piel con la rúbrica de la imprenta de Amberes y leyó en voz alta:

As armas e os barôes assinalados

que da occidental praia lusitana,
por mares nunca antes navegados
chegaran aínda alem da Trapobana...

¡Cuánto le recordaba el principio de *Os Lusiadas* de Camoens la apertura de la Eneida de Virgilio, el *Arma virumque cano* que se estudiaba en las escuelas! Su espíritu era igual que ese poema épico: él era el protagonista de la epopeya de los descubrimientos que se festejaban por la humanidad entera, que ni Plinio ni Estrabón, ni Pausanias ni Plutarco habían descrito en sus enjundiosos tratados, en los que la fantasía se convertía en un testimonio empírico de ciencia. Claro que pasado algún tiempo, el Paraíso Terrenal de un continente brotando, igual que la isla de Delos para el ingenioso mundo griego, de las aguas para albergar la luz del sol, se había llegado a pervertir por el vicio humano, y, gustada la manzana, llegara a cerrarse para siempre a la inocencia. Hacía diez años casi completos que don Fernando González se hallaba en las remotas regiones del Caribe, y antes de concluir el décimo – lo mismo que en la caída de Troya, pensaba a menudo imaginando comparaciones- había caído en manos de unos corsarios ingleses de Tortuga al embarcarse rumbo a la isla de Cuba en compañía de varias familias de consejeros y regidores de Santo Domingo, todos ellos gente influyente y recomendada en España, padres de los criollos que a la sombra de otras épocas lucharían por la independencia política del continente. El regidor de Indias, cuya alma desconocida por él respiraba dolor, giró la cabeza y vio la imponente imagen de la Muerte, representada por el cadáver yacente de su criado Lopillo, de veinticinco años de edad y natural de Burgos, que había dejado este mundo el día anterior aquejado de una terciana diagnosticada por el médico de a bordo como fiebre amarilla del Panamá. A los pies de la cama, oliendo la despedida con sentido extraordinario, estaba el galgo de don Fernando, que parecía que presintiendo la desgracia de su amo se había convertido en la estatua viva de la tristeza.

La puerta de la alcoba se abrió dejando pasar un viento recio que levantó los papeles y las sábanas, y un individuo de fea catadura, con una oreja de menos y una cicatriz de sable recorriéndole la cara en diagonal, gritó sin cortesía alguna:

- ¡Preparen al muerto para echarlo por la borda!

A continuación la puerta volvió a abrirse y entró un hombre de cincuenta años con casaca de almirante, calzas y greguescos, con el sombrero en la mano:

- V.m. disculpe los modales de estos malvados ladrones en cuyas manos ha caído mi barco. En cuanto volvamos a tierra firme, os aseguro.... os aseguro... (su voz temblaba)

Don Fernando comprendió la necesidad de intervenir:

- Dejadlo estar – repuso con amargura- Sé bien de dónde proceden las órdenes, capitán.

El almirante don García Pérez de Legazpi, vasco y familiar del famoso navegante y descubridor de las islas Barbudas y las islas de los Ladrones y fundador de Manila en las islas Filipinas, era un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido por su tripulación a rajatabla, pero había aprendido del cortesano la adulación a las potestades del mundo, y se esforzaba tanto en ser implacable con sus subordinados como en ser agradable con sus superiores. Así había logrado adquirir su título, y era la lección más importante que creía haber aprendido en la vida. Como era la primera vez que su galera caía en manos de piratas, con tan ilustres pasajeros como el regidor don Fernando a bordo, no sabía qué hacer para evitar que sobre él gravitara la responsabilidad de una dirección imprudente una vez regresase a tierra firme, pasado el embrollo de alta mar. Era tan desagradable su intención de ser agradable, tan ridícula su vana inclinación de seguir el protocolo incluso cuando resultaba inútil su temor encubierto, que a don Fernando le suponía una molestia mayor su condescendencia que las arbitrarias directrices de los secuestradores.

Cuando se cerró la puerta, don Fernando acarició la cabeza de su galgo, mucho más despierto que él para percibir las situaciones inmediatas, y reparó en un objeto brillante que había caído en el suelo. Lo tanteó y percibió la conocida redondez metálica de una onza de oro con la efigie de Felipe II. El oro acarició la palma de su mano, tocó su mirada, le devolvió la luz de un recuerdo, y después de relumbrar se ocultó de nuevo en la sombra. Don Fernando la dejó caer en un acto reflejo y experimentó una vez más que caía como un objeto cualquiera. Su galgo no se preocupó en absoluto por la moneda: trató de oler algo en la atmósfera; ni siquiera la veía. Don Fernando la volvió a recoger, se aproximó a la mueca entrañable de su criado y, evocando una costumbre de los griegos, abrió su boca y colocó la moneda bajo su lengua. De esta manera consideró que le pagaba su último salario, que tal vez le sirviera para abonar al barquero Caronte el pasaje hacia la vida eterna. Pero transcurridos unos segundos cambió de idea; no le convencía un rito pagano a pesar de su belleza ineludible, o tal vez le repugnaba el hecho de arrojar al mar a la onza con el cadáver, aunque a su criado Lopillo había llegado a amarlo por encima de la utilidad de sus servicios. La moneda se había acostumbrado de pronto a su mano, y don Fernando ya no se acordaba de la sátira que hacía un cuarto de hora escribiera contra la maldición del lucro. “Arrojar el dinero al mar no tiene sentido”, le decía su pensamiento, “nunca se sabe cuándo se ha de necesitar”. Y, sin pensarlo más, introdujo la onza en un bolsillo interior del jubón. Tomó el cuerpo inerte de su criado por la espalda y el ángulo de las rodillas y salió del camarote.

Afuera, el día era nublado y muy ventoso, porque los alisios soplaban en dirección sur surdeste desde Trinidad, agolpando y arremolinando airadas nubes que en breve desencadenarían una dura tormenta. El mar se había vuelto oscuro, y el navío se bamboleaba con ritmo acelerado de un lado a otro, en la contradicción de las aguas que hervían de agitada música. Cuando salió don Fernando con el muerto, dos forzudos vestidos de cáñamo con los brazos desnudos a pesar del frío le arrebataron la víctima propiciatoria del más allá y la pusieron sobre una tabla suspendida por dos barricas a babor,

y un hombre bien vestido – el más seguro de sí mismo entre los presentes que se ocultaban en el silencio- parecido a un príncipe de lienzo, con melena, barba recortada y recogida en su barbilla por una cadena de diamantes minúsculos, siguiendo la solemnidad fantástica de la descripción, dio la orden no verbal de arrojar el cadáver al agua. Una voz interrumpió la inercia de la sobria ley y rogó al grupo: "Al menos permitid que este desdichado sea despedido como prescribe la Santa Madre Iglesia". La figura principesca hizo relumbrar su pecho con el impacto del sol y apareció un coselete de acero revistiendo su tronco, brotado en un golpe de vista de aquel brillo.

- Quietos – ordenó el presunto príncipe, quien resultó ser en definitiva el jefe de los bucaneros (no hablaba español, a veces se dirigía a la tripulación en inglés y otras en francés, pero acostumbraba a hablar en otras lenguas europeas porque entre sus marineros había gentes de muchas nacionalidades)- El cura quiere rezar un responso.

El "cura" era en la realidad que estaba en el extremo opuesto de la navegación, en la tierra firme en la que los pasajeros del navío caído en manos de piratas – donde los mandos y las potestades estaban invertidos- , un fraile dominico de Segovia, fray Servando de nombre, o fray Cervantes, que viajaba en compañía de un novicio para evangelizar las Indias. Aparte de los dos frailes de Santo Domingo, viajaban a bordo dos jesuitas de la Tercera Orden, ambos de Medinaceli, quienes no habían recibido aún las órdenes mayores. Cuando el fraile se acercó al cadáver, musitó unos latines y alzó ambos brazos al cielo, como queriendo bajarlo al costado del muerto, y dio dos pasos hacia atrás antes de concluir diciendo: *Consumatum est.* Viendo que los forzudos no se movían de sus puestos, declaró: "He concluido". Desde lejos se escuchó la risa forzada de un asmático que se confundía con la tos de un perro. El muerto fue echado al mar y antes de que se cerrara el nido de espuma que había formado en el agua los tiburones se disputaron sus vísceras y tiñeron de rojo el lugar en el que había caído. Acto seguido, Don Fernando miró hacia la botavara y no distinguió nada, pero escuchó unas pisadas sobre el agua y reconstruyó la imagen de su criado caminando sobre el líquido elemento de la materia fluida y despidiéndose de él con el brazo derecho alzado hasta donde el horizonte ocultaba la memoria del sol.

Los marineros reanudaron sus actividades. El viento cambiaba muy deprisa, y era necesario adaptar las velas a su extraño juego. Las alas blancas de la vela mayor y de la gavia fueron reducidas a su tercera parte, el trinquete y el velacho se viraron, y el foque y el petifoque de proa se tensaron con los tendones de las cuerdas para aprovechar el viento lateral. Comenzó a llover; tres grumetes que no alcanzaban los veinte años subieron por las jarcias apoyándose en las maromas; y un titi de las Bahamas siguió a su dueño llevándole su gorro hasta la gavia del palo mayor, donde subió uno de los grumetes para llevarle una botella de vino al vigía. El galgo de Don Fernando ladró a las alturas y su dueño le ordenó silencio. Entre el ruido del oleaje se escucharon los sollozos de una mujer, lejano canto de sirena que encendió la nostalgia de los secuestrados. Se trataba de la joven esposa de un oidor de Veracruz, una chica de veintitrés años que no sabía nada del mundo y que había partido en su primer viaje desde Sanlúcar de Barrameda para encontrarse con su esposo, con el que se había casado por poderes en la catedral de Málaga, de donde era natural su marido. Iba acompañada de dos criadas y de un hombre viejo, tío suyo y padrino de bodas, con los que se había embarcado hacía un mes en aquel bergantín que a la altura de las Antillas Menores acabara siendo abordado

por unos corsarios ingleses que pedían un cuantioso rescate por las vidas capturadas. Los marineros miraban con deseo a las tres mujeres, pero el capitán les había prohibido tocarlas porque en su mente tenía pensado reservar a la esposa del oidor para él. Sería fácil ofrecerle joyas y lujo, por las que caen todas las mujeres, afincándose en su debilidad y sirviéndose de su miedo lentamente, inoculándole un veneno desde la costumbre hasta paralizar su voluntad. Don Fernando la consolaba diciéndole que el rescate sería pagado cuanto antes y que muy pronto todos estarían a salvo, y con suerte aquellos malhechores serían rápidamente ahorcados. Ella rezaba varias veces al día para que se cumpliese su esperanza.

La niebla cubrió el barco y algunos ausentes de la otra vida aparecieron en cubierta. El fenómeno se repetía cada tres días, sin que hubiese explicación posible para él. La brújula se volvía loca, y su aguja imantada volteaba en círculo sin alcanzar el reposo. Los marineros no veían nada, a veces como mucho una leve llama que se prendía en los mástiles y en la santabárbara – el fenómeno físico conocido como *fuego de San Telmo,* acontecido por el influjo de la constelación del Can Mayor y la antigua de los Cabiros- y la cubierta se llenaba de voces y de pasos, entre los cuales se distinguía a veces alguna conocida entre muchas tumultuosas que recreaban una ciudad sonora. En tales días resultaba muy difícil distinguir el mundo visible del mundo invisible que se manifestaba con tal virulencia, y la imaginación y la memoria llegaban a desposarse en un asombro cotidiano. Pero todo ello desaparecía en un ciclo habitual y de nuevo el muro entre lo sentido y lo pensado volvía a levantar su fortaleza de sombra para que el barco siguiese navegando sin distracciones. La Fiesta de los Espíritus era una fiesta de liberación, porque los pensamientos que habitaban en la conciencia de los tripulantes –esos son los espíritus, recuerdos de ausentes que llenan nuestro pasado- salían de las grutas de la voluntad, donde estaban aherrojados, y caminaban al mismo nivel que sus carceleros. Esa era la causa de que se reviviesen miedos y esperanzas, pero tan solo eran repeticiones de actos sucedidos que tenían por finalidad acabar con el dolor del remordimiento. Los espíritus carecían de poder y de imagen, y solo podían ser escuchados en el silencio de las meditaciones, hasta hacerlos desaparecer en el olvido de la paz de la alegría que permite recordar solamente la fluidez del bien.

Aún así, pocos tripulantes estaban atentos a esta ceremonia purificadora. Los más insistían en preocuparse tan solo de sí mismos, reviviendo el miedo de encontrarse en el barco, perdidos entre gentes de mala vida, atados todavía a sus privilegios sociales, que les hacían sentir cadenas que no existían si no era en sus continuas preocupaciones. El ruido de los muertos despertaba a los hombres, ya fueran secuestradores o secuestrados, piratas o ciudadanos, delincuentes u observantes honrados de la ley. Durante noches enteras, prolongando las vigilias de los marineros, se escuchaban golpes metálicos de espadas entrechocadas y una retórica de monedas invisibles contadas una y otra vez, ráfagas imprevistas de sensaciones que llenaban el aire de voces y tejían la imaginación de sueños fabulosos. Un catalán de Montjuic, síndico de pañeros y manufactureros de algodón de Indias y lana de Castilla y Holandas, aseguró que había contado un millón novecientos mil escudos en una noche. Un caballero de Santiago que había servido en Flandes a las órdenes del duque de Alba salió armado con su arcabuz de mecha y se quedó petrificado al no ver a nadie en la desolación nocturna de la cubierta, donde solo relumbraban las estrellas más altas del cielo aborrascado. Los corsarios, en cambio, acostumbrados a la repetición de estos informes naturales que sobrepasaban la

experiencia aprendida en las escuelas y en los libros de los antepasados, y amedrentados por las amenazas de su patrón – quien los motivaba con correctivos y castigos físicos crueles proporcionados al peligro de sus malos hábitos- temían más sus reproches que un coro de aparecidos de la tierra nocturna de la eternidad.

El Narrador Omnisciente, cuya imagen de luz natural que da sentido al sueño flotaba sin sujeción a la gravedad del mundo en el ojo resplandeciente del sol – al que la mitología imaginaria de la ciencia suponía transportado por el carro de los caballos del tiempo, ya fuera en clave subjetiva u objetiva, platónica o aristotélica, idealista o relativista, atribuyendo el movimiento al planeta o al astro-, el cual, en la libertad azul del cielo a veces tapado por opacas nubes aún no resueltas en lluvia, prolongaba la voz del mar donde estaba suspendido el barco que buscaba una tierra nueva donde asentarse. En la simetría del navío figuraban dos reinos, ya no de buenos y malos – puesto que todo hombre no es condenado hasta que antes de su muerte tiene una posibilidad de arrepentirse- pero sí de observantes de dos leyes, la corporal y la moral, la natural y la espiritual, que interactuaban en un solo espacio que hacía posible la libertad de decidir. Los espíritus de los muertos, en ocasiones liberados en la soledad del bergantín, traducían las emociones de los viajeros, personificaban sus actitudes, e impelían a la acción a los vivos por medio del pensamiento, mucho más ágil que el movimiento externo. Pero no había demasiado tiempo para fijarse en estas maravillas que seducían tan a menudo el alma de poeta de Don Fernando, porque las labores cotidianas, el dolor de la separación de los seres queridos y el racionamiento de las provisiones, además del sufrimiento de los compañeros, absorbían y centraban la atención de todos. El hijo de una mujer principal, descendiente de cambistas emparentados con bajos nobles que lograran ampliar su escudo y ensanchar sus filacterias, un niño de diez años sano y alegre, se dedicaba a jugar todo el día con el sobrino del contramaestre de los corsarios, dos años más joven, y si le hubiesen preguntado, habría respondido que no deseaba más en la vida que seguir viviendo en el barco. Por el contrario, los adultos padecían – los corsarios por sus ambiciones de obtener el rescate y evitar la pena de la horca, y los secuestrados por llegar lo antes posible a puerto seguro- y no lograban disfrutar de nada. Las enfermedades semejaban progresar al compás de la tristeza; la falta de higiene de los bucaneros afectaba a la salud más delicada de los secuestrados, y eran frecuentes los brotes de fiebre, los vómitos y las diarreas, principalmente entre las mujeres y los ancianos mayores de cincuenta años. En una ocasión, una disputa entre el médico de a bordo y el matasanos de los corsarios, a quien sus patrones llamaban *el enterrador* a causa de su conocimiento confuso de la medicina –era un hombre que había aprendido de oídas de otros como él, y no sabía leer ni escribir, ni practicar una sangría sin despedirse con un réquiem del paciente-, provocó la intervención de un Justicia Mayor del reino de Aragón, despojado ya de sus ínfulas y de su autoridad y aquejado de una peligrosa nefritis que le hacía orinar sangre, pero con una resuelta propuesta lógica, que se acercaba más a un lamento que a una orden. Detuvo la disputa amenazando con los puños a los dos facultativos y les juró que "*la justicia"* era "*la facultad de estar de acuerdo entre los hombres",* y que era mucho más nociva en sus circunstancias una lucha entre dos teorías o doctrinas derivadas de la ignorancia de negarse a escuchar juzgando por silencio las razones ajenas que una enfermedad siempre curable si se trabajaba en comunidad. Un filósofo que viajaba a bordo, glosador de Santo Tomás y de Ockham, entusiasta de Pico della Mirandola y de los humanistas reformadores y fugado

de la Inquisición que condenaba la libertad de pensamiento en contra de las prerrogativas del clero, aseguró en griego – para no ser entendido de los inspectores conciliares que estaban escondidos en las cámaras de sombra del miedo- que el Justicia Mayor había dirimido con una frase las controversias heréticas contra las que combatía la curia romana con exorcismos vampíricos.

A medida que el bergantín avanzaba en dirección nordeste, a menudo sacudido por vientos contrarios que incrementaban su velocidad y hacían olvidar más deprisa el pasado, la tripulación y los pasajeros, ya fuesen de uno o de otro bando, se iban transformando desde el interior y no se reconocían entre ellos. ¿ De qué servía saber que se navegaba a dieciséis nudos en el rumbo que marcaba el mapa cuando poco a poco se iba perdiendo la noción del tiempo y del espacio, en principio las dos columnas claras del estrecho de la Ciencia, para abandonarse en el plus ultra de un desconocido cada vez más cercano? No eran los únicos ni los primeros que surcaban aquellas aguas del Nuevo Mundo, y de vez en cuando veían una goleta o una nao en el extremo de alguno de los cuatro puntos cardinales que los devolvía a la conciencia de su situación y de sus objetivos, pero como todos huían de encontrarse con un posible enemigo, ya fuera dentro o fuera del barco, en el fondo deseaban no acercarse a ningún lugar conocido ni saludar a nadie que les devolviese la imagen de su recuerdo. Los marineros se volvían cada vez más taciturnos en sus rutinas diarias. Se diría que tenían un pacto entre ellos de levantar un muro para que no se tocaran sus palabras, no ya los piratas con respecto a los honrados ni viceversa, también entre unos y otros, e iban ensanchando y levantando el muro con el fin tácito de evitar hablar de su destino y de su situación, pues nadie creía en ella, desde el capitán al grumete, y los pasajeros que no intervenían en las faenas de navegación preferían no enterarse de nada porque estaban atentísimos a preservar la limpieza de sus linajes, enfangados de pronto al interactuar con hombres viles que pertenecían a otro universo, como si los hubiesen sacado expresamente del infierno. Las provisiones se iban agotando: el agua y las conservas decrecían prodigiosamente, y al escorbuto de quienes no probaban alimento fresco se sumaba la preocupación por el futuro, y la inquietud de no considerar a ninguna isla lo suficientemente segura para realizar un desembarco. Abundaban en las bodegas, en cambio, los botines arrebatados por la fuerza para comerciar con ellos, el oro y la plata, el índigo, las especias aromáticas como el clavo y la canela –que de nada servían a falta de alimentos básicos- y sobre todo la pólvora, las balas de cañón y las armas en general. El capitán consultaba a diario el mapa, y miraba a lo lejos desde el castillo de popa con un catalejo. Por una parte, los alisios desplazaban el barco en dirección a la isla de Granada, donde fluctuaban las mercancías de los buques de Cartagena, pero allí sería más difícil defenderse porque estaban instalados en las cercanías varios astilleros de la armada española y los ejércitos vigilaban todos los puntos de la costa y podían dar la alarma en cuanto se pusiese pie a tierra. Si se invertía la ruta hacia el este, negociando con los vientos y aprovechando las corrientes con los remos de la galera, achicando las velas y aumentando la velocidad del barco antes de que llegase el temporal de la Fosa de Puerto Rico, se arribaría a Charlotteville en Tobago, y tal vez hubiese que abandonar el barco o repararlo en condiciones, porque el casco estaba muy deteriorado de los cañonazos, y no se podría comerciar porque la isla de Tobago estaba actualmente desierta y en poder de piratas ingleses y holandeses. Al fin, el capitán se decidió por esta última opción. Más valía estar seguros que aumentar las ganancias. Días más tarde se admiró de ver a un grupo de

fragatas procedentes de las Bocas del Dragón entre Trinidad y Punta Peñas en cuyo mástil ondeaba la bandera española, fragatas que habían partido con la misión de limpiar de piratas la zona, y que tal vez tuviesen noticia del abordaje y secuestro del bergantín que comandaba. Se ordenó remar a la marinería de ambos mandos ahora resueltos en el del corsario siguiendo la ruta de Tobago, empleándolos como galeotes a las órdenes del cómitre improvisado del segundo de a bordo.

Pasaron dos días. El temporal amainó y las fragatas desaparecieron tras el barco dejando una estela de misterio. Los relojes de los pasajeros, algunos de los cuales incorporaban un muelle a su mecanismo trino, integrado por un motor de pesa, un regulador y un escape, se atrasaron de pronto y perdieron la noción social del tiempo. En el camarote del primer oficial, el reloj de pared con un péndulo palpitante como un corazón mecánico, comenzó a saltarse las horas primero de dos en dos y después de tres en tres y finalmente las agujas se quedaron fijas en las doce y media. El primer oficial revivió la ocasión nefasta, hacía treinta años, en la que había matado a su hermano en su propio lecho para apoderarse de la herencia de su padre y que le había obligado a fugarse al mar después de ser perseguido por la justicia. Cada vez que cerraba los ojos, se le aparecía su hermano ensangrentado con su rostro cambiado por el suyo, y a veces su padre estaba detrás mirándolo con ojos lacrimosos, y le preguntaba, como Dios a Caín, dónde estaba su hermano, pero preguntándole no por el nombre del hermano, sino por el suyo propio. Varias personas vieron por vez primera a los ángeles. Estaban en cualquier sitio, recién aterrizados del pensamiento, y eran de carne y hueso como el resto de los hombres, pero su aparición repentina provocaba en el observador la manía de imaginárselos con alas. No decían nada. Caminaban normalmente con las manos a la espalda, sonriendo siempre con los ojos muy abiertos, y entraban en los aposentos y salían de ellos sin pedir permiso. Eran sencillos, parecían ignorantes de todo, vacíos de experiencia, y la luz era precisamente su inocencia que los volvía invulnerables a cualquier interés humano. Para ellos todo estaba bien, porque veían a través del paisaje del mundo como a través de una tela transparente. Y comprendían la necesidad del sufrimiento, y por esa razón no intervenían en nada. Pero paseaban por los lugares comunes y privados, y comían y bebían con los hombres, aunque su quietud no parecía estática, porque al mirarlos a los ojos se creía ver una escalera de fuego por la que subían y bajaban colonias de planetas y de astros, igual que hormigas de oscuro resplandor en hilera subiendo por una pared.

Cuando el tiempo perdió su valor y la referencia del sol fue la única fuente de conocimiento, las cosas más simples cobraron importancia, y la visión de un gusano de tiñuela sobrepasaba, por ejemplo, a la virtud ingeniosa de una máquina de volar. Las palabras se fueron degradando y humedeciendo con la influencia del mar, hasta perder su sentido y convertirse en indicadores de espacio, de lugar o presencia, en la sintaxis de lo sensorial evaporándose en el cielo abovedado. Entre los síntomas más comunes de la relatividad de las referencias gramaticales, estaba la situación de quietud que parecía envolver al barco, multiplicada por el hambre y la sed de los marineros que remaban en el piso inferior habilitado al estilo de una galera – en el bergantín, los armadores habían incorporado aquel sistema propio de las clases privilegiadas, que siempre viajan acompañadas de servidores necesarios para justificar sus costumbres y sus leyes-, porque las provisiones se estaban acabando, y el trabajo era muy duro para los que estaban obligados a remar. Los remeros de la parte baja en nada se diferenciaban de los

animales de tiro. “¿Tendrán sentimientos?” se preguntaban los que tenían ocasión de verlos padecer. Un recaudador de tributos de la Corona, que había comprado a una india de Nueva Providencia, mulata y hermosa, de piel fina y formas redondeadas, que le hacía compañía por las noches y lo consolaba de sus ocupaciones, se desmayó al ver cómo azotaban a un muchacho de dieciséis años, de raza cobriza. Todavía podía escuchar sus sollozos meses más tarde. Recordaba su torso tembloroso, con las costillas a flor de piel visibles como teclas de piano, con su pecho jadeante conteniendo el aire que respiraba sofocado, con las lágrimas y la sangre corriéndole por las mejillas y la cara. El resto de los remeros eran esclavos negros comprados a mercaderes portugueses en Mozambique, en Zambeze, en Benin o en El Cabo, por cuyas espaldas nocturnas chorreaba la sangre de un color imposible de ocultar, culebras de fuego líquido que se apoderaban de los miembros de las víctimas humanas y que encendían la yesca de la ira de los patronos. Pasados algunos días se convirtieron en simios, y sus gritos se escucharon como bramidos sordos, casi como el ruido que hacen las tripas al hacer la digestión de los alimentos. Y nadie los imaginó más como humanos.

No obstante, el olvido culpable atrajo una maldición. No se tuvo ocasión de navegar más de dos millas en las circunstancias descritas, cuando la corriente se detuvo, el viento amainó y la mar quedó en calma chicha, las velas se desinflaron y deshicieron el ritmo del movimiento, las aguas se endurecieron a los remos y en su madera brotaron algas verdes. El timonel dejó de sujetar el timón, que giraba a un lado y a otro como una rueda sin formar ni una onda de espuma a la altura de la quilla. Los objetos parecían flotar abolida la ley de la caída universal que las civilizaciones definieron y que la mecánica de Newton y de Galileo tradujeron a lenguaje matemático para convertirla en el arquetipo de la irrealidad ideal, anterior a los espectros de Platón, que hacía posible la referencia de la realidad construida por la memoria. El primer oficial, discutiendo con el alférez y el contramaestre, formando consejo alrededor del capitán, no daba explicación posible a la rareza del caso, y echaba la culpa de todo a los remeros de abajo, que únicamente se esforzaban en obedecer las órdenes de sus superiores. Entonces el almirante de los secuestrados, emulando otro consejo con los oficiales del antiguo mando, explicó lo que ocurría después de hablar con sus técnicos.

- El barco se ha detenido a consecuencia de una corriente submarina que atraviesa la placa del Caribe. Se trata de una corriente sulfurosa que procede del centro de la tierra, una columna de agua hirviendo a presión que corta nuestro rumbo por la derecha. El hecho de que haya emergido de pronto, después de miles de años y de siglos, es un verdadero prodigio, y tal vez sea el castigo que les espera por sus crímenes.

El capitán se echó a reír para disipar su temor.

- Vuestra merced es un simple, y por esa causa ha caído en mis manos. Sosegad esa lengua, y no alborotéis a mis marineros, o terminaréis en el vientre de un tiburón antes de que se cumplan vuestros días.

Pero el primer oficial de los secuestrados, besando el puño del florete, arrojó un pañuelo de batista al suelo bordado con las iniciales de su familia y replicó:

- Juro por este signo y estas armas de mi casa que no cesaré de acusaros de todos los males que nos habéis causado mientras me quede una gota de sangre en las venas. Si Dios está con nosotros, no me importan las amenazas de un ladrón y de un

asesino. Llamadme insolente, pero no me llaméis cobarde ni mentiroso. Cargadme de cadenas y atadme al remo como un esclavo, que mi voz se oirá igual que un trueno salida de mi boca, y una sola palabra libre os fulminará. Si me mandáis al otro mundo, allí estaré esperándoos para vengarme a su debido tiempo y haceros pagar vuestros innumerables delitos.

El capitán ordenó a su tripulación atar a palo mayor al oficial secuestrado y propinarle quinientos azotes con un rebenque, y ya estaban anudando a la madera el tronco del condenado, que a la luz del sol que se vistió en un rayo delgado y le bañó la cabeza pegándole en la nuca un nimbo de resplandores rojos similares a la lengua de fuego que tocó a los Apóstoles, se enmarcó en el grupo de hombres que lo miraban como un mártir, cuando el océano embravecido zarandeó de tal manera el barco que cayeron los estays y las antenas, se soltaron los cabos de las maromas y cayó parte de la arboladura como si el cielo se desplomase sobre sus cabezas. Los remeros clamaron desde el fondo porque una ola de agua había inundado los compartimentos; la bodega estaba anegada y hubo que emplear la bomba para achicar; la marinería miró por la borda y vio a una manada de ballenas atravesando el mar y expulsando chorros de agua por la espalda, y sobre sus cuerpos fusiformes, los gigantescos leviatanes portaban colonias apiñadas de balanos y mejillones, y un fulgor azulado las hacía destellar como lámparas vivas. A medida que pasaban, esculpían ondas que daban bandazos al navío y amenazaban con volcarlo. Al encontrar una corriente de agua en su camino, los cetáceos fulgurantes daban vueltas y atacaban el barco por otro flanco, se sumergían y buscaban una salida bajo el arco voltaico de la corriente. Una de las ballenas chocó contra la quilla y una chispa serpenteó por las barandas de cubierta, alcanzó un barril de pólvora y provocó una explosión que iluminó de pronto los rostros de los disputantes. Se escucharon procedentes de babor gritos de mujeres, y los niños sacaron la cabeza por la escotilla de la escalera que descendía a los camarotes para ver lo que había pasado.

- ¡Se va a acabar el mundo!- gritó uno de los vigías, y se tapó la cabeza con las manos, una de las cuales era apenas un muñón sin dedos.

El capitán se asustó; los frailes dominicos y jesuitas, en compañía de don Fernando y de otros gentilhombres que no quitaban la mano de la empuñadura de la espada, presintiendo peligro, se pusieron a rezar el rosario y a invocar a Nuestra Señora de los Mares. Al cabo de una hora, la manada de ballenas se disipó como una plaga cualquiera y los elementos volvieron a su estado primitivo, pero los daños sufridos se hicieron evidentes. Cuando el suelo recobró su estabilidad, la pericia de los marineros y su ley de costumbres recuperaron su confianza en la experiencia, aunque el edificio de la autoridad se tambaleó. Los esclavos de abajo, aprovechando el imprevisto, se liberaron de sus cadenas y subieron a cubierta con la intención de hacerse con los mandos. Gritando a una sola voz, enervados por el dolor y la humillación sufrida tantas veces, actuaban como un solo hombre porque todos tenían las mismas intenciones, y sus instintos pasionales reprimidos desbordaron su prudencia, y no fueron suficientes las piedras argumentales del río consciente para contener el impulso del sufrimiento. En un abrir y cerrar de ojos invadieron la cubierta subiendo por las escotillas, arrastrando sus propios remos y cadenas y golpeando con ellos a sus verdugos, devolviendo la violencia con la que los habían dominado. Y aunque la tripulación estaba de parte del capitán, los marineros honrados se aliaron a los esclavos aprovechando la circunstancia, y hubo un fogueo que causó unas treinta bajas, aparte de los heridos de la refriega que se concluyó

en menos de un cuarto de hora, entre los cuales estaba el propio capitán, alcanzado por un tiro de arcabuz en un hombro que le desgarró la piel y le obligó a rendirse. Desde el castillo de popa alzó la voz el oficial mayor:

- ¡El barco se hunde!- comenzó a gritar- ¡Hace aguas por estribor!

Los rebeldes se detuvieron y el capitán fue rescatado por los suyos, quienes lo rodearon como un muro inexpugnable dirigiendo las bocas de sus armas de fuego hacia los opositores. En los camarotes, los secuestrados trataban de conservar la calma, consolándose con historias que se contaban unos a otros, para distraer la mente del peligro. La hija de un indiano que había hecho su fortuna en el Perú tras haber huido de Granada cuando la ciudad se rindió a los Reyes Católicos y el último rey musulmán fue expulsado, así como todos los judíos no conversos por decreto, una mujer joven y morena que llevaba el apellido de los Benaventes, quienes a pesar de su origen semita subestimado por las naciones cristianas se habían hecho con bienes y negocios y habían construido un panteón para su familia cerca de Valladolid, pidió permiso para refugiarse con su doncella en el camarote de don Fernando del Moral. Al principio doña Águeda –así se llamaba la chica- trató de guardar la distancia con el hombre que la protegía, pero cuando escuchó el estallido de la pólvora y los disparos de cubierta, ella y su dama se asustaron tanto que se echaron en brazos de don Fernando y perdieron el decoro debido a sus honras y a otros estigmas sociales, y se comportaron simplemente como mujeres que buscan el amparo de un hombre en momentos difíciles. Otros se hubiesen aprovechado de la situación, pero don Fernando era un hombre serio y guardaba respeto a la condición ajena, y trató a las dos mujeres como hubiera tratado a sus propias hijas. Mientras tanto, en el camarote contiguo, la mujer del cambista discutía con su marido como siempre, sin importarle las circunstancias, y el marido amenazaba con golpearla, como siempre, sin llegar a hacerlo nunca. Por los pasillos, un hombre mal vestido con jubón de estameña que tenía marcas de viruela en la cara iba cantando mientras repetía las consignas de la Tabla de Esmeralda, el código de los alquimistas. Dos vigilantes lo detuvieron, pero él siguió repitiendo su obsesión como un demente, mientras sujetaba entre las manos una cazuela de cobre con objetos de cinc y de cartón alternados al estilo de la pila de Volta, y sujetando el mango del cazo con unas tenazas de vidrio que él mismo había fabricado, sin dejar de sonreír.

- He aquí la piedra filosofal- explicaba con voz gangosa y afónica, que acentuaban su ridiculez, aunque dejaban entrever la gran ambición que lo poseía- El Hermes Trismegisto, el León Rojo, la Fórmula, la *Substantia Magna* de las transformaciones, el equilibrio de los elementos. ¿Cómo podrá definirse esta fuerza? Es la misma que Tales de Mileto descubrió al frotar un trozo de ámbar contra su túnica, y procede de los leviatanes del mar, cuyas aguas conductoras transmitieron la energía de alguna fuente oculta. ¿Será posible parar el tiempo con esto y convertir en oro cualquier materia? Apuesto mi cabeza a que sí, a que esto es una fábrica de dinero, un *Ars Magna* superior a la de Raimundo Lulio. En homenaje a ese erudito griego la llamaré electricidad, pues del ámbar salió, y venderé la fórmula a alto precio a los investigadores. Tiene la naturaleza del rayo, el arma más poderosa, desprende chispas y puede mover poleas y máquinas, y se almacena en cárceles de cinc y de cobre cuando se invierte su circuito. El hombre será lo que era antes de conocerla, pero muchos podremos enriquecernos con su control.

- ¡Vuelve a tu cubil, viejo Fausto, o te tiramos por la borda!- le ordenaron los guardias. Le llamaban Fausto al alquimista (o así se había bautizado él) en homenaje a su predecesor medieval, protagonista de obras literarias que ponen en evidencia la inmoralidad de la ciencia puesta al servicio del interés demagógico y de la perversión política patente en el manual de Maquiavelo. Regresó a su camarote, donde convivía con unos pescadores fugados de la ley, cuidando de no perder ni un átomo de lo que había almacenado, que ocupaba todo su ser.

En la bodega escaseaba el agua, y los marineros comenzaron a beber el vino que traían para comerciar, y las disputas y los enfrentamientos fueron más habituales a partir de entonces. Como las conservas eran saladas en su mayoría, la tripulación bebía más y se embriagaba con más facilidad. La corriente de agua que no dejaba avanzar el barco hacia el este hubo de ser bordeada con riesgo de perder el equilibrio frente al viento, que tiraba del mismo lado, y el desvío de trayectoria aumentó el conflicto en el barco, porque ni los oficiales creían que este pudiera salvarse de un motín antes de llegar a una isla en la que reponerse. Hubo tormentas y lluvias. Además, los esclavos emancipados del piso inferior entraron a trabajar con los marineros, pero como no entendían nada de navegación, ni tenían experiencia alguna del oficio, ni comprendían demasiado bien la lengua de los oficiales, estorbaban las tareas cotidianas de mantenimiento y cometían errores a menudo. Por otra parte, el grupo de marineros experimentados no era homogéneo, porque si sus integrantes trabajaban juntos era para sobrevivir al mar y para salvar la piel en una situación difícil que cada cual interpretaba a su manera, pero a ninguno le importaba el vecino, y consideraban al compañero como un potencial enemigo del cual había que desconfiar antes de dar un golpe definitivo que se perdía en las nubes metafísicas del futuro. De este modo, ocurría lo mismo que en la Torre de Babel: construían una fuga hacia arriba, pero sin ver ni escuchar, solo obedeciendo unas órdenes superiores en las que no creían, procedentes de individuos a quienes les habían otorgado el poder sobre su temor, y no eran capaces de entenderse, absortos como estaban en un túnel de obsesiones infundadas. Había ingleses, franceses, holandeses, portugueses, daneses y españoles, además de los etíopes emancipados, que iban de aquí para allá mirando con recelo y distancia a los europeos que los habían embarcado a lejanas tierras contra su voluntad para servir de colonos entre desconocidos. Una disputa se originaba por cualquier cosa, y terminaba drásticamente con el castigo automático por parte de un superior, que aplicaba el reglamento dejando caer sus artículos sobre quien no se retiraba a tiempo para evitar el azote. El navío estaba cargado de mitos invisibles, y cada cual tenía el suyo que defendía frente a los demás, procurando hacer la zancadilla al resto para que otro cayese en el agujero negro que estaba preparado para él. Ocurrió una mañana que se ordenó voltear el cabestrante para elevar una carga de café y cambiarla de sitio del castillo de proa a una de las bodegas situadas en el interior, y un francés y un portugués no se pusieron de acuerdo sobre si empezar a girar por la derecha o por la izquierda la manivela. Para el primero, la carga tenía que ser elevada antes de ser introducida, para el segundo no era necesario. Ninguno quería ceder, y sin hablar uno sabía que el otro estaba en su contra y que no iban a ponerse de acuerdo para realizar el trabajo, pero esperaban que la culpa recayese sobre su rival y en el fondo se enfrentaban a un duelo no declarado bajo la apariencia de colaboración en las tareas comunes. Ninguno de los dos cedió, pero el francés, que estaba dotado de menor fuerza física, fue golpeado por uno de los asideros en la cabeza y se tiró al suelo entre maldiciones contra su compañero, a quien golpeó en la sien con el puño antes de que el otro comenzase a

vapulearlo sujetándolo con las rodillas en el suelo y escupiéndole a la cara mientras le llamaba *filho da puta mae renegada* , y en tanto el francés, escupiendo sangre y tratando de echarle las manos a los ojos, repetía como un loco *est le diable.* Antes de que se enterasen los oficiales, los marineros, hartos de las rutinas de la navegación, se concentraron alrededor de los púgiles que se peleaban a muerte enloquecidos el uno contra el otro y se pusieron a animarlos o a maldecirlos y ridiculizarlos, apostando por el preferido y abucheando al contrario. La falta de comida y el exceso de vino agriaban las disputas, pero la mayoría de las veces eran los propios oficiales los que hacían la vista gorda porque no creían en los planes del capitán tras la revolución de los esclavos del piso bajo, y la crisis de autoridad era tan patente que las peleas eran casi continuas, y se saldaban con heridos que conspiraban para vengarse, formándose partidos entre los que tenían un motivo parecido para la venganza, y no había diferencia entre secuestradores y secuestrados en lo que se refería a la marinería, porque todos en exclusiva eran víctimas de la misma política.

Había un hombre extraño que se paseaba por cubierta, de unos cincuenta años de edad y un notable desaliño indumentario, pintor de retratos al óleo, solitario, cabizbajo, sordo al desorden en el que vivía, enamorado de su arte hasta el punto de concentrar toda su evasión en ella, que caminaba cada día con una mujer imaginaria, visible solo a sus ojos, a quien confundía con la hora de su muerte. Cuando no arreciaba el temporal, colocaba un caballete en un ángulo de la cubierta y pintaba lo que veía, y cuando el tiempo era malo dibujaba en su camarote con carboncillo o lápiz. Los marineros lo señalaban con el dedo cuando se paseaba fumando siempre su rapé de Indias, a veces hojas de tabaco enteras que secaba en su bolsillo y encendía con un mechero que llevaba siempre bajo la manga de la casaca, y se ponía a hacer gestos ridículos como un compás humano para medir la trayectoria de la luz y de la sombra y para marcar el punto de fuga de sus perspectivas. Pintaba cualquier cosa con todo el realismo que le permitía su imaginación, y tenía preferencia por las figuras humanas que analizaba con la precisión del cirujano, sin preocuparse muchas veces de comer o de taparse la cabeza cuando llovía. Su pintura se parecía a la veneciana, preludio del barroco, un juego de contrastes de marcado hedonismo visual, y absorbía la vanguardia del manierismo hasta tal punto que en sus cuadros un objeto tenía varias formas y ninguna de ellas era más que una sugerencia de otra, tratando de situar el vacío en el centro de la creación artística, alrededor del cual se disponían los elementos naturales del mismo modo que los espectadores se disponen alrededor de la cávea de un anfiteatro. Caía a veces en el error de diseñar su propia obra y de no dejar que esta fluyera libremente, pero puesto que el arte es un testimonio de la historia y su único recuerdo, este defecto se convertía en una virtud a la hora de representar el enigma del mundo, porque no solo registraba los aciertos, sino los errores de su siglo y la verdad de su lugar en la memoria del tiempo, de manera que su obra era fiel al sentimiento del bien y a su emoción mensajera, la certeza lúcida de la voluntad. Últimamente, el pintor, ajeno al espacio en el que vivía – era a veces su burbuja un problema y otras una protección- y procurando romper con todas las reglas canónicas de la moda como si rasgara las vestiduras de su miedo, estaba absorto en la representación de la miseria humana y de su lacra más evidente, el Hambre, y le servían de modelos las caricaturas de los tripulantes de aquel barco perdido en el mar para quienes no existía el gozo espontáneo de las maravillas de la vida, a quienes veía con gusanos en los ojos, con los rostros deformados como espejos cóncavos, con arrugas

en la sonrisa. Recordó los signos caprichosos de El Bosco, degradaciones simuladas del idealismo de Leonardo Da Vinci, y compuso un cuidado retrato de la Culpa, alegórico, inexplicable como lo son las intuiciones, y se reconoció en aquel rostro difuso identificándolo con el suyo propio. Volviendo firme la inercia del espacio sentido, trazó el rostro de una esperanza, compuso de encantos la cara de una mujer observada a través de su nostalgia, y a lo lejos el mundo se disolvía en prodigios, y un hombre que parecía un navío o un navío que parecía un hombre se transformaba continuamente en movimiento envuelto en sombras que dibujaban caminos, y que se terminaban confundiendo con los cabellos de la mujer y su red de incertidumbres, la Noche. No obstante, en el cielo simulado del cuadro aparecieron las estrellas, migajas relucientes de un sol futuro, constelando lo oscuro, dirigiendo la mirada hacia arriba, células de luz que se expandían para orientar al hombre perdido en la tierra – la mujer era la Tierra, incomprendida, sola, virgen, inmaterial, y el Hombre era su paisaje, cambiante pero estable en su esencia consciente- y conducirlo a la virtud de la verdad, pisando la figura de su imagen.

A cada uno de los secuestrados que paseaba por cubierta, el cuadro – que muchos consideraban insignificante en aquella circunstancia que los absorbía y que les devolvía el dolor de estar vivos y sometidos a un destino impuesto- los entregaba a sus cuerpos de un manotazo repentino, y no podían mirarlo sin acordarse de sus miserias, y por esa razón lo rehuían procurando evitar su contemplación directa. Era así porque en el cuadro estaba representado el rostro colectivo del Hombre, ese mito que definía al resto de los mitos, ese templo construido piedra a piedra desde la remota antigüedad del conocimiento, con batallas, amores, genialidades y absurdos, y con una cavidad interior para alojar el vacío en el que se transfiguraba la fe invisible de su Dios, el espíritu de su consuelo. El templo se construía día a día en una creación genética desde las tinieblas de un pasado desconocido que nos legaba las figuras relumbrantes del futuro, como la noche nos lega la orientación de sus estrellas. En ocasiones estaba en ruinas; en otras, desplegaba su magnificencia al nivel de la fantasía, y sus torres se parecían a las montañas. Pero el templo era el mismo, el Hombre era el mismo a lo largo y ancho de las generaciones; las manos de una voluntad paciente lo hacían mejor o peor, capaz o no de albergar el testimonio de su sentido, única patria posible. Y esta pequeña ventana del cuadro, este ojo absoluto del Arte comparado al del sol en la naturaleza, detentaba una doble función: por una parte consolaba a quienes no negaban la verdad de su condición, y por otra castigaba a quienes pretendían colocar su mentira al nivel de la verdad para servirse de quienes la buscaban. Por esa razón, en el barco, el pintor era mal visto y a menudo se lo consideraba un loco, para que la lógica de su obra no fuese entendida, ni respetado su oficio, tan necesario como el del proveedor de alimentos. Solo los niños, los ancianos y los jóvenes, y los que dejaban sus ambiciones a un lado, valoraban el trabajo del pintor y compartían con él su tiempo.

Corría el mes de noviembre y la mitad de la tripulación había muerto a consecuencia de un brote de malaria que no pudo ser detectado antes de desencadenarse la epidemia. El médico de los secuestrados, centrado en el hemisferio de su mundo contra el de los piratas, se negó a prestar sus conocimientos para curar a los que consideraba sus enemigos. Ni siquiera los de su bando, que convivían respetando las jerarquías y los privilegios sociales de tierra firme, estaban de acuerdo en esta medida, por considerarla contraria a la deontología de la profesión, poniendo a Hipócrates y a Galeno como

modelos de conducta. Cuando lo amenazaron con encerrarlo en un calabozo hasta morir si no ponía su ciencia al servicio de los enemigos, él alegó que en los botiquines no había medicina suficiente, porque faltaba la quina, y sin ella no podía hacer absolutamente nada. Los enfermos morían entre fiebres y estertores espantosos, y tenían que estar aislados para no contagiar a los sanos. La enfermedad se había propagado a consecuencia de un desembarco en San Vicente, a la altura de Kingstown. Allí los piratas se habían refugiado en una plaza protegida y frecuentada por otros que eran como ellos – a los secuestrados se los había encerrado en una antigua prisión local que ahora servía para aquellos menesteres una vez pactado por los colonos su nuevo uso, y en el trayecto dos hombres, uno de ellos vendedor de ultramarinos en Tierra de Gracia y el otro criado a sueldo, nacido en Paraguaná, habían resultado muertos al intentar escapar de sus secuestradores- y los tripulantes, entregados al ron y a las mujeres, después de carenar el barco y reparar el casco, comerciar con los tenderos, adquirir provisiones y mercancías, terminaron por contraer la infección por vía venérea, antes de embarcarse otra vez en dirección a Puerto Rico para ensayar nuevos abordajes. La opinión del médico de a bordo – el facultativo de los secuestrados era el único que podía hacer algo en una ocasión como aquella- se aferraba a la conservación de los privilegios sociales y a la preservación de los títulos como fuente de garantía moral, porque sin ellos, decía, "*empezaremos a matarnos unos a otros".* Los frailes dominicos recomendaron prudencia, y predicaron la humildad del evangelio, pero como también estaban interesados en conservar lo suyo, sus palabras no sonaban del todo verdaderas, y no eran capaces de llegar a ser obra en quienes los escuchaban. Por otra parte, y en lugar de situarse a su favor, los jesuitas se enfrentaron con los dominicos cuando las privaciones del secuestro afloraron en violencia, rememorando pugnas pasadas que tenían que ver con la principalía de sus órdenes con respecto a las instituciones y a la ley civil, injertada en la teología canónica desde San Agustín, y mientras los jesuitas trataban de influir para que el médico curase a todos sin distinción alegando causa mayor y ofreciéndose a ser ellos en exclusiva quienes administrasen el sacramento de la unción a los enfermos, los dominicos, celosos de su influencia, acusaron a los jesuitas de ser unos incultos que nada podían saber de funciones y de ministerios comunes, porque incluso su fundador, San Ignacio de Loyola, no había alcanzado titulación alguna de teólogo y su cuarto voto de fidelidad al Papa era un instrumento de perversión para controlar el clero. Entre los dominicos y los jesuitas afloró una auténtica *querella de investiduras* propia de la Edad Media, a causa de la imposibilidad de conciliar el trono con el altar, el poder temporal con el espiritual, los intereses humanos con los preceptos divinos. De los latines pasaron a los insultos, a las amenazas de excomunión, a los cismas heréticos, a los cánones de las decretales, y se lamentaron de que la Inquisición no dispusiese de un tribunal a bordo para juzgar mediante una ordalía alevosa la causa que pretendían elevar a ley divina, para que su arbitrio triunfara delante de los hombres en nombre del Temor consagrado a divinidad. Un sacrificio humano siempre es más visible que la misericordia, la voluntad verdadera del único Dios posible, y las pasiones engañan a los que disputan haciéndose pasar por buenos pensamientos, aprovechándose de la debilidad de la razón en ese instante fugaz de la inconsciencia. El médico de a bordo se separó de los miembros de las dos órdenes, y ya iba a retirarse a su camarote, cuando lo llamaron con urgencia para que fuese a atender al hijo del Magistrado, que padecía de viruela, y el criado lo arrastró casi contra su voluntad a la habitación del enfermo, sujetándolo de los antebrazos para que no se escapara igual que se sujeta a una

res peligrosa. Los frailes enfrentados recuperaron la cordura al momento de enterarse de la noticia, que disolvió al instante todas sus vanas preocupaciones.

- *Benedicti cordis mundi, nam illi videant Domini* – se pusieron de acuerdo los frailes para declarar en la habitación del enfermo, al percatarse de la inocencia del niño de diez años, sofocado por una crisis de vómitos y de toses que se sucedían sacudiendo su pecho.

Nada más llegar, el Magistrado se arrodilló a los pies del médico con un papel en la mano en el que se podían leer las iniciales de la corona española, entrelazadas formando una filigrana en tinta negra con un león rugiente tras un escudo dibujado de emblemas. Un lacre de cera roja resaltaba en el documento.

- ¿Qué quiere vuestra merced que haga con este papel?- le preguntó el médico con cierto orgullo.
- Escriba la cantidad que usted imagine en esta cédula con mi sello puesta a su nombre- le suplicó el Magistrado, alargándole una pluma y un tintero que dejó caer unas gotas a las tablas sin barnizar del piso de la habitación, por cuyos agujeros se colaban de vez en cuando las ratas de la bodega- Todo le será pagado en cuanto arribemos a territorio de Su Majestad, si cura lo antes posible a mi hijo.
- Si yo pudiera también lo curaría- aseguró el almirante de los secuestrados, a quien le había crecido la joroba un palmo más a partir de la última vez que se había disculpado ante don Fernando del Moral, el cual también se hallaba presente junto con doña María del Carmen Benavente, compadecido de la dolencia del niño enfermo- Lo haría, aunque tuviera que darle mi sangre, y bien sé que no es tan limpia como la del pequeño.

Esta broma fuera de contexto no llamó la atención de nadie, aunque su afirmación constituía el mal de todos. Doña María del Carmen se arrodilló y limpió con su pañuelo la boca del niño, que estaba sucia de vómito, saliva y sangre. El médico de a bordo apartó delicadamente al Magistrado de su hijo, arrimándolo a un lado lo mismo que una masa sin vida, sacó del bolsillo interior de su levita un frasco de vino emético y se lo dio de beber al enfermito. Después le sujetó la frente mientras vomitaba, para que no se atragantase y pudiese respirar. Detectó la fiebre y la rebajó con un jarabe de llantén mezclado con migranela que administró con unos miligramos de ácido carbónico para que no fuese expulsado por nuevas arcadas. Después pidió su botiquín, auscultó al niño con un fonendoscopio de Laennec y extrajo unos trozos de corteza de una probeta de vidrio azulado que manipuló con especial cuidado atendiendo a que no se desprendiese ninguna partícula y se perdiese o se volatilizase.

- Este niño no tiene viruela- repuso- De todos modos, hiervan esa quina y dénsela a beber. La quina es buena para todo, y en medicina equivale al descubrimiento de las Indias Occidentales. ¡Y no la desperdicien! Es un bien escaso.

La criada de doña María del Carmen detectó, con la agilidad y lucidez del pueblo llano menos afectado por la moda y los usos sociales, algo extraño en el vómito del niño y se lo hizo saber a los presentes metiendo la mano en el orinal. El oidor se escandalizó, tomó la mano de la criada y le amenazó con cortársela si se atrevía a tocar el vómito de su hijo. ¡Creía que podía infectarlo! Pero entre los ácidos gástricos, la bilis amarilla, la sangre roja y los pedazos de comida en descomposición, se agitó de pronto, serpenteante y pálida en el Aqueronte regurgitado, una solitaria delgada con una sarta de perlas del

tamaño de guisantes pegada al cuerpo, como si fuese el hilo de un collar. Fue la criada que había metido la mano en el orinal quien dijo:

- Tenía una *lamia* dentro, no viruela- no hablaba bien el castellano, era alavesa, y apenas se comunicaba porque no oía demasiado bien- Una *lamia* envenenada con esas perlas que comió el niño.
- ¿Cómo iba a comer mi hijo una sarta de perlas?- se escandalizó el Magistrado, e hizo la señal de la cruz para que pareciese que se la sabía- ¡Esta alcahueta está loca! Tal vez sea hechicera, y le haya echado un conjuro para envenenarlo. ¡Ah, maldita bruja! ¿Y vuestras mercedes- replicó mirando para los frailes- no hacen nada a la vista de este indicio de culpabilidad? ¿Acaso no es este barco secuestrado un *locus delicti commissi* al que se aplica el fuero español según la *litis decisoria* de Balduino? Hay testigos suficientes para celebrar un auto de fe extraordinario. En el mar también está vigente el *iudica causam tuam,* según el *ius commune* y los artículos de la *Relectio de Indis* de Francisco de Vitoria, el salmantino. Todos hemos visto cómo esta bruja señaló al vómito de mi hijo y conjuró a esa sanguijuela para que se manifestase a los sentidos de los presentes, así que la presunción de culpabilidad resulta evidente, por lo que salvo prueba en contrario, esta hechicera debe ser condenada de inmediato. Yo mismo me encargaré de redactar la ejecutoria de sentencia, puesto que me encuentro en un fuero extraordinario, y se cumplirá en cuanto lleguemos a territorio de Su Majestad.
- Ha sido vuestra merced muy sagaz al sorprender in fraganti a esta hechicera- apuntó el almirante- Apuesto a que hemos caído en manos de piratas por su culpa, y yo aconsejo que deberíamos dejar la benevolencia a un lado y ser más expeditos, deshaciéndonos de su persona para evitar males mayores. Es preciso que así sea para el bien de todos.

Por la mente de los presentes cruzó el relámpago de una duda metódica. Era la tesis análoga a la empleada por el sumo sacerdote Caifás para condenar a Cristo: alguien había de morir para mantener la paz del pueblo. En esto, el niño volvió a vomitar. De esta vez, escupió un trozo de pergamino de piel de becerro con una letra escrita parcialmente borrada y que, lavada con agua y alcohol por el médico, se identificó como perteneciente a una bula de cruzada bienal expedida por el Papa con el fin de colonizar y evangelizar las Indias. Los frailes jesuitas reconocieron el texto oficial con una sola frase incompleta del fragmento.

- ¡La hechicera ha hecho esto!- exclamó el Magistrado mesándose el cabello- ¡Le ha metido el diablo en el cuerpo a mi hijo y ahora debemos exorcizarlo! Estaba dentro de su estómago y nos despistaba con los vómitos, e incluso se transformó en un pedazo de bula pretendiendo hacerse pasar por sagrado. ¡Hechicera maldita, bruja de Satanás, te he de quitar las tripas aquí mismo y he de ahorcarte con ellas!

La criada gritó. Doña María del Carmen trató de protegerla, y don Fernando intentó calmar al oidor sujetándolo por los hombros mientras este se debatía en arrebatos de cólera, acumulada durante el secuestro, derramando saliva y espuma por la boca, como un perro rabioso. El galgo de don Fernando se asustó y le gruñó al Magistrado. Mientras tanto, el médico pidió una medida de café molido, lo mandó hervir y se lo dio a beber al niño en gran cantidad. Sus vómitos cesaron, la fiebre le descendió deprisa, se relajó y empezó a dormir. El Magistrado, al ver a su hijo recuperado, se tranquilizó de pronto y recobró la compostura. Él también parecía curado.

- Lo que yo me figuraba- diagnosticó en voz alta el médico, y los demás lo escucharon en coro silencioso, atendiendo al oráculo de la ciencia- Este niño se había envenenado con nuez vómica, que debió ingerir por descuido de algún pasajero cercano que pudo dejar la puerta abierta de su camarote. Los efectos de los alcaloides en el organismo humano son extremadamente tóxicos y perjudican seriamente al sistema nervioso, pero pueden inhibirse con taninos y café, del que existe abundante cargamento en este barco de malhechores. De no ser por este remedio, el niño hubiese muerto en una hora. En cuanto a los objetos que ha vomitado, infiero que los ha tragado porque iban envueltos en la comida. Además, el niño albergaba una solitaria en el estómago, muerta a consecuencia del veneno ingerido, y el fenómeno sorprendente de la sarta de perlas que se le había pegado admirablemente al cuerpo supongo que se ha producido a consecuencia de los ácidos gástricos, que tienen el poder de disolver casi todos los tejidos, e incluso a veces el nácar, como el vinagre, siendo notoria la anécdota histórica en la que Marco Antonio disolvió en vinagre una perla de gran tamaño y se la dio a beber a su amante Cleopatra, reina de Egipto. De todos modos, el hallazgo de esos objetos en el estómago de un menor de edad resulta de todo punto extraordinario y difícil de creer, pero así es, puesto que así ha sido y puesto que así lo hemos visto ser.

A Don Fernando se le ocurrió algo, pero no dijo nada, porque no le pareció la ocasión propicia. ¿Hay una ocasión para tratar de decir la verdad? Sus compañeros del bergantín secuestrado actuaban de la misma manera, aferrándose a sus convicciones como a una tabla de salvación, poniendo su criterio en el pedestal de la opinión pública sin importarle ser fieles a sí mismos y a los demás. Nadie, ni los frailes, ni el médico, ni el almirante, ni el Magistrado, ni los artistas, ni los dementes, ni tantos otros que aún no conocía y que viajaban en su mismo barco, y asimismo los renegados, los piratas, los esclavos, los guardias, los marineros envejecidos en el océano, nadie, en definitiva, era quien de levantar la voz para hablar por encima de las convenciones fantasmagóricas que pirueteaban en figura de mitos caricaturescos sobre la línea de flotación de las aguas, transcurso puro hacia el desconocido. Así interpretó Don Fernando el suceso, para la mayoría de los presentes circunstancial, de la enfermedad del niño:

"A menudo un problema escoge el camino más fácil para manifestarse. Un rayo de tormenta elige los lugares más altos para caer, pues están más cerca de su objetivo. En este barco, todos los que viajamos estamos muertos. Sí, puede decirse así. Hemos perdido la referencia de Tierra Firme, nos hemos perdido en el mar, tanto los bucaneros como nosotros, quienes estamos ahora mismo en su poder. Estamos descubriendo la Nada, y tanto nos asusta que no queremos abandonar lo conocido, aunque sepamos que es erróneo, porque tenemos miedo. Es el Diablo – el Miedo- el que anda cerca. Las islas que encontramos en nuestro camino son etapas en las que descansamos, pero necesariamente tenemos que volver a embarcar, los secuestrados hasta que nos echen en falta y salgan en nuestra búsqueda y los secuestradores hasta cobrar su rescate. Pero mientras sucede lo que esperamos, ¿somos capaces de vivir? ¿Por qué consideramos las imágenes como espejos cerrados y no dejamos que su paisaje penetre en nosotros y nos cambie para bien? ¿Qué son los planetas y las estrellas si no nuestras propias huellas en el territorio luminoso del cielo, rostro virtual de nuestra alegría? Un niño estaba enfermo. Nuestro yo, el *ego* de los romanos, se encontraba infectado, envenenado a partir de prejuicios y bocados de hipocresía que no pueden digerirse, simulaciones,

axiomas confusos – pues para confundir fueron diseñados-, leyes fraudulentas, títulos de adulación, atuendos a la moda, ilusas promesas de lucro y gobierno, dominio y conquista. El niño vomitó la enfermedad de una herencia dañosa, expulsó los ácidos del odio que no pueden hermanarse con el amor que digiere el alimento de nuestros sentidos, y envueltos en las flemas internas los vestigios de civilización y costumbre, las perlas de una falsa ciencia que no es sabiduría y la escritura interpolada de un contrato de venta con signatura apostólica escondida en la religión y en la moral cívica, salieron expulsados desde el estómago hacia la boca, y mostraron su verdadera naturaleza, como salidos de los infiernos de la avaricia de unos y del dolor de otros. Cuando el hombre se infecta, su parte más pura – la infancia que desconoce sin el hábito de ocultar el miedo con silogismos retóricos- cae en la enfermedad, y solo después de vomitar su mal se recupera. El hombre es una criatura indefensa como un niño ante la dimensión de las cosas, y únicamente Dios –el amor que sale de él, el cielo que brota de sus sentidos- lo protege con la esperanza de un futuro camino para su libertad".

Hubo un altercado importante en el barco después de haber abordado una goleta en las cercanías de las Islas Vírgenes, en el eje del meridiano 65. Los daneses tienen colonizado el archipiélago y su capital, Charlotte Amalie, se encuentra en poder de piratas y hay un fuerte en el puerto construido por ellos, un torreón con almenas y cañones que vigila el mar. Los navíos se tienden en el tapete de Neptuno formando redes que entrelazan sus nudos de información, la cual apenas roza la superficie de las aguas, sin llegar al abismo líquido de los fondos sumergidos. Los indígenas viven en tierra, y por los mares cabalgan los extranjeros del Viejo Continente con sus murallas de madera o sus bosques flotantes con velas en lugar de hojas, siguiendo las coordenadas de la Antigüedad, la tradición de sus pueblos guerreros e ingeniosos que se hicieron merecedores de una religión de perdón que aún no han sabido comprender. Franceses, ingleses, holandeses, portugueses, daneses y españoles surcan los mares transportando materias primas hacia las manufacturas de sus capitales lejanas, arrastrando pesados metales para equilibrar su balanza comercial, fundando factorías en las costas recién descubiertas, ocupando las regiones aún no pisadas por el hombre que conoce la geografía de los océanos. La comunicación rápida de los mercantes, los sucesores de aquel Jasón cuya pericia armó el primer buque, sin contar el salvavidas que por necesidad diseñó Noé con la ayuda del milagro del diluvio redentor de los animales que habitan nuestra naturaleza, hizo, como afirma el poeta, un estanque de las aguas, pero los elementos incontrolables del fondo a veces afloraban a esa superficie para desvanecer la ilusión de dominio, patria o territorio. Los conflictos también existían. La goleta abordada venía de Port-au-Prince en Haití, con escaso cargamento pero muy bien abastecida de la calidad del que transportaba: veinte kilogramos de cacao, tabaco, oro en polvo, casi un quintal de pólvora bien conservada, municiones y alimentos para la tripulación, y algunos fardos de índigo. El bergantín estuvo persiguiendo a la goleta más de dos horas, y cuando el viento cambió esta disminuyó su velocidad, la frecuencia de ondas de las aguas se volvió más lenta, y el bergantín se aproximó por estribor como para parlamentar, y con una salva de cañón anunció su propósito. La goleta quiso defenderse, pero varias balas dirigidas desde las troneras del bergantín, cuyo tamaño era mucho mayor, destruyeron su castillo de proa, y ante la amenaza de hundimiento la goleta se rindió. Una vez expugnado el barco, saqueado su cargamento y recogido su botín, se le permitió seguir navegando, vacío de contenido, cáscara vana de civilización

flotando en el tiempo que Herodoto, el primer historiador, relacionó con en fin de las naciones. Los secuestrados siguieron viviendo o, dejándose vivir, en las mismas condiciones, porque nada había cambiado salvo un incidente de guerra necesario para seguir subsistiendo.

El oro y la plata se apilaban en monedas en las cámaras bajas del barco y habían hecho hundir la quilla un tercio más de la medida normal. Esto anunciaba la necesidad de buscar otro puerto para comerciar. En el *Banco del Subsuelo* – así denominaba el capitán pirata sus cuevas artificiales de moneda acuñada y metales análogos- el dinero ralentizaba la navegación, e influía en el incremento de seres submarinos como rémoras, balanos, anémonas y algas que se pegaban a la cápsula del navío debajo del agua e impedían su inerte avance. Desde aquel infierno de efigies reales sobre metal resplandeciente se gobernaba la nave, y el timón era solo un pretexto de dirección aparente para encontrar puertos de drenaje y combustible. Si bien en el banco no había nadie –todos llevaban allí los ingresos y todos tenían prohibido tocar y habitar aquel espacio- lo sagrado, refugiado en el miedo de la culpa, se había escondido con las ratas en aquel averno, de donde subían, junto con las infecciones, las pasiones que provocaban conflictos en cubierta. Los cargueros que arrastraban al banco el dinero de los botines, acumulado en masas que tenían por principal finalidad producir una ilusión de riqueza en la tripulación esclava, libre o rehén que mantenía el destino de la navegación, se habían transformado en progresiva metamorfosis en reptiles deformes que apenas alzaban la cabeza del suelo y ponían los ojos en su interlocutor. El cerebro antiguo del barco era dirigido desde el subsuelo del dinero creado por la influencia del miedo de perder una ilusión nociva. Una enorme pitón habitaba aquel oráculo subterráneo y era alimentada en la humedad de la oscura mazmorra, un dragón de fuego alentaba como un fuelle los instintos de todos: los esclavos anhelaban rebelarse, los piratas enriquecerse y los secuestrados recuperar sus privilegios. Como desde el primero al último deseaban lo mismo bajo diferentes especies de subterfugios, el barco seguía navegando y no se detenía, porque cada uno sin saberlo conscientemente, colaboraba en la dirección establecida, y la ruta era un efecto de la rutina que nadie se atrevía a abandonar.

Cuando los pescadores echaban la red, siempre la sacaban repleta de abadejos, atunes y meros de las proximidades de los arrecifes, pero un día echaron la red y no hallaron nada, y en su lugar vieron a un maravilloso animal de leyenda, de esos que abundan en los libros y en los relatos de aventureros y científicos, y como en el calendario aquel día estaba señalado como el de Todos los Santos, lo relacionaron con un milagro, y así era ciertamente, porque el Desconocido se manifiesta siempre bajo formas que luego pierden su propiedad y pasan a ser cotidianas cuando se las aleja de su símbolo originario. El enigma vivo salió fuera del agua, se colocó frente a la proa del bergantín desafiando su fuerza, y descubrió una figura humana, un seno humano y un recién nacido que se puso a mamar al salir del agua, acabando de revelarse, definiéndose e interrogando la curiosidad, y la figura humana comenzó a danzar sobre la música inaudible que apenas se levantaba del silencio de los oídos embotados, mecida por el fluir de su elemento.

- ¡Es la Virgen con el Niño!- gritaron de pronto los vigías, y entrelazaron los dedos y se taparon la cara, y no solo ellos, sino también los secuestrados incluidos los frailes- ¡Estamos condenados! ¡Estamos condenados!

La figura humana se detuvo con inocencia, tomó a su criatura en brazos y volvió a sumergirse. En los relatos de la marinería, al prodigio se lo nombraba con el término que designaba a un animal, pues a menudo un animal ocupa la imaginación en lo que no sabe explicarse. Los españoles lo conocían como manatí, o animal dotado de manos, y lo interpretaban como un emblema natural de la caridad cristiana. Distraídos por la visión, los oficiales no dieron ninguna orden, y el bergantín prosiguió sin detenerse en un camino de memoria, acumulando millas a su recorrido, atado al pasado que lo retenía y al futuro que lo reflejaba, sin quedarse quieto en el presente de su libertad. Una voz gritó de pronto, seguida de un crujido de la madera rota del esquife, y la nave se detuvo en una región rodeada de una playa blanca de piedra, donde espacios de arena solo pisada por los pájaros del aire incorpóreo albergaban aquí y allá algunos cocoteros con los frutos caídos resaltando sobre la planicie sin mancha, desnuda y nunca soñada por el hombre. Del océano claro como un cristal que enfocase la linterna multicolor de un reino del paraíso, un grupo de delfines saltaban en doble fila desde el interior del arrecife, saludando a los tripulantes del barco.

El día anterior, un sobrino del conde del Rosellón que tenía el título de barón se había puesto a exigir a sus compañeros secuestrados y a los corsarios que gobernaban el bergantín el tratamiento según su título, y ni las recomendaciones de sus colegas rehenes ni las insinuaciones burlescas de los secuestradores habían logrado convencerlo de su error. Pero hoy, sin saber la razón, al contemplar el escollo inmensurable frente a él, un territorio desnudo de imágenes conocidas, un fragmento de soledad abandonado en el universo, una parte de él mismo –su sueño del mundo del que había despertado- conoció la verdad, vio que era buena y creó de nuevo las cosas a su imagen ya desnuda de términos, conceptos, ídolos, tradiciones y normas aprendidas sin comprender su significado interno.

Tuvo tiempo el capitán de ver el atolón unos segundos, pero ya los animales, más rápidos que el hombre, habían saltado a tierra y habían visto el humo y el fuego lejano de un grupo de indígenas desnudos reunidos en torno a un resplandor convocado. Los monos de las jarcias y el galgo de Don Fernando se diluyeron en el paisaje, aterrizando instintivamente con las patas en tierra firme. Doña María del Carmen Benavente se acercó a don Fernando con un secreto en la mirada – había concebido un hijo suyo durante el viaje- y sus ojos de mujer encontraron un hogar transitorio en aquella soledad desamparada de ruinas construidas. Los secuestrados se habían hecho con las armas y los piratas los habían perdido de vista, mientras descendían a tierra para reparar la nave encallada y hacerse otra vez a la mar, en busca de otros tesoros y de otras esclavitudes.

Don Fernando caminaba del brazo de doña María del Carmen, y juntos, un poco separado el uno del otro por el pensamiento, caminaron hacia la región misteriosa y mágica donde resplandecía el fuego desnudo de formas, a cuyo alrededor comían y hablaban otros hombres, desnudos y libres, en una religión serena. En el interior de su bolsillo todavía se agitaba la moneda que lo había despedido de su fiel criado, cuyo cuerpo se había agrandado para hacer su camino, su conocimiento. Y una pluma imaginaria anduvo por el papel de su alma y dejó impresa la palabra alegría, sabiduría de

las cosas sencillas que germinan en el tiempo moldeado por nuestras manos. Todavía recordaba, pero la vida volvió actual su recuerdo haciendo desaparecer la nostalgia. Los hombres que estaban alrededor del fuego los llamaban a su mujer y a él. Cerró los ojos, aspiró aire y volvió a abrirlos de nuevo.

LOS TRES ACTORES DEL ESQUILINO

- Lo que va a suceder ya ha sucedido- afirmó Labón alzando la copa rebosante de *mulsum* y bebiendo a pequeños sorbos acompañando los tragos con el amargo salado de las aceitunas- No hay por qué preocuparse. Ya tomaremos la decisión cuando sea preciso. Nos esperan otras calendas.
- ¿Las calendas griegas, quieres decir?- intervino Aulo con los coturnos sobre el la mesa de un solo pie, masticando lonchas de jamón con salmuera y rebanadas de pan de trigo casi sin tostar- Ya. Espera a nuestra próxima representación: *Los siete contra Tebas,* de Esquilo. Un capricho del cónsul Sulpicio. Es un amante de la tragedia griega, de la filosofía griega, de la moda griega, y en definitiva, de todo lo griego. Así que espero que nos lluevan los cobres en el Teatro de Pompeyo, o si no que me apaleen hasta dejarme sin habla.

El esclavo etíope sirvió otra ronda de *mulsum* y limpió el suelo de los alimentos que habían caído y que los gatos se disputaban con ferocidad de tigres. Se escuchó un sonido vulgar y conocido, poco decoroso.

- Oye, Tigelio, ¿has hecho tus necesidades?- preguntó Labón guiñando el ojo derecho.

Se oyeron risas acentuadas.

- ¿Qué?- protestó el aludido, recostándose sobre el lado izquierdo en su triclinio- ¿No autorizó el César Nerón con un decreto la expulsión de los gases en los banquetes? ¿Estoy acaso fuera de la ley?
- Estás dentro de tu cuerpo, Tigelio- insinuó Labón- y por lo que veo, aún no estás muerto. Pero cuéntanos, para que se entere el muchacho este que va para pretor, este jovencito estudiado que fue a Atenas y vio allí las cosas esas que hicieron los descendientes de Erecteo, cuéntanos la historia de la lavandera que conociste en Campania, porque cada vez que la cuentas nos hace más gracia. Cuéntanosla con pelos y señales, como sabes hacer, ahuecando la voz y acomodándola a la de los personajes, porque en eso ni el dios Momo, príncipe de los dioses romanos, te ganaría aunque quisiese.
- ¡No blasfemes contra los dioses, maldito *Asotus!*- este era el apelativo que le daban a Labón por su acostumbrado libertinaje- ¡Pueden estar oyéndonos y nos castigarían!
- ¿Es que tú temes a los dioses, Tigelio?- preguntó Aulo con mucha curiosidad, mientras el papagayo enjaulado de la taberna repetía sus últimas palabras.
- Pues... – Tigelio dudó, y los demás aprovecharon para reírse de sus titubeos- Tienen templos por Roma entera. ¿Quién no los conoce? Y no tendrían templos si nadie creyese en ellos.
- ¡Eso es filosofía, colegas!- exclamó Labón aplaudiendo, mientras el tabernero se acercaba con un trapo sucio en la mano con el que limpió un poco la mesa y sirvió

unos muslos de cordero, ajeno a las bromas y concentrado en la cuenta que redactaba mentalmente mientras vigilaba los movimientos de sus esclavos- Sócrates no pudo conocer a su discípulo. ¡Ea! ¡Un vaso de cicuta para él!

- Vosotros sois unos viciosos, una casta de capones castrados de inteligencia. No sabéis ni bendecir a los dioses, a los que bendice todo el mundo- amenazó Tigelio aparentando enfadarse. Después se puso una máscara trágica de madera y declamó, homérico- "*Si vosotros presumís mucho, otros no se ocupan especialmente de vosotros, ¡oh extranjeros llegados desde Argos! No espantaréis mi ánimo con vuestras altivas frases. ¡Jamás suceda eso en Atenas, la de grandiosos y espléndidos coros! Dementes estáis y también el rey de Argos, el hijo de Esténelo".*
- ¡Bravo!- aplaudieron y gritaron Aulo y Labeón, entusiasmados, mientras Tigelio, ovacionado, se inclinaba de cintura para abajo agradeciendo los vítores, imaginando estar en el escenario después de la representación- Pero- apuntó Aulo- has perdido los papeles, actorazo, porque el coro de la *Alcestis* de Eurípides se dirige al público en singular en esa escena, y tú lo haces en plural, cabeza de becerro. Por lo demás, tienes lo que hay que tener para triunfar en la vida: una voz de mulo, unas canillas de flautista y una barriga de carnicero de Suburra.
- ¡Ay! ¡Ay! ¡Estoy eufórico! ¡Me ha sentado bien el vino de Balbus! Se nota que es añejo. ¿No, Balbus?- preguntó Tigelio, recostándose otra vez en el triclinio.
- Cla-cla-claro que es añejo- respondió el tabernero, un hombre tartamudo que se reía como un estúpido ante los clientes- Tie-ne tre-tres a-a-años.
- Sí. Sabe un poco a vinagre, ahora que lo dices- intervino Aulo- Si no fuera porque está mezclado, valdría para aliñar una ensalada.
- ¡N-n-n-no!- protestó el tabernero, y escupió sin querer a uno de los esclavos que recogía una mesa del fondo donde habían almorzado unos músicos- ¡No está pi-pi-pi-cado! ¡Es pu-pu-pu-puro!
- Bueno, déjalo estar- interrumpió Labeón- A lo que íbamos, Tigelio. Cuéntanos el cuento otra vez. Tú quieres oírlo, ¿no es así, Cayo Domicio?- preguntó mirando al muchacho de la toga, que sostenía unas tablillas de cera y escribía en ellas.
- Por supuesto- respondió el joven- Es imprescindible para que pueda redactar mis *Anales de la época del césar Tito.*
- No hagas esperar a nuestro historiador, Tigelio- recomendó Labón- Desembucha por esa boca de sapo que ha besado a tantas vírgenes. ¿Cómo fue? ¿En qué tiempos? ¿Bajo qué signos fastos o nefastos?
- Ya os he dicho que fue en Campania- continuó Tigelio mordiendo una manzana agria de Preneste y jugando a oprimir sus pepitas con el pulgar y el índice de una mano y propulsarlas hacia el techo (tenía la costumbre de comerse una manzana a media comida, porque decía que era recomendable para hacer la digestión)- Me había invitado a su quinta mi amigo Lucio Flavio, liberto de la *gens Flavia*, que nos ha legado a nuestros queridos césares. Los amigos lo llamamos Nasidieno a costa de una sátira del poeta Horacio, que empieza con esta frase: "¿Cómo lo pasaste en la cena del dichoso Nasidieno?". Es todo lo que sé de ese Horacio, así me desuellen vivo. A veces le llamamos también Trimalción, por aquel famoso hostelero que igualmente sale en una sátira de no sé quién.
- Petronio- apuntó el muchacho de la toga que sostenía las tablillas- Concretamente del *Satyricon.*

- Eso, o peor- prosiguió Tigelio dándose espacio para hablar, al ver que los esclavos giraban la cabeza para escucharlo- Entonces, como iba diciendo, me invitó a su casa. Una maravilla, por cierto, al nivel de las siete famosas del mundo. No creo que la *Domus Aurea* de Calígula tuviese más habitaciones.
- La *Domus Aurea* la construyó Nerón, no Cayo César Calígula- lo corrigió el muchacho de la toga.
- Tanto da- se disculpó el narrador- A mí me pareció algo fuera de lo común de los mortales, digno de dioses y no de hombres, aunque estos no existan de la manera en que los conocemos. En su casa trabajan más de doscientos esclavos venidos de todo el orbe conocido: allí hay hasta indios e hiperbóreos. La casa es de un solo piso, pero ocupa un solar como el Campo de Marte, con atrio, impluvio, peristilo y aquello que no falta en las mansiones patricias, y además cuenta con un territorio alrededor de más de cien hectáreas de viñedo y huerta de regadío, con acequias y canales y yo me atrevería a decir que hasta acueductos. Tiene una colección de plantas aromáticas, medicinales, exóticas y afrodisíacas. Tiene una copia en maqueta de los edificios y esculturas famosos de los reinos propios y bárbaros: una réplica de la pirámide grande de Egipto, una réplica del Partenón de Atenas, una réplica de los jardines colgantes de Babilonia, una réplica de las esculturas de Fidias, Praxíteles, Polícleto, Mirón, Lisipo, Zeuxis...
- Solo le faltaba tener una réplica tuya- comentó Labeón incorporándose para expulsar un gas y servirse otra tapa de *saltus* - ¿Pero cómo iban a tener, así me cuelguen, carga de mulo, una réplica escultórica de Zeuxis si Zeuxis era pintor y no escultor? ¿No habrás echado la lengua a pacer, hinchador de fábulas, más de lo debido? ¿Fuiste a conocer a Alejandro en persona?
- No sé, *Asotus* – siguió contando Tigelio un poco avergonzado, mientras los demás se reían- Yo no entiendo de arte y esas cosas, y si me equivoco es porque no sé, no porque mienta, pues por Júpiter que allí había de todo, y no faltaba más que yo en el sitio. Si no me vais a creer, mejor me callo y os quedáis sin saber la historia... Pero puesto que os conozco y sé cómo os las dais de listos, no hago caso de esas objeciones que parece que soy un abogado del foro intentando defender un caso. ¡Por Pólux! Que no soy eso. Me puedo equivocar como hace cualquiera. Roma va a seguir siendo Roma, y no se va a acabar por muchas tonterías que cuente. A ver, nadie va a saber lo que hice si no lo digo yo. O a lo mejor sí, pero no de la misma manera. Nasidieno nos invitó a más de cincuenta amigos, casi todos de la Urbe, a cenar a su casa y a salir con él de caza por los montes de la zona, que están llenos de perdices y de conejos. Yo cogí unos cuantos por las patas, todo hay que decirlo, antes de entrar a cenar. Y si no fuera porque me faltaba el arco y las flechas, hubiera podido llenar un saco entero.
- ¡De trolas!- gritó Labón.
- Lo dicho, cada uno que piense lo que quiera- continuó Tigelio escarbándose los dientes con un palillo- Y no penséis los que me escucháis que la riqueza de Nasidieno es casual. No. Aún están marcados en su espalda los golpes del látigo. Era un esclavo como yo, pero su inteligencia lo elevó a liberto. Un vivo retrato mío. Pero la fortuna se ha adelantado a premiarlo, mientras que a mí aún no ha tenido tiempo de ponerme a la altura de mis méritos. ¿Podré relataros lo que comimos aquella noche? Ni Virgilio podría hacerlo, porque no hay Musa inspirada que alcance a transmitir verbalmente el placer de saborear un vino Falerno blanco, tinto

y rosado, un jabalí de Apulia guisado y preñado de pichones recién salidos del cascarón, unos sábalos de Tarento pescados a caña, un rodaballo con apio y salsa verde, unas gambas al ajillo, una pierna de cordero lechal, un lechoncito asado con su grasa chorreándole por el cuerpo... No puedo hablar de estos manjares sin que me entre hambre, aunque tengo el estómago lleno de comida.

- Déjate de otros amores, retórico del vientre, y cuéntanos eso antes de que se haga de noche- reclamó Aulo.
- En esta gloriosa basílica que es la casa de Nasidieno (y digo basílica y resulto escaso a tanta grandeza) la conocí – Tigelio se interrumpió para darse aire y que la frase tuviera tiempo de asimilarse, evocando las clases de elocuencia a las que había asistido, en calidad de pedagogo, en la Academia de Frontón el Alejandrino, en el Pórtico de Octavio- Conocí a una hija de dioses más bella que Helena, o que aquella Aurunculeia de la que cantó el suave Catulo:

Ille mi par esse deo videtur,

ille, si fas est, superare divos,

qui sedens adversus identidem te

expectat et audit.

Ah, si Menelao la viese, no habría guerra de Troya; si nuestro césar la conociese, no se enamoraría de esa Berenice asiática. Sus pies eran palomas de porcelana, su talle era una palmera del Líbano, su rostro de luna salvaje parecía hecho a medida para quedar impreso en el pecho del que la mirase por vez primera, y sus ojos reducían a la esclavitud a un hijo de reyes. Pero nada era comparable a su manera de sonreír, que hipnotizaba como el fruto de la adormidera, y que producía la fiebre como el veneno del áspid cuando se la evocaba en la soledad del lecho. ¡Dichosa muchacha! Con una estola raída y un pañuelo en la cabeza, eclipsaba a princesas y reinas. ¡Y era la hija de un curtidor! ¡Cuánto hubiera dado yo por comprarla si fuese esclava! Pero su marido era un fatal Acrisio, que la tenía vigilada en una torre de celos, y haría falta mucho oro para, como Júpiter, introducirse por debajo de la puerta del dormitorio de aquella Dánae plebeya. Se trataba de un noble de la clase ecuestre (me refiero al marido), un individuo de mal carácter y rostro más feo que el de la puerta de una letrina de las termas, que siempre estaba hablando de su licenciamiento y de sus campañas en Siria en tiempos del césar Vespasiano, del que dice que fue su intérprete y su consejero. ¡Consejero él! ¡Si no sabía ni atarse las sandalias ni montar un potro o un asno, y despedía un aliento más fétido que una mata de ruda! Además, hablaba con la ce, igual que un provinciano de la Bética, y le pesaba más el anillo de hierro del dedo largo que una pesa de balanza, aunque lo llevaba incrustado en oro para parecer de la clase patricia y codearse con los prefectos de la ciudad. ¡Qué antipático me resultó! ¡Qué desagradable me supuso ser testigo de los besos que le prodigaba a la bella esposa en la punta de los labios, con esa barba de masageta y esa mirada lobuna, y esos labios escamosos y purulentos, llenos de pústulas y de hinchazones! Y ella le dejaba hacer mientras le pasaba el brazo por el cuello y le llamaba “cariñito” a ese dragón barbudo, sin elegancia ni sentido del decoro, que eructaba al masticar mientras hablaba de sus gestas de campaña...

- Algo tuviste que hacer, Tigelio, para evitar el fatal desenlace- intervino Labón mientras arrancaba uvas de un racimo con los incisivos- Tú eres un actor, y estamos

en el imperio del histrionismo. Rómulo, el fundador de esta colonia convertida en capital, era un actor que engañó a su hermano para fundar la Ciudad Antigua sobre el Palatino, que raptó a las sabinas y persuadió a Tito Tacio de que era útil y conveniente someter el reino sabino a su soberanía. La virtud romana floreció con el gran Numa, fundador de las instituciones del derecho agrario del que se derivan nuestras leyes actuales, y durante la República, esa época abortada por el fantasma fosfórico de César, tuvimos a hombres como Valerio Publícola, Curio Dentato, Mucio Escévola, Horacio Cocles, Messala Corvino, Furio Camilo, Marcio Coriolano, el cónsul Fabricio, los oradores Hortensio y Cicerón, a los dos Escipiones, a los dos Catones, a Régulo o a Fabio Cunctator, y a mujeres como Lucrecia y Porcia, y millares de matronas y vestales. Pero cuando falleció Augusto, el pacificador, príncipe general de los ejércitos, máximo magistrado y defensor de las artes, *vir optimus* en todos los sentidos civiles, Roma cayó en el vicio de la tiranía, si hacemos caso de los versos de Lucano que me enseñaron de pequeño: "*cubrió el aire con una nube y arrastró tras de sí las tinieblas".* Desde la Farsalia, la soberanía se ha convertido en una farsa, y los penates huyeron de las Siete Colinas, y la Justicia fue vendida al mejor postor. Por eso las águilas de los estandartes están abatidas por los bárbaros de las fronteras, y el Senado, la noble Curia de los ancianos, es hoy el Circo Máximo, y las modas de los pueblos vencidos han venido a instalarse entre nosotros, burlándose de sus dominadores. ¿No es así como cuento, querido Atio Proculeyo, sin ser letrado, siendo tan solo un simple comediante?

- Ni Séneca hubiese resumido mejor que lo has hecho tú la degeneración moral de la cabeza política del mundo- respondió el joven de las tablillas, y pasó a otra página, grabando con su punzón otros caracteres- Te objeto, no obstante, el hecho de haber sido poco justo con los tiempos presentes, en los cuales, dejando a un lado la adulación, el césar Tito ha abolido la pena de muerte y ha conservado y aumentado las prerrogativas del Senado. De todos modos, que así conste tu opinión, pues es la opinión del pueblo, y revela la mentalidad de sus integrantes.
- Que así conste- se justificó Labón levantándose para ir a la letrina y arrojando una estola de seda a su triclinio- La clemencia de Tito y su divina majestad me perdonen, pero yo no soy un dios y hago lo que puedo.

Dos soldados con sus cascos de crines y una lanza en las manos entraron en la taberna, se acodaron en la barra y pidieron cerveza al tabernero, quien les sirvió sin levantar la cabeza para verles la cara.

- Si ese tribuno barato no me hubiese interrumpido, hubiese dicho lo que el dijo con mejores términos, pero le hierve la sangre igual que en escena y parlotea como diez porteras de burdel – comentó Tigelio, enrollando la túnica alrededor del brazo, imaginándose que era una toga o un laticlavo, e imitando la postura de un orador del foro- ¿Ya he dicho como se llamaba el zoquete casado con mi Venus de Campania? Sus tres nombres eran Vario Fulgencio Canisio, del Erebo venido. Y mi chica se llamaba Silvia Fulgencia, hermosa como una perla de Bitinia. Le hubiese dado mi vida, si me la hubiese pedido con sus ojos de zafiro y su cabello pelirrojo, con sus caderas onduladas y rítmicas, con sus senos blancos como la leche, en los que resaltaba un lunar marrón al borde mismo del escote del peplo, invitando a sondear el misterio de las profundidades ocultas. Pero en toda la cena no me había dirigido

la palabra, aunque yo traté de, haciendo el papel de Paris, seducirla con juegos y miradas de todo tipo, arrojándole migas de pan a los hombros cuando su marido estaba más entretenido narrando con furor épico sus bravuconadas. Escribí un mensaje en un trozo de papiro y se lo arrojé al seno, con la esperanza de una pasión futura, e incluí una petición a la clara Venus como la de aquel griego de no sé qué nombre que hizo leer a la chica que le gustaba un juramento sin saber que lo era delante de un ara del templo, y que después tuvo que cumplir para no desdecirse. Yo quería hacer lo mismo. Mentir para apoderarme de su cuerpo, para ser dueño de sus caricias, para gozar del placer de su compañía. Mentir para vencer. Soy un cobarde. A quien vive de la apariencia, solo le seduce lo prohibido, porque su corazón está vacío de lo que tiene. ¿Qué son los bienes cuando nos apegamos a ellos? ¿No son parte de nuestra soledad y necesidad de nuestro miedo? Filosofía. Es imposible mantener una postura durante toda una vida. Pero yo la deseaba. Era bella y era ajena. Era bella porque era ajena. Ninguna esclava me parecía tan hermosa. Y cuanto más horrible y deforme me consideraba yo mismo ante el espejo, tanto más bella ella se me representaba, libre y suficiente en la rutina del banquete. La mujer, no obstante, es taimada y está dotada de un instinto de conservación que sabe prever los conflictos. Me miró después de leer el papel como para comprobar que era yo quien se lo había escrito, y me hizo una seña inequívoca con los ojos apuntando a su marido que estaba de espaldas, y bajó la vista hacia la mesa. Esa deliciosa seña de castidad encendió todavía más mi deseo. Me propuse no salir de la casa de Nasidieno sin obtener el placer de una noche a su lado. Y me dije a mí mismo, razonando con silogismos que dejarían embotado a Aristóteles o a otro intérprete de dudas de la prolija Grecia: “He aquí, Tigelio, tu oportunidad, tu destino. Ahora te conviene vencer o morir. Tú sabrás lo que haces. Estás casado, pero tu verga nunca ha sentido nada semejante a lo que has experimentado, nunca ha estado tan erguida ni cuando serviste en las legiones del Reno, al mando de un amo escrupuloso. No seas el *Heautontimorúmenos* de Terencio, no te atormentes a ti mismo sin comer ni dejar comer. Recuerda que eres hombre. Piensa como nunca lo has hecho. Tienes un objetivo, un enemigo y una patria que conquistar. Triunfa. Conduce a tus caballos al abrevadero. Roma se ha hecho para hombres como tú. No imites al piadoso Eneas, al simple Eneas, a ese troyano que fundó las ciudades del Lacio, dejando a medias a la princesa Dido de Cartago y legando a sus descendientes el motivo de una guerra. Y no te quedes como un eunuco diciendo voy a hacer, voy a hacer, y luego quedando sin hacer nada. Y, sobre todo, deja de pensar y darle vueltas al magín como un trompo de niño, no sea que el tiempo pase mientras tanto y te deje sin postre para esta opulenta cena”. Así me dije entonces. Sí, así fue.

- Sin duda te propones imitar a Livio o al pelma de Salustio en tu cuento- comentó Aulo, acariciando un camafeo de obsidiana para conjurar el mal de ojo- Con tantas digresiones y aclaraciones no se entera uno de lo principal. ¿Jodiste aquella noche? ¿Lo conseguiste? ¿O es todo un cuento milesio para darte tono delante de nosotros, barrigón filípico? ¿Qué nos importa lo que pensaste, sino cómo actuaste, actor de monólogos? Métete en el papel y explica el pasado, si puedes. Pero no incluyas morcillas ni soples de atrás en los entreactos, porque eso no pertenece al arte de la interpretación, la muy noble arte que Varrón elevó a la categoría de arte mayor. No te expliques tanto, y menéate un poco en los detalles, que vamos a paso de tortuga.

- ¡Por los dioses! No critiques mi estilo de fabular, Zoilo, Mevio de los tablados, porque no tienes ni idea de lo que pudo pasar aquella noche – se quejó Tigelio, y se sonó fuertemente sobre un pañuelo de lino- Aquella noche para ti es un misterio, y esto que os cuento son sus acotaciones, pero nada más. Si lo cuento de manera vulgar, es porque mi estilo es vulgar y yo soy como mi estilo, pues así es la moda de los tiempos y así soy yo, y así también sois vosotros. Con tal de que la máscara exista, ya puede haber representación. El color con el que se pinte es lo de menos. Aprended a escuchar con paciencia, caramba. Hay que remontarse bien a los fundamentos de los cuentos, igual que a los de las civilizaciones. Todo viene de atrás, y nosotros vamos uncidos al carro. Libertos somos, y no tenemos quiénes manden sobre nosotros, así que podemos explayarnos en nuestras conversaciones. ¡Ea! - Labón volvió de la letrina- Entonces, después de cenar, cuando ya nos retirábamos a las habitaciones para dormir, se me ocurrió disfrazarme de esclavo para entrar furtivamente en el dormitorio de mi princesa, sedando al dragón de su marido con un poco de adormidera mezclada con un bizcocho de miel que le di a comer antes de acostarse, pues el veterano cargante se había encariñado conmigo y me llamaba "querido Tigelio", porque yo era el único que lo escuchaba sin llevarme las manos a la cabeza. ¡Qué emocionante intriga! ¿Adulterio? No. Nuestra madre Cibeles da a cada cual la compañía que necesita, sin que la intimiden las leyes sociales. Así opera la naturaleza, pero el hombre la mitiga con leyes para protegerse de sus temores. Me restregué la piel con varios tizones a medio arder de la chimenea que tenía en la habitación (¡Oh amigo Nasidieno! ¡Ni Creso de Lidia podría imitar tu lujo!) y urdí rápidamente un plan. Entre todos los esclavos de la casa, que no se conocían los unos a los otros de tantos que eran, me hice pasar por un nubio comprado en el foro boario, y encendiendo una antorcha impregnada con aceite, busqué el dormitorio de mi reina, rogando a los dioses que ya estuviese roncando su celoso marido. Me tropecé con varios esclavos de la casa, uno de los cuales era un ladino vejestorio de Beocia, ¡maldita sea la cara de mono que tenía! El muy rastrero reptil era astuto como su antepasado el itacense, y adivinó mi falsa identidad y se propuso gritar y dar un escándalo allí mismo. Yo le tapé la boca dispuesto a ahogarlo, lo empujé hacia un lado con mi barriga y le enseñé una bolsa con veinte talentos de plata, capaces de sobornar a un Hércules. El viejo se calmó al instante, fascinado por el talento de los talentos de la bolsa, recogió su silencio y se retiró sin hacer ruido, caminando con la cojera de Caco hacia su madriguera de ladrón, escabulléndose en la oscuridad, madre de sus maquinaciones. "Con otro encuentro de estos" pensaba yo, "acabaré con mi caudal antes de conseguir a la mujer que deseo". Pero ya había encontrado la puerta de mis esperanzas, una puerta como las demás aunque, ¡por Júpiter!, muy distinta al resto, porque las puertas se distinguen por los lugares a los que conducen. Y muy suavemente, recogiendo la rama dorada de mis recuerdos donde su imagen estaba suspendida en mi memoria, noté cómo la cerradura cedía al delicado contacto de las llaves de mi manojo, cómo las hojas se abrían y daban paso a un lugar oscuro y caluroso, donde se escuchaba respirar a otros cuerpos humanos. Alguien sintió mi llegada y se antepuso a mis pretensiones, pues de pronto, cuando creía palpar tinieblas, abracé un exquisito cuerpo de mujer de pronunciadas curvas, besé unos labios frescos y carnosos que apagaron el ardor de los míos, toqué la piel de una ofrenda desnuda y mientras se motivaba mi mente imaginando lo invisible, reconociendo las caderas, los senos de erguidos pezones, el

pelo derramándose por la espalda levemente ondulado y sedoso, sujeto a una cabecita que me besaba, mi carne se motivó desde abajo y volvió a la vida despertándose, mi corazón latió con más fuerza y encontré un lugar donde tenderme sobre ella, cuya respiración acelerada golpeaba mis oídos, cuyos músculos hacían presión bajo mis manos, y me entregué al más dulce de los placeres reprimiendo los gemidos para que no nos delatasen, y lamenté que la noche no fuese, por lo menos, infinita. Solo de recordar el tacto de su piel y su vocecita de alondra y su respiración sofocada y entrecortada y la oscura incertidumbre que la envolvía y me la entregaba entera y plena, vuelvo a revivir aquel glorioso momento. Ni un comediante tiene palabras que describan la situación y que puedan escenificar el vínculo consumado.

- Consumado charlatán eres tú, Tigelio- lo interrumpió Labón sacando de su bolsillo un espejuelo de pirita con un retrato de acuarela mal pintado por algún vendedor ambulante y enseñándole un retrato de mujer que podría pasar por cualquiera, porque sus rasgos eran imprecisos e imitaban un estilo que de tantas repeticiones había sucumbido a la decadencia- ¡Mira, ojos de cuervo! ¡Esta, esta es una mujer! – No solo Aulo se acercó para observar, sino también los esclavos que limpiaban la taberna, y los soldados miraron de reojo desde la barra con sendas copas de cerveza damascena, sonriendo- ¿La ves? Una esclava gala que compró nuestro patrón durante mi viaje a Marsella con la compañía de actores que me vio nacer. Trabajaba con nosotros y hacía todos los papeles de heroína. Un día era Medea, y el crimen la volvía más atractiva, otro día era Ifigenia, y su doncellez la hacía mucho más apetecible, al otro era Helena, y avergonzaba al original homérico, al otro a Antígona, y su piedad resultaba encantadora. Yo he estado dos años loco por ella. Después me la quitó un astuto chipriota tuerto y enclenque, que la engatusó, la raptó y huyó con mi presa. Esta sí que ha sido una aventura, y al menos han quedado las cenizas de esa pasión en esta imagen que ahora ves. Es una pintura y carece de los colores del modelo, pero al menos es una prueba fehaciente de que nuestra aventura no ha sido una patraña para impresionar a un aprendiz de tejedor. ¿Puedes aportar tú lo mismo? ¿O te entretienes en fabular una quimera para que aplaudamos tu inventiva? ¿Dónde está la caución de este embargo de atención y de silencio?
- Labón, perdóname si te digo que eres un simple, un *homo quadratus* que no tiene más que cuatro lados de voluntaria ignorancia- replicó Tigelio, dramático, retórico, clásico- Si yo te ofrezco este hilo, por Apolo, deberías sacar tú el ovillo. Cuando lees una buena historia, o te la cuenta un buen hombre culto y erudito (como puedo serlo yo o al menos parecerlo) no te preguntas si es verdad cuando es verosímil, porque confías en que el lenguaje no te engañará. Con esta precisión de detalles con que te cuento esta aventura sin titubear, ¿puedes creer que estoy mintiendo? Aún así, puesto que eres ciudadano terco y fanfarrón caprichoso, que antepones la pintura a la literatura aún sabiendo que el filósofo Platón la maldecía al afirmar que engañaba dos veces, te voy a dar una prueba de que lo que digo es cierto. Pero por una vez, conculquemos el derecho romano, esa costumbre elevada a norma entre los pueblos vencidos por las águilas de la guerra, y promulguemos una innovación necesaria: la prueba futura. En el final de mi cuento está la prueba irrefutable de que lo que digo es cierto, porque nadie más que yo podría decirlo de otro modo. En efecto, admito tu opinión escéptica y fastidiosa de que aún la filosofía del lenguaje se reduce a la interpretación, y por eso asumo la responsabilidad de explicarme con hechos, es decir, con sentimientos. Así como en el teatro los personajes son

arquetipos de conducta que tienen como finalidad evocar una verdad, una parte de nosotros que aún no ha salido a flote porque no hemos sabido descubrirla, mis palabras interpretarán su papel y evocarán lo que me pides. Pero, puesto que el derecho pertenece a la norma del lenguaje, no puedo con el lenguaje probar el propio lenguaje, y por ende, tendrás que esperar al final de mi historia si quieres conocer la verdad.

- Eres claro cuando quieres, ¡por Pólux!- confesó Labón, aceptando la prueba- Quieres que nos fiemos de ti. Sería bueno que rubricases un contrato a nuestro favor. Pero tú dices: "yo soy una buena rúbrica, una obesa y alcohólica rúbrica, a la que hace poco le han rapado la cabeza, la han manumitido, la han redimido de la esclavitud y le han concedido la libertad". ¿Dónde has aprendido a ser tan listo, siervo astuto? Ah, la servidumbre debe ser la madre de la astucia, puesto que obedecer es la manera óptima de conocer y de experimentar. Pero la libertad es imprescindible para abrir la boca. Todo hombre es a la vez libre y esclavo. Como la comedia y la tragedia, sus máscaras se suceden en su vida. Predominará una u otra según la postura que elija en cada momento para mirarse al espejo del mundo. Bien, Tigelio, continúa. Presiento que tu cuento es como la misma Roma, que dilata su final en el pasado.
- Saldría mi plan a pedir de boca si la luz del amanecer no lo hubiese puesto en evidencia – prosiguió Tigelio-, pues el resplandor del sol defraudó mis expectativas. Yo creía que había dormido y yacido con la dueña de mi corazón, y la noche me entregó a su esclava. Ya estaba alboreando (sería la cuarta vigilia más o menos) cuando descubrí el engaño. Todavía el viejo dragón roncaba y temía que no alcanzase el efecto de la droga para que continuase imitando a los muertos, no obstante en la habitación no encontré a la que buscaba. Le pregunté a la esclava dónde estaba su dueña, y ella no quiso decirme nada. La amenacé pero ella me amenazó con gritar, y como temía el sueño flojo del viejo, me largué de puntillas a mi habitación, me lavé la cara y el cuerpo en el baño – la villa de mi amigo Nasidieno disponía de un baño con agua caliente perfumada para cada habitación, como unas termas en miniatura- y me senté sobre la cama con la mosca detrás de la oreja, pensando en qué había ocurrido para que hubiese fallado mi plan y hubiese gastado en la cita veinte talentos. Nos reunimos en el peristilo para desayunar y Nasidieno nos preguntó cómo habíamos pasado la noche. Al cabo de una hora aparecieron el viejo Canisio y su mujer, y yo me preguntaba de dónde habría salido. El dragón barbudo me confesó que había dormido mucho, y lo achacó a la resaca del vino. Hice unas cuantas preguntas a mi enamorada pero ella me respondió con evasivas. Nasidieno quiso enseñarnos sus propiedades y nos prestó un caballo a cada uno, además nos entretuvo con la caza, su deporte favorito, y el resto del día lo ocupamos en la playa, tomando el sol al lado del mar. Llegó la noche siguiente y yo, que había estado todo el día dándole vueltas a la cabeza por el tema de la cita, me aventuré a intentar acertar con la clave del enigma, impelido en mayor medida por el misterio que por el placer de verme en brazos de la chica. Aquella noche cené menos que la pasada, pretextando dolor de estómago, y no me atreví a dar de beber otra vez a Canisio la pócima, por temor a que cayese en la cuenta del engaño a fuerza de repetirlo. Lo que intenté fue otra jugarreta digna del ingenio de alguien como yo, que tiene un olimpo de antepasados siervos en su panteón. Me disfracé de mujer y me introduje en el gineceo – Nasidieno ha dotado a su casa con un lugar

común para las mujeres, que da a otro privado para cada una que les sirve de tocador, con frescos y mosaicos de ágata y lapislázuli, ¡tal es el lujo de Nasidieno!- sobornando a la esclava con la que me había acostado la noche anterior, lo cual no me fue muy difícil, para que confesase que era una prima suya que había venido a visitarla, sierva de otro amo inventado que le diera tal permiso.

- Hubiera dado mitad de la vida, Tigelio, por verte disfrazado de mujer, con ese odre que llevas por barriga que no te cabe por las puertas, donde podrían albergarse todos juntos los yernos de Dánao, o los soldados griegos que se refugiaron en el Caballo de Troya antes del asalto de la ciudadela – confesó Aulo quemando incienso con goma de Arabia y colocando el pebetero en el centro de la mesa para que el olor se repartiese por la estancia donde todavía flotaba el aroma de los guisos y fritangas del mediodía- Darías la mejor suegra de Plauto. Tú, que podrías estar embarazado de un gigante.
- ¡Sería el canon de belleza invertido!- exclamó Labón, y señaló al muchacho de las tablillas- Yo censuraría esta parte, Proculeyo, porque podría irritar a la posteridad. Sería un error que los lectores de tus anales pensasen que la civilización de los dioses y de los héroes consentía en tales barbaridades, dignas de pueblos que no conocen la técnica del arado triangular. Si el canon viene de nosotros, y las leyes están *canonizadas,* entonces no podemos incluir la barriga de Tigelio en la escultura de nuestra historia, porque la deformaría, la deformaría. Hay que salvar la situación, y suprimir esta aporía, esta falacia. ¡Salvemos la memoria de Roma!
- No hay que preocuparse por eso- declaró el escritor- El canon está deformado desde el principio, porque es una deformación de las percepciones, y esa deformación sin posibilidad de aprendizaje es lo que llamamos nosotros realidad. Precisamente es ese concepto, ese testimonio, lo que quiero poner de manifiesto en mis anales. Pongo un ejemplo: el emperador Tito terminó el Coliseo, diseñado por Julio César. Recordemos la frase de Tácito: “con la distancia aumenta la majestad”. César, y sus sucesores los césares, se preocuparon de mantener la distancia con el pueblo para legitimar su autoridad, y edificaron la ilusión del anfiteatro, que reproducía sus victorias artificialmente con el fin de prolongar la sombra de ese triunfo inicial – ciertamente un golpe de Estado encubierto-, la distancia que necesitaban para seguir gobernando. Pero un sucesor suyo, nuestro actual Tito, ha anulado los efectos de esa máquina de gobernar inconscientemente, pues es notoria su cercanía con el pueblo en los espectáculos, especialmente en el Coliseo fundado por él, y esa cercanía es precisamente lo que el pueblo le reprocha como abolición de la costumbre de autoridad. Pues bien, si la costumbre es el canon, puede decirse que el mismo canon se ha anulado a sí mismo poniéndose en evidencia, invalidando la institución. No obstante, el acomodamiento de la sociedad en esa costumbre invalidada, es lo que hará que los césares y el imperio se mantengan mucho después de este incidente aparentemente insignificante, llegando a épocas remotas aunque no tenga sentido esta costumbre imperial, ni para la nobleza ni para la plebe. Esa es precisamente la tesis principal que quiero poner de manifiesto en mis anales, y la razón por la que vosotros, actores, interpretáis el papel de eruditos.
- ¡El teorema de Pitágoras no puede ser más enrevesado!- insinuó Aulo- Yo no puedo alcanzar a entender ni la mitad de lo que has dicho, joven prometedor. Ahora bien, si esta es una cuestión de fe, yo me fío de ti, y estoy seguro de que la posteridad de las generaciones verá claramente las sombras que nosotros todavía no sabemos ver.

- Tenlo por cierto- prosiguió diciendo el escritor- Las generaciones futuras heredarán junto con su gloria, la deuda moral de nuestras instituciones. Seguirán a rajatabla nuestro discurso y lo llenarán de contenidos superfluos. No sabrán deshacerse del miedo que hemos proyectado sobre ellos, de ese horror al vacío que se llama sociedad civil. En lugar de aprender del presente, mirarán al futuro imitando al pasado. En definitiva, interpretarán. ¿Aprender? Será para ellos imitar. Pero para eso estamos aquí nosotros: para poner un espejo delante de sus rostros. Es la tarea del arte y de la historia. Estos diálogos explicarán las especulaciones de Platón y los ingenios interlocutorios de Luciano de Samosata. O, dicho de otro modo, estos diálogos explicarán todos los diálogos.
- Ahí quería llegar- lo interrumpió Tigelio- Y mi narración será entonces el broche de oro de este encuentro, como el Capitolio es el centro de Roma, y Roma es el ombligo del mundo. Por lo menos desde nuestra concepción interpretativa, ¿no?. Ya le voy cogiendo el truco a la dialéctica. En fin... Me disfracé de mujer, me acompañé de la esclava y fuimos a los baños. Allí me encontré con la esposa de Nasidieno, una tal Calpurnia, hija de un capitán de navío que se hizo rico vendiendo trigo de Egipto, y me presentaron a ella. Fingí una voz aflautada que intenté que pareciese lo más femenina posible. Me cubrí la cabeza con la estola alegando decoro sagrado y me arrimé lo más que pude a mi chica preguntándole muchas tonterías de mujeres, ya sobre cómo podía dar mayor luz a mi rostro hasta cómo podía realzar mi talle con un vestido adecuado. Le rogué que me acompañase a su alcoba, porque allí quería preguntarle algo referente a mi salud que no deseaba comentar en público. Cuando estábamos en su habitación me eché sobre ella y le confesé mi identidad y mis propósitos, asegurando que tenía dinero para pagar tales servicios. Ella se echó a llorar como una casta esposa o una vestal lo harían, y me comunicó que aunque la matase, no lograría de ella lo que quería. Le pregunté si había hecho un voto ante los flámines, o si es que los augures le habían vaticinado la ruina de su familia si accedía a mis pretensiones. “No es eso”, comentó sin dejar de llorar, “es que no puedo traicionar a mi marido”. Quise saber si se habían desposado por *confarreatio,* como los patricios, con un vínculo extremadamente solemne ante los demás que solo se disolviese con otra ceremonia que podría considerarse difamatoria, al igual que el repudio. Me dijo que no. Entonces traté de convencerla de la superchería de los esponsales, contrato que tiene solo efectos aparentes, lo mismo que la compraventa. “De ninguna manera”, me aclaró ella, “el matrimonio es un sacramento que establece un vínculo indisoluble entre dos personas, solo revocable por culpa ajena, por el que el hombre y la mujer forman una sola carne, una sola mente, una unidad de vida que engendra nueva vida mediante el amor”. Sospeché algo. “¿A qué religión perteneces?” la interrogué. “Soy... cristiana” respondió con miedo. Imaginaos cómo se me quedó el cuerpo después de semejante declaración. Ni la cara de Medusa me hubiese dejado más petrificado. Y no es porque tenga yo reparo alguno en acostarme con una hermosa concubina, pertenezca a la religión a la que pertenezca. Es la mala fama de esa secta de los judíos, perseguida a menudo por decretos imperiales, lo que me incitó a revolverme con asco ante el pensamiento de que yo pudiese tener trato con una renegada del cuerpo social. Si me hubiese dicho que era devota de Isis, o coribante de Cibeles, o sacerdotisa de Mitra, o adoradora de Baal, u observante de la ley de Moisés, o neófita de los Misterios de Eleusis, me hubiera importado poco o nada.

Pero al referirse a una religión puesta en entredicho por la autoridad civil a consecuencia de su rebelión contra la apoteosis del César, me imaginé juzgado y condenado a la cárcel y a otras penas peores, acompañado por las calles de pregoneros y señalado y acusado por todos mis amigos y conocidos, que me negarían la palabra. "¡Oh, Tigelio! ¿Qué va a ser de ti?" me pregunté parafraseando a Terencio. No, no podía aceptar mezclarme con esa comunidad que vive en galerías debajo de la tierra, en catacumbas debajo de la ciudad, en compañía de ratas y al lado de las gemonias que arrastran los excrementos del pueblo romano, rezando salmos y contrayendo enfermedades a causa del hacinamiento y la falta de higiene, cuyos enemigos son los ediles que vigilan sus escondrijos, cuya esperanza es pasar a mejor vida después de la muerte. Así que no pude. Lo reconozco. Y aquí termina mi historia.

- ¿No pudiste qué? ¿Hacerte cristiano? – preguntó Labón, guiñándole el ojo derecho a Aulo.
- Quiero decir que no pude, en aquella ocasión (y a mi pesar lo confieso, pues soy un Júpiter de las conquistas) – se justificó Tigelio- unirme a una bella joven ante la que hubiese palidecido la propia Venus, dueña de la manzana de todas las tentaciones. ¡Una cristiana! La ley de los hombres supo reprimir mi loco deseo.
- Dicen que creen en un dios único, cuya representación es un esclavo alzado en una cruz. ¿Hay algo más absurdo?- comentó Aulo, lavándose las manos en una palangana de plata sostenida por un esclavo al que miraba de reojo Labón, deteniéndose en sus ijares, como si se tratara de un caballo- Me parece más inteligente adorar al rebelde Espartaco. Al menos, ese traidor a Roma fue capaz de movilizar a los vencidos contra los vencedores. Utópico, sí, pero valiente. Hay belleza en una acción noble, aunque sea un fracaso seguro. Pero, ¿qué hizo ese Jesús de Nazaret, más que hablar como un profeta de redención, sin haber sido capaz de redimirse a sí mismo? Ni los propios circuncisos lo respetan. Allá en los tiempos de Tiberio, en una provincia remota del imperio sucedió su muerte. Dicen que los sumos sacerdotes lo acusaron ante el pretor Pilato. Y sus propios seguidores lo abandonaron cuando fue alzado en la cruz por rebelde a Roma (lo acusaban de haberse proclamado rey de los judíos). Después, hurtado su cadáver, extendieron la noticia de que había resucitado, de que era el Mesías anunciado por las Escrituras Sagradas que venía a redimir a los pueblos – a todos los pueblos- del pecado. Y se expandió su doctrina rápidamente, igual que una plaga, de Oriente a Occidente, desde Antioquía hasta la misma Roma. Esos cristianos tienen unos discípulos que pertenecen a los oficios más degradados de la sociedad, que confían en que va a llegar el fin del mundo y van a desaparecer las clases y los privilegios, y las potestades y los poderes. Claro, ellos creen en eso porque les resulta muy agradable dada su condición. Aún así, tienen seguidores muy válidos en todas partes: un tal Saulo de Tarso, judío, llamado Pablo por los gentiles, alcanzó el privilegio de la ciudadanía romana y extendió la doctrina incluso por Atenas, de donde nos vienen los dioses y las artes, antes de ser decapitado; un tal Pedro de Judea fue alzado en una cruz semejante a la de su maestro en la colina vaticana, no sé si en tiempos de Nerón o de Calígula. Y además de los doce allegados que seguían de cerca a ese Jesús, mataron, desde el principado de Claudio, a gentes desviadas por esa secta, a los que denominaron mártires o testigos sus seguidores, y que fueron enterrados en galerías subterráneas, para que sus tumbas no fueran violadas al estar al aire libre.

Lo que me extraña de esos sectarios, lo que sobrecoge a los ciudadanos nobles como yo, es la admirable resistencia a los tormentos y la integridad ante los jueces, que hace pensar en la posibilidad de que la virtud de los primeros romanos fuese heredada por esos extranjeros. Cuando pienso en esto, se me levanta dolor de cabeza.

Un mendigo sin una pierna entró por la puerta de la taberna y pidió un trozo de pan, pero los esclavos lo echaron sin contemplaciones después de recoger del suelo un pedazo de carne de vaca que se disputaban los gatos entre sí y de regalárselo como aguinaldo. El tabernero tosió varias veces y los soldados de la barra, después de haberse besado con dos bailarinas ilirias manoseando sus cuerpos, se fueron a hacer la guardia que les tocaba.

- Conoces bien las costumbres de los cristianos- bromeó Labón maliciosamente, mientras observaba a Aulo- Quién sabe si no serás uno de ellos.
- ¡No, por Cástor!- protestó Aulo- Todavía no me he vuelto loco. No quiero morir tan joven. Además, los cristianos son enemigos de los espectáculos públicos. No van a ver a los gladiadores al circo, ni a los aurigas, y en cuanto al teatro, son auténticos Catones que censuran las licencias de los comediógrafos. Son totalmente antirromanos, y deberían ser perseguidos como en tiempos de Nerón, cuando se les culpó del incendio de la ciudad.
- Pero, no obstante, son los únicos herederos de nuestra cultura- intervino el escritor de la toga- Es preciso que yo opine también, queridos actores, sobre el particular, porque a mi juicio ostenta un interés general. Roma ha sido hipotecada por las provincias que la han absorbido. Los bárbaros cada vez son más fuertes, y llegará el día en el que querrán ser patricios, pues esta urbe-asilo fundada por el bandido Rómulo (hay que recordar que, según los historiadores fidedignos, como Plutarco, nuestro héroe fundador se dedicaba a robar cabezas de ganado a los pastores latinos junto con su hermano Remo, viviendo del pillaje con el objetivo de alzarse algún día con el mando de un ejército) ha reconocido la fuerza en tales extranjeros. Ellos alcanzarán nuestros derechos, pero el cesarismo y las magistraturas afines, instituciones agotadas en su esencia civil, solo serán asimiladas con un sentido espiritual, que será el que el cristianismo les quiera conceder. Hay quien piensa que las vías de comunicación del imperio son el instrumento para la diáspora de la doctrina cristiana, y no se equivocan. Alguien tendrá que dar sentido a esta representación vacía de contenido, al igual que una bóveda sin nada que albergar más que su misma nada y las tinieblas, donde solo la luz puede refulgir. Sí, esa religión nueva es también una refundición social de mitos antiguos, pero sintetiza las imágenes y los símbolos de todas las religiones. En verdad solo existe una cosa: la noche de la fe en la que nos movemos, pues cada paso que damos conforme a las leyes aprendidas, confiando en que esas leyes nos protejan, es un paso en el vacío. Es precisa la ignorancia para la libertad. Vendrán otras edades, otras Romas, otros juegos, otras provincias, pero los acontecimientos serán los mismos. Vendrá otro escenario, pero la obra seguirá siendo la tragedia del hombre en su búsqueda de algo mejor, hasta alcanzarlo, pues está dentro de él.
- Este muchacho es un filósofo, colegas, y nosotros unos actores del Esquilino- explicó Labón- Como Pitágoras, el griego, no se declara sabio, sino que busca la sabiduría. Como Sócrates, dialoga admirablemente hasta encontrar la verdad. Como

Zenón, solo se fía de sus sentidos lo suficiente para percibir en su entendimiento el sentido de las cosas. Parece mentira que sea verdad algo tan sencillo, que los académicos, científicos e historiadores no han sido capaces de reconocer. No obstante, me repugna el hecho de volverme cristiano. Es una religión de extranjeros, de bárbaros, venida de la patria judía. ¿Es que acaso voy a circuncidarme para participar en sus ceremonias? ¿Y voy a morir crucificado, ahora que he sido liberado de la esclavitud, delante de los magistrados y del pueblo? Antes prefiero seguir representando mi papel lo que me resta de vida.

- Lo mismo digo yo- declaró Aulo.
- Ignoro si para los actores como nosotros habrá un lugar en los Elíseos, en el más allá- dijo Tigelio.
- Para todos lo hay- repuso el muchacho de la Toga- porque nuestros orígenes se remontan más allá del tiempo, en el principio. Nuestra vida está más allá de nosotros, porque nos ha sido dada, y la muerte no puede arrebatarla. No necesitamos creer en ningún signo de este mundo para no morir, pues cuando morimos lo hacemos solo a los ojos de los demás, y aún con eso, la ausencia es parcial debido a la resurrección en la memoria. Pero las buenas acciones y los buenos modelos nos despejan el camino de la comprensión, y el Hijo de Dios y del Hombre, el Cristo que se define a sí mismo como camino, verdad y vida, es el mejor modelo que conocemos, puesto que no ha contado desde su nacimiento con la ventaja de ningún privilegio para obrar bien, y hasta su muerte a los ojos del mundo se asemejó a la de un esclavo. Ahora bien, profetizo o auguro, de acuerdo con la ciencia de Tages el tirreno – la ciencia es siempre profética cuando está libre de intereses- que vendrán épocas en las que la imagen de Cristo se confundirá con la del César, y una eclipsará a la otra delante de quienes se aprovechen del mensaje de esperanza del Dios Espiritual de los cristianos para hacer negocios a costa de la indefensión del pueblo. En esos días, los mensajeros comerciarán con el mensaje, y si bien no le restarán valor, confundirán a muchos. Pero solo la voluntad y sus frutos de conducta salvarán o condenarán, porque la naturaleza de las cosas, esa de la que habló Lucrecio identificándola con un azar que excede a nuestra comprensión, se rige por la norma del bien. Las profecías tienen dos sentidos principales: uno inmediato o visible, y otro remoto o invisible. El mismo Cristo profetizó la destrucción de Jerusalén, la ciudad de los judíos, y hemos sido testigos de la expedición de Vespasiano y de su hijo, el actual César Tito, contra esa ciudad que quería rebelarse contra el imperio. El Templo de Salomón fue incendiado y destruido y los objetos del tabernáculo – el candelabro y los vasos de las ofrendas- fueron profanados, como se puede ver en el relieve del Arco de Triunfo que se ha construido después. Flavio Josefo, el historiador de origen hebreo, asegura que durante el saqueo de la ciudad, una madre devoró a su propio bebé a consecuencia del hambre, y tales terrores ya fueron descritos por el propio Jesús Nazareno. No obstante, otro sentido futuro revelan esas palabras de destrucción, y es un sentido no temporal, sino espiritual. El templo es el hombre, y su destrucción es la caída de sus valores, y su nueva construcción es un nuevo orden espiritual basado en la verdad, construcción a lo largo de las generaciones, con el amor como cemento o aglutinante.
- Yo también opino eso- confesó Tigelio- Los signos algo querrán decir. Los cristianos celebran un día a la semana un banquete al que llaman en griego *eucaristía*, que quiere decir comunión. Consideran el alimento como algo sagrado, y

el pan y el vino rememoran el cuerpo y la sangre de Cristo y su muerte y resurrección. A mí me parece que comer un día a la semana en comunidad, y con tan frugales majares, es ridículo. Así no van a atraer a ningún creyente. Si ofreciesen vino de Cos y jabalí de Lucania o de Apulia, entonces me lo pensaría. De momento, prefiero ser escéptico con esa doctrina. Al fin y al cabo, es una doctrina más, y no está mejor pagada.

- Si no te sirve de modelo para comportarte mejor- explicó el muchacho de la toga- no te sirve de nada. Es preferible que sigas haciendo lo mismo que hiciste desde tu nacimiento. Una doctrina es un canon más, y solo sirve, al igual que la plantilla de un zapato, para andar más derecho, cuando se usa adecuadamente.
- ¡El alimento es sagrado!- exclamó Aulo sirviéndose una ración de sandía- ¡Y la bebida también! ¡Tabernero, más vino!
- Pues esa chiquilla cristiana, que es a lo que íbamos con estos comentarios- prosiguió con su historia Tigelio- es una espina que llevo clavada en el vientre, la parte más tierna de mi cuerpo. No hay nada más espiritual que el intestino, pues está lleno de gases angélicos, y cuando se expulsan suenan como trompetas.
- Ese es un sentido temporal, pero gracioso, aunque no agraciado- opinó el muchacho de la toga, Atio Proculeyo.

Se oyó un ladrido en la puerta de la taberna y entró un perro podenco detrás de una mujer gruesa con una estola alrededor de la cabeza y un vestido talar que le arrastraba por el suelo. Los esclavos se asustaron al verla entrar.

- ¡Hylax!- gritó Tigelio mirando al perro, que le ladraba a la cara- ¡Por todos los dioses! ¿Qué haces aquí?
- ¡Aquí tenías que estar tú, borracho, cuba sin tapón, disoluto, pródigo, calavera!- gritó la mujer en dirección a Tigelio- Hablando todo el día, gastando el dinero sin freno y con tus hijos por ahí por las calles, sin ir a la escuela, abandonados como huérfanos. Voy a echarte de casa, desgraciado. Voy a acusarte delante del pretor de pródigo, y no descansaré hasta que te quite todo lo que tienes, hasta el último as. ¿Puede una vivir así, con un hombre que no sirve para nada, con un botarate que se bebe el dinero que gana en los juegos con esas representacioncitas que hace, mientras su mujer se consume de angustia por el porvenir? ¿Quién me habrá persuadido a casarme con este salvaje?
- ¡Por Plutón, Glícera! ¿Qué haces aquí? – chilló Tigelio- ¡Eh, tabernero! ¿Cómo la has dejado entrar? ¿No tienes prohibido hacer pasar a las fieras?

El tabernero sonrió. Los esclavos miraron con susto a la mujer y al perro, que no dejaba de ladrar.

- Esa es la mujer de Tigelio, una cocinera con la que se casó hace un siglo- le explicó Labón al muchacho de la toga, que seguía apuntando en las tablillas- Una gran amenaza se cierne sobre nosotros. Es peor que Hécuba, ¡por Neptuno!, y más terrible que una legión de germanos. Se ha acabado el banquete, Aulo – se volvió hacia su compañero, que para prevenirse, se había taponado los oídos con cera.
- ... Te meteré en prisión, por adultero, oh, que bien sé cómo te las gastas cuando vas por ahí, con tus amigos- seguía gritando la mujer- No va a los templos, a orar a los dioses, se mete en lupanares y consume así la hacienda familiar. ¡Maldito...! Pero yo también he de hacer lo mismo, he de prostituirme con un rótulo que ponga “Soy la mujer de Tigelio, para vergüenza del pueblo romano”...

- ¿Tú?- replicó Tigelio- ¿Y quién querrá ser devorado por ti, loba capitolina? ¿Qué general, qué valiente héroe podrá soportarte? Te temen hasta los confines del orbe, hasta la remota Tule, como a la misma Belona. Y... anda, Hylax, ¿quieres dejar de ladrar?
- ... Ladra porque le da la gana, degenerado, hombre- esponja, libertino, violador, asesino- proseguía la mujer- Te voy a llevar ante el pretor. Te pondré de rodillas ante el César. ¡Hacerme a mí esto, a una mujer rica, que podría vivir entre los quirites, a una matrona respetable, a una esposa impecable!
- N-n-no gri-grite, que espan-espan-ta a los cli-cli-cli-entes- protestó el tabernero.
- ¡Y a usted – lo increpó la mujer- por proxeneta, lo meteré en la cárcel, en la cárcel!
- ¿No hay forma de hacerla callar?- preguntó el muchacho de la toga a Labón.
- No tiene remedio- declaró Labón- No hay conjuro contra esa bruja. Ni hierba. Ni antídoto. Es como una tempestad, pero se cansa al cabo de un rato. Si quieres proseguir con la historia, hazlo, joven historiador. Yo voy a salvar mi pellejo antes de que sea tarde. Ha empezado la guerra. Los actores, discípulos de aquellos maestros de Histria, tenemos una vida que a menudo se confunde con el teatro. Es la confusión de la que hablabas tú antes. Siempre tenemos un coro a nuestro alrededor, que nos proyecta como la pantalla de una lámpara. *¡Oh, raza de Atreo, qué innumerables calamidades has sufrido antes de liberarte por este último esfuerzo!*
- Yo también me voy- dijo Proculeyo, el muchacho de la toga- Quiero poner a salvo las tablillas.

Los últimos en marcharse de la taberna fueron Tigelio, su mujer y el perro, que no cesaba de ladrar, y aún en la calle forcejearon uno con el otro, hasta que al doblar una esquina rumbo a los barrios plebeyos, se reconciliaron rápidamente, agotados por el combate.

EL ROBOT ANDRÓMEDA

Oculta tus movimientos y piérdete en la oscuridad de la noche

Jack London

A lo lejos, en la sombra envolvente de la que sobresalía la luz de las estrellas, caminaba un objeto que no pertenecía al mundo primario de las galaxias y de las constelaciones, desprendiendo una luz tenue e intermitente de color rojo, y la superficie del planeta, debajo de una tenue atmósfera de nubes de nitrógeno, se coloreó de pronto y pareció latir como un corazón vivo. El insecto se aproximó desde el cielo abierto a la oscuridad y apenas tocado por el sol, que estaba más distante de lo habitual; aumentó la velocidad y el tamaño, elaboró cuidadosamente un aterrizaje, se diferenció claramente de los satélites y otros cuerpos celestes, proyectó una sombra de apariencia humana y descendió maravillosamente hasta posarse en la superficie brillante del planeta que de la distancia lo llamaba. Hallado un punto de apoyo, un suelo firme por el que moverse, sus patas de mosca crecieron, su cuerpo de metal quiso iniciar una breve metamorfosis, y sus ojos salieron de sus órbitas habituales para inspeccionar el medio nuevo. Desde su inmovilidad, atado a su quietud, tomó fotografías del entorno con una luz interna

automática, instintiva, y recogió sonidos de sus propios pasos, antes de decidir recorrer el planeta. Detectó una baja temperatura, unas condiciones adversas para la vida de la que procedía, filmó una panorámica del suelo recogiendo con atención los datos relativos a su composición mineral, roca convertida en polvo por la meteorización del clima. En su memoria se archivó definitiva la fecha de llegada.

Intuía que le quedaba poco tiempo, que lo tenía contado y que se lo estaban racionando con usura. Reaccionó en un acto reflejo y buscó indicios de movimiento en el entorno. Al norte, una montaña gigantesca, irreal para el lugar del que procedía, le cortaba el camino con el vigor de un reto. Al sur, un llano indefinido de suelo cada vez más pálido, con huellas de cráteres y otros misterios, prolongaba su incertidumbre. Y al este y al oeste, la luz oblicua del sol abría zanjas de aventura, de irresistible atractivo salvaje, donde un grupo de sombras se divertía en huir de su mirada como animales perseguidos por el disparo de un cazador. Optó por marchar hacia el oeste, desde donde giraba el planeta para repartir la luz por su superficie. Se elevó con mucho cuidado, propulsó con una corriente de aire su cuerpo preparado para el avance, y caminó a saltos por la arena de incontables granos milenarios. Reduciendo su peso e incrementando su velocidad, se tragaba millas enteras, bamboleándose como si buscase un lugar seguro para poner sus huevos. El gusano no conoce su destino, pero una fuerza lo impulsa hacia adelante, hacia el cambio, y se deja guiar por ella entregándose a su poder. Si el gusano supiese lo que le esperaba, tal vez no tuviese el valor suficiente para enfrentarse al futuro. Pero lo único que percibe en su organismo son estímulos del exterior que se transforman en su interior en nervios, músculos y hormonas que lo dirigen. No tiene por qué preocuparse, porque es otro quien toma sus decisiones. Tiene prisa por componer su capullo, por convertirse en mariposa, por poner huevos para que nazcan otros gusanos, y la asimilación del alimento le regala la oportunidad de un día más de vida. La ilusión de su movimiento es un pretexto para quedarse quieto en otro estado, una vez atravesadas todas las fases del desarrollo, incluida la más importante, la decisiva: copular con otro miembro de la misma especie para liberar su realidad de su interior, para reproducir otra realidad que justifique su existencia. Siente hambre y el hambre lo conduce a la fuente del cambio, necesaria a su desarrollo como el agua es necesaria a una célula de voluntad. Así volaba, raudo y persistente, con la terquedad de la convicción, el insecto de metal, el robot dirigido desde la tierra humana, haciendo parpadear su lucecita roja y focalizando el camino a seguir, zap zap zap, animado por un espíritu remoto. De alguna manera se daba cuenta de que su proyecto rebasaba su medida, de que sus conocimientos eran escasos e inútiles en una situación desconocida para su memoria, de que era una pulga en el universo, de que tardaría millones de años en recoger la información que precisaba para hacerse una imagen fiable del espacio que lo rodeaba. Y por esa razón tenía prisa, mucha prisa, y quería terminar de una vez por todas con la investigación.

El suelo se volvió irregular, sus dimensiones se magnificaron, y el robot esperó que algo inesperado se le revelase. Pero nada. Caminaba y caminaba, componiendo el lenguaje de lo sensible, nombrando las diferencias y similitudes que encontraba con respecto al mundo al que pertenecía. Tuvo miedo. Porque tras sacar algunas instantáneas notó que nada variaba y que no tenía sentido continuar encuadrando el paisaje en su lente de aumento, si aquello no mostraba otro aspecto que no tuviera que ver con el del principio, identificado con su llegada. Atónito por su deambular sin motivo empírico, cayó en un enorme cráter muy antiguo que lo arrastró como una trampa a su centro

excavado en la superficie del planeta. Se dejó caer y apagó los motores para no gastar energía, economizando combustible de su lugar de origen. La arena rojiza lo ensució y tuvo que sacudirse para que las piedrecillas no obstruyesen sus reactores. Clavó las terminaciones de sus patas en la ladera y evitó seguir siendo arrastrado por la inercia de la caída. Al fondo del cráter unos cristales que parecían de siderita relumbraron al ser heridos por los focos eléctricos de su frente, y descubrieron un yacimiento de objetos caídos, un cementerio de formas sin vida, atraídos por la gravedad del agujero habitado por las sombras inestables. Se arrastró serpentino, imitando al escarabajo que después de darse la vuelta tras un accidente escala un desfiladero, procurando no ser arrastrado otra vez, y confiando en que la falta de viento debida a la práctica inexistencia de atmósfera en el planeta no lo arrebatase, trepó por la ladera girando uno de sus ojos hacia el centro del cráter con el objetivo de descubrir alguna novedad, algún indicio de vida. Aquel vacío lo acunaba como una duda. Y como esperaba que algo sucediera, sus sentidos especialmente atentos no se fijaban en el camino que recorría. Existiendo solo allí, su sistema operativo detectaba angustia, y se bloqueaban las entradas y salidas de aire imprescindible para el movimiento. Consiguió al fin llegar a la cumbre y recuperar el equilibrio – era una cumbre, puesto que había conseguido salir del agujero-. Midió el cráter, recogió unos gramos de arena inerte e ideó un plan: primero se elevó unos metros hacia arriba propulsando aire con sus reactores, después se deslizó por el espacio sin tocar el suelo en un salto resuelto y vadeó paulatinamente la boca del cráter hasta dejarlo a sus espaldas. Hecho esto, aterrizó aliviado del otro lado, y recuperó fuerzas absorbiendo con un panel la energía gratuita de la luz solar. La curiosidad operó dentro de él, y recogió demasiado material para ser examinado, demasiado material para no interrumpir su viaje y consumir sus reservas de combustible. Su corazón electrónico deseaba hacer todo bien, pero sus ejes mecánicos se quejaban de aquella tiranía. Mientras tanto, trataba de descansar.

En la cavidad del espacio relumbró un astro más cerca, se desplazó arrastrando una cola de fuego, alegórico y desnudo, y cayó justo detrás del campo de visión del robot. El curioso artefacto, emulando a un ser vivo, anheló conocer el lugar donde había caído el cometa, dato que en sus circunstancias carecía de todo interés. Intentó enfocar el horizonte, y se tropezó con la barrera física de la línea de sombra en la que su débil luz prestada no podía adentrarse. Volvió a sentir angustia al no poder realizar su deseo. Con la persistencia de un hambriento, reanudó su paseo por el orbe desconocido deshaciéndose de unas cargas de arena y rocas admirablemente pesadas - ¿fragmentos de plomo y metales, tal vez?- que ralentizaban su marcha. El frío se hacía cada vez más intenso, y la escasez de gravedad, que al principio le había parecido una ventaja, lo debilitaba también, porque su capacidad de abstracción tenía que ser mayor para controlar sus movimientos que tendían a distanciarse del camino a seguir, buscando un derrotero más cómodo y fácil. Si hubiese tenido referencia de todas esas certezas como ahora la tenía, se hubiese preparado mejor, pero ahora no podía retroceder al pasado, muerto tras él, y no le quedaba más remedio que continuar su trayectoria hacia adelante. Recopiló la memoria de sus archivos. ¡Cuántos documentos inútiles o mal clasificados figuraban en su biblioteca, apilados unos tras otros por orden cronológico, empezando por aquel que codificaba la medida de las eclípticas corrigiendo su desviación con respecto al eje de la tierra! Semejantes leyes lo confundían aún más, porque no se correspondían con las leyes naturales que tendían a repetirse, las cuales podían resumirse

en una sola frase: “Todo fluye del objeto al sujeto”. Y si esa frase era antigua como el hombre, como esa sustancia energética que lo había lanzado al espacio, repetida a lo largo de los milenios por los mismos filósofos y los antepasados sabios, ¿ a qué ensayar investigaciones para concluir en el punto de partida? Este razonamiento lo hacía el robot retransmitiendo en directo los pensamientos de quienes lo empleaban como una prolongación de sus sentidos desde el hogar de la tierra, del que buscaban alzarse a los secretos del cielo. Ellos lo estarían viendo todo, seguro, a partir de una emisión de ondas sonoras, de correspondencias y símbolos, traducidas a un ingenio informático – un robot gemelo, simétrico, una pareja virtual, un espejo comunicante- que las presentaría en un orden paralelo al que estaban sucediendo. Sentirse acompañado por ellos, por esos recuerdos lejanos de la tierra que sin duda lo estarían observando, le devolvían una seguridad que vencía los obstáculos de su miedo. Pero en la dimensión aquella, en la que nada ocurría, se imaginaba que su movimiento era inexistente, por más que se esforzara por recorrer la corteza del planeta poniendo en práctica su aprendizaje.

Ya estaba en los brazos de aquel pensamiento que lo llevaba de la mano por el camino que se había trazado, cuando he aquí que oyó un estruendo repentino. El ruido centró su atención. A quinientos metros se alzaba la cabeza de un volcán, y del interior brotaba magma incandescente que venía a morir en ceniza petrificada y oscura. La sensación de peligro se agravó cuando un enjambre de piedras catapultadas como asteroides cayó a pocos pasos del robot, residuos vomitados por el estómago ardiente de la montaña perforada, que liberaba cual una caldera a presión las explosiones y tensiones acumuladas en el interior del planeta, donde, para forjar su resistencia, se enfrentaban varias corrientes de líquidos entramados en una red de fuerzas en equilibrio. Instintivamente, cerró los objetivos de sus lentes, se refugió dentro de sí mismo, en su intimidad protegida, y aguardó el paso del peligro. Revisó sus fuentes de información intentando encontrar alguna solución en el laberinto pensado de su problema y por fin dio con la salida. Excavó un hoyo en la arena separando suavemente sus partículas y se enterró en la sábana del suelo que le recordó la acogedora forma de la tierra de la que provenía. Soñó – es decir, pensó y descansó de espalda a los sentidos- con un paraíso vegetal habitado por animales y hombres, unidos en la música de su pensamiento, pero la imaginación diatónica combinaba los miembros dispersos en un cuerpo genérico, y animales y hombres, liberados de sus límites externos, se fundían en una llama de belleza, una fuente de energía que alimentaba sus baterías a perpetuidad, enchufado su breve instante a aquella eternidad que colmaba su deseo. Él no deseaba ya otra cosa que seguir allí, en el reino del sueño, blando como el vapor y diáfano como el aire, aunque presentía que estaba vivo, y que no podía entregarse a aquel reino todavía, porque aún no había ejercitado lo suficiente su libertad como para decidir el acto de la entrega. Entonces despertó al mismo mundo, al mismo espacio. Notó que las fuerzas en pugna se habían interrumpido. Salió del hoyo y retrocedió desde los volcanes, que aún estaban expulsando lava luminosa, tropezó consigo mismo y cayó, y acto seguido volvió a levantarse. Se sentía fantástico en la enormidad que lo engullía con tantas distancias. Sin rendirse nunca, impulsado por un instinto más fuerte que él, osciló siguiendo el rastro de algo que percibió como una huella de hombre, ¡una huella de hombre!, una constelación de huellas, una guía del espíritu que lo llamaba desde lejos. Sí, no había duda de que eran huellas de hombre. Prosiguió.

En el cielo, dos satélites danzaban al unísono, como dos lunas que se esforzaran en parecerse la una a la otra, estériles y brillantes, categóricas, simétricas, armónicas, pero lejanas e inertes, como espectros de la contradicción y de la duda, que se juntaban en un eclipse, cohabitaban y regresaban a sus puestos en la órbita común, activando el sexo de sus direcciones. A consecuencia de la proximidad gravitatoria, una montaña lejana que parecía estar más próxima a los dos astros se desplazó hacia la derecha, y después hacia la izquierda, según se iban moviendo sus dos guías celestes. El robot pensó que la montaña se derrumbaría, y enfocó el horizonte, y descubrió que la montaña seguía siendo la misma, y dedujo que la montaña existía a causa de las desviaciones de los satélites, que permitían la elevación y acumulación de arena necesaria para formarla, dentro de aquellos dos límites bueno o malo según la perspectiva con que se enfocase para observar, puesto que algunas veces el exceso de atracción de uno o el exceso de repulsión del otro hacían que la sombra impidiese ver hacia qué extremo se desplazaba la montaña. Él también se sentía atraído hacia un promontorio de rocas magnéticas cortadas en forma de cuchilla, que le hubieran deshecho el armazón con solo rozárselo. Bruscamente, giró y luchó contra la desviación del núcleo atractivo, y entró en la fuerza vinculante de otro campo magnético que lo llevó a donde quería ir. Ahora caminaba hacia el oeste, donde la luz oblicua del sol, chocando con una plancha de roca muy pulida por la erosión, evocaba la ilusión de un manantial de agua, el efecto que se acostumbra observar en los desiertos, en los que la carencia es capaz de imitar la presencia de lo que falta. Aunque su corazón mecánico, por un instinto superior a él, sabía de sobra que aquel manantial era un efecto óptico agravado por el cansancio, dedujo que su incentivo lo favorecía, dirigiendo su viaje hacia aquel punto resplandeciente, una gloria que manifestaba la que poseía en su interior, de donde brotaba el movimiento, motor del mundo. Pero puesto que la aguja de su oportunidad sobre el planeta desconocido indicaba, inyectando tensión en su aparato locomotor, que su batería estaba agotada justo por la mitad de su capacidad, sintió que la vida podría faltarle antes de llegar a descubrir al hombre que había impreso su huella inconfundible en la arena, y sintió miedo otra vez, y la distancia que lo separaba de su objetivo le pareció mayor.

La preocupación interrumpió el discurso de su pensamiento, la lucecita roja que manifestaba su presencia en la inmensidad parpadeó más deprisa, sofocada por la presión que él mismo se había forjado en torno a él, pero su cuerpo no podía ir más deprisa por el territorio llano del planeta, sin árboles, animales ni agua, olimpo de vacío, calvario de desolación, y de nada le servía persuadirse del agotamiento de su batería, de su oportunidad. ¿No tenía su batería que agotarse? ¿Y no estaba haciendo lo que había decidido hacer? ¿Entonces? Trató de no pensar y de centrar su atención en el recorrido metafísico cuya mayor dificultad era la escasez de distracciones que ofrecía, escondiendo, como un joven tímido, su verdad tras el silencio inaprensible. Las huellas de hombre se hacían cada vez más evidentes, e incluso se agrandaban y su lente percibió una proximidad mayor entre ellas. Su información acumulada no le servía para mucho en aquellas circunstancias, porque tenía que ver con los datos de la tierra, muchos de los cuales –la mayoría- eran costumbres tomadas por leyes universales, y errores elevados a norma. Los hombres lo habían lanzado al espacio bautizándolo con el nombre de un mito –Andrómeda, la dama rescatada de los mares-, y le habían adjudicado la misión de sondear los espacios que no alcanzaban con su mirada corregida por su técnica a

menudo mal regulada, para comprender mejor su situación en el universo, como si la situación no dependiese simplemente del lugar en el que ellos colocasen su tierra, su sustancia, su humanidad, la lente de su visión, que proyectaba lo superior y lo inferior como su cielo y su infierno. Y él, al ser despertado desde esa memoria, era en el acto *todos los hombres.* Ellos habían perdido la facultad de comunicarse entre ellos, dirigiendo su mirada hacia los espacios sidéreos del cielo con la nostalgia de no ser capaces de mirarse simplemente a los ojos, de comprenderse y de comunicarse, y buscaban la comprensión y comunicación con entes superiores allá en el macrocosmos del que les llegaban la luz y el aire. Absortos en esa nube de astros remotos, tratando de medir su infinitud para persuadirse de ella, olvidaban lo que tenían más cerca, lo verdaderamente importante, pues su propio Mesías, su corazón, estaba entre ellos. No obstante, el robot recogía información, resolvía hechos, y los hechos llevarían más tarde a las causas. Inevitablemente.

Sin darse cuenta, había recorrido ya dos mil millas, le quedaban tres mil tal vez para llegar al centro del estanque figurado. Las huellas lo dirigían, pero, ¿era posible que un hombre recorriese a pie tanto espacio en un planeta que no era el suyo? ¡Si ni siquiera había muestras de vida unicelular! ¿Cómo se explicaba esto? Navegó cabeceando en la curva de su imaginación mientras la sombra de su cuerpo dibujaba su silueta en la arena, y ya se sentía perdido, cuando vio algo que se parecía al esqueleto de un hombre, sí, al esqueleto blanqueado y calcinado de un hombre, abandonado al borde de un desfiladero que se proyectaba en un pozo de sombras. Se aproximó con júbilo al hallazgo. ¿Un extraterrestre? ¿Un habitante de los espacios sidéreos? ¿Un hombre de otro planeta? ¿Un extranjero incomunicado? ¿Un muerto de otra vida? No parecía nadie. Lo miró con más detenimiento. Era real como él, estaba al nivel de sus ojos de robot. Su calavera abría una boca desgarrada por un último estertor, y sus costillas apuntalaban al horizonte, pero su talla era descomunal, y sus huesos eran del color del cuarzo, de dura transparencia diamantina. ¿Tal vez el fósil de un hombre antediluviano, de un diluvio anterior incluso a la creación del hombre conocido? Y contemplando la planicie donde estaba hincado el cadáver con el que el robot trataba de comunicarse, descubrió muchos otros cadáveres iluminados por la luz del sol, y se persuadió con admiración de que el cementerio de cadáveres cristalinos formaban el estanque imaginario que lo había conducido hasta allí. Pero ni las huellas que había seguido eran huellas de hombre, ni los cadáveres eran cadáveres, sino yacimientos de cristales esculpidos así por el capricho de la meteorización, esfinges que escondían su enigma en la mera apariencia. Las huellas procedían de una lluvia de proyectiles que se habían desprendido de la cola de un cometa, el cual, según sus cálculos, había pasado rozando aquel páramo. Pero su curiosidad lo venció. Recorrió el cementerio de esfinges, ruinas fragmentarias que evocaban un pasado roto que era solo un pensamiento, y descubrió algo todavía más asombroso: un cementerio de robots como él, con las luces apagadas, y estos sí que no eran esfinges ni apariencias, porque sus cuerpos de metal se dejaban tocar y medir, y aún se podían reconocer sus números de serie, sus nombres y sus talleres de fabricación. Estaba identificándolos, cuando sonó la alarma dentro de su cuerpo. Su batería se había agotado. Mucho más tranquilo, hallados sus compañeros que yacían en semejantes circunstancias, dejó que su motor se apagase, esperó a detenerse completamente, buscó un lugar entre los demás, y satisfecho del resultado de su misión, se quedó quieto abrazando la arena, confiando en que los hombres que lo habían enviado lo viniesen a

recoger junto con sus compañeros en aquel lugar, en aquel planeta en el que los esperaba.

LAS CRUCES Y LAS REDENCIONES

Dejé las sombras y, con paso quedo
iba siguiendo a aquel que me conforta
Dante

Por el sinuoso camino que iba de San Giovanni a Florencia, los mercaderes viajaban con sus caravanas y sus cabalgaduras, siguiendo el orden de prelación que sus economías les marcaban: los más ricos, con carros grandes que transportaban a sus familias; los más pobres, con carretas más pequeñas y sobre los lomos de sus monturas. Su destino era el mismo para todos: la feria anual que se celebraba en Florencia el día 24 de junio, a la que concurrían comerciantes y compradores de toda Italia, Alemania, Francia, y de otras naciones europeas. Las caravanas atravesaban el polvoriento camino entre gritos y conversaciones en voz alta y estridente, alguna riña con los campesinos locales (a quienes estorbaban los comerciantes que impedían el paso libre de sus rebaños) , ladridos de perros y relinchos de mulas y caballos, fatigados por el recorrido y deseosos de tumbarse en los campos verdes que veían al frente. Aquel año se había anticipado la época de la siega, y los hombres y las mujeres de los pueblos estaban en los trigales con las hoces en la mano, apilando el heno en montículos y golpeándolos en corro con estacas rotas por un extremo y unidas por una cuerda, para separar el grano de la paja, almacenarlo en los graneros separados por unos pilares de piedra del suelo invadido por los ratones, y emplearlo en la harina del pan cotidiano que cada día se consumía en la mesa. Ni siquiera había sido buena la cosecha de trigo, y se presentaba la necesidad de mezclar la harina de trigo con la de cebada, centeno y mijo, para poder elaborar las mismas unidades de pan que el año anterior. De esto hablaban entre sí los más viejos, pero los jóvenes estaban demasiado distraídos en las faenas del campo, que acompañaban con cantos de contenido festivo, jugando con las campesinas a tumbarlas sobre el suelo, forcejear con ellas, llenarles de paja el pelo, hacerles proposiciones deshonestas y no llegar más allá de un mero juego de mozos solteros, que terminaba en grita y algún que otro arañazo o bofetada que las muchachas propinaban a sus temerarios galanes, quienes instintivamente, como los animales de la estación, provocaban las bromas y las trifulcas. No solamente se atrevían los mozos con las campesinas, también buscaban con la vista a las hijas de los comerciantes que pasaban en sus carros, las increpaban y les dirigían alguna canción obscena que sus hermanos, también de sangre caliente, procuraban desmentir con un reto lanzado a los mozos rústicos desde el camino.

- Este año- comentaban los mozos de la siega- habrá que intentarlo con las hijas de los pobres, porque las ricas son orgullosas y no se prestan al cortejo. ¡Mirad qué cosa linda viene por ahí!

Cuando ya habían pasado todos los carros y carretas, una última familia rezagada de mercaderes, una familia pobre formada por un hombre de unos treinta años envejecido prematuramente, manco y bizco, con una cicatriz a la altura del pómulo izquierdo, por una mujer gruesa con un sayal de bocací tapándola de la cabeza a los pies que daba de

pecho a una criatura que le metía las manos por las aberturas del vestido para mamar, y por una adolescente de pelo pajizo –la mejor ataviada de los tres- que iba sola sobre un macho con orejeras, hicieron su aparición, imitando al entremés de una pieza teatral, al final de la escena que ya se estaba difuminando por la distancia que la mantenía en orden. La adolescente era tímida, vestía un corpiño de color amarillo bordado de flores, y sobre él un delantal pardo, tirando a bruno, y sobre las piernas llevaba un perro faldero, un perro de Holanda, que le mordisqueaba las puntas de los dedos. En todo momento mantenía la vista fija en el suelo, como si fuese pecado o delito levantarla y mirar a quienes la miraban. Uno de los mozos no lo dudó, saltó al camino rebasando el bajo muro de la finca cerrada a él para que nadie tuviese la tentación de meterse en ella y robar el grano a los campesinos sin poner de manifiesto su delictiva intención, y dándose un aire de chulo de pueblo, con el sombrero de paja ladeado, la camisa de estopa agujereada como un cedazo y los zuecos de madera de arce embarrados y quemados en la punta, tal vez por acercarse demasiado a una hoguera o por dormir demasiado cerca del fuego, se acercó a la montura de la chica contorneándose como para bailar una giga rústica, asió de la brida a su macho que se quejó gruñendo, y muy veloz, antes de darle tiempo a pensarlo, le estampó un beso en la boca y le pasó la mano por el pelo, haciendo un gesto obsceno más escandaloso que efectivo con el bajo vientre, indicando a los demás lo que quería hacer con ella. La chica gritó, el macho se encabritó, la madre avisó al padre, y este descendió de su mula con un palo retorcido de fresno semejante a una clava salomónica, golpeó el suelo, maldijo y amenazó a todo el mundo, sin saber muy bien lo que había pasado. El mozo se quedó en el sitio riendo como un estúpido, con el labio levantado hasta las encías mientras frotaba los pantalones con las palmas de las manos. El hombre chillaba:

- ¿Quién quiere camorra, diablo, quién quiere que le caliente las costillas, eh? ¿Algún hijo de perra quiere que le parta el espinazo, eh?
- ¡Oye, viejo, mira para adelante, piojoso! ¡Mira para adelante, topo, anticristo, que estoy delante de tus narices!- le gritó el mozo que había besado a la chica.

Los mozos rieron desde lejos, insultaron al hombre indefenso, y el atrevido incluso se aventuró a coger una piedra y tirársela. La mujer armó un jaleo desde su mula, voceando y pidiendo socorro, avisando de que estaban matando a su marido. Algunos campesinos y pastores, oyéndola gritar, llegaron corriendo, armados de garrotes, y con perros ladrando detrás. Los mozos, viendo el resultado de su broma, volvieron a la faena fingiendo que nada habían hecho, y el atrevido se ocultó tras una pila de heno. Pero antes de que llegasen los pastores sucedió el fatal incidente. La chica tardó en olvidarlo toda su vida. Su padre, invidente y un poco sordo a causa de una calentura sufrida hacía bastantes años, creyó que los agresores estaban maltratando a su familia, y la insuficiencia de sus sentidos agudizó su instinto de supervivencia. Antes de que se pudiese saber cómo había ocurrido, había un hombre muerto en el camino. El bastón nudoso del ciego lo había golpeado en la frente provocándole una hemorragia letal, y la sangre que bañaba el suelo tardó unos segundos en coagularse, los segundos que tardaron los pastores y campesinos en llegar. Detrás de la pila de heno, el mozo que había provocado la reyerta temblaba de pies a cabeza, y un sudor frío, el primer síntoma de la culpa, le bañaba la cara y le hacía mover inconscientemente la mandíbula, como si los dientes le castañetearan. Los campesinos y pastores llenaron aquel silencio de preguntas, pronto muchos de los que trabajaban en el campo se concentraron al borde

del camino – excepto algunos que se limitaron a levantar la cabeza y a escupir por todo diálogo- y sus voces se enredaron en un laberinto de hipótesis que no aclaraban en absoluto lo ocurrido. La mujer del homicida declaró que su marido se llamaba Clemente, apodado el Ciego, vecino de Montepulciano, en el territorio de Siena; que ella se llamaba Micaela y su hija Cecilia, y que el niño al que amantaba, y que entonces se había puesto a llorar, no estaba bautizado todavía. Explicó las razones por las que su marido había cometido el crimen, acompañando de gestos y sollozos sus razones, consultando de vez en cuando el testimonio de su hija – la víctima de las agresiones e injurias de los mozos- y jurando por el cielo que su marido se había visto obligado a hacer aquello en defensa propia y en la de su familia. Pero los mozos ofrecieron otra versión, incluido el provocador que se había escondido detrás de la pila de heno: para ellos, el Ciego se había precipitado sobre la víctima del crimen en un arrebato de ira, y a pesar de las súplicas de ella, la había golpeado hasta matarla, por el odio que tenía contra su linaje. La mujer del ciego se deshizo en juramentos y en declaraciones en nombre del cielo y de todos sus santos, asegurando que no habían acontecido así los hechos, pero los campesinos, sin más pruebas que sus pareceres, por afinidad con ellos mismos tomaron partido por la versión de los mozos.

- Este es un hombre de mala vida- decían los inductores por boca de uno de ellos, el de más edad- No hay más que ver el aspecto que tiene y a qué se dedica. Es un buhonero del diablo, que va a Florencia a vender artículos de brujería. Y si no les parece así, miren entonces lo que lleva en la carreta.

Aunque no hacía al caso, los pastores y campesinos, por curiosidad y sin otro pretexto que el de querer enterarse de los asuntos ajenos, destaparon la manta de lana raída, mojada por la lluvia y el rocío y tan sucia que no se adivinaba el bordado que tenía, y descubrieron unos fardos envueltos en piel de cabra sin curtir, con pelo y todo, que contenían los unos hierbas aromáticas como ruda y salvia – algunas de las cuales despedían un olor nauseabundo-, los otros figurillas de palo, azabache y hueso con forma de santos y partes del cuerpo destinadas a conjurar enfermedades y maleficios, y por último mercancías fungibles y de escaso valor como cera de cirio, manteca de cerdo y de vaca, lentejas y alubias, salvados, un poco de trigo y de centeno, unas vasijas con miel de años atrás, y ropa de vestir de mala calidad. No había nada de especial en la mercancía, solo la señal de la pobreza y la humilde condición de los viajeros, y esta señal inocente generó un sentimiento de antipatía entre los circunstantes hacia el responsable del crimen y hacia su familia.

- Es un vendedor ambulante, un judío- seguían diciendo los mozos- No tiene dónde caer muerto. Viene a nuestras tierras y mata a nuestros hombres, y nosotros no podemos defendernos siquiera. Deberían arder hogueras para esta gente.

La mujer del ciego homicida seguía gritando, pero nadie la escuchaba ya. Todos se habían vuelto al ciego y, asiéndolo por la ropa contra su voluntad, gritaron:

- ¡Florentinos, al Consejo de la Bailía con él!

Dejaron sus mercancías en poder de unos representantes de los campesinos y pastores, y el resto, entre grita, algazara y sugestiones de todo tipo, escoltaron a la familia hasta la aldea más cercana. Al ciego lo llevaron casi a rastras, asiéndolo por ambos brazos según la costumbre, a las dos mujeres les permitieron cabalgar en sus monturas. Durante todo el trayecto se escucharon los trenos y las imprecaciones de la mujer del ciego,

acompañando con lágrimas sus plañidos trágicos. En el centro de la aldea amurallada, junto a la iglesia parroquial en torno a cuyo eje se disponían radialmente las calles y las bajas edificaciones de los artesanos y de los campesinos más prósperos, se elevaba un edificio de piedra gris con un bajorrelieve en la fachada que representaba una tosca alegoría de la justicia: una mujer con los ojos vendados sosteniendo una balanza. Mientras en la ciudad de Florencia administraba justicia el gonfaloniero en nombre de la Signoría, en las parroquias más pobladas lo hacía un consejo de vecinos legos que dictaban sentencias según los usos locales, llamado a veces bailía por asimilación con esta institución republicana común en las ciudades italianas, gobernadas de manera independiente por sus habitantes, al contrario de lo que ocurría en el resto de las naciones europeas durante la época del feudalismo señorial, cuyo privilegio de orden militar otorgaba a los nobles la propiedad de las tierras y la servidumbre de los hombres que las trabajaban. Pronto los vecinos vieron al extranjero invidente allí sentado en el banquillo de los acusados por sospecha de homicidio, y el pueblo se agolpó en la puerta del edificio para presenciar la condena de aquel hombre, cuyas culpas trataban de adivinar los espectadores en su rostro de supuesto criminal, preguntándose unos y otros cuál sería la solución de la Justicia, la diosa de procedencia celeste a la que encargaban la compleja resolución del conflicto de intereses. Como todos deseaban su condena – la culpa evidente de un semejante era el modo más fácil de alejar de la memoria las culpas y los males propios- el tribunal se sentiría sugestionado por la opinión general y juzgaría conforme a ella, porque el juicio del hombre va ligado a la opinión, y las leyes no son otra cosa que opiniones mayoritarias. En efecto, los elegidos por sorteo entre los vecinos ricos celebraron la audiencia, hicieron preguntas e interpelaciones, ataron los cabos de la resolución minuciosamente, controlando con atención los turnos y los tiempos, guardaron solemne silencio, hicieron mentalmente sus cálculos de interés para sacar partido de la situación sin vulnerar el necesario protocolo que posibilitaba el negocio, formularon derechos y garantías y precedentes y principios generales, y para concluir urdieron la trama de la representación razonando de esta manera en su fuero interno, tras el telón del fuero aparente: “ Este pobre diablo tiene una hija hermosa, y está cogido por un delito mayor. Lo meteremos en la cárcel unos días y trataremos de gozar de la hija con la promesa de su liberación. Es una familia de analfabetos, sin más oficio que el de recorrer los pueblos de la zona para vender sus baratijas, y no sabrán apelar ni recurrir a los tribunales de los magistrados. La ley no es para ellos. No se les puede quitar dinero ni bienes raíces, pero la inocencia de su condición, la carencia de propiedades y la falta de letras y de conocimiento del mundo serán nuestra baza para quitarles lo poco que tienen. La gente indefensa carece de propiedades, y las propiedades son la garantía de los derechos. Entonces, están en nuestras manos y la tierra no les pertenece”. Dictaron sentencia por la que condenaban al acusado a pagar una multa de ciento diez florines por los motivos irreparables del homicidio y cargándole además los daños y perjuicios en el patrimonio de su familia, cuyos miembros – un enjambre de más de quince hermanos y un padre todavía joven que esperaban una oportunidad así para incrementar su hacienda- vocearon durante la audiencia de tal manera que apenas permitieron hablar al juez. No quisieron quedarse sin su beneficio tampoco el sacerdote párroco ni los acólitos, que pidieron un porcentaje de la condena para ellos, excusándose con los diezmos y primicias con los que se mantenía el clero local. Nunca hubo un entierro tan celebrado en la región, de manera que los hermanos del difunto, durante el responso, mantuvieron una actitud despreocupada, e incluso se atrevieron a hacer chistes acerca de lo ocurrido.

El ciego, al no poder pagar la deuda, fue encarcelado, y las dos mujeres se vieron obligadas a trabajar para amortizar el pago de la libertad del hombre que las protegía. Así se resolvió el conflicto, sacrificando a una víctima en nombre del pueblo, vendiendo su libertad para mantener el privilegio de la costumbre, elevada a ley e incluso divinizada como verdad y recto juicio.

Pero el ciego, en la oscuridad de su celda, abandonado por todos, se acordó de rezar a Dios, al Dios de sus padres, a aquel que había creado al hombre a su imagen, otorgándole el don de la fe, que es la libertad, abierta a todo sentido. Buscó dentro de él la verdad enterrada y la puso a la vista, resucitando el recuerdo del bien, pidió perdón por sus faltas y clamó: "¡Ayúdame, Señor del Bien y de la Verdad! En mi corazón tengo escrita tu ley, y el disfraz de la mentira no puede ocultarla. No defraudes mi esperanza, tú sabes lo que ha ocurrido, tú sabes cómo reparar el daño. Libera a mi familia de este yugo injusto, de esta muerte, y condúcela a la vida de tu amor, del sentido de tu nombre". Pasó aquella noche muy intranquilo, acostado sobre un catre que apenas sostenía unas tablas rotas clavadas las unas a las otras por un carpintero descuidado, y tapado con una manta con tantos remiendos y agujeros que no se reconocía el color original de la tela. A la mañana siguiente hizo sus necesidades en un orinal de barro, se lavó las manos y el cuerpo en una palangana de agua helada que en invierno le hubiese ocasionado una pulmonía, y pensando en lo que estarían sufriendo su mujer y su hija, no se atrevió a desayunar el pan duro de cebada que le habían servido, colocándoselo en el suelo encima de un plato de arcilla tosca como si se tratase de un perro. Cuando sintió llegar a una sombra vestida de negro y tuvo tiempo de imaginar a una tonsurada cabeza iluminada por el sol tan esplendoroso de las diez, creyó que sería el cura que vendría a confesarlo antes de su última hora, y se puso a rezar en voz alta y de rodillas, muy asustado, mientras las lágrimas le bañaban la cara. De pronto sintió que abrían la celda –las bisagras sin engrasar chirriaron- y antes de escuchar la voz del guardia que lo custodiaba, unas manos calientes asieron las suyas.

- Perdón, perdón por mis pecados, perdón en nombre de Dios. Mi familia...- la frase se le cortó porque experimentó una tranquilidad extraordinaria cuando aquellas manos desconocidas tocaron sus dedos ásperos, con las articulaciones dilatadas y la piel callosa como una pezuña de buey.
- Estás perdonado. Dios te perdona- dijo la voz con suavidad aterciopelada, salida del interior de alguien que estaba seguro de lo que decía, y que obraba con la eficacia del agua que apaga el fuego- ¿Cómo no iba a perdonarte si te ama y está dentro de ti, y es tu alma su verdad? ¿Qué te ha ocurrido, buen hombre, por qué estás aquí?
- Ah señor abad- se turbó el encarcelado- Me han condenado porque he matado a un hombre en el camino. Mi hija... Ah, le juro que fue en defensa propia, señor abad. Yo no sabía...
- Shh- le aconsejó silencio la sombra que hablaba- Te creo antes de que me digas nada. Sé que no puedes mentir.
- Señor abad, yo soy un comerciante, un hombre sencillo- se explicó el hombre- Estoy ciego desde los doce años. Pero en nombre de la Virgen que yo...
- No necesitas hablar- prosiguió diciendo la sombra- Conozco tu voz. Es la voz de un hombre bueno. La escuché antes de conocerte, y he venido aquí a sacarte de la cárcel. También he sido comerciante, y sigo siéndolo.

El ciego retrocedió unos pasos.

- ¿Pero vuestra gracia no es...?
- Mi nombre es Alejo Falconeri, y soy florentino, hijo de comerciantes y comerciante también por vocación. Compro almas en pecado y las vendo al cielo por el doble de lo que valían. Negocio con vidas al borde de la muerte y les otorgo fianza para la vida eterna, siendo mi alma la propia avalista. Todo esto lo hago por el lucro de amar con una intensidad que incremente la riqueza infinita del amor con el que Dios nos amó a nosotros.
- Pero, señor, en nombre de Cristo me han condenado... – objetó el ciego, incrédulo ante la posibilidad de ser inocente.
- Cristo está en tus ojos, en tu boca, en tus oídos, en tu corazón. Cristo no puede separarse de ti, porque su sangre corre por tus venas, y tu naturaleza es la suya: el hombre – declaró la sombra- Cristo no puede condenarse a sí mismo.

El ciego no supo qué decir, su mente se relajó y una alegría desconocida le devolvió la fuerza y la fe en su voluntad. Notando que el visitante no acababa de concluir su locutorio con el preso, el guardia anunció que se había terminado el tiempo de la visita. Pero el recién llegado repuso:

- Voy a llevarme a este hombre fuera de aquí.

El guardia pensó por un momento que el visitante no estaba en su sano juicio, y ordenó al pregonero avisar a los miembros del consejo. Llegó un representante. El mismo que había promulgado oralmente la sentencia acompañado de dos testigos, y los tres aseguraron que el preso estaba condenado a pagar ciento diez florines por homicidio, y que hasta que no pagase toda la deuda no sería puesto en libertad, y que había más de treinta testigos cualificados que probaban la sentencia. Se imaginaron que con este cómputo el fraile – porque era un fraile quien había ido a visitar al encarcelado- se daría por enterado de la cuestión y no querría meterse en problemas con la justicia para salvarle el pellejo a un miserable sin interés alguno para nadie, pero los acontecimientos sucedieron de otra manera completamente distinta. El fraile metió la mano bajo los hábitos y sacó una bolsa de piel, la vació en una mesa delante de los miembros del Consejo de la Bailía y un tapete de monedas de oro acuñadas con la flor de lis se extendió, relumbrando como pedazos de luz incandescente, ante la vista de los asombrados testigos. Se diría que aquellas monedas se habían acuñado expresamente para la ocasión, y que el oro había estado aguardando en las profundidades de la tierra, incubado en la sombra nocturna y húmeda de los secretos, con el fin de posibilitar aquella deslumbrante aparición.

- Cuenten ese dinero- declaró el fraile- Si no hay suficiente con esa cantidad, se buscará lo que falta hasta reunir lo necesario.

Los testigos contaron el dinero y resultó que había cincuenta florines más de los precisos para liquidar la deuda. En ese momento se oyó una voz que venía del fondo de la cárcel, una voz atormentada procedente de una celda a la que apenas llegaba la luz por una claraboya abocinada sin cristales y con barrotes gruesos como vigas, una voz que se parecía a un gemido, una voz de animal y no de ser humano, pero en la que se distinguían, cual perlas arrojadas a un muladar, algunas desesperadas palabras:

- ¡Señor fraile, sáqueme de aquí a mí también, por Dios se lo pido!

En la celda del fondo, el fraile vio a un anciano – no era exactamente un anciano, su edad podría oscilar entre los cuarenta y los cincuenta años, aunque se deducía que la

vida en la cárcel lo había envejecido con a una velocidad incrementada al triple de lo normal- de ojos enrojecidos, enjuto y con las mejillas tragadas por los maxilares, y el cabello y la barba largos y sucios, del color de la plata herrumbrosa, y los dientes negros a punto de salirle de las encías. Vestía un *lucco* hecho de saco, pegado al cuerpo escuálido por la humedad de la celda donde los hongos verdosos y telúricos tapizaban las paredes, estigmas vegetales de un oscuro mundo, buscando corromper las prisiones de los hombres.

- Liberen también a ese condenado- repuso el fraile con timbre resuelto- ¿Cuánto piden por su libertad? Puedo pagarla.

Los testigos dudaron. Antes de que el presidente del consejo dijera el precio – el precio de un ladrón de comida, unos veinticinco florines- ya el fraile había extraído de otra alforja cuidadosamente atada con un cedazo treinta florines, y los estaba contando sobre la mesa, con la agilidad de un cambista. Pidió visitar todas las celdas de la cárcel, un rectángulo de doscientos metros cuadrados habilitado con dos plantas – la superior mostraba las tablas del piso a punto de pudrirse- y encontró a otros seis condenados: una mujer acusada de brujería, tres judíos prestamistas, un marroquí musulmán procedente de Luceria y un ladrón de ganado que resultó ser un deficiente mental que no podía pronunciar las sílabas necesarias para formar una palabra. Por todos ellos pagó la libertad, y en total la suma depositada ascendió a doscientos sesenta florines, una cantidad de la que no acostumbraban a disponer en metálico ni los más acaudalados banqueros de Florencia. No hubiesen quedado más asombrados los miembros del consejo si un campesino echase de repente a volar. Pero como no eran hombres de letras, consideraron que el fraile sería algún graduado por Bolonia, un jurista o un descendiente del patriciado de la ciudad, un rico caprichoso que tal vez hubiese recibido órdenes del podestá o incluso del Papa o del Emperador para realizar tal acto de liberalidad, un prebendado, un senador que quería aquellas almas aparentemente inútiles para algo, tal vez para la guerra contra otras repúblicas. El fraile empezó a ser temido, pues se sospechaba que su conducta imprevisible contra los planes de la mayoría arrastraría consigo alguna fatal consecuencia. El presidente del consejo, impotente ante el poder de lo que la asamblea de la comunidad codiciaba, comprobó cómo sus planes habían resultado fallidos, y una réplica, envuelta en salmuera de ironía, salió de su boca rauda, imitando a la abubilla cuando sale de su nido:

- Nos ha dejado la cárcel vacía, fray Alejo.
- Pueden llenarla otra vez si les place, ustedes mismos que tanto empeño han puesto en construirla- respondió el fraile con una sonrisa no menos irónica.

"El fraile parece poderoso. ¡Cuidado!" pensaron los miembros del consejo en cuanto los familiares de los recién liberados presos se arrodillaban ante él para besarle las manos, no sabiendo cómo expresar su agradecimiento por la ayuda recibida. "Querrá quedarse con la hija del ciego. Estos frailes son parientes del demonio" se dijo para sí el sacerdote de la aldea, acariciándose el abultado vientre bajo la sotana impecable, e imaginando la argucia con satisfacción. Quiso el azar nunca esperado que en la aldea estuviese residiendo un juez de la marca de Pisa, ciudad que por reivindicaciones históricas actuales en la época en que se desarrolla el relato, no estaba a bien con el gobierno de Florencia. Enterado del asunto de la liberación de los presos, buscó convencerse en persona de lo sucedido, se armó de sus baldos y de sus digestos tan glosados que se contradecían con el tenor de la norma originaria, y fue a buscar

pendencia a la plaza, difundiendo entre quienes encontraba – gentes de oficios artesanales, en su mayoría, quienes solo veían a un individuo de una clase superior que estaba furioso y era digno de temor- que se mostraba interesadísimo en conocer al desequilibrado florentino que había sido capaz de realizar semejante disparate en contra de las costumbres y los principios generales del Derecho. Cuando vio que se trataba de un fraile, se regocijó aún más su bilis, y se encaró con él preguntándole con qué autoridad liberaba a los presos de la república. Él respondió sin mirarlo: "Los he comprado". "¿Comprado?", murmuró el otro, "¿Y qué piensa hacer con ellos, hermano?" apostilló poniéndolo en evidencia delante del pueblo, para quedar por encima de él. "Voy a revenderlos a la justicia para hacer un buen negocio", contestó el fraile. "Su actitud debiera ser penada, porque se opone al sentido recto de la justicia y de la equidad, que da a cada cual lo que le corresponde", prosiguió el jurista, acalorándose y temiendo perder la razón del debate, considerando que se encontraba interpretando en un pleito extrajudicial. "La justicia de los hombres se fundamenta en apariencias que son a menudo simuladas por quienes disfrutan de un privilegio social, por quienes pueden leerlas y comprenderlas, pero la justicia de Dios, que es la verdad, se abre paso entre esos renglones torcidos y los endereza conforme a su amor que se da por igual a todos los hombres, sin distinción de clases ni de nacimientos, y lo hace por medio de la misericordia, capaz de comprar los pecados universales y convertirlos en virtudes para la unión con Él, para la alegría, la paz y la comunión entre sus hijos, los verdaderamente felices". El jurista no supo objetar nada, pero murmuró: "Bah, teologías vanas. Cualquiera lo pensaría". Y se fue maldiciendo, digiriendo su atormentado orgullo.

El pueblo se dividió en dos bandos: los liberados y los pobres se pusieron de parte del fraile libertador; los hacendados en su mayoría, por el contrario, le desearon la ruina al fraile. "Viene a interponerse a nuestro poder civil" se dijo el presidente del consejo de campesinos, "si no fuera porque es rico este maldito florentino, haría lo que estuviese en mis manos para perjudicarlo. Sabe perfectamente que nos ha arruinado nuestro negocio. ¿Qué interés puede tener en lo que no le incumbe? ¿Qué ganancia se lleva? ¿Y de dónde diablos ha sacado ese dinero? Aquí hay gato encerrado. Podemos empezar a desconfiar. Tiene que ser un gentilhombre o un noble, o las dos cosas, o yo no soy quien soy. Vamos a sondearlo a ver qué da de sí".

- Hermano – lo interpeló el presidente de la bailía, un campesino dueño de la práctica totalidad de las tierras que cultivaban en arriendo los campesinos de la aldea, en su juventud salteador de caminos y cuatrero, nunca encarcelado merced a la puntualidad de sus sobornos- Me complacería infinitamente invitarlo a comer a mi casa. Lo que acaba de hacer en esta aldea no tiene parangón respecto a lo que se lleva haciendo desde hace muchos años. Se ha comportado como un auténtico santo, atendiendo a los necesitados cristianamente, ejerciendo con esplendor la virtud de la caridad. No sé si sería conveniente que me arrodillase ante vuestra merced para que me impusiese las manos y me librase de mis pecados. Si tuviese el honor de que mi casa y mi familia fuesen bendecidas por esas gloriosas manos ungidas por el Espíritu Santo, me consideraría el hombre más feliz de la tierra. Yo no he estudiado ni una coma de teología, pero distingo a un hombre bueno entre muchos. En mi casa, unos comediantes invitados representarán para nosotros una obra de teatro un tanto picante, aunque vuestra merced tiene poco que temer de la liviandad de los diálogos, porque su fe y su rigor poseen la integridad de la roca, del diamante diría

yo, y aunque soy campesino e ignorante, me siento capaz de comparar este banquete con el que Leví ofreció en su casa para Nuestro Salvador, que si bien fue frívolo y criticado por la torpeza de los fariseos de Judá, sirvió para que un alma descarriada lograse su conversión. ¿Podría hacerse ahora otro tanto conmigo?

- No tengo ningún inconveniente en comer a su mesa, y agradezco la invitación- respondió el fraile, con tranquilidad.

"Que me ahorquen si no lo he cogido en la trampa" se felicitó en secreto el mal anfitrión. "Lo voy a poner en evidencia delante de todos. Primero trataré de embriagarlo. No hay abad, fraile ni monja que le haga ascos al vino. Después mandaré llamar a unas mujeres pagadas de buen ver y las haré cantar, tocar y bailar en sus narices, y se verá lo que tiene entre las piernas. A base de adularlo lo iré engañando, y luego avisaré al obispo metropolitano declarando con testigos delante, que un digno pastor de su iglesia está refocilándose con unas putas. Comprobaremos si después, ante el obispo, le sirven de algo sus misericordias". En el comedor de su casa, el campesino rico y doloso, terrateniente de la aldea, alcalde y juez a un tiempo, le presentó al fraile a su mujer y a sus dos hijas, y también a su padre de setenta años, que aún vivía y se conservaba magníficamente para su edad, en comparación con los de su generación en el resto del pueblo. Puso por las nubes la generosidad de su invitado, y guardó devoto continente cuando bendijo la casa y rezó el rosario en compañía de su familia. No obstante, la vejez no puede ocultar las vivencias de la juventud, y más si pertenecen a toda una vida, y el padre del terrateniente mostraba escasa devoción y sí abundante intención de maledicencia, y la sola vista del fraile lo hacía escupir, toser y estornudar. Hubiera querido verlo trinchado como una morcilla al fuego, y murmuraba tanto para sus adentros que se le oía blasfemar en voz alta.

- Papá – le habló su hijo para evitar que el viejo continuase blasfemando- Este hombre de Dios es capaz de obrar milagros. Yo mismo he visto cómo sacaba de su bolsa casi trescientos florines de oro y los ponía a nuestra vista.
- ¡Milagros!- murmuró el viejo cabeceando- Cualquiera podría obrar milagros con trescientos florines.

Se sirvió la comida entre cánticos del Salmista, pues el terrateniente había convenido con su mujer y sus hijas en aquel ritual para tender una trampa al fraile. Después, mientras comían un guisado de ave, el campesino hizo muchas preguntas a su invitado acerca de cuestiones políticas, sobre del Emperador, con cuyos partidarios simpatizaba, y después sobre las guerras entre la Liga Toscana y los conflictos entre güelfos y gibelinos, los primeros así llamados en homenaje a los Welfen de Baviera, partidarios del Papa, y los segundos conocidos por el castillo de Waiblingen propiedad de los Hohenzollern, el linaje de los emperadores del Sacro Imperio Germánico. Se extendió más tarde a las cruzadas para reconquistar Tierra Santa, en las que estaban implicados todos los reinos europeos por motivación del Papa contra la expansión del islam, tarea en la que todos los buenos cristianos debieran participar de uno o de otro modo, en su opinión.

- Puesto que vuestra merced es un hombre que yo me atrevería, si no fuera impiedad, a canonizar de inmediato- declaró el terrateniente en presencia de su familia, que lo escuchaba sin hablar- supongo que disfrutará abundantemente del don de la profecía, don que el Espíritu otorga a los limpios de corazón, y no sabrá negarme la

conclusión de estas guerras, para que mi familia y yo y esta pequeña aldea de hombres trabajadores sepamos a qué atenernos.

- El don de la profecía no es exclusivo de los pastores de la iglesia – explicó el fraile, limpiándose los labios con una servilleta- Todos los que creen en la verdad disfrutan de ese don, porque la verdad alumbra los caminos y descubre los misterios ocultos. Todas las guerras concluyen de la misma manera que como empiezan.
- Oh, hermano, ¿eso quiere decir que vendrá el fin del mundo tan pronto?- objetó irónico el terrateniente- ¿Y qué será del fruto de nuestros esfuerzos? Todavía no está el fruto en sazón para ser recogido. Entonces todos pereceremos, irremediablemente. Vendrá el día de la ira y nos encontrará sin nada que ofrecerle. ¿Pero Dios podrá castigarnos por lo que no hemos tenido tiempo de hacer? Acláreme estas dudas, misionero fiel, porque nosotros no alcanzamos a esclarecerlas.
- Cada cual tiene a Dios en su alma, y sabe lo que debe hacer- contestó el interrogado- Yo estoy en idéntica situación a ustedes, soy un hombre naturalmente pecador que espero redimirme. Los conflictos entre los hombres se promueven por falta de fe cuyo efecto necesario es la ausencia de caridad y la intolerancia por los defectos ajenos y propios. Los conflictos nunca resuelven nada, solo sirven para dilatar un error o pecado común.
- Entonces, padre, ¿por qué Dios consiente que existan?- intervino la mujer del terrateniente, que de pronto se sintió interesadísima por el giro que estaba dando el debate.
- Porque son imprescindibles para la libertad del hombre- aseguró el invitado- Sin la posibilidad del error, el hombre no es libre para tomar la decisión adecuada por sí mismo.
- ¿Y la muerte de tantos inocentes, niños y enfermos que no han tenido ocasión de decidir nada?- quiso saber la mujer, acalorándose- Porque en las guerras mueren sobre todo inocentes sin culpa.
- Es una cuestión espinosa, padre- apostilló el terrateniente, con un rostro de falsa piedad.
- Todos estamos llamados a morir a nuestras culpas para resucitar a nuestras esperanzas- afirmó el fraile, mirando fijamente a la pared, de la que pendía un trofeo de caza y un tapiz de Utrecht con las iniciales del telar de confección- La muerte nos afecta por igual a todos, con una sola diferencia: unos mueren en pecado, y otros pueden redimirse. Los inocentes nunca mueren en pecado, y los que estamos vivos tenemos la posibilidad de redimirnos, y no nos llega la hora hasta que estamos próximos a la conversión, aunque esa hora nadie la conoce, pero nuestro Padre celestial, antes de permitir que el árbol muera, aguarda con paciencia a qué dé frutos. Sin la muerte de los inocentes la culpa propia no permitiría el sufrimiento y la redención consiguiente, pero todos los inocentes son santos, estén o no estén canonizados, y su verdad vive por siempre: para este mundo, como modelo, y para el otro, como gracia del Espíritu.
- Esa respuesta parece digna de aquel dominico al que llaman Doctor Angélico, un filósofo famosísimo y veneradísimo por la Iglesia- comentó con sorna el terrateniente, recordando sus años de catecismo- Oh, disculpe si he hablado en demasía, como corresponde a un hombre de aldea sin estudios, pues bien es cierto

que nunca he ido a la Universidad en toda mi vida. Además, creo que he metido la pata. Tal vez vuestra merced no esté a bien con la orden de los dominicos, que hoy en día es la que goza del favor de los reyes – puntualizó con malicia el propietario- En fin, se dice entre el pueblo, que según San Pablo tiene una cátedra en el cielo, que cada cual se rasca como puede, y nadie como quiere. ¿No es así, hermano?

- Estamos en el mundo para educar a nuestra voluntad conforme a la de Dios- respondió el fraile.
- Y por cierto, ¿a qué orden pertenece vuestra merced?- quiso saber el ladino anfitrión.
- A la de los Servitas o Siervos de María- declaró el fraile.
- ¡Servitas! ¡Es un nombre precioso, aunque no lo había oído en toda mi vida! Lo cierto es que tengo más veneración por los monjes que por los frailes, porque los monjes no piden tanto, ¡ja ja! Pero entre los frailes, cuyas hermandades han incrementado su número y sus adeptos especialmente a partir de la carestía de los últimos años, no conozco más que a los dominicos y a los franciscanos, esos que van vestidos de saco y piden a las puertas de las casas (me refiero a los franciscanos) y que tienen por fundador al hijo de un comerciante de telas sin estudios, al que llaman Francisco de Asís, quien según cuentan, se hizo conocido por besar a un leproso. ¡Pero vuestra merced parece un hombre rico, un patricio de la ciudad! ¿Me equivoco? – el fraile asintió en tanto el terrateniente se explicaba- Entonces tendrá más mérito por haber querido hacerse pobre por vocación. ¡Oh, qué dichoso me ha hecho con su visita! Quisiera honrarle antes de que nos abandonase definitivamente con un concierto de laúd y vihuela que si bien no es música sacra, sí es bienintencionada, y no soportaría que la rechazasen sus santos oídos, e incluso le pediría que bailase si así lo decidiese, pues atestigua la Escritura que el rey David lo hizo una vez ante el Arca de la Alianza.

Dicho esto, el terrateniente mandó a su mujer y a sus hijas que abandonasen la sala, "para que el fraile no se sintiese avergonzado delante de las mujeres", salió afuera y llamó a un grupo de jóvenes hermosas procedentes de un burdel vecino, que habían aprendido a tañer diversos instrumentos de cuerda, que habían cohabitado con nobles y príncipes vestidos de incógnito, y que sabían cómo seducir con el arte a cualquier hombre exigente. Entraron en la sala y comenzaron a interpretar a coro una pastoral, aprovechando los diálogos para danzar primero de modo tenue, y después acentuando los movimientos acompasadas con el ritmo, hasta provocar sucintamente a los espectadores mostrando los tobillos, las piernas hasta las rodillas amparándose en el vuelo de las faldas, fingiendo pudor y tocándose levemente los senos sin dejar de sonreír y de hacer gestos y muecas mirándose las unas a las otras, intentando hacer ver que se estaban haciendo señas para ejecutar la danza correctamente. El terrateniente le ofreció varias veces vino al fraile, pero este lo rechazó siempre, y parecía abstraído, sin contemplar lo que estaba mirando. Para provocar aún más a su invitado, el doloso propietario pidió a una de las bailarinas que le aplicase un masaje en la espalda, y aprovechó para sentarla sobre sus rodillas, y se la ofreció al fraile como paliativo de todos los dolores. Viendo el rumbo que tomaban los acontecimientos, buscando no comprometer a nadie incluido a sí mismo, el fraile se despidió y se levantó para marcharse. El propietario quiso retenerlo, él alegó deberes con la comunidad y se escapó de sus manos sin haber bebido una gota de vino, pero tan alegre que daba la impresión de que viviese en una fiesta perpetua.

El hacendado de la aldea se enteró a la mañana siguiente de que había partido rumbo a Florencia en una mula junto con un criado, quien era en realidad un miembro novicio de su orden, un joven cojo de corta estatura y bizco de un ojo. Se le ocurrió una idea malvada, envidioso de la integridad que había mostrado en su casa el día anterior. Avisó a los salteadores de la zona, quienes estaban compinchados con él y con el Consejo, pagando un tributo de sus botines mal obtenidos a la hacienda pública a cambio de que se les permitiese seguir llevando a cabo sus actividades. Los salteadores sorprendieron al fraile y al neófito a mitad de camino, y convencidos por el testimonio de su instigador de que llevaban dinero en abundancia, amenazaron de muerte a los dos hombres si no les entregaban de voluntad lo que tenían. El fraile se apeó de su mula, y les aseguró que no les entregaría ni una sola moneda. Ellos mostraron las armas y se adelantaron para amedrentarlo con las hojas de sus dagas desenvainadas. Él siguió conservando la calma y dijo:

- Vosotros que os dedicáis a sorprender a los que viajan para arrebatarles sus propiedades, escuchad esto: había en una ocasión dos hermanos que se criaron juntos y que se amaban y se respetaban hasta que uno de ellos empezó a inclinarse al mal persuadido por quienes no le querían y, aprovechándose de la bondad de su hermano se sirvió de él y fue poco a poco arrebatándole la parte de herencia que le correspondía. Pero como era malo, la gastó enseguida y regresó junto a su hermano, que no se defendía de sus añagazas, le rogó que contrajese una deuda en su nombre y, concedido el ruego, al no poder pagarla este vencido el plazo, lo encarceló. Persuadió a sus hijos de que se cobrasen la deuda en sus descendientes, amparados por su versión de los hechos, pero estos solo pretendían liberar a su padre de la cárcel y devolverle lo que era suyo. Ahora bien, los hermanos son los poderosos y los oprimidos de este mundo, los primeros encarcelan a los segundos y les obligan a pagar deudas que no han contraído, amparándose a menudo en leyes que encubren el fraude, y persuaden a sus hijos – a sus socios, entre los que estáis vosotros- a que se cobren el haber malvado en sus descendientes, que son aquellos que luchan por defenderlos. Esos últimos son los verdaderos religiosos, entre los que militamos nosotros. El patrimonio de los pobres, su derecho, es lo que pretendéis arrebatarnos, porque nada de lo que llevamos es nuestro. Ni los ricos pueden alcanzar jamás lo que esperan, que es llenar el saco roto de su codicia, ni los pobres pueden dejar de demandar lo que les corresponde, y sin el equilibrio de la equidad y de la justicia auténtica ni los unos ni los otros pueden convivir en paz, en cierta hermandad y unión social. Si vuestro modo de vida es el robo, que aún siendo pecado en sí mismo puede estar promovido por los garantes de la ley, aprended a distinguir entre quienes tienen propiedades y entre quienes son custodios y defensores de los que nada tienen, y obrad en consecuencia, pues de otro modo, a parte de robaros a vosotros mismos, atraeréis la maldición de los necesitados sobre vosotros, que siempre es escuchada por su Padre del Cielo y satisfecha su querella antes que cualquier otra, pues Dios obra con preferencia por los necesitados.

Los salteadores escucharon la breve prédica sin inquietarse en absoluto. No obstante, al cabo de unos segundos, el jefe de la partida ordenó la retirada.

- ¡Diablos, yo tengo mujer e hijos!- argumentó- No quiero que sufran ningún mal por haber robado a un hombre que tiene trato directo con Dios.

- ¿Qué nos importa a nosotros Dios ni Jesucristo?- repuso otro, envalentonándose para contradecir al jefe.
- Cállate, no es una broma- explicó este- No me importa robar a curas ni a obispos, incluso después de muertos, pero con los hombres de Dios hay que tener cuidado. Yo he visto con mis propios ojos cómo se curaban unos leprosos que habían tocado el féretro del santo de Asís, y he visto también a un soldado que blasfemaba, al que le creció la lengua desde entonces y no pudo cerrar la boca y murió ahogado. Las maldiciones de un hombre de Dios son cosa de temer. Vámonos. Hoy no hemos tenido suerte.

A pesar de las réplicas de los demás, tomaron de nuevo sus monturas y se marcharon por el camino por el que habían venido. El fraile y su acompañante retomaron la ruta y, cuando ya estaba anocheciendo, llegaron a Florencia. La ciudad estaba engalanada con luces por la feria de San Juan, que se prolongaba durante una semana para satisfacer las necesidades de los comerciantes que habían venido de lejos a ella. En las murallas, como era costumbre, estaban algunos soldados pagados por la Señoría con el fin de vigilar, defender la zona y repeler las abundantes incursiones y saqueos de los condottieros. Aquel día de fiesta se encontraban algo bebidos, y cuando vieron llegar al fraile y al neófito por la puerta del Sur, los saludaron tratándolos de "nobles magistrados". La mayor parte de Florencia se encontraba en construcción. El Arno discurría con escaso caudal, copiando las ruinas de los edificios y desvaneciendo la ilusión de los cimientos de piedra. Las edificaciones se apiñaban alrededor de la Plaza de la Señoría, desde la cual podía verse en perspectiva huidiza la nave inacabada del Duomo o la Catedral, mejorada y reconstruida para albergar a la masa creciente de ciudadanos que reclamaban mansiones a la medida de sus ideales. Pacientes hormigas de las calles, los artesanos agrupados en gremios avivaban el fuego cívico con sus talleres abiertos donde daban forma al alma del pueblo e integraban la delicada hermandad profesional que componía el Medievo, la Adolescencia del Mundo, en la que rematado el esclavismo de la Antigüedad, los hombres se buscaban, se agrupaban, definían naciones, intentaban entenderse, aunque el feudalismo fuese la primera fase de acercamiento entre los habitantes de los reinos e imperios constituidos y los bárbaros de las fronteras. El hermano Alejo recomendó al neófito, Bruno, encender un tizón para alumbrar el camino, y juntos recorrieron la calle en dirección este rumbo a la Abadía, y antes de llegar al gran edificio de piedra toscana en cuyo interior vivían aislados los monjes siguiendo la regla de San Benito- resumida en el adagio *ora et labora,* tergiversado por la división del trabajo propagada por los monjes de Cluny en Francia para excusar la vida muelle del monacato- se encontraron con los soldados que guardaban la ciudad y las caravanas de los comerciantes, y vieron otras hachas encendidas que venían hacia ellos, procedentes de un grupo de mujeres vestidas con hábito y escapulario. El fraile Alejo reconoció a siete hermanas clarisas identificadas por su atuendo austero copiado del franciscano – atuendo diseñado por Santa Clara, hermana de San Francisco-, se detuvo apeándose de su mula mientras su acompañante lo imitaba.

- Ave María Purísima- saludó la primera de las hermanas- ¿Vuestra merced es por ventura el hermano Alejo Falconeri?
- Ese soy- contestó el fraile- ¿Qué se les ofrece?- preguntó con cierta premura, adivinando una desgracia.

- El hijo del podestá Carlos de Anjou se encuentra gravemente enfermo – informó la hermana- Doliente yace en una sala vigilada del Palacio, en compañía de monjes y de doctores, aquejado de temblores y de fiebres. En su compañía se encuentran los miembros fundadores de su orden. Nosotras salimos a vigilar por si lo veíamos aparecer, pues nos comunicaron que se encontraba vuestra merced de viaje y que con la ayuda de Dios estaría a punto de llegar.
- Así es- dijo el hermano Alejo, tomando por la brida su montura- Vamos, Bruno, no perdamos más tiempo.

Acompañados por las hermanas clarisas, ambos hombres partieron hacia el Palacio. Al llegar al pórtico oyeron en la calle sollozos de duelo, pues las doncellas habían salido afuera y propagaban la mala noticia de un casi seguro fallecimiento. El hermano Alejo recordó el pasaje del evangelio en el que Cristo curaba a la hija de un centurión romano cuando todos imaginaban que estaba muerta. Era curioso observar cómo las circunstancias se repiten cuando las conductas no varían, aunque transcurriesen años y siglos, porque el hombre tropieza con la piedra de su voluntad una y otra vez, enemistado consigo, enfrentándose al reflejo de su actitud que lo precede. Las puertas del Palacio estaban abiertas, la gente andaba por los pasillos cuchicheando igual que en los confesionarios, y todas las habitaciones repartidas por un área dispersa y magnífica hacían que su vacío convergiese en una sola en la que yacía un hombre enfermo. En torno al lecho engalanado con un dosel de lana empurpurado por el alumbre –el baldaquino de un altar en el que se ofrecía la víctima de la doliente humanidad- un coro de hombres y de mujeres tapaban una desgracia que les servía de centro, amplificando las sombras que volaban a su alrededor. Ninguno de los miembros de la improvisada curia se dio la vuelta para saludar al fraile y al neófito que llegaban precedidos por las siete clarisas. En medio del tumulto se escuchaban los gritos de un hombre afónico y vigoroso que, arrodillado junto a la cama, juraba que daría todos sus bienes por la recuperación de su hijo. Era el podestá. Una mujer con el cabello blanqueado –su esposa- lavaba con sus lágrimas el rostro del enfermo, juntando su cara con la suya. Cuando el hermano Alejo reconoció las facciones amigas de Monaldi, de Manetti, de Maneto dell' Antella, de Amadio de los Amidei, de Sosteño y de Hugo – junto con él, los fundadores de la Orden de los Servitas-, e identificó sus hábitos negros, que parecían hechos para la ocasión, se alegró sobremanera y no pudo evitar sonreír al instante de saludarlos.

- Has llegado en el momento oportuno, Alejo- le comentó Sosteño, mientras fruncía sus espesas cejas- Los médicos dictaminan que no se recuperará.
- Lleva dos días inconsciente- declaró Amadio acariciándose el mentón un tanto apuntado- Solo se escucha su respiración jadeante.
- No habléis tan alto- aconsejó Maneto- El padre se encuentra peor que el hijo.
- Está enloquecido- aseguró Manetti- Ha hablado varias veces de darse la muerte, y repite en toda ocasión: "Por mi culpa ha sucedido esto".
- Sentirse responsable es el primer paso para el arrepentimiento- consideró Monaldi, con un rostro que transparentaba la paz de su corazón.
- Pero si no es Dios, ningún hombre podrá darle la ayuda que necesita- declaró Hugo, reflexivo.
- Tal vez un hombre con la mediación de Dios –completó Alejo.

- Ningún hombre- intervino entonces un monje que los había oído hablar (los monjes no se llevaban muy bien con los frailes mendicantes, ya que advertían que su reforma les restaba fondos y adeptos, y muchos de ellos, corrompidos por el soborno institucional, habían perdido el sentido de su vocación y solo deseaban a toda costa mantener un privilegio)- será capaz de torcer el destino preparado para otro. El podestá ha abusado de su autoridad hasta tal punto que se ha visto abocado a este castigo. El pueblo de esta República, harto de la arbitrariedad de los nobles, consiguió expulsar a los gibelinos en el año 1250 y los güelfos victoriosos lograron mantenerse en el poder hasta 1260, año de la batalla de Montaperti, saldada con la victoria de los gibelinos y la llegada al poder de este hombre que ahora llora a su hijo muerto, impuesto por el Papa y por los güelfos vencidos, procedente de una familia extranjera que ha logrado arrebatar el trono de Sicilia al príncipe heredero y legítimo. En 1268 este usurpador recibió el título de podestá, hecho que es notorio para todos. Así es la actualidad de la historia, recogida por nuestro analista Dino Compagni en una crónica que, leída por la posteridad, destapará demasiadas intrigas ahora ocultas y hará que más de uno se lleve las manos a la cabeza. Y después de esta guerra civil, interrumpida por las campañas contra Pisa y contra Siena, en lugar de habitar la paz en los corazones de nuestros conciudadanos cuando queda solo un partido en el poder –el que ellos han elegido-, no contentos con una masacre entre hermanos, dividen el partido único de los güelfos en otros dos – el blanco y el negro- y los partidarios del segundo condenan al destierro a quienes simpatizan con el primero. *O tempora, o mores!* ¿Cuánto tardará la República en desgarrarse devorando a sus hijos, como el Saturno de la Antigüedad? Testigo es el señor Cavalcanti, el señor Giotto, y ese poeta que pretende emular a Virgilio y que ha cantado sobre el Más Allá, el señor Dante Alighieri, y que ha colocado en el infierno, en el purgatorio y en el cielo a muchos contemporáneos suyos de acuerdo con el testimonio de su memoria. Por esas y otras razones, este hombre debe purgar su pecado – pues él ha sido el principal instigador de estas disputas armadas- y pagar por lo que se ha hecho durante estos años, ofreciendo la víctima de su propio hijo para la reconciliación entre sus súbditos.

Amadio intervino sin dudarlo:

- Los intereses de los hombres no son los de Dios, ni puede justificarse una enfermedad, y más una vida, con una querella política. Me sorprende vuestra merced con ese catálogo de reproches y de viejas heridas, que han de cicatrizar con el servicio a los demás y el ministerio de la caridad por encima de cualquier interés. ¿No ha recibido Cristo en su propio cuerpo las heridas de nuestros pecados? ¿Y no los ha redimido con su sangre? ¿Y no somos todos pecadores, quién más quién menos, y todos necesitamos de la redención? ¿Por qué entonces señalamos la paja en el ojo ajeno y silenciamos la viga que tenemos atravesada frente a nuestros ojos? Si los demás son hipócritas, nosotros también lo somos al no incluirnos en el mismo grupo. Permítame que le recuerde, hermano, que ese argumento, que vuestra merced ha esgrimido a su favor y que es el acostumbrado en este tipo de conflictos, es la tesis que el sumo sacerdote Caifás defendió ante el pretor Poncio Pilato para condenar a nuestro Salvador.

A sus compañeros les pareció demasiado represiva aquella respuesta de Amadio de Amidei, y quisieron reparar el daño que hubiera podido causar al amor propio del monje,

a su orgullo lastimado, de la misma manera que el cirujano que se dispone a extraer el tejido dañado de un órgano lo hace con sumo cuidado para no perjudicar a la parte sana. A veces el hombre no está dispuesto a escuchar la verdad ni presta oídos a la voz de la Sabiduría que le grita desde su interior más libre, y razona en círculos alrededor de una opinión sin romper su hábito con la decisión que lo libere de dar vueltas con trabajo para mover la noria de su obstinación. El hombre se obsesiona con las ideas, las idolatra y les sacrifica víctimas, olvidando su auténtico significado, canoniza sus defectos y los alimenta como si fueran virtudes, se ensucia con un trato superficial de las situaciones, y cuanto más se encierra en su rencor más se enciende su ira, cuyo fuego abrasivo se propaga con solo abrir la boca. Ya iban a apagar con una palabra amable las brasas avivadas del enfado cuando el podestá, enloquecido por el dolor, asió de las hopalandas a uno de los doctores y le ofreció una donación de cien mil florines si salvaba la vida de su hijo, que amenazaba con salirle por el aliento.

- Ni aunque me prometiese todo el oro del mundo, desde donde sale el sol hasta el ocaso – arguyó el médico- sería capaz de sobrepasar los límites de la ciencia. Habrá que esperar hasta mañana. Si la fiebre sigue aumentando, la infección estará muy avanzada, y no será posible la recuperación. No conozco otra fórmula ni soy mago ni alquimista, y sigo las máximas de los practicantes y físicos que me han precedido.
- Callaos, malditos- dijo el podestá señalando a los médicos- Vuestras palabras me abrasan como el fuego del infierno. ¡No me quitéis la esperanza de recuperar a mi hijo! ¡Mi único hijo! ¡Manfredo, que llevas el nombre del Emperador! ¿Es que estos prestes y doctores no pueden hacer nada por tu vida? Entre todos los poderes de la tierra no serían capaces de evocar tu voz, tus manos, tus ojos, tus pies, tu sonrisa, tu mente, tu pensamiento. ¿Qué es el hombre ante esa fatal miseria a la que llaman Muerte? ¿ Quién podría entenderla ni explicarla? ¿Qué retórica humana de estatuas petrificadas, de mitos, de costumbres, de leyes, de modas, de credos, de teorías, de palabras que encubren la acción que habla por sí misma, qué teatro de máscaras puede decir a un hombre: "levántate y anda"? Si mi dolor tuviese cuerpo, el universo infinito no podría albergarlo, y sin embargo me consumo aquí, sin que nadie pueda ayudarme, en mi inútil autoridad que de nada me sirve para volver a verte y a escucharte. Ante ti arrojo mi disfraz, mi máscara de tragedia, la corona de mi arrogancia, el cetro de mi capricho y de mi odio, las armas de mi temor. Quisiera no haber aprendido a hablar para compartir contigo el silencio. Tú estás en una gloria que yo no merezco, y yo he sido separado de tu alma por mi maldad.

El podestá se echó a llorar arrodillado a los pies del enfermo, y sus gemidos en voz alta ponían pena en cualquiera que los escuchase.

- ¿Creéis que debemos intervenir?- preguntó Sosteño a sus compañeros.
- Si nos sentimos preparados, esta será la ocasión- respondió Alejo.
- ¿Y si fallamos?- no pudo evitar cuestionarse Hugo.
- No podemos fallar si nos mantenemos unidos en la misma fe- aseveró Monaldi.

Esta respuesta los convenció definitivamente. Se pusieron de acuerdo sobre quién actuaría, y decidieron entre todos que lo haría Alejo, con el consentimiento de éste. Los demás rezaron mentalmente para ayudar a su compañero. Alejo pidió permiso al podestá para ensayar un método de curación con su hijo. El podestá se encontraba desesperado, y tenía el manto ensuciado con la sangre que su hijo había vertido por la boca. "¿Qué pretenderá este fraile estúpido?" se preguntaban algunos de los monjes allí presentes,

“Los médicos no han podido hacer nada, y él se atreve a meterse en algo que está por encima de las posibilidades humanas”. Los doctores miraron con mala cara a Alejo, e incluso las hermanas clarisas se sobrecogieron, pero siguieron rezando sus letanías en voz baja. “Señor, asísteme” rogó Alejo, y el sudor bañó su rostro, pues se encontraba de pronto asustado de pensar que si su fe vacilaba, o si no era sincera, tal vez se tratase un error su intervención, y los hombres se volverían contra él. Fijó su mente en el vacío de la entrega, donde su espíritu llameaba solo, alimentado por un aliento desconocido, incapaz de morir, sin temor a ninguna cosa ilusoria que se diluía en el vacío que lo rodeaba, vacío virginal, maternal, absoluto, originario, creativo, cósmico, consciente, sereno. No había ningún discurso, solo la entrega. Entonces sintió que una sombra de luz guiaba sus manos, y que otro lo iba habitando para que colocase sus palmas encima de la cabeza del enfermo, como para bendecirlo en su último sacramento, y una fuerza afloró en sus dedos, una cascada de energía se asomó a sus yemas, y aquel calor entró en el cuerpo del enfermo, calentaba y no quemaba, y expulsaba el ardor de la fiebre abriéndose camino por el cuerpo infectado. Durante la práctica del remedio, Alejo tuvo la memoria suspendida en una imagen que mantenía su concentración: la llama que vio arder Moisés sobre el monte Horeb, la llama que representaba la Palabra de Dios -el Verbo de todas las conjugaciones humanas- prendida en la zarza espinosa sin abrasarla, hablando con su candor anterior al mundo, sobre las espinas del dolor y de la muerte, sencilla quietud de lo verdadero. Una tos interrumpió la práctica. El enfermo comenzó a convulsionarse y un acceso de vómito lo despertó. Después de la reacción emética, recuperó el habla y la conciencia, y los médicos aseguraron tras aplicarle el mercurio que le había bajado la fiebre. A la altura de la cadera del paciente, en una incisión practicada por los doctores siguiendo la ruta vascular, dos enormes sanguijuelas, cebadas con la sangre del enfermo, fueron extraídas con especial cuidado y colocadas en un vaso de cristal. El podestá abrazó a su hijo, y su mujer no pudo contenerse y lo besó en la frente, pero los médicos le aconsejaron que no lo perturbasen porque aún se encontraba muy débil, pero puesto que le había bajado la fiebre, en pocas horas podría ser alimentado con suero, y el alimento fortalecería sus defensas y probablemente comenzase su mejoría.

Amanecía cuando los hermanos servitas abandonaron el Palacio. Se acostaron por la mañana y trataron de recuperar el sueño perdido. Se despertaron antes de mediodía, se reunieron para comer juntos en la casa de Monaldi – cada día de la semana tenían costumbre en comer en la casa de uno de ellos- y aprovecharon la sobremesa para comentar lo que habían hecho durante el día anterior. Ninguno de ellos tenía problemas de dinero, a la mayoría de ellos les vivían sus padres que pertenecían al patriciado y sus heredades alcanzaban para no preocuparse demasiado por el trabajo y por la manutención, pero además de dedicarse al apostolado y de recaudar limosnas y prebendas entre la gente para llevar a cabo su ministerio, los hermanos se dedicaban al comercio, negociaban con sus ingresos invirtiendo en las compañías mercantiles y en los fondos de los entonces crecientes bancos, procurando, como cualquier comerciante e inversor, rentabilizar los beneficios y evitar las pérdidas en lo posible, pero a diferencia de un capitalista que interviniese en el circuito del dinero, ellos no engrosaban las arcas de su codicia abusando de la carencia de recursos de los pobres – en su mayoría artesanos-, al contrario, repartían sus ganancias solidariamente conformándose con poco para ellos y distribuyendo lo restante entre los necesitados de la sociedad en la que

vivían. Así, el espíritu de las primeras comunidades cristianas descritas en el libro de los Hechos de los Apóstoles se mantenía en vigor, y verdaderamente constituían un testimonio de moral y de bien entre sus conciudadanos y vecinos, cumpliéndose aquel testimonio: "lo tenían todo en común". La buena administración había dado sus frutos: en diez años de apostolado activo, la Orden de los Servitas era una de las órdenes con mayores ingresos de Italia, y una de las que más ayudaban a los necesitados.

Aunque hacía tiempo que los fundadores de la Orden se habían separado de la vida secular para servir a su pueblo – "ser es servir", tenían costumbre en afirmar-, sus conciudadanos los consideraban patricios de acuerdo con la clase social a la que habían pertenecido, y los trataban con el título de señoría, pese a las protestas de los hermanos. "Los hombres", confesaba Amadio de Amidei, "se apegan a las apariencias y juzgan conforme a ellas, buscan la libertad y caen en la esclavitud, porque levantan muros entre ellos de vana diferencia derivados de su miedo, y no son capaces de percibir la sencillez de la verdad, que se da por igual a todos, y que es el amor compartido, del que se derivan las virtudes de la convivencia: la tolerancia, el respeto, el servicio, la entrega, la compasión y el perdón". Pero los que estaban comiendo a la misma mesa, los siete amigos confiados a su ministerio, no habían nacido buenos sin más: cada uno de ellos se había visto obligado a renunciar a su pasado, a sus rencores y a sus miserias personales, al destino fácil de los falsos cargos adquiridos por el soborno y la influencia, para encontrarse a sí mismos en los demás y desarrollar su interior de modo auténtico, sin mentiras con las que engañar ni engañarse. El camino se volvía a veces difícil porque la tentación de lo cómodo y rápido, de lo mundano y superficialmente placentero, la facultad de negociar con la ignorancia ajena que trataba de defenderse de lo que podía remediarla, se interponían entre su esfuerzo y sus objetivos, simulando espejismos que parecían acercar lo que estaba lejos, así como alejar lo que estaba cerca. Cuando se equivocaban, retomaban la marcha tras conocer su falta. Esta era la única dificultad de su vida, el único obstáculo y el único esfuerzo: aprender de los errores y proseguir por el camino decidido. "En nuestras vidas", afirmaba Maneto dell'Antella, "el camino de nuestras decisiones es siempre recto, porque si se camina se hace de forma sucesiva y hacia adelante, hacia la luz que llega a nuestros ojos del horizonte, pero nuestras distracciones nos hacen tropezar cuando buscamos el placer de detenernos en las jornadas del descanso e imaginamos otros caminos falsos en la amplitud del deseo que nos rodea para olvidar el verdadero, que es estrecho, recto e inconfundible. Entonces nuestra confianza vacila, tropezamos y el peso del dolor culpable cae sobre nosotros como una pesada cruz que nos ata los brazos y las piernas y nos impide movernos, encorvando nuestras espaldas hacia el suelo, hacia el polvo, hacia la muerte. Todos tenemos una cruz, un dolor y una carga que debemos sobrellevar, no rechazar, porque representa nuestro único mérito y es la medicina que nos cura de nuestras faltas al hacer que las recordemos y las reparemos. La cruz es también nuestra redención, como Jesús, ese símbolo de la humanidad, ese hombre que quiso estar con todos, se redimió desde su cruz, que fue su trono y su gloria. Sentimos en efecto que cuando sabemos esto, el peso de la cruz se aligera y el dolor se desvanece, se agilizan nuestros pasos y la alegría dilata nuestra alma, y nada nos parece difícil porque nuestra fe es firme e inquebrantable, alimentada por el amor a la verdad, lo que llaman Dios los hombres".

Además de estar seguros de lo que hacían, los hermanos servitas apreciaban las pequeñeces de la vida, los juegos, las bromas y el compartir vivencias y experiencias

aparentemente insignificantes, pero que eran más significativas que otras socialmente valoradas, porque reforzaban los vínculos entre las personas, y no separaban ni discriminaban a nadie. A Buonfiglio Monaldi le gustaban los juegos de naipes, era buen cocinero y conocía todas las técnicas de injerto de árboles frutales; Bonayunta Manetti era experto en tiro con arco y había ganado varios certámenes de puntería con arco y ballesta; Maneto dell'Antella sentía predilección por la música, componía partituras para acompañar el canto de los salmos pero no acostumbraba a firmarlas con su nombre, y sus composiciones habían sido incorporadas a los misales y códices de muchas abadías de Italia y Francia; Amadio de Amidei escribía cartas y poemas, glosaba textos litúrgicos y comentaba partes de la Biblia; Sosteño y Hugo eran buenos cantores y expertos en todo tipo de armas blancas – conocían la fecha y el taller de fabricación con solo mirar la hoja de una espada-; y Alejo Falconeri sentía predilección por los negocios, de los que se había separado para servir a los demás, por lo que sus compañeros y amigos lo llamaban jocosamente "el Mateo Servita". La Orden, fundada en Florencia en 1233, había adoptado la regla de San Agustín y el hábito negro, para diferenciarse del pardo y blanco dominico y del gris franciscano, pertenecientes a las dos órdenes mendicantes más extendidas en la Europa de entonces, y que en los siglos venideros llevarían el mensaje de la paz religiosa a las regiones del Nuevo Mundo y a las islas apartadas a las que habrían arribado los navegantes en busca de otras tierras para vivir y comerciar. Acostumbraban a colaborar con los miembros de todas las órdenes –a veces enfrentadas por los intereses cuando sus componentes se distanciaban de la regla de sus fundadores- en el servicio a los demás. Guardaban estrecho vínculo con los camaldulenses de San Romualdo en el ministerio de la predicación y ayuda a los pobres – que siempre existían, ya fuera que llegasen a la pobreza a consecuencia de sus errores o de los ajenos-, porque estos monjes llevaban una vida prácticamente eremítica – independiente, sin sujeción a las reglas de un grupo que conviviese bajo el mismo techo- y gozaban de libertad de acción para realizar sus tareas. Precisamente, un monje camaldulense amigo del grupo, conocido popularmente como El Padre Honorio, había entrado en su casa y estaba hablando con ellos después de comer sobre la necesidad de asistir a los vecinos del Barrio del Carmen, sobre los que se cernía una gran hambruna a causa de las malas cosechas de aquel año y de los impuestos de guerra que tenían que soportar para financiar los últimos enfrentamientos de la Liga contra Pisa y Siena. Sin llamar a la puerta, llegó mientras se encontraban hablando un heraldo del podestá e informó al grupo de que su señor deseaba recompensarles por haberle devuelto la salud a su hijo. Alejo, el de mayor edad, tomando la palabra en nombre de todos le respondió que no deseaban recibir ninguna recompensa, porque solo habían cumplido con su deber. El heraldo insistió mostrándoles una carta de puño y letra del podestá y sellada con su rúbrica donde con prolijas fórmulas del secretario se les concedía un solar para levantar un monasterio al norte de la ciudad. "No aceptamos esa donación", repuso Alejo, "Nuestra tarea no se lleva a cabo entre los muros de un monasterio, sino entre la gente, acercándonos lo más posible a sus corazones y tratando de dar solución a sus problemas. Ya hay suficientes monasterios con los existentes. Cuando San Benito regresó del desierto de la Tebaida, en Egipto, cuando ya llevaba aprendidas las lecciones de austeridad y aislamiento de los intereses del mundo que le enseñaron los ermitaños seguidores de San Antonio Abad, aprovechó el templo pagano de Apolo en Montecassino para inaugurar el primer monasterio de Occidente en el que doce monjes, a semejanza de los doce apóstoles, convivían de acuerdo con los preceptos evangélicos

siguiendo los votos de pobreza, castidad y obediencia para dedicarse al trabajo y a la oración, según la máxima *ora et labora.* El modelo se extendió pronto, pues los monjes contribuían a la mejora de su entorno y a la preservación del patrimonio cultural en la época de las guerras y de las invasiones bárbaras contra un imperio en decadencia que ya no podía mantener sus fronteras. Pero pasados los años, requeridos por las donaciones de la nobleza, los monasterios relajaron su regla, se centraron en la conservación de sus bienes que en lugar de ser posesiones suyas pasaron a ser poseedores de sus dueños, y cuando el duque de Aquitania, en el siglo X, donó el territorio de Cluny, en la Borgoña, a la orden benedictina, esta se convirtió en una institución privilegiada que se aprovechaba del trabajo de los campesinos, comportándose igual que la nobleza seglar, su donante y benefactora. Se hizo necesaria una reforma, y en el siglo XII – el siglo pasado- San Bernardo de Claraval emprendió la tarea de devolver la responsabilidad pastoral a los monasterios, impulsándose en el monasterio del Cister, del cual había llegado a ser prior. La reforma del Cister consiste en algo más que la sustitución del arco de medio punto y de la bóveda de cañón por el arco ojival y la bóveda de crucería en la arquitectura civil: consiste en la apertura de los monasterios a las necesidades de la gente. Los nuevos religiosos que queríamos dar testimonio de Cristo Resucitado –es decir, del Amor Manifiesto innato al hombre, que purifica toda conducta- en nuestra sociedad, preferimos no vincularnos a los monasterios, y con las órdenes mendicantes de los franciscanos y de los dominicos, de los mercedarios redentores de cautivos de guerra y de otras órdenes que sin duda nacerán y se multiplicarán, vivimos de la voluntad de la gente y no queremos vincularnos a bienes raíces. Ve y dale esta respuesta a tu señor: si verdaderamente quiere salvar su alma, si anhela ser un hombre completo con Dios en su interior perfeccionándolo constantemente hasta la vida eterna, entonces que practique la caridad para con los débiles y necesitados, pues Dios no pide sacrificios, sino misericordia, y como miembros de un solo cuerpo, necesitamos los unos de los otros".

El heraldo partió con esta noticia para su mandante. Los siete compañeros dividieron sus caminos para ir cada cual a una parte de la ciudad, dispuesta alrededor del río Arno de manera natural, aunque los banqueros y prestamistas enriquecidos habían cambiado la configuración original de Florencia levantando algunos edificios públicos nuevos de forma que constituyesen el centro de su clientela. Comenzó a llover y un relámpago anunció tormentas. Por las calles pululaban los carreteros, los arrieros, los transportistas de víveres que tapaban con pieles sus mercancías, todos corriendo para evitar ser sorprendidos por los truenos que retumbaban y amenazaban con caer sobre los tejados más altos. Los ladrones aprovechaban estas horas de confusión para sustraer cosas de escaso valor y perderse, con los harapos prácticamente en las manos, por encrucijadas y esquinas que solo ellos frecuentaban.

- No podemos con esto- decían los viandantes sorprendidos- Este año Dios nos castiga incluso en la Feria de San Juan.
- Nos hemos castigado nosotros, poniendo nuestra esperanza en negocios inciertos- comentaba otro.
- ¡ Son los señores , los ricos, los responsables de nuestra miseria!- se quejó una mujer- ¡El Rey de Francia está loco, se ha enfrentado con el Papa y lo único que hace es gastar dinero para guerrear contra Inglaterra! ¡Con razón el Papa lo ha excomulgado!
- Dicen que el Papa es el Diablo- aseguró un jorobado.

- No digas esto- lo aconsejó un supersticioso- ¡Ay, Santa Bárbara, que nos puede caer un rayo encima! Esta semana se nos ha muerto otro niño. ¡Por la cruz de San Antonio, desde que ando en vuestra compañía siempre me suceden desgracias!
- Los ricos tendrían que hacer un granero para nosotros, un granero grande- comentó un lemosín de nariz larga- Este año mucha hambre, mucha hambre.
- Nosotros les hemos dado a los nobles lo que tienen, y podemos quitárselo- confesó otra mujer, enfurecida- ¡Mi abuelo, cuando yo tenía doce años, participó en una revuelta contra los *sifilinos* del Emperador, pero ahora no hay quien les haga frente!
- ¿Y quién les va a hacer frente, mujer? ¿No ves que tienen armas?- la interrumpió su marido.
- ¿Armas? ¿Y vosotros no tenéis armas también? Pero no sois hombres, ahora ya no quedan, ahora ya no hay hombres como antes, ahora no tienen lo que hay que tener, y por eso pasa lo que pasa- se justificó la mujer- Mi padre era un campesino de Montepulciano, que nunca había visto nada en la vida, nada de nada, y se vino para Florencia con dieciséis años para entrar a trabajar de aprendiz en el taller de un alfarero. Con una mano delante y con la otra detrás. Y no había podestá ni señoría, como hoy, ni la mitad de las casas que hay ahora, y él se metió en el motín a llevar la bandera igual que los demás, para luchar por el fuero de sus compañeros. Pero no hay hombres en este tiempo. Los que había se han hecho frailes.
- ¿No te callarás, mujer, no te callarás ni con los truenos?- la corrigió el marido, sin preocuparse de lo que pensaba.
- Pues tú, Eudoxia, bien contenta que estabas cuando fue la fiesta de investidura del podestá Carlos- la amonestó una compañera, que ayudaba a su marido a trasladar sacos de centeno de un carro a otro, para equilibrar el peso de ambos- Sí, que me acuerdo yo, que te pusiste el vestido de tu boda, y lo zurciste en los bajos para que no se notase la tela. Era tafetán de color morado. Y decías: “Dios conserve muchos años a nuestro podestá”. Por estas que lo dijiste.
- A ti no te importa lo que dije ni lo que dejé de decir, ni yo me meto en tu vida ni tú te metas en la mía – se enfrentó la otra a su vecina- No me eches mal de ojo, que te conozco. Andabas muy *sobada* tú antes de casarte. Pero una cosa es lo que sabe el corazón y otra lo que dice la lengua. Yo no sé si no estuviste metida un tiempo a bruja, porque hacías cosas raras con unas hierbas que traías, y decías que te las había dado una mujer de esas que se llaman alcahuetas para la barriga. ¡Hierbas para la barriga! Y te andaba crecida, sí, con eso y con lo demás.
- ¡Callarse, voto a Cristo, que voy a coger un bastón y arrear a derecho! – protestó uno de los hombres- ¡Maldita sea mi estampa! Ahí viene un fraile negro. Es hablar de ellos y ya aparecen. Solo saben pedir y pedir, los hijos de ... Les cuesta poco la sopa. Se la dan de balde. Ganan la vida así. ¡Qué gordo está, el muy zorro! ¡Cómo le luce el pelo! Se disfrazan para pedir y andan entre los pobres para decirles a los ricos que les ayudan. ¡Puajjj!- escupió- Son como las pulgas, engordan con la sangre ajena. Con padrenuestros te vienen a sacar el pellejo. Y luego se lo ponen ellos y dicen que es un hábito. Aprenden a leer y a escribir la historia que hacemos todos los días, la firman y se la dan a lamer a los ricos.

Fray Sosteño se acercó a los ciudadanos y saludó en nombre de Dios.

- No tenemos nada- protestó uno de los hombres que seguían cargando la mercancía- Lo poco que teníamos se lo ganó un franciscano que vino a pedir antes que vuestra merced.

Los presentes celebraron con risas la ocurrencia.

- No he venido a pedir limosna – aclaró Fray Sosteño- He venido a preguntar si necesitaban ayuda.
- ¿Ayuda? ¡Claro que sí!- gritó una de las mujeres- Estamos cargando estos sacos.

Fray Sosteño, sin querer saber nada más, tomó parte en el asunto y ayudó a los mercaderes a cargar sus bultos. Los mercaderes quedaron asombrados de la fuerza física del fraile, quien prácticamente cargó veinte sacos de centeno él solo. Después se limpió el sudor de la frente con el envés de la mano izquierda y preguntó:

- ¿Necesitan algo más?
- ¡Lo ha hecho vuestra merced muy rápido!- preguntó el lemosín- Yo no pensar que vuestra merced ser fraile de verdad.
- Soy fraile, en efecto, pero también he sido cargador, y mercader, y transportista antes de ordenarme- confesó Sosteño- Cuando está a punto de desencadenarse la tormenta, es preciso ser diligente. Les ayudaré a colocar las lonas, y luego les equilibraré el eje de esa rueda, que puede salirse con el peso durante la marcha.

Fray Sosteño se cubrió con su caperuza de la lluvia que caía en forma de granizo y reparó el carro después de extender las lonas sobre la carga. Enganchó la rueda al eje pidiendo la colaboración de los mercaderes y se despidió de ellos cuando se aprestaban a meter los carros en las puertas cocheras y cuando ataban a los caballos en las caballerizas.

- ¿No nos va a rezar una oración, al menos, antes de irse?- le preguntó uno de los mercaderes, incrédulo.
- Ya lo he hecho sin pronunciar palabra, porque la mejor oración es ayudar al prójimo cumpliendo la voluntad de Dios Padre- aseguró Fray Sosteño- La voluntad de Dios es amarnos los unos a los otros como Dios nos ha amado, y colaborar solidariamente en las tareas comunes. Buen viaje, hermanos.

Fray Sosteño se diluyó en el punto de fuga de la calle, hacia el este. La tormenta se había detenido. En la Abadía, junto a la Academia y enfrente de ella, Fray Amadio de Amidei oyó los pasos solemnes de dos magistrados. Alzó la vista y vio a tres jueces de la Señoría, caracterizados con toga cárdena, jubón negro y birrete. Les preguntó a dónde se dirigían.

- El deber nos reclama- respondieron- En la Plaza se va a celebrar la ejecución de diez condenados por delitos de prevaricación, cohecho y malversación de fondos públicos. Además, el Cabildo ha querido echar mano de ellos, porque también sustrajeron fondos de la iglesia y falsificaron documentos oficiales de la Signatura Apostólica durante ocho años. El Santo Oficio absorbió la causa, y el patíbulo que les correspondía ha sido sustituido por una gran pira donde arderán sus cuerpos hasta consumirse, dándoles la bienvenida al infierno que les espera a partir de ahora.

Fray Amadio decidió acompañarles. En la Plaza, escampada la tormenta, se agolpaba el *popolo grosso* en círculos concéntricos alrededor de un recinto vallado custodiado por la guardia y vigilado por los prebostes. El Obispo Metropolitano estaba presente, con mitra, dalmática y báculo, y también los canónigos y arciprestes. En el interior del

recinto se apilaba leña y se alzaba un gran mástil para atar a él los cuerpos de los condenados. Alrededor de la pira se habían dispuesto unas oriflamas rojas con flecos suntuosos y un lema bordado en hilo de oro: *Iudica causam tuam, Domine.* Los condenados vestían albas de lino. Tanto mayor era el tumulto de la concurrencia cuanto mayor era el temor que se asomaba a los rostros lívidos y a las pupilas dilatadas de los condenados.

Se leyó un pregón en latín, con las acusaciones y la pena de los reos. Al pueblo, que no entendía la lengua de la aristocracia, le entusiasmaba aquella ceremonia de pronunciar palabras en otra lengua, para darle a la escena una solemnidad sobrenatural. Después de leer los cargos, el Juez Eclesiástico, en presencia de los Jueces de la Señoría, preguntó si había alguien que quisiera declarar algo en favor de los condenados, siguiendo la tradición canónica derivada del Derecho Romano de presentar los ajusticiados al pueblo para que este diera su veto a favor o en contra en las causas de muerte. Fray Amadio levantó la mano, ascendió entre el tumulto a la hoguera aún no encendida y proclamó:

- No me parece justo que a estos hombres se les de la muerte, y menos aún en nombre de la Iglesia. Si han cometido un delito contra la comunidad, es justo que paguen por él, con una pena que les permita redimirse. ¿Quién puede disponer de la vida humana si no es Dios? ¿Quién tiene el poder de juzgar entre los hombres? Nuestro juicio es la apariencia, y el suyo es la verdad. Nuestras condenas, por tanto, solo debieran extenderse a la apariencia, pero no disponer sobre la vida y la muerte, norma que sigue la ley de la guerra, el *imperium* romano, en el fondo una represión encubierta. Pero si el interés de los príncipes inclina la balanza hacia la injusticia para eliminar a sus enemigos políticos – en verdad proyecciones de ellos mismos, que se comportan como enemigos de sus propias decisiones-, ¿es la Iglesia de Cristo, la Asamblea de los Creyentes que reconcilia a sus miembros, una comunidad que legitima la venganza e incumple los preceptos morales de Jesucristo, los rectos mandamientos que unen a todos en un solo cuerpo y en un solo espíritu, en el Bien, luz de la verdad que da la paz y la alegría al barro humano? Jesús, quien proclamó un evangelio de perdón, ¿ha venido a condenar o a redimir? ¿No somos todos dignos del pecado y de la muerte, y sin embargo Dios nos ha perdonado? ¿Y nosotros, no somos capaces de vivir en el perdón devolviéndolo a los demás para permanecer en él, y no perecer por nuestras culpas? ¿Cómo habéis interpretado las epístolas de San Pablo, disfrazándolas con vuestro interés, y que solo promulgan el mensaje de permanecer en el amor de Cristo? No empleéis el nombre de Dios en vano. Dadle al César lo que es el César, y a Dios lo que es de Dios. No matéis en su nombre, pues él no os mandó matar a nadie. Es vuestra libertad la que se condena. Es el pecado el que habla por vosotros y toma el hábito de ley.
- ¿Qué demonios querrá ese fraile?- preguntaban algunos de los concurrentes- Tendrá algún amigo en el patíbulo, o algún pariente... ¡Cómo habla el condenado! ¿Será un hereje, uno de esos predicadores a sueldo?

El obispo lo mandó llamar, se cuadró ante él militarmente y le preguntó con qué autoridad impartía teología ante el pueblo. “Con la autoridad del evangelio”, contestó Fray Amadio, “Jesús nos ha mandado predicar la buena nueva a toda criatura racional, y quienes lo seguimos impartimos libremente su doctrina”. “¿A qué orden perteneces?” lo interrogó el obispo. “Ilustrísima”, lo abordó el Magistral, “este es un fraile de la Orden

de los Servitas, y procede de una noble familia florentina, de los Amidei. Le aseguro a vuestra merced que no tiene nada que temer por lo que respecta a sus propósitos. No es ningún herético, ningún albigense, Ilustrísima. Las familias nobles hablan bien de él. Puede estar tranquilo. Seguro que ha sido un *lapsus linguae,* un error de la lengua, lo que le ha llevado a proferir esa diatriba contra este Santo Tribunal. Disculpe vuestra merced su juventud y su arrogancia. Amadio, Amadio, ¿qué te ha hecho tropezar con esta piedra, amigo mío? ¿Ha sido la ira, eh, la ira infundada contra el rey de Francia, su Majestad Felipe IV, excomulgado recientemente por su Santidad Bonifacio VIII, en las proximidades de un año jubilar? Anda, dile a su Ilustrísima que fuiste un intemperante, un arrebatado, un sorpresivo, que no te tenga en cuenta lo que has dicho, para que te vuelva a ver con buenos ojos". "No he de retirar mi palabra", contestó Amadio, serio. "¿Pero tú estás loco, Amadio?", lo amonestó el Magistral, "¿por qué te metes en lo que no te importa? Estás bebido, te lo noto en los ojos. Ay, Amadio, el vicio de beber te está matando, te obliga a decir estas cosas. Te convendría hacer un viaje, una peregrinación a Santiago, o una excursión a los Santos Lugares. Así te despejarías más. Qué sustos me das, Amadio, con tus arrebatos". "Puesto que este fraile de una orden nueva ha calumniado a este Santo Tribunal", repuso el obispo, "exijo que se le interrogue y que se investiguen sus motivos". Fray Amadio fue conducido por los guardias a la Sala Eclesiástica del Palacio de la Señoría, entre abucheos del pueblo y sollozos del Magistral, quien no entendía cómo su amigo había sido tan tonto de meter la pata ante el obispo.

En la calle Calimala, Fray Maneto, en compañía de Fray Policarpo, un celestino de cuarenta y seis años que se quejaba a menudo de la decadencia de su orden desde la muerte del papa Celestino V y la llegada a la cátedra de San Pedro de Bonifacio VIII, había acudido a la Banca Médicis, entidad financiera de la que era dueño y gestor Giovanni de Bicci, cuyos dos hijos, Cosme y Lorenzo, consolidarían su linaje en la Ciudad- Estado hasta asimilar la familia a la dinastía política en la oligarquía de la República. No quería pedir una donación, sino un préstamo pagadero a dos años vista para ampliar el Hospital de los Inocentes y dar alojamiento a los indigentes, mendigos y enfermos sin recursos que atestaban las calles, incrementado su número por la carestía de los últimos años. "Sin un aval inmobiliario", le explicaba Fray Policarpo a Fray Maneto, "no te concederán ni un florín. Estos créditos son exclusivos para grandes propietarios. ¡Estamos buenos! ¡Vas a pedir caridad a casa de un judío!". Fray Maneto y Fray Policarpo solicitaron audiencia con el gerente de la casa bancaria, pero un mandadero vestido ricamente de paño de Holanda, displicente como un embajador, les informó de que "el señor" se hallaba "entablando importantes negociaciones con apoderados de presbíteros de la Romaña" y que no podía atenderlos. "Vengan pasados ocho días" les había aconsejado mirando con desconfianza el corte de sus hábitos y calibrando el poder adquisitivo de sus portadores, "tal vez pueda atender sus peticiones". En sus ojos se adivinaba que pretendía ahuyentarlos porque intuía que pertenecían a la clase *non grata* de los pobres. Fray Maneto insistió. Podía hablar con sus hijos, con sus representantes, no le importaba esperar si hacía falta. Intuyendo que los frailes venían dispuestos a no dejarse amilanar por demoras ni protocolos, los hizo pasar a una cámara decorada con tapices venecianos, les ofreció dos sillas y les ordenó aguardar unos instantes. Esta cámara tenía la función de impresionar a los clientes, ampliando su admiración por el lujo de los espacios y de las posesiones. Pasados unos minutos entró

un joven de treinta años con pelliza de ante, quevedos sobre la punta de la nariz y mirada de gavilán, que llevaba unos pliegos bajo el brazo atados con un cordón de batista. Era el joven Cosme de Médicis. Antes de saludar, esperó a que lo saludasen. Fray Maneto le hizo su propuesta, dando referencias sobre su Orden, sobre sus miembros fundadores, sobre su ministerio pastoral, predicando la palabra y acreditando con las obras la fe en ella. Cosme estaba en esa edad en la que se necesita adquirir experiencia para saber interpretar el papel que el trato social otorga. Se sorprendió de que el lenguaje de la religión se pareciese tanto al de las finanzas, con letras, palabras, créditos, pagos y deudas, pero guardó sereno continente, reforzando la ambigüedad de sus gestos mientras su cliente hablaba intentando adivinar –así él lo imaginaba- la resolución que su benefactor tomaría, sin perder el hilo de lo que quería decir. Terminada la propuesta, el joven Cosme se dignó despegar los labios. Comentó que su padre le había otorgado licencia –a él y a su hermano- para conceder un pequeño porcentaje de los créditos mensuales, y entrando en la propuesta de su cliente, le preguntó cuánto pedía y qué estaba dispuesto a hipotecar al pago. “Pido trescientos florines mensuales”, contestó Maneto, “y empeño mi palabra y el crédito de la Orden de los Siervos de María”. “Este hombre se ha vuelto loco, ahora es un hecho”, se dijo Fray Policarpo, “No solo le van a negar el crédito, también le van a negar la palabra, y los miembros de su Orden lo expulsarán de ella por pretender comprometer a toda la comunidad”. Unos segundos más tarde, cuando atestiguó que el crédito le había sido concedido a su compañero, con una letra endosada a su nombre, se imaginó que el loco podría ser él. El señor Cosme de Médicis no había tardado prácticamente nada en extender y en firmar la letra, ampliando el plazo a un mes más de lo previsto, como si el negocio estuviese concertado de antemano. La razón de semejante liberalidad le pareció un milagro a Fray Policarpo, a él, que se había ordenado únicamente para tener acceso a las prebendas de la Congregación en tiempos del papa Celestino V, pero la cuestión era obvia para quien no ignoraba un detalle: la familia Médicis había tenido noticia de la curación del hijo del podestá – un secreto guardado para el pueblo por razón de Estado- y no podía negar nada a los autores de la curación, sustituyendo el crédito en el dinero por el crédito en quienes habían obrado la restitución de la salud de un enfermo que ya estaba a las puertas de la muerte. El único milagro no es otro que la verdad, cuya intuición esclarece las sombras de la imagen de los sentidos, resucitando la salud del hombre a partir del conocimiento de sí mismo, pero a cada cual, según sus vivencias personales, se le aparece la verdad de una manera, y todas son relativas a cada persona, porque cada persona es un camino y una teoría del conocimiento, y cuando cada uno cree que la verdad está en un objeto, es porque en ese objeto está el reflejo de sus acciones, de manera que el espíritu está en la carne y la carne en el espíritu, sin que ambos puedan separarse por un concepto, y es la fe el resultado de la manifestación parcial de la verdad en las cosas. Viendo y oyendo Fray Policarpo el éxito de su compañero a través de su percepción interesada del mundo, se ofreció a entrar en su orden, y Fray Maneto se estuvo riendo casi una hora de aquella salida, y aceptó su oferta como si se dispusiese a comprar una tela cara del mercado.

De las proximidades del Convento de San Marcos brotó de pronto un grito de mujer. Un soldado forrado de estameña ocre, relevado de la Séptima Cruzada, tenía sujeta por los cabellos a su esposa, y le estaba propinando una paliza en plena calle, mientras la injuriaba animado por un corro de curiosos que jaleaban el incidente procurando

divertirse a costa de la desgracia ajena. El soldado estaba un poco bebido, y tantas eran las barbaridades que decía, que no se le entendía absolutamente nada. Entre los circunstantes observaba la escena Fray Bonayunta Manetti, quien pretendió interponerse para evitar la muerte de la mujer, ya inconsciente, con el rostro sangrante por las heridas de los cardenales, antes de ser detenido por dos juerguistas que lo retuvieron contra su voluntad y no le permitieron meterse en medio de la pelea. “Los matrimonios deben ajustar las cuentas ellos solos”, le amonestaron sin dejar de reír, y lo arrinconaron sujetándolo por ambos brazos. Creyeron que a un fraile lo reducirían fácilmente, y se admiraron de la resolución con la que Fray Bonayunta Manetti se deshizo de quienes lo retenían y se apoderó de la ballesta de un cazador – concretamente la de un prelado de la familia Peruzzi, pariente del obispo metropolitano-, la apuntó contra el soldado que se disponía a matar a su mujer y le ordenó detenerse si no quería ser herido en el acto. No bastó la intimidación para detener al soldado, ebrio y con los ojos y la cara teñidos de sangre ardiente, envalentonado por el alcohol que había bebido, caminando como un funambulista por el hilo de la desesperación, agitado por las bravatas que salían sin control de su boca a la que asomaban los dientes escasos y amarillos que no podían impedir la entrada y la salida de su propio dolor y vergüenza. De la calle vinieron otras voces. Entre dos mozos también bebidos, a cuyos rostros se asomaba la tristeza fingiendo la enajenación del placer, traían a un hombre mal vestido, con la cara tiznada y los rasgos árabes, cuya mirada extranjera era objeto de burlas y cuya inseguridad era caldo de cultivo de miles de inquietudes. “¡ Moro del diablo, hijo de puta, renegado, pariente de Satán, aborto de la naturaleza, rata del desierto, hombre maldito!” tradujo Fray Bonayunta Manetti las palabras degeneradas que salían sin control de la boca del soldado ebrio. “Aquí te presentamos a tu enemigo, a quien ha afrentado tu lecho conyugal acostándose con tu mujer: ¡un infiel, un moro, un seguidor de Mahoma y de la Secta del Diablo! ¿Qué vas a hacer con él? Este adúltero ha engendrado un hijo para tu vergüenza, un moro como él, que ha querido hacer pasar por hijo tuyo. Pretendía que tus apellidos se mezclaran con la sangre venenosa de su raza, ¿no es para volverse loco? ¿Cómo borrarás la mancha de su afrenta, tu deshonra, su delito? ¿Cómo borrarás su rostro de tu memoria?” parecían decirle quienes presenciaban e inducían la disputa, anhelando el crimen como imprescindible desenlace del conflicto. El pueblo esperaba la tragedia. La atención de los observadores se sostenía en la desgracia ajena, arrojaba el peso de su odio en una balanza de injusticia para excusar sus errores, para dar un respiro a sus decepciones diciéndose a sí mismos: “No estamos tan mal. Mira, hay quienes están peor”. Esa era la Musa de las Coplas Vulgares –el descrédito y el desprecio-; el Espectáculo de la Ruindad lo protagonizaban un cortejo de máscaras verbales que llevaban los rostros de los observadores por máscaras, y en ese Infierno de Mentiras deambulaban los unos y los otros, cual figuras de un cuadro, brindando con su dolor compartido y desgarrado por el mal de no vivir despertando del pasado, de su retórica de injurias, de su muerte anticipada. Confundidos, quienes buscaban herir a su oponente, se herían a ellos mismos, como ciegos que no alcanzan a ver la puerta por la que deben pasar para salir de la habitación incendiada que quieren abandonar inmediatamente. El soldado borracho ya se había arrojado sobre el adúltero, olvidando por un momento a su mujer y descargando su rabia en cada golpe que le propinaba, pero ocurría que el hecho de encontrar resistencia en su enemigo, en lugar de encender el horno de su ira, lo tranquilizaba, porque estaba luchando contra otro hombre que peleaba por su honor igual que él peleaba por el suyo, y encontraba una especie de satisfacción maliciosa en hallar

al malvado, al hombre que venía buscando desde hacía tanto tiempo para vengar con la muerte de su cuerpo la muerte de su alma y de su esperanza. Pero ya una flecha disparada por Fray Bonayunta Manetti había alcanzado un muslo del soldado ebrio, y sus fuerzas se desvanecían con la sangre que vertía de la herida que le había causado la flecha. En toda su vida, nunca le había resultado más fácil a Fray Bonayunta Manetti dar en el blanco. Se vio obligado a apuntar con la ballesta al pueblo que quería echársele encima, y que gritaba con voz de ménade o de furia: " un fraile está usando armas, y, ¡para defender a un infiel!". Fray Bonayunta Manetti aprovechó la confusión para recoger el cuerpo exánime de la mujer y perderse por el dédalo de calles ensortijadas y diversas cual los derroteros de los hombres, barrocas en su complejidad rebuscada por el damero de los intereses, hacia el Hospital de los Inocentes al final de la calle.

Fray Buonfiglio Monaldi y Fray Hugo se habían encontrado en el Mercado Nuevo. Se dedicaban a negociar con los vendedores, principalmente con los pañeros, cuyos síndicos se diseminaban por los puestos de venta ataviados como príncipes, dando órdenes y supervisando las actividades de sus socios. Una modalidad de contrato mercantil estaba entonces en boga, la compra y venta de títulos-valores, puesta de moda por la familia Van de Bursen en Brujas, la participación en el capital de las empresas por inversores ajenos a la actividad empresarial, conocida comúnmente como *bolsa.* El trabajo artesanal de los talleres, ayudado por máquinas e ingenios mecánicos, estructuraba la producción y el consumo en el circuito de la ciudad a donde afluían en masa las materias primas del campo, los dones de la tierra evocados por el sudor del hombre. Los talleres modelaban el barro primigenio de la virtud natural, le insuflaban la vida de la voluntad humana y los echaban a andar por los mercados para abastecer a una población interesada en aproximarse la una a la otra disolviendo las barreras políticas del pasado, sus antiguos odios, inspirados por la diáspora de una religión que absorbía sus diferencias, no siempre entendida y a menudo violentada por la mala fe de quienes lograban prosperar a costa de su vocación universal, los pastores – cuántas veces malos pastores- y los mercaderes que intercambiaban bienes pronto convertidos en servicios por dinero, esa ficción acuñada por el crédito del trabajo, almacenada en bancos y distribuida a través de una red de enlaces geográficos que incrementaban su valor y lo devolvían a sus orígenes multiplicado por miles de beneficios. El dinero se había convertido por sí mismo en una mercancía, y muchos se pasaban a la situación de intermediarios en el engranaje de la producción, desalojando los sectores básicos y necesarios para que la rueda de molino girase, como si el diablo –la perversión del hombre cuando se separa del sentido de su vida- hiciese resplandecer la ilusión del dinero con tal brillo que lograse hacer olvidar la fuente de la que procedía. Sustituyendo el tesoro del trabajo – la fe activa en el bien- por el del beneficio, el diablo conseguía debilitar el sistema hasta destruirlo con guerras y enfrentamientos, puesto que, en palabras del evangelio, allí donde estuviese el tesoro estaría el corazón de quienes lo amasen. Si bien la monarquía del dinero, que había reemplazado ya a las alturas del siglo XIII de la era cristiana al arbitrio de los señores feudales – herederos del imperio dividido de la Antigüedad, apenas un plano de calzadas y edificios públicos- conseguía reanimar las ruinas de una civilización anegada por los bárbaros, Europa no había empezado a desarrollar una cultura propia, una mentalidad ni un espíritu independiente, porque la teología – la ciencia canónica cuyas leyes impuestas por las universidades gobernaban el criterio general- había sustituido al aprendizaje, a la práctica de la caridad

y de la vida, y su pintura disecaba la naturaleza y la colocaba en una pieza de museo a la que solo podían acceder quienes pagaban la entrada. Entonces, amasar capitales había pasado a ser la única actividad digna del desarrollo humano; la finalidad del capital era financiar guerras, para financiar guerras eran precisos enemigos, para encontrar enemigos se echaba mano al argumento de la fe en Dios – que no era otra que la fe en el Dinero, porque Dios nunca justificaría guerras- y se buscaba en oriente a aquellos enemigos ideales, partidarios de un orden paralelo – también comerciantes-, venidos del desierto sin agua para invadir las regiones fructíferas: los musulmanes. Ellos tenían todos los requisitos para convertirse en enemigos perfectos: eran nómadas de la tribu de Ismael- el hijo bastardo de Abraham- que habían adoptado un credo, un profeta, una moral, unas leyes, que se habían unido para concentrar sus fuerzas en invadir los territorios prósperos amparándose en una guerra sagrada. La cristiandad se había organizado para defenderse con una guerra similar: la cruzada. Y el dinero servía para encender la disputa avivando con su leña el fuego del odio: los musulmanes querían poblar las tierras ricas de occidente, y los cristianos – se daban un nombre que no tenían- querían destruir a sus rivales para emplear las ganancias que obtenían en algo más que en luchar entre ellos, en recuperar los Santos Lugares, es decir, en apoderarse del territorio del enemigo haciendo escala en la comarca de la que le había llegado la noticia de un credo milenario que predicaba la paz entre los hombres.

"¡Qué astuto es el diablo!" pensaba fray Buonfiglio Monaldi mientras consideraba estas cosas, "se alimenta de nuestras debilidades y nos pinta la mentira como si fuese verdadera, y si no somos cuidadosos se apodera de nuestra alma, que es nuestra libertad".

- ¿A cuánto ascienden los ingresos de hoy?- preguntó Fray Hugo, contando las monedas de su alforja- Tendríamos que repartir esto entre los pobres de Santa Annunziata. Es la zona más castigada de Florencia.
- No cuentes todavía lo que hemos conseguido- le aconsejó Fray Buonfiglio Monaldi- Debemos obtener todo lo que podamos negociando con los pañeros en algunas inversiones seguras. La lana, por ejemplo. Negociaremos hasta que el reloj de Santa María de las Flores dé las siete. Si calculamos ahora lo que hemos obtenido, no pensaremos en lo que nos falta por obtener. ¿Has visto a ese hombre que lleva lucco encarnado? Fíjate, observa las mercancías exhibidas como si no hubiese nada que desease comprar ni poseer. Es el poeta Dante Alighieri, el autor de la *Commedia,* poema épico donde hace un retrato alegórico del Más Allá.
- Buenas tardes, hermanos.
- Buenas tardes, señor Dante. Me place ver a vuestra merced con salud- le respondió Fray Buonfiglio Monaldi- No se esfuerce en buscar en el mercado una metáfora. La verdad no está a la venta.
- Así es, hermanos- contestó el poeta- pero puesto que la Sabiduría, según la Escritura, grita en las plazas a cualquiera que tenga el oído atento, procuro avivar mis sentidos con la esperanza de encontrarme con algo. Últimamente, nuestra patria desgarrada por las guerras civiles me ha causado gran disgusto y un destierro amargo del que no encuentro precedente en la gloriosa Roma, de donde nos viene la experiencia que conocemos del mundo. Si lo quiero comparar con el del vate Ovidio, me parece irrisorio, porque este no se vio obligado a luchar contra sus parientes, como mi familia y yo lo hemos hecho; ni con el de Alceo de Lesbos

encuentro comparación, porque Mitilene, su querida ciudad natal, estaba en poder de un solo tirano, no de tantos como está en poder Florencia. De levantarse nuestros padres, resucitando antes de tiempo con sus cuerpos rejuvenecidos por un amor eterno, ninguno de nosotros podría resistir la vergüenza de mirarles a la cara.

- No obstante, Dios nos ha predicado la paciencia- confesó Fray Hugo.
- De no ser así, ya nos hubiésemos desesperado, como lo hicieron Catón de Utica suicidándose para no vivir bajo el imperio de César, y el valiente general Coriolano, pasándose al bando enemigo por el odio que sentía contra sus conciudadanos- declaró el poeta, fijando la vista en el horizonte- Pero ese ideal de belleza que yo he experimentado en la época en la que he nacido, esa virtud del pasado, ¿puede restaurarse con los vicios actuales? Apenas es un destello, una joven que cruza la calle, una estrella en el cielo, una palabra en boca de un sabio o de un santo, una luz que nos conduce, dibujando todos los mitos de la sombra, hacia el encuentro futuro de la Vida Eterna. Apenas somos nosotros, y luego el reloj de la Divina Providencia borra los números y disuelve el tiempo en su gloria. ¡Oh misterio! Pero mientras tanto, el destierro nos separa.
- Es el camino de la libertad- confesó Fray Buonfiglio Monaldi uniendo las bocamangas de su hábito- Debemos recorrerlo, entrar por esa puerta estrecha hacia la verdad que esperamos, alumbrados por la luz de la fe.
- ¡Cuánta verdad hay en esas palabras!- reconoció el poeta- *Beati qui tecta sunt peccata.* Pero hoy he querido volver a Florencia. Sé que muchos me calumniarán, mas arderán en su propio infierno. Porque les aseguro que no me precio nada del que dirán, ni de las murmuraciones de la envidia, solo procuro agradar a Dios y no a los hombres. Su verdad me condujo como un niño por la vida, mostrándome la inmensa grandeza de su bondad. Desde que escribí la *Vita Nuova,* toqué la orla de belleza de su manto; el *Convivio* fue un banquete con la naturaleza, obra suya; y la *Commedia* me condujo hasta el reflejo de su rostro. Nada termina: el camino de la vida siempre ofrece nuevos bienes al peregrino.
- *Pax Vobiscum.* Qué agradable encuentro. Un poeta nuevo conversando con dos frailes de una orden nueva. ¿En qué podríamos servirles, hermanos? ¿Tendrían el honor de negociar con nuestras bolsas?
- ¿Desean algo, señores?- les preguntó Fray Buonfiglio Monaldi a los recién saludados, dos frailes que hablaban masticando harina de trigo, uno de ellos dominico y el otro franciscano, adivinando la mala intención de su pregunta.
- Ah, mucho deseamos, pero poco se nos da de lo que pedimos- se explicó el dominico- Desearíamos que su compañero, el honorable fraile Amadio de Amidei, fuese exculpado de los cargos que se le imputan por oponerse a la labor de la justicia. ¡Ay, si el obispo compartiese nuestros mismos deseos! No todos los hombres piensan de modo semejante, y es evidente que su Ilustrísima, amparándose en la doctrina de los Padres de la Iglesia, se ha propuesto castigar a quienes no respetan al Tribunal del Santo Oficio calificándolos de individuos heréticos que, introduciendo novedades en las costumbres ecuménicas, amenazan con dividir a la comunidad cristiana en otras doctrinas falsas y diversas. ¡Uy, su Ilustrísima está muy enfadado! Tememos mucho por esta alabada Orden de los Servitas, que tanta fama cobra últimamente... No obstante, si se me permite opinar, les confieso que siempre he creído que en los tiempos actuales, tan complicados y difíciles, debiera ser un requisito indispensable para fundar una orden o una congregación el haber

recibido un título universitario para enseñar al pueblo, pues San Juan recomienda en su Epístola: "*no creáis a todo espíritu, antes examinad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo".* Nuestro santo fundador, Domingo de Guzmán, era un docto teólogo antes de que se decidiese a partir a predicar la recta doctrina a tierras de Francia, infectadas por la herejía cátara. En nuestra orden ha habido y sigue habiendo los mejores teólogos de la Iglesia, desde Alberto Magno al actual Tomás de Aquino, autor de la *Summa Teologica* y de la *Summa Contra Gentiles,* monumentos ambos que recurren a las categorías de Aristóteles para rectificar las lagunas que San Agustín nos lega en su *De Civitate Dei,* de inspiración platónica. Mi compañero podrá objetarme, escolásticamente, que San Francisco de Asís fue un hombre sin estudios, hijo de un mercader de telas, con una vida tan devota que antes de su muerte recibió en su propia carne los estigmas de la Pasión de Cristo. Pero este es un caso excepcional que no hace al caso, reparado por sus sucesores, como el Doctor Buenaventura, quien por sus escritos impecables ha recibido el título de Doctor Seráfico del mismo Papa. No creo de todos modos – y disculpen mi escasa teología, mis pocas luces en este aspecto-, no creo, digo, que su excelente compañero Amideo de Amidei pueda compararse a estas lumbreras del Cuarto Firmamento Tolemaico, si este divino poeta que está presente confirma mi sospecha.

- Ha hecho una buena prédica, a mi fe- confesó Dante- digna de un excurso de San Juan Crisóstomo. ¿Y esa fábula que ha intercalado sobre el fraile Amideo, es también de su invención?
- *Non credo* – contestó el dominico, sonriéndose- Es un hecho lamentablemente notorio, muy doloroso para todos los hombres buenos.
- A estas horas tal vez ya haya sido condenado- apuntó el franciscano, frotándose las manos.
- Debemos enterarnos de eso- repuso Fray Hugo mirando a su compañero- Vamos a la Señoría, Buonfiglio. Quiera Dios que lleguemos a tiempo.
- Les prestaré mi caballo- les ofreció Dante- Quisiera que tuviese alas en este momento, si las Musas le otorgasen ese poder.
- Con la ayuda de Dios llegaremos antes de que suceda algo malo- declaró Buonfiglio siguiendo al poeta junto con Fray Hugo.
- ¡Qué triste será la condena de Fray Amideo!- se quejó el franciscano, con doblez hipócrita- Nosotros nos quedaremos rezando por su mejor sentencia.

Sobre el caballo del poeta, los dos frailes tardaron prácticamente un minuto y medio en llegar a la Señoría. De tan preocupados como estaban por la desgracia de su compañero, no repararon en el protocolo judicial, ni en tantos rostros hieráticos y solemnes del Palacio y de la Sala del Juicio, apiñados cual arrugas de un vestido viejo. El único rostro que resplandeció en la sala fue el de Fray Alejo, quien se encontraba hablando en aquellos instantes precisos de la entrada de sus amigos, del mismo modo que el sol antecede a la acción de despertarse. Fray Amideo estaba sentado en el banquillo, frente a las togas de la tribuna, guardando silencio. Las palabras de Fray Alejo eran las mismas que Cristo había predicado en el evangelio, eran palabras vivas habitadas por el espíritu de la verdad, hechas carne humana, pero que conservaban la eficacia de su sincera entrega. Eran las palabras que los dolientes, los leprosos que pasaban tocando su campanilla, las prostitutas que servían a los marginados y a los viciosos, los niños que lloraban en sus casas por falta de comida, los huérfanos, los

heridos de la guerra, los indigentes, las embarazadas que no tenían dónde acogerse, los indefensos víctimas de los sobornos y de los tratos fraudulentos de sus semejantes, los analfabetos que no podían leer lo que la historia escribía para ellos, quienes en definitiva delegaban su defensa en la caridad de los demás, eran las palabras de todos ellos las que brotaban de la boca de Fray Alejo, las palabras de los enfermos de la sociedad humana, la voz del dolor, voz renovada por la fe del padecer con total disposición de ánimo que transforma en salud la maldad propia y ajena- maldad de las cárceles que edifica el miedo-, como el agua se renueva evaporándose y cayendo de nuevo en forma de lluvia, o como la semilla muere para que brote un árbol desde la tierra oscura y oculta, o asimismo como el dolor del parto alumbra un nacimiento impensable e insustituible por ninguna otra realidad. El Templo de lo Sagrado, la Casa de Dios, no lo integraban ni definían los muros levantados como sombras planas de piedra fría por el lucro donde se esconden el oro y la plata de los tesoros –el sol y la luna de los perversos-, no, no era la Muerte de un Sacrificio, de un Rito, de una Tradición o de una Costumbre. El Templo de lo Sagrado, la Casa de Dios, era la carne humana, y lo seguiría siendo por siempre, con sus cruces y con sus redenciones, con su debilidad en la que residía la fortaleza de la libertad, con el amor de la convivencia por único Rito, Tradición y Sacrificio. La carne está destinada a la resurrección, al nuevo nacimiento, al encuentro con la verdad en el desconocido paso del mundo. Cada cual recorre el camino solo, pero los demás son su apoyo y su experiencia. En la Sala del Juicio se escucharon, salidas del corazón de Fray Alejo Falconieri, las ocho jornadas de la fe, las ocho bienaventuranzas que Jesús pronunció en el único sermón de su mensaje, conocido como el Sermón de la Montaña:

“ Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os ultrajen y persigan y digan todo mal contra vosotros por mi causa. Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en los cielos”.

Los cielos no eran otra cosa que la unión de todos los hombres y mujeres en la fe, donde solo la felicidad es posible, llamados con este símil puesto que de ellos procedía la luz interior del amor, cuya inteligencia alumbra y explica todo, porque las cosas parten de nuestro interior, raíz del universo que vemos y sentimos. ¿Qué sentido podía tener la teología, la ciencia sin la caridad? Ninguno. Una campana hueca, un ruido sordo y muerto, en palabras de San Pablo. La caridad no había erigido los tronos, las potestades ni las dominaciones del mundo, privilegios afincados en el Miedo y en el Orgullo- las sombras de la Muerte- ni el clero de los monasterios y de los conventos, ni

el regular que ejercía su función pastoral en las diócesis y en las parroquias. La caridad había hecho a todos los hombres iguales en la fe, puesto que en la fe de un porvenir desconocido "vivimos, nos movemos y existimos". Todos éramos profetas de la caridad, y ninguna experiencia de la vida valía más que otra, puesto que todas ellas, sin exclusión alguna, nos modelaban cada día tal y como éramos. "El Dios de los teólogos es un espectro evocado por el miedo" –se entendía de sus palabras- "No posee cuerpo, ni rostro, ni voz, y puede adoptar la forma de cualquier debilidad nuestra, y solo nuestra debilidad le concede existencia. Es el ídolo de la guerra y del dinero que se amasa fraudulentamente, es el Diablo, la visión invertida del bien, que se alimenta de la sangre de nuestros pecados. Una palabra aislada en las alturas no puede salvar al hombre, solo si se encarna en nosotros, si vive en nosotros, si su verdad se ha desposado con el bien original de nuestro corazón. Si Dios no ha adoptado la figura de la carne, la *caridad,* si el cuerpo de Dios no es el Amor, figurado en el Hombre, no es nada, solo una ausencia que engendra enfrentamientos y melancolía. Y si el Hombre no entra en su Historia, en la Memoria del Mundo, y la renueva por medio del Amor, la Muerte lo habita y lo aniquila quemándolo como paja que se echa al fuego. La religión es santa en cuanto vive la fe que predica. De lo contrario, envenena los corazones en lugar de sanarlos".

Fray Alejo Falconieri puso el ejemplo de aquel primer fraile, vecino del pueblo de Asís, que quiso llamarse *Poverello* con el buen fin de practicar la humildad necesaria para el ejercicio de la caridad, y que reveló a través de su experiencia que *sobre todos los bienes, gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el vencerse a sí propio y sufrir voluntariamente, por amor de Cristo, penas, injurias, oprobios y molestias; ya que de todos los otros dones de Dios no podemos gloriarnos, porque no son nuestros, sino de Dios.* El amor no divide, porque perdona, y la iglesia no se siente amenazada por las herejías cuando pone por obra el único mandamiento que ha recibido, el cual ya estaba dentro de ella, aunque no lo conocía, porque si el universo es sagrado, es un templo, y si el universo es un templo, la iglesia es la asamblea de todos los seres humanos, bautizados en el espíritu, aunque no lo estén en el agua, en *espíritu santo y fuego,* es decir, en confianza y en caridad. Los ateos, los apóstatas, quienes nunca habían oído hablar de Cristo, quienes eran declarados infieles, cumplían la voluntad del Padre, del Amor de Dios derramado en el Espíritu del Hombre, cuando ponían por obra la caridad y se entregaban al servicio de los demás como partes sensibles que eran de sí mismos. El orador recordó la parábola del evangelio referente al padre que había ordenado a sus dos hijos el ir a trabajar a su viña, y que se había complacido más en aquel que había cumplido su mandato que en aquel que había declarado que lo había cumplido para violentarlo más tarde. Algunos de los presentes que lo escuchaban lo relacionaban con el diácono San Esteban cuando predicaba a los judíos en Jerusalén antes de ser lapidado por quienes sentían envidia de la verdad que se había atrevido a revelar, convirtiéndose en el primer testigo o *mártir* de la fe, quien había sacrificado su vida por defender la verdad en la que creía. ¡Cuántos testigos habría en épocas anteriores y posteriores a Cristo, el acontecimiento tomado como medida de la historia considerada universalmente, abarcando al hombre allí donde se encontrase, ya fuese en un país o en otro, distanciado por la tierra, por el agua o por el aire, cuántos mártires que ponían su vida al servicio de los demás, sembrándose en la memoria y dando frutos abundantes en la paz y en la alegría, devolviendo el paraíso perdido al ser humano, haciéndolo nacer en su propia alma! No eran aquellos doce escogidos, los

apóstoles, reunidos alrededor de la mesa del Señor – del Amor que había cantado el vate David en nombre de la poesía y de la palabra -, aquellos pescadores de hombres salidos del pueblo llano, Pedro, Santiago y Juan hijos de Zebedeo, Andrés, Simón el Celador, Santiago Alfeo, Felipe, Tomás, Judas Tadeo, Mateo el Publicano, Bartolomé y Judas Iscariote, el traidor, sustituido por Matías, los únicos que habían comido y bebido con Cristo y que habían delegado un ritual en sus descendientes. Todos estaban llamados a ser apóstoles, y así Pablo de Tarso y Bernabé, y Marcos y Lucas – los evangelistas- se habían convertido en mensajeros de la caridad ejemplificada en Jesús Crucificado, porque Cristo come y bebe con todos aquellos que lo aman de corazón. No era tampoco el Concilio de Nicea, promulgador de la doctrina cristiana católica o universal – para diferenciarla de las ramas heréticas- quien podía condenar a quienes no aprobaban las obras del clero dominante, porque si bien es cierto que las doctrinas individualistas engendran divisiones, ¿acaso no eran esas divisiones provocadas por muchas malas conductas de quienes decían sí a Dios y no cumplían su voluntad?

Los compañeros de Alejo- Buonfiglio Monaldi, Bonayunta Manetti, Maneto dell'Antella, Amadio de los Amidei- el condenado- Sosteño y Hugo, se unieron a él en sus palabras, y formaron una oración conjunta, porque cada uno de ellos influía en su compañero sin decir nada, y todos en Alejo, como los siete dones del Espíritu Santo – la sabiduría, la ciencia, el consejo, el entendimiento, la fortaleza, la piedad y el temor de Dios o caridad- actúan juntos para unir a los hombres. El tribunal no encontró pruebas para condenar a Amadio, y no solo lo absolvió, sino que considerando el don que Alejo había rechazado del podestá por curar a su hijo, decidió ejercitarlo liberando aquel día a los condenados que habían estado a punto de morir en la hoguera, y de este modo la Iglesia – al igual que la Virgen-, no contagiada por el pecado del odio, alumbró a Dios dentro de ella.

Años más tarde, la ciudad de Florencia, recuperando los ideales de la Antigüedad y restaurando la imagen sana del hombre, decidió invertir sus ganancias en embellecer los edificios públicos- puesto que la belleza es el emblema de la verdad- y los empresarios convocaron concursos para dar a los artistas un encargo proporcionado a sus capacidades, haciendo posible que Brunelleschi levantara la cúpula del Duomo, que Giotto pintara los frescos de la basílica, que Donattello esculpiese las figuras de la Biblia y de los mitos antiguos, que Miguel Ángel pusiese en su David la imagen del hombre nuevo recobrando su libertad, que Ghiberti modelase los relieves de las puertas de bronce del Baptisterio y del Templo con escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y que tantos otros artistas, independizados de los gremios artesanales y de la industria de la producción en masa, lograsen llevar a cabo el proyecto de su genio. El hombre recuperó la confianza en sí y una mentalidad optimista, el Humanismo, ocupó el derrotero de la ciencia de entonces, como el Renacimiento situó el arte en la esfera independiente del mercado. Otras épocas vendrían en las que la escala de valores del Hombre Libre descendería a causa de la falta de fe y del miedo, su aliado, pero siempre que se volviesen a recordar las vidas de aquellos frailes que, imitando a los santos y que, con la intención de servir a los demás se habían dado el título de Servitas, los seres humanos volverían a abrir los ojos para alzar la mirada al cielo de la luz, y para llamarse legítima y verdaderamente hombres.

NUESTROS OJOS SE MIRAN

Nuestros ojos se miran. Se temen. Dos resplandores se encuentran, dos mundos se entrecruzan, y ninguno nos pertenece. Es el tiempo el que nace cuando nuestras pupilas se tocan. Yo no te conozco, ni tú a mí tampoco, pero estamos obligados a combatir. Tú por tu patria, yo por la mía, nadie por nada. Ni tú ni yo sabemos por qué nuestras familias se han dividido en un enfrentamiento atávico entre tribus, a causa de una antigua falta, del Pecado Original. Nuestros corazones laten desde las extremidades del mundo e impulsan nuestra sangre hacia adelante, hacia el desenlace. Cuando los extremos se tocan, la carga de distancia que los separaba se precipita al vacío del miedo. Todavía no hemos podido cerrar esa herida. Se abre el frente entre nosotros, un surco de dolor, y no hemos de sobrepasar la línea de la muerte sin que uno de nosotros caiga. O tú o yo. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Volveremos a encontrarnos? ¿Podremos perdonarnos? Los aviones surcan el cielo y retumban sus trompetas de dioses de la guerra. Pero somos nosotros los que morimos.

Mi corazón me decía que llegaría este momento, un duelo entre ambos, el Juicio Final. Siete pecados contra siete: soberbia mía contra soberbia tuya, envidia de mis ojos contra envidia de tus ojos, ira de tus manos y de las mías que se alzan para no estrecharse, avaricia de la muerte que nos precipita a la venganza, gula del dolor que nos invade, pereza de no atrevernos a escuchar nuestras voces cansadas, lujuria de disponernos a un fatal combate. Tus pupilas están asombrosamente dilatadas. Las mías también. El sol, nuestro hermano, no se ve desde allá arriba. Sé que no te atreves a apretar el gatillo que tienes entre las manos. Solo tendrías que mover un dedo. Pero entonces, en el acto de pensarlo, el fusil te controla, te domina, te posee, y ya no eres tú, es él quien te ha matado antes de que seas quién de dar la muerte. Nuestros cuerpos se agrandan, se agigantan, se cubren de sombras, parecen dos altos montes que no pueden moverse. Y yo leo en tu frente sin despegar los labios, leo el libro de tu vida, y tú lees el mío, que se asemeja demasiado al tuyo. Japonés, yo americano. Año, ¿de gracia?, 1942. Tendrás mujer e hijos, como yo. Debemos defender nuestras familias el uno del otro, porque así nos han enseñado los demonios de nuestro rencor, transformados en armados ejércitos. Los dos ejércitos, gobernando los límites de nuestro nacimiento y de nuestra muerte, los ángeles que nos encierran en la condición humana, en el Arca de la Alianza, en la Libertad y en la Responsabilidad; nos protegen con escudos metálicos, las excusas que necesitábamos para ser lo que somos, es decir, para hacer lo que hacemos, o lo que todavía no hemos hecho pero ya hemos decidido. ¿Pero hasta qué punto las generaciones que discurren por nuestra sangre encendida han influido en nuestra decisión, débil pacto social entre estados, entre espectros sin vida propia? ¿Hasta qué punto los muertos nos han impuesto esta dura ley, el mal de no conocernos? Sí, fíjate en esta ensenada de una isla del Pacífico – nuestro ejército la llama Guadalcanal- de aguas azules que besan playas blancas, en los confines del mundo que hemos fundado. De las arenas vírgenes e incontables recorridas por millones de organismos que salieron del agua por vez primera antes del nacimiento del primer hombre se levantan los muertos desde sus tumbas subterráneas. ¡Oh, los ejércitos! Se revisten de carne humana sus huesos calcinados y despojados de todo vínculo terreno, visten un uniforme y llevan un fusil, y arrastran sus pies por la tierra sedientos de sangre. Solo los muertos viven por nosotros. Y hablan por nuestras bocas sin palabras. Hemos evocado con la perversidad el deseo de morir.

Aún así, sería imposible matarte. No, al menos delante de mí. No. Los muertos se comportan mecánicamente, pero no pueden decidir. Nos han traído hasta aquí, montados en aviones, en tanques, en máquinas ingeniosas capaces de multiplicar por mil nuestro odio. Héroes de la venganza, carros de combate, olimpos e imperios de Él, del Innombrable, del Temor o del Término, de armadura brillante. Nos duele la imagen que refleja de nosotros, nítida como la más nítida de las fotografías, nuestro espejo deslumbrante que deforma la paz, la realidad que nos golpea con las cosas que existen únicamente en la soledad que sentimos los unos de los otros. Podrías confesarme que nuestro padre era la misma persona, y que fuimos hermanos sin saberlo. No es tan difícil imaginarlo, porque es, además, lo más probable. Entra en la Psiquis virginal de la tierra. Vamos a consultar su oráculo. En el agujero negro del cosmos alumbrado por otras conciencias resplandecientes y estelares había una vez un planeta – el nuestro- suspendido en la Nada que no conocíamos. Un día nos dijeron que existía. Nos lo dijeron los que ahora no están. Les creímos. El planeta es redondo – será para que al fin terminemos por encontrarnos- o casi redondo, pues la perfección sobrepasa la geometría y su medida científica. El mar y su atmósfera cubren la superficie de la que emergieron las islas y los continentes que viajan hacia un encuentro distinto, la tierra poblada por los vivientes que salieron de las aguas, cuyo barro moldeado por los dedos de millones de años nos hizo a nosotros hasta abrirnos los sentidos a la vida. Esa fue la Creación del Mundo. Nuestra Creación. Porque nuestros padres viven en nosotros, sus generaciones son tantas como las células que entretejen nuestros órganos. En el universo habrá otros planetas iguales al nuestro, espejos suyos, habitados por animales y por hombres, destinados a futuros descubrimientos; otros mundos, otros edenes y arcadias de recuerdos aún no vividos, esparcidos por las riberas de los cuatro ríos del pensamiento – si el Pisón, el Guijón, el Tigris y el Éufrates de la Biblia de la Memoria son el Deseo, el Placer, el Dolor y el Temor que conducen el agua del bien o del mal a nuestras decisiones- dirigidos al Norte, al Sur, al Este y al Oeste de los Cuatro Puntos Cardinales, los Pilares de la Tierra estable sobre la que caminamos. ¿Quién puede medir el Desconocido? A través de la lente de su grandeza nos vemos a nosotros, ínfimos, en mitad de la noche del sueño, pero somos libres, y todo ha sido hecho para el ejercicio de la libertad.

Yo nací en Ohio. En 1905. Éramos seis hermanos. Yo, el quinto en edad. Pertenecíamos a una familia de presbiterianos: los Casey, oriundos de Baltimore, en Nueva Inglaterra. A mí me bautizaron con el nombre de Scott. Fui al colegio hasta los dieciocho años, y me matriculé más tarde en la Universidad de Columbia para estudiar la carrera de piloto de aviación. Sí, siempre me gustaron esos trastos que vuelan. No supe para qué servían hasta hoy, cuando aterricé en esta isla por falta de combustible, en mitad de una ofensiva contra el aeródromo tomado por los bombarderos de Japón. Cuando estalló la guerra me destinaron al Pacífico, me asignaron un carnet y un kaza. Los aviones se sostienen por una corriente de aire que, impulsada por el movimiento de las hélices y por el calor de los reactores, envuelve en una mandorla su cabina de metal, elevándola del suelo. La mano del viento generado por el impulso puede colocar en el aire el peso del hombre, según los cálculos de la física, convirtiendo las nubes incorpóreas en una autopista por la que circulan las máquinas diseñadas para vencer los obstáculos de la naturaleza. Estados Unidos es un país de pioneros. La industria es su divisa, y la contratación su fuerza. Pero ahora, si me hicieses la pregunta adecuada, no

sabría decirte lo que es la patria. ¿Tú sí? Cuando pienso en mi familia, en mi mujer – siempre me la imagino con el camisón de dormir, con el pelo esparcido por su espalda y por sus hombros, reteniendo el tiempo antes de que me levante- y en mis cuatro hijos – Scott, Margie, Bonnie y Erik- considero que mi hogar no existe sin ellos, y que mi hogar no es esta comarca a la que la guerra me ha desterrado. Vivir no puede suponer la muerte de nadie. Ellos vivirán igual que antes, solo yo estaré muerto para ellos, abandonado en el purgatorio de una ofensiva contra mí mismo, antesala tal vez de un desolado infierno de ausencias.

Después de tantos años de aprendizaje he concluido con una fórmula mi investigación: estoy solo. El ejército es una sombra de mi temor. Las graduaciones, las condecoraciones, la bandera, la guerra, suponen jerarquías de muerte, aniquilan la libertad de la persona paralizando su voluntad con un veneno activo que convierte al ser humano en un aparato al servicio de la logística del miedo, y el mundo se vuelve *inhumano,* ilógico, porque es el hombre el ser vivo que con sus acciones le insufla voluntad, espíritu y dimensión al mundo. Es ahora, cuando veo tu mirada en este instante de eternidad, cuando comprendo la verdad que subyace en los rituales mágicos de las épocas de las que hemos renegado, por la que los fenómenos incontrolables de la naturaleza, evocados por esa práctica mágica, entran en contacto con la mente del hombre. Acostumbrados por el uso social a percibir la naturaleza fuera de nosotros, pensamos que no somos responsables de nada, y delegamos nuestra persona en instituciones formadas por otras personas que saben lo mismo que nosotros, imaginando que el conocimiento consiste en la memorización de una serie de fórmulas aprendidas y en la aplicación técnica de un protocolo de números concentrados en un papel del que no levantamos la vista para improvisar la vida tal como es. En otras culturas, como la tuya, que no he tenido tiempo de entender antes de alistarme en esta guerra con un escenario del tamaño de nuestro mercado, un terremoto o un huracán podían representar una vinculación más o menos próxima con un comportamiento humano. "¡Es irracional!", podrían decirse muchos – estoy seguro de que se lo estarán diciendo mientras lo pienso- "Las cosas existen independientemente de nuestra voluntad. Lo que sobrepasa la experiencia es el camino del progreso que nos falta por recorrer para sobrevivir el mayor tiempo posible en idénticas condiciones". Después, de acuerdo con las ilusiones de sus aparatos de medición, explicarán que hace millones de años, antes de que el hombre surgiese de la evolución de las especies – esas semillas de la conciencia actual- las cosas sucedían de un modo similar, y que se puede prever de acuerdo con los testimonios de los mismos aparatos de medición que seguirán igual sin intervención de la actividad humana. Los aparatos han proyectado esa imagen de nosotros. En una pantalla de cine nos vemos y nos escuchamos caminar, comer, dormir y convivir, pero no somos nosotros, son reproducciones que hemos hecho de nuestra existencia desde el punto de vista de una emoción padecida en un momento de la historia. Los aparatos, las leyes y las mediciones varían de acuerdo con nuestra fase de conciencia, y así las leyes de la física de Newton han derogado a las leyes de la física de Aristóteles, y las leyes de la física de Einstein han advertido los errores de las leyes de la física de Newton, y esas leyes fueron fiables en un determinado momento, pero únicamente con referencia al momento en el que fueron formuladas o promulgadas. Como todas las leyes y fórmulas humanas, son producto de la apariencia, de una imagen de la realidad que no se corresponde exactamente con la realidad en sí. ¿Podemos negar entonces que existen

fenómenos que no conocemos, y que dichos fenómenos están ligados a nosotros, quienes al fin y al cabo, los padecemos de una o de otra manera? Demasiado soberbios somos para negar la evidencia.

Me están latiendo las sienes, y mi corazón busca sitio en mi cuerpo y no lo encuentra. Estoy pensando: he ingerido bastantes anfetaminas antes de tomar el avión desde Australia y proseguir la ruta hasta el paralelo 10, antes de quedarme sin combustible, antes de abandonar el avión en esta playa – estará hundiéndose en el mar, anegados mis recuerdos y ya no visible mi nombre en las tarjetas de visita y en las postales, y en las fotografías firmadas por mi familia-, antes de encontrarme frente a frente contigo – sé que me estabas esperando, ya sabías que hoy, a las 7:14 de la mañana estaría asustado en tu presencia, oprimiendo el gatillo de un fusil tal vez sin balas-, antes de experimentar el dolor del que venía huyendo. Me he golpeado contra ti antes de hablarte. Y las palabras se me asoman a la boca pero no se atreven a salir, porque no hay nada que decir. Nada. Pero, a pesar de mi ignorancia, se me vienen a la memoria, como una bandada de golondrinas, las voces de ayuda de mis compañeros muertos en el puerto de Haiphong en 1940, cuando tomé mi primer kaza para adquirir experiencia en un ataque furtivo a las tropas de tu país en Indochina. Ni siquiera sé lo que significa esa palabra: Haiphong. Quiero decir, no sé lo que significa para ti. Para mí significa *Muerte.* Todas las palabras japonesas significan para mí lo mismo. De modo que las voces de mis compañeros pidiendo ayuda son las únicas que puedo decir en este momento:

Estás aquí. Sálvanos de morir en este sitio. Llévanos a un lugar seguro, a una tumba excavada para nosotros. Aquí estaríamos quejándonos siempre, abrasados en esta guerra. A ti todavía te sostienen las piernas, caminas y puedes transportar nuestros cadáveres sobre tus hombros. ¿Quién sabe cuántos cadáveres puedes soportar? Aunque nos quejemos, no nos escuches. Solo llévanos a otro sitio. Entiérranos con solemnidad y reza un responso después por nosotros, y cúbrenos con la bandera, para que no quedemos fuera, insepultos, fuera de la patria que nos ha matado. Queremos morir en ella, antes que vivir en otro sitio.

El asunto es el lugar, es decir, a dónde podemos escaparnos. ¿Huir hacia?. Para no encontrarnos contigo otra vez. Un segundo encuentro sería un juicio más duro, porque tú podrías aparecer otra vez cuando menos lo esperásemos. Otra vez. Una brújula no puede preverte, tampoco un radar ni un infrarrojo. Con la máscara de nuestra ciencia tú nos reconocerías, porque donde termina la nuestra empieza la tuya y la de los tuyos. Como eres igual a mí, no puedo hacer nada. Si los míos desean amedrentar a tu pueblo, tendrán que hacerlo desde el aire, sin pisar tu territorio. Arrojando un átomo de nuestro miedo contra ti. Un átomo podría destruir tus ciudades, y matar a sus habitantes como la peor de las pestes, como la más terrorífica de las plagas. Entonces tú y los tuyos diríais: “No podemos luchar contra estos. Su miedo es mayor que el nuestro”. Pero paradójicamente, cuando vosotros os retiraseis, nosotros seríamos los vencidos, porque el miedo con el que os sometimos – fuimos nosotros los que nos sometimos a nuestro miedo- no nos abandonaría. Ganar una guerra es perder la vida de algún modo. Mi uniforme se ha roto, y la metralla ha abierto algunas heridas en mi muslo derecho. He tenido que vendar mi cuerpo para que no se infectasen mis heridas. El tétanos, u otra enfermedad desconocida, se abriría paso por cualquier llaga de mi piel. Ni tú estás seguro de mí, ni yo de ti.

Detenidos el uno frente al otro, hemos parado súbitamente la guerra. No nos atrevemos a hablarnos. Apostaría tantos dólares como tuviese a que quisieras girar sobre tus talones y volver al refugio de la jungla de tu país, y sabes que yo querría hacer lo mismo. Un espejo es siempre molesto. No se puede romper, de manera similar a un bloque de hielo, sin dejar el pasado intacto. Estas dos ficciones – el pasado y el futuro- nos han conducido a la certeza del sufrimiento de sabernos iguales. En mi país hay muchas escuelas, pero en ninguna te enseñan a presentir las inclemencias. Nosotros sabemos lo que es el trabajo, y fabricar productos en masa para llenar el mundo de nuestros intereses. Todo para afuera, de dentro para afuera, procurando superar las estadísticas y los índices de crecimiento, y como en Esparta, vivimos para combatir, alistando a nuestros asilados en las centurias nacionales, para abrir nuevos mercados, incluso en el espacio, del que no conocemos nada. La ley de la venganza solo reconoce a fuertes y a débiles. Yo pensé hasta hoy que era uno de los fuertes, de los vencedores. He caído en la cuenta de que la victoria no viene de mí. Las diferencias no existen, ni el espacio ni el tiempo son otra cosa que sombras de nuestra conducta, y nos amparamos en las ficciones de nuestras excusas para evitar encontrarnos. Estoy resuelto: no te mataré. Aunque he visto a muchos muertos, no seré yo uno de ellos. Tú tampoco te clavarás esa katana en el vientre. No beberás como un escorpión tu propio veneno. Vivirás. Yo también.

¿Te has enamorado alguna vez? Leo en tus ojos que sí; hay cicatrices en tu pecho. Eres soldado, y no podrías combatir sin la fuerza de una pasión que te impulsara hacia adelante. Ella se ha revestido del cuerpo de la mujer que amaste por vez primera antes de lograr olvidar el dolor que te causó, mezclado con la dulzura de la evocación, con esa nostalgia del perfume de su piel, de sus cabellos sedosos, de sus labios próximos y de su carne blanda moldeada al contacto con tus huesos. El paraíso: su cuerpo. ¡El sabor de aquel fruto! ¿Cómo olvidarlo? Ahora te quema, es un hierro candente que hace latir más deprisa tu corazón. Sé lo que es eso. Si te palpases el pecho, notarías una cicatriz en forma de rosa abierta bajo la tetilla izquierda. Habrá tomado el perfume de ese recuerdo la fragancia de la guerra, y es probable que confundas el frasco con el perfume. Ya no puedo vencerte, porque soy como tú.

En mi patria – una idea que me ha conducido volando hasta aquí, alimentando el motor de un aeroplano- la ciencia de los antepasados se dirige a perseguir el placer por encima de cualquier virtud. No importa poco ni mucho experimentar ni padecer las cosas, hay que arrebatarles su placer – al igual que los vampiros arrebatan la sangre de sus víctimas para nutrirse- y salir volando en busca de otra víctima. El que sufre en mi patria, es un condenado, un culpable, un proscrito, un necio, al que se debe reintegrar a la rueda de la producción, al engranaje de los acontecimientos. Está mal visto no ser un pionero, un *made-self man,* un autodidacta, un contribuyente al sistema de la rueda industrial. La Rueda equivale al universo, en ella se mantienen los Doce Signos del Zodíaco, nos satisface con un consumo que sobrepasa a nuestros fútiles deseos. De esta manera nos mantiene fieles a ella, y girando generación tras generación, los presidentes y senadores del Congreso se suceden con los delincuentes condenados a muerte, como si fuesen la misma persona, mientras un eslogan publicitario de comida rápida – vencer al reloj es la tarea imposible de la aguja- nos convence de que tenemos que ir a la guerra acontecida en otras latitudes, cada vez más lejos. Recuerdo haber leído en Mark Twain, cuando era un niño de doce años, un pasaje en el cual se leía que un asceta que hacía

genuflexiones era conectado a un circuito para producir energía eléctrica con su movimiento –un delicioso anacronismo, porque en nuestra patria ya no quedan ascetas, algún que otro demagogo y tal vez algún buen hombre-. Recuerdo cuánto me reí con aquel pasaje. Podría aparecer en la última película de Hollywood, y en esta época resulta previsible que mis hijos ya no lo lean en el libro, de que mis hijos y sus hijos lo celebren en una serie de dibujos animados de Walt Disney, o de otro empresario más hábil. Parece mentira que aquellas grandes ideas de aquellos grandes hombres fundadores, de aquellos intelectuales quienes pretendían consolidar un sistema ilustrado apoyado en la razón y en la lógica, hubiesen degenerado en el hedonismo de los imperios antiguos, y que los defensores de la Paz Perpetua kantiana tuviesen unos sucesores que defendiesen el *si vis pacem, para bellum.* Europa está en guerra, Estados Unidos también, y Asia ha despertado asimismo su ira, pues sus mercados han sido colonizados por los nuestros. No es que nosotros seamos culpables de nada – y digo nosotros por no decir yo-, simplemente nos hemos dejado llevar por el placer, por el bienestar, por la seguridad en el interior de nuestras murallas económicas, revestidas de propaganda democrática, olvidando que nuestro trabajo nos debe servir a nosotros, a nuestras vidas, y no a un placer insostenible que no nos logra hacer mejores, porque sustituye el aprendizaje por el acomodamiento.

Me sobran las riquezas / y todo lo que tengo lo doy. Me gustaría entender esos versos. Solo esos versos. Percibo con dificultad el sentido de la palabra *riquezas.* Inevitablemente me viene a la memoria, zurcido con un recurso de la imaginación, un fotograma de la calle Wall Street –y digo fotograma porque me parece tan irreal como un rollo de película- atestada de gente delante del templo griego de la Bolsa de Nueva York. Las riquezas, pienso, deberían ser los valores con los que se negocia en el interior del templo ortogonal – unos naipes de cartón con cifras escritas y rubricadas por los avalistas, unos recortes de papel (billetes) firmados para servir de dinero de curso, unas fichas metálicas (monedas) que traducen la importancia del trabajo en un modelo social concreto; todo ello activos para invertir en una ruleta de la fortuna que desplaza la palanca de la producción hacia una resolución automática-, pero ocurre que tales valores se han perdido, ya nada representan cuando con el uso se han borrado las letras de los avalistas, o cuando éstos ya no existen – y la ruleta continúa girando, porque nosotros giramos alrededor de ella-. Nosotros consideramos que el Bienestar es nuestro Dios – el Becerro de Oro, el Ídolo de los predicadores- y sacrificamos nuestro presente a él, en nombre de un futuro ficticio de conservación del pasado. Pervivimos asesinando el presente, para que la rueda de la producción, del dominio político y de la guerra siga girando, y cada vuelta sea un factor más de seguridad social o de lucro civil, alimentando al ídolo de nuestra sangre, llevando la guerra cada vez más lejos, aunque la guerra la estimulemos nosotros.

¿Serán estas las riquezas a las que aluden los versos? No creo, porque estas se agotan, nos dejan con los bolsillos vacíos frente al enemigo con un fusil en la mano que es posible que no contenga balas. Lo que llaman los periódicos pobreza, lo que la radio denomina subdesarrollo, y lo que la televisión documenta como indigencia, esas tres desgracias aparentes constituyen las riquezas de quienes han renunciado al acoso de las ambiciones. ¿Qué es la riqueza más que la oportunidad de vivir? Quien mire para adentro, encontrará una mina inagotable más allá de la pobreza de sus manos. Mira tú las mías. Están desgarradas. Los piojos se pasean por mi cabello sucio de sangre y de sudor.

No obstante, hoy podría ser feliz. Me has devuelto mi imagen, no te tiemblan los labios en vano, no se enarcan tus cejas como al final de los tiempos sin que mi corazón sea capaz de latir con un fuerte impulso, saltando por la playa hasta las palmeras misteriosas, sostén de cocos flotantes de blanca copra, por cuyos troncos curvos y oscilantes ascienden en hileras los cangrejos de la playa.

Te cederé la palabra: tu mirada todavía me interroga. No he venido aquí para rendirme, dices, el corazón del Emperador espera algo de mí. Desde Osaka, donde he nacido, me han criado los dioses de la venganza. He practicado kendo, kárate, judo, y las artes marciales del bushi, para aprender a no sentir el dolor de mi cuerpo. No soy como tú, un soldado. Soy un guerrero. Pero tu miedo paraliza los músculos de mis piernas y ya no puedo moverme. Podría matarte con mi espada antes de que tuvieses ocasión de oprimir el gatillo. Soy un Viento Sagrado que rechaza a los bárbaros, y en un instante o en otro deseo inmolarme. Mis compatriotas acudieron a Pearl Harbor a encender una hoguera. Vosotros habéis venido para comeros a nuestros cadáveres. Esto es la guerra que llamáis vosotros. Se trata de un combate, nada más. Somos un elemento del Combate Universal.

Amaterasu es la madre del sol naciente. Japón posee un destino en el mundo que debemos mantener. La energía de los kami que sujeta el espacio a la ley del tiempo, el vigor de los antepasados, pertenece a una leyenda de la que somos parte. Así hemos vencido a Rusia, que ha sometido a su engranaje a las naciones débiles. Nos hemos aliado con la ira de Alemania doblegada al mercado de Inglaterra – Gran Bretaña es el nombre de ese gran mercado- y con Italia, donde aún subsiste la rebeldía del romano contra los pueblos extranjeros. Aunque las dos naciones se hayan rendido, ¿qué nos importa? Sin los brazos podemos seguir luchando. ¿Quién es el más fuerte? En el Combate Universal todos son débiles, y la energía se aprovecha de las debilidades. Los enfermos deben morir – todos estamos enfermos, por tanto todos debemos morir- y sacrificarse sin rendirse jamás. Después de poner el pie sobre vuestro pecho, mi último deseo sería encontrar un lugar bello para practicar el seppuku conforme a las normas de los kami. Si me reencarno en otro hombre, volveré a combatir contra vuestras reencarnaciones. Sí, siento lo mismo que tú. Lo llamamos Orgullo en Japón, pero es su otro nombre Miedo. Vosotros sois el Miedo, vosotros ocupáis nuestros cuerpos; como en tiempos de los shogun y de los samurais, el enemigo había que inventarlo, y siempre procedía de fuera de las islas. Vendrán terremotos y tsunamis, pero no nos arredraremos, antes continuaremos metamorfoseándonos en balas asesinas. Buda no dice nada, nunca ha dicho nada: es una piedra. Lo hemos esculpido para no tener que hablar con él. Tampoco las religiones de los extranjeros dicen nada: los holandeses, los portugueses, los europeos en general construyen casas para vivir, lo único que saben hacer. ¿Qué somos? Un capricho en nuestras manos, las vuestras. Sé que colocaréis la bomba. Será sobre una ciudad y morirán mujeres y niños. Después iréis sobre otra, por el aire, y no podremos impediros el paso. Habrá lágrimas. Pero si el Emperador guarda silencio, nosotros también lo guardaremos.

El Mikado estará a salvo aún bajo tierra. La tierra lo vomitará de nuevo en mil volcanes de lava ardiente. Mei Ji ha reformado el gobierno. No volveréis a adueñaros de los puertos de las islas, como ocurrió en 1854, cuando vuestro Congreso obligó al shogun a firmar un tratado de paz por el que vuestras mercancías – el humo de vuestras

fábricas- rodeaban el recinto de los mares. Desde 1867, el shogun – el intermediario- no existe, y ya no podrá ser vuestro partidario. Sabéis que no en vano los linajes de los Defensores – los Fujiwara, los Ashikhaga y los Tokugawa- han entregado sus poderes al Emperador en 1869, y Occidente ya no reinará sobre el Japón. Desde entonces, esa nación emergente que se ha adueñado de los inventos y de los ingenios y prodigios de los hombres –incluso nuestra forma de contar los años procede de los calendarios de Occidente, donde el sol viene a morir- no conquistará los mares del espacio medido con sus constituciones. Las Islas han abolido el Código de Taisho por la Constitución de 1889, y el yen es una moneda tan fuerte como el dólar. Además, hemos asumido nuestra muerte anticipada, mientras que vosotros solo pretendéis defenderos de nosotros – como si ignoraseis que somos los mismos, aquellos que venís buscando desde hace tantos siglos-. La pasión que nos obsesiona es la de ser enemigos perfectos, incapaces de rendirnos, para que vosotros seáis capaces de admirarnos. ¿Alcanzaremos la dignidad de tal honor? Os seguimos las huellas: la electricidad del rayo la habéis sometido a la técnica, y los obreros del Japón trabajan para fabricar aparatos electrónicos que se aprovechen de la energía que fabricáis. Esta es la tarea que me ha traído hasta aquí, a mí a mis compañeros, aunque un ataque sorpresa haya arruinado nuestros planes, hoy, a 7 de agosto de 1942, en pleno amanecer, fugados de los 11000 marines que se han apoderado del aeródromo.

Entre los dos movemos la rueda de los acontecimientos, pero ahora siento que la rueda se ha detenido. Nos hemos encontrado. Al fin. Y conozco tu mirada como si me viese en un espejo. Los dioses del Shinto han regresado a los templos de las montañas. Como sucedería en una representación de teatro de máscaras, tú eres el shite y yo soy el waki, y el monje Ganjin –el monje ciego, el mundo- no es más que lo que nosotros vemos en él. Y ni el tiempo ni nuestras obsesiones existen porque por primera vez, nuestros ojos se miran.

NUNCA EXISTIERON LOS SIGLOS

Alzarás el tabernáculo del pabellón de Reunión

Éxodo

Un hombre asentó el pie sobre el futuro y el tiempo se extendió frente a él.

Allí estaba el desierto, llano e imperecedero, compuesto de millones de granos de arena definiendo dunas y evocando sombras cálidas en la quietud del mediodía.

Dejó caer el arco al suelo y las flechas se esparcieron a sus pies, mientras sus compañeros y su familia lo reclamaron desde el llanto pronunciado de los niños, cuyo estómago más débil ya sentía las punzadas del hambre. Los viajeros descendieron al desierto y buscaron el río perdido.

Venían de Mesopotamia, la Tierra Entre los Ríos, donde los pastores de rebaños habían descubierto la agricultura y se habían asentado en la patria del barro originario, dador de toda clase de frutos que aún sin trabajo brotaban de la oscura materia del fondo inaprensible. Y habían construido casas y edificios de barro, y habían colocado las imágenes de sus dioses en los altares, para adorarlos de acuerdo a una forma conocida.

Los viajeros habían abandonado la patria porque en la Tierra Entre los Ríos no se contaba con parcelas de cultivo suficientes para toda la población, y unos se veían obligados a trabajar las tierras de los otros por menos de lo que valía su trabajo, para poder habitar con sus familiares en la patria fundada por sus padres. Más allá de su patria buscaban las mismas tierras que habían dejado atrás, y se afligían por no poder encontrarlas, experimentando el miedo de hallarse en un territorio inexplorado.

No obstante, los dioses de la aventura estaban de su parte, y caminando a pocos pasos no solo descubrieron el río perdido, venido de una fuente escondida, sino también un conjunto de tierras ribereñas, donde acababa el desierto, tan fértiles que las aves las frecuentaban, y en su limo húmedo, además de tortugas, ranas y serpientes, otros hombres de tez oscura las habían colonizado y recogían de ellas sus cultivos.

En menos de cien años, los viajeros se aliaron con los indígenas para fundar Egipto, la Tierra Negra, también llamada la Tierra Fértil, en las riberas del Nilo, el río perdido. La sociedad se organizó en jerarquías, cada una de ellas con su función en el grupo común de los pobladores de la Tierra Negra regada por el Nilo, cuyas crecidas marcaban el ciclo de las cosechas, rememorando el Diluvio Universal de las edades que ya no podían recordarse, porque su pasado se había mezclado con el futuro para definir el tiempo presente.

Quedándose detenidos en la Tierra Negra, que les otorgaba, además de lo necesario para la vida, los placeres del sedentarismo, entre los cuales destacaba el conocimiento cada vez más preciso del entorno, los egipcios recogieron sus historias y, en lugar de ejercitar la memoria en aprenderlas, en lugar de escuchar de viva voz a quienes sabían contarlas con la experiencia de los antepasados – tan útil para despertar las capacidades de los contemporáneos-, se dedicaron a simbolizarlas por medio de un código de signos que fueron pasados a tablas de barro cocido, y que cada cual pudo guardar en su morada. Cuando las historias fueron leídas además de escuchadas, los hombres sintieron nostalgia de la vida nómada de los antepasados, y la identificaron con el paraíso antiguo de Mesopotamia, que era una tierra muy parecida a la Tierra Negra.

Pero los campesinos y los agricultores, y los reyes clasificados en dinastías, no deseaban abandonar la Tierra Negra, y aunque suspiraban por la vida nómada, preferían no moverse de sus casas de barro. Habían elegido defender la Tierra Negra de muchos que deseaban incorporarse a ella para vivir con sus comodidades, considerando que la Tierra Negra valía más que la vida de quienes la deseaban, y su valor debía ser defendido con las vidas de sus pobladores.

Reclutaron ejércitos de hombres para defender las tierras de cultivo, y quienes querían habitar Egipto debían pagar el servicio de la esclavitud, si no tenían bienes, o del tributo, si los tenían. Para defenderse mejor, se unieron, coronaron a un rey representante al que llamaron Menes y situaron su morada en un lugar concurrido por todos sus representados, en una ciudad de servidores a la que denominaron Menfis, donde el Nilo se divide en brazos antes de salir al mar, en el Delta.

Los egipcios impusieron a sus extranjeros sus símbolos y costumbres, a los que denominaron dioses, o espíritus de las cosas, aunque eran formas de lo natural, y no todas las posibles, solo las conocidas por ellos. Los dioses tenían la forma de los animales que alimentan y avisan al hombre del peligro y de la calma: Horus –el halcón-,

Apis –el ternero-, Anubis –el chacal-; además de los animales lejanos o invisibles: Ra –el sol naciente-, Tefnut –la humedad-, Geb –la tierra-, Nut –el cielo-, Shu –el aire-, o Aton – el sol poniente-.

Cuando los hombres morían, caían en tierra y volvían a la Fuente de las Cosas para nacer de nuevo. Pero el rey, llamado Faraón –pues habitaba en la Casa Grande, servida por sus representados-, no deseaba renunciar al privilegio de su poder después de la muerte, y rodeado de tantas cosas a las que había hecho depender su vida, se decía: "¿Adónde iré yo sin esto?". Entonces, como su viaje era irremediable, y también el de sus servidores, pensó en dejar, además de una energía imborrable en el universo de la memoria, una señal de su prestigio entre la gente de su grupo. Su intención era perpetuar también su dolor, pero él no lo sabía, puesto que era esclavo de sus esclavos.

Contrató a un hombre inteligente, al que llamó su Arquitecto. Su mujer también se entusiasmó, diciéndose: "mis hijos disfrutarán del prestigio de su padre". Y ninguno pensó realmente en sus hijos, sino en el prestigio, que debía conservarse a toda costa, pues el miedo de perderlo superaba su crédito social. El Arquitecto, además de ser un hombre instruido, inteligente, capaz de elaborar propuestas para enseñar a los hombres desde su experiencia y la de los antepasados, era asimismo un sujeto ambicioso, pues procuraba emular el prestigio fingido del Faraón para hacer negocios usando su influencia.

Decidió, empleando los cálculos de su imaginación, edificar una casa de barro para un muerto, imitando los túmulos que hacían los hombres para señalar las tumbas de sus seres queridos, con el fin de recordarlos ligados a la Tierra Negra, en la que habían vivido. No obstante, esta debía ser una tumba que se viese desde lejos, como el poder del Faraón. Además, debía estar rodeada de un recinto que no pudiese ser pisado más que por quienes conocían la entrada, como sucedía con la Casa del Faraón, exclusiva para él y para sus servidores.

Pensó en una tumba de barro, en una mastaba, aunque de una altura mucho mayor, escalonada en terrazas, como las torres de Mesopotamia, que se sucederían en proporción decreciente, hacia el cielo sobre todas las cosas. En su interior, el cadáver del Faraón, rodeado de riquezas de las que no deseaba separarse, sería vigilado por una entrada verdadera y catorce falsas, para impedir que los ladrones hurtasen las riquezas del cadáver. La muralla, dispuesta alrededor, estaría decorada con relieves de áspides, animal que representaba el desierto y el peligro.

Para construir el complejo funerario, se recurrió al trabajo de los esclavos. El Arquitecto dirigió la construcción, y cuando el Faraón murió fue enterrado en la Pirámide junto con su familia. La piedra caliza revistió la superficie de la tumba y de la muralla, reflejando la luz de los astros en la distancia recorrida por los campesinos y por los pastores, como un satélite simulado en la vastedad del desierto, de donde surgía a los pies del río perdido la Tierra Negra.

Desde la construcción de la Pirámide, nadie se atrevió a discutir la legitimidad de las dinastías y de los linajes de los habitantes nacidos en aquella tierra fértil con cuyo barro se fabricaban las casas de los hombres. La ley eran los dioses, y los guardianes del secreto del pasado – el Arquitecto y el Faraón que reinara en otro tiempo- yacían enterrados en un sarcófago defendido por trampas donde el miedo se escondía y figuraba

fantasmas en la imaginación de los hombres, súbditos ya del poder de la Pirámide, cuya apariencia escalonada daba idea de las clases sociales que trabajan desde la base natural, organizando jerarquías cada vez más complejas según se van asentando en un modelo social sedentario, hasta el vértice estrecho del solo linaje de un solo hombre; y cuya geometría traducía el molde de las leyes humanas, cuyos principios estuvieron en los agrimensores que dividieron la tierra limitada para que los habitantes de Egipto se instalasen en ella.

A medida que pasaba el tiempo inventado por los hombres, los Sacerdotes empleados en el culto fueron predicando cualidades de los dioses, razonando sobre su conducta y anotando posturas lógicas de los mismos, y diseñaron un programa de comportamiento humano denominado Teología, o actitud de los hombres para con los dioses. Después, en uno de sus epígrafes – el Libro de los Muertos- anotaron el Vínculo de la Inmortalidad, separando entre tres manifestaciones de lo Inmortal: el *akh,* fuerza de conservar el tiempo que solo poseían el Faraón y los dioses – los promotores de aquel modelo social-, el *ba* o espíritu inaprensible liberado en la naturaleza, y el *ka* o imagen del muerto, a semejanza de su imagen en vida. Así separaron entre el Pasado, el Presente y el Futuro para referirse a la Inmortalidad, aunque en la vida esos tres momentos estaban juntos cuando el tiempo no se medía según la costumbre de afincarse en una tierra fija.

Los funcionarios fueron cada vez más abundantes y necesarios para organizar las relaciones sociales de tantos hombres que convivían aprovechando los recursos de una misma tierra. Además, la Tierra Negra, desde la fundación de Egipto, había sido codiciada por los extranjeros, quienes veían en ella un lugar acogedor y cuyas defensas eran un motivo de sospecha y una tentación permanente para quienes moraban en el nomadismo, sin tierra fija, soportando hambrunas y carestías, aunque su libertad de actuar fuese sin duda mayor.

Los Faraones nacidos tras la construcción de la Pirámide ansiaban superar la magnificencia de los antepasados, con el fin de que su majestad fuese venerada por sus descendientes en la forma que ellos deseaban, de acuerdo con las costumbres que habían aprendido. El Faraón Snefru mandó edificar una Pirámide de caras lisas – el escalonamiento se volvía abstracto- en Meidum, a una distancia paralela a la de Saqqara, a orillas del Nilo. Unió su pirámide con una calzada a la de su esposa, y fue enterrado en su tumba de piedra de lados iguales. El Faraón Keops, su hijo, ordenó construir la pirámide más grande, para que fuese vista aún por los nómadas del desierto, en Gizeh. Kefrén, su sucesor, considerando que se vería obligado a reducir a la esclavitud a todo su reino para edificar una pirámide mayor a la de su antecesor, mandó modelar una esfinge con forma de fiera, con su rostro labrado para que se viese desde lejos, también en Gizeh. Y Mikerinos, el faraón siguiente en la dinastía, construyó otra pirámide en Gizeh, y las tres fueron como tres montañas artificiales y brillantes observables desde el desierto.

Cada faraón, a partir de entonces, construyó su pirámide propia; y no solo los faraones fueron enterrados en pirámides, también los altos dignatarios y sus mujeres e hijos. Sobre las construcciones fueron grabados los responsos que se formulaban por los vivos ante los muertos para conservar su memoria tal y como ellos deseaban que se

conservase, y las escrituras fueron llamadas jeroglíficos o escrituras sagradas. Lo sagrado se llamó desde entonces todo lo referente a la memoria de los muertos.

La Tierra Negra atravesó numerosas épocas de invasiones y cambios de gobierno. Los extranjeros, alentados por el premio de habitar una tierra fértil y próspera donde hasta los muertos conservaban los atributos de su riqueza, momificados y albergados en sarcófagos de oro y plata- metales brillantes a semejanza de los astros que despertaban la codicia de sus poseedores-, se decidieron a entrar en aquel paraíso artificial para poblarlo y gobernarlo.

Egipto se dividió en principados independientes encabezados por extranjeros que se habían apoderado de las instituciones y que luchaban entre ellos por el control del poder central, de la Casa Grande. Las tumbas fueron saqueadas y no se respetaron las leyes ni las costumbres antiguas. El príncipe de Tebas, la ciudad del Bajo Nilo, fue el vencedor de la contienda al conseguir empleando una estrategia lógica unificar los ejércitos. Recibió el nombre de Mentuhotep o, el Unificador, y fue coronado en Tebas, la Ciudad del Faraón desde entonces. En lugar de pirámides, en esta época se construyeron templos. Los funcionarios fueron preferidos a los nobles del ejército, y la sociedad se fue volviendo más urbana, especializándose cada vez más los oficios.

Quienes comerciaban con la Tierra Negra, por el mar al que daba el Delta o a través de los caminos del desierto, enriquecidos con el tráfico de Egipto, fundaron sociedades parecidas en sus naciones, se asentaron en ellas e hicieron la guerra a Egipto. Concentrando su inventiva en la guerra exclusivamente, sofisticando las armas aprendidas de su comercio, invadieron la Tierra Negra y se apoderaron de las instituciones, coronándose reyes desde sus carros de combate, y adoptando los atributos de los faraones hasta terminar por identificarse con ellos.

El lujo de Egipto vencía las costumbres extranjeras, domesticaba a los bárbaros – así llamaron los griegos comerciantes a los guerreros que perseguían el ideal de la conquista de las ciudades, de las civilizaciones-. Los sacerdotes de Amón –el carnero sagrado- controlaban el gobierno e influían en las decisiones de las autoridades investidas por los campesinos de la Tierra Negra. Un faraón se proclamó a sí mismo *Hijo del Sol Poniente,* llamado Atón, y sustituyó el culto a los dioses por el culto al dios a quien creía su padre. Lo único que pretendía este faraón era terminar con la influencia del clero de Amón, enriquecido con las prebendas y donaciones de las dinastías anteriores, pero sus descendientes, incapaces de enfrentarse al clero de Amón, volvieron a la religión antigua.

Nosotros, hijo, no somos más que extranjeros que durante mucho tiempo rodeamos la Tierra Negra para comerciar con sus mercancías, aunque nunca hemos querido formar parte de ella. Abraham, nuestro antepasado, vino a Egipto por primera vez y su mujer, Sara, fue recluida en la Casa del Faraón durante algún tiempo, para convertirse en una de sus esposas, hasta que una peste evocada por nuestro dios, *El Que Es,* conocido por Yavé, obligó al faraón a devolverla a su esposo. Abraham buscaba la tierra prometida por Yavé, pero esa tierra cambia de lugar con la mirada, y nuestra Ley dada por Moisés, hijo adoptivo de Egipto, contempla la necesidad de no verla nunca por completo salvo en cada lugar que habitamos.

José, bisnieto de Abraham e hijo de Jacob, a su vez hijo de Isaac, fue vendido por sus once hermanos a Egipto, como atestigua nuestra Ley, y su don de interpretar los sueños lo elevó a la dignidad de primer ministro del Faraón, con la potestad de administrar Egipto en su nombre. Él fue quien trajo a sus hermanos a Egipto y asentó en la Tierra Negra a las doce tribus, reducidas a la esclavitud por el faraón Ramsés, antes de nuestro éxodo a través del Mar Rojo hacia Canaán, la Tierra Prometida de entonces.

Cuatrocientos años duró la esclavitud de los hebreos en Egipto, y cuarenta el éxodo atravesando el desierto de los nómadas, anterior al descubrimiento de la Tierra Negra. Las diez plagas obligaron al Faraón a libertar a sus esclavos, y de nada le sirvieron sus ejércitos, que perecieron cuando las aguas del Mar Rojo se cerraron tras haber pasado el pueblo de Israel, o el pueblo de Jacob, a la otra orilla. Yavé fue entonces llamado el Dios de los Ejércitos. Así ha sido hasta hoy, hijo mío.

¿Dónde está la gloria de Egipto? ¿En sus tumbas? Soberbias son y magnificentes, pero cerradas a la riqueza de la muerte que encierran. Moisés oyó la voz de Yavé en el monte Horeb, que está en tierras de Madián, voz sostenida en la imagen del fuego mágico que ardía en la zarza y no quemaba ni una sola de sus hojas. El fuego despertó la memoria de los antepasados, por eso Yavé dijo entonces: “ Soy el Dios de tus padres, de Abraham, de Isaac y de Jacob”. El fuego es la única imagen que podemos aprehender de Yavé, su único rostro. Pero el hombre es terco, y fabrica imágenes para dominar a los pueblos, y de esta manera, cuando Moisés, siervo nuestro, subió al Sinaí para darnos las Tablas de la Ley, de camino hacia Canaán, nuestro pueblo convenció a Aarón, hermano suyo y sumo sacerdote, para que fundiese con el oro que traíamos un becerro tomando como modelo las estatuas del dios Apis de Egipto. ¡La grandeza de la muerte nos seducía! ¡Exigíamos un dios visible, hecho por nosotros, al cual dominar! ¿Comprendes el error del pecado, hijo mío, distingues la vida de la muerte? Cada vez que pretendemos controlar lo oculto y medir nuestros pasos para conservar una imagen del tiempo, un ídolo de nuestro deseo, cavamos nuestra propia tumba.

Atiende a lo que te digo, pues este es el testamento de nuestro pueblo, esta es toda la experiencia del mundo que te puedo dar yo. Lo demás lo tendrás que descubrir por ti mismo. Sabes que Moisés rompió las tablas de la Ley cuando supo la blasfemia de su pueblo. Así lo has leído en el Libro. Sabes que nuestra Ley no es absolutamente nada más que un vínculo entre nosotros a través del recuerdo del instante de nuestra libertad. No obstante, el pueblo tiene mala memoria. Y la Ley es una necesidad para quienes no quieren recordar. En la edad de los nómadas no existían leyes ni fórmulas algunas escritas, y si existían algunas servían para apoyar la memoria, nunca para ordenar nada. Tú te habrás dado cuenta de que desde que has visto los reinos y las civilizaciones, algo te ha quedado de su vanidad suntuosa, y ese algo es el poder, la autoridad y la jerarquía. Muy bien: pues eso es precisamente la Ley. Una imagen evocada de nuestra culpa.

De Yavé nos queda el fuego, y no un fuego cualquiera, sino el fuego mágico de las alturas de la contemplación. La fraternidad, el amor, la convivencia, la unidad. Habrás entendido que esa virtud no puede aprenderse en la Ley, solo puede conocerse por medio de la experiencia de la vida. La Ley nos devuelve constantemente al pasado, al Pecado, y nos acomoda en él, nos niega el aprendizaje de la vida. Pero es una mentira que el pueblo venera, al igual que el Becerro de Oro. Porque el pueblo proyecta su miedo en la Ley, tomándola como excusa para no vivir. De esta manera, ya asentados en la tierra de Canaán

por Josué, hijo de Nun, instituimos a doce jueces para que aplicaran la Ley al pueblo. Después pedimos un rey, y Samuel, el Sumo Sacerdote de Jerusalén, ungió a Saúl, y después a David, nuestro rey actual.

La medida del tiempo es una sombra de la Ley. Recordarás que al inicio de mi crónica sobre la Tierra Negra, a la que fuimos y de la que salimos, dije: "Un hombre asentó el pie sobre el futuro y el tiempo se extendió frente a él". Ese hombre fue el primero que se equivocó, y aunque no pertenece a nuestro pueblo, su error ha sido continuado por la mayor parte de los pueblos. Quiero decirte que el hombre ha sido creado para caminar, y cuando se detiene pierde su imagen y semejanza consigo mismo. Medita sobre nuestro Libro del Génesis, acuérdate del Paraíso y del Pecado Original, de aquel reino perdido con la institución de la medida del tiempo. El reloj de arena de Egipto no ha servido de otra cosa que de cerco de esclavitud. Por eso nuestro rey David, escogido por Yavé y autor de un cántico de restauración, ha escrito: *No a nosotros, Señor, no a nosotros / sino a tu nombre da la gloria / por tu bondad y por tu fidelidad.* El tiempo de la arena y las pirámides es un sueño de vanidad en la eternidad inmensurable.

Así fue como en la Pascua de Primavera nuestro pueblo fue liberado de la esclavitud de Egipto, volviendo a la vida que nos reclamaba. Para que no nos afectase la última de las plagas, sacrificamos un cordero y lo comimos de pie la noche anterior al viaje, y luego pintamos con su sangre los dinteles de las puertas de entrada de nuestras casas, como señal de nuestro pacto. Ese es el cordero de Yavé que quita el pecado del mundo, el que comemos todas las primaveras de Pascua para evocar el paso del Mar Rojo. Sucedió en el pasado, pero como nosotros tenemos alterada la percepción de la vida, sucederá también en el futuro, con el que se identifica toda edad anterior. Es un efecto del tiempo que hemos instituido. ¿No has oído hablar a los profetas? Vendrá el Mesías, y salvará al hombre del pecado. Entonces ya no habrá Antes ni Después, será siempre Ahora, como antes de Egipto y de la Ley. ¿Acaso podríamos sustituir la luz de la vida por la ceguera de la muerte? En absoluto, porque la luz siempre vence a las tinieblas. El Mesías vive entre nosotros, pero aún no lo hemos conocido. Pero llegará el momento en el que suceda la liberación de la Ley, y yo te advierto, hijo, para que estés preparado. Aunque somos pastores de Cedrón, y estamos circuncidados conforme a los mandatos de Moisés, ninguna costumbre nos librará de lo que tenga que suceder. Respeta la Ley, pero no te ampares en ella para negociar con tus semejantes. Porque la vida es lo único que existe, y Yavé vive en nosotros, encarnado en la voluntad del cuerpo que queramos darle. Esto es lo único que he aprendido, hijo, para que no olvides vivir con todas tus facultades, pues el tiempo lo hemos inventado nosotros, puesto que nunca existieron los siglos.

MIEDO DE SER HOMBRES

De forma que irrumpían esos aires perdidos en la casa vacía

Virginia Woolf

Complicando con una humana fatalidad el destino

Víctor Hugo

La Rebelión Interna

- ¿Quiénes son los cabecillas?- preguntó Des Jaunes, juntando sus legajos y leyendo detenidamente como para encontrar una solución.
- Sus nombres son, según el testimonio de sus amos, quienes los reconocieron: Jean François, Bukman, Georges Biassou y Toussaints Louverture- respondió el teniente coronel Benezet, guardando la postura de rigor y mirando el retrato del abate Sièyes, que sustituía desde hacía tres años al del rey Luis XVI de Francia, decapitado por la guillotina de la Revolución.
- ¿Por qué se han rebelado?- volvió a preguntar Des Jaunes, encendiendo un puro cuidadosamente.
- Quieren que se les conceda la libertad, a ellos y a sus familias, quieren poseer propiedades a su nombre y vestirse como sus amos- informó Benezet, tratando de escapar de la mirada inquisitiva del general Des Jaunes, su superior.

El general sonrió para sí, hizo un movimiento descuidado con el codo y arrojó unos papeles al suelo. Después advirtió a Benezet con la vista, diciéndole sin despegar los labios: “no se moleste en coger lo que ha caído”.

- ¿Están muchos de su parte?- continuó interrogando Des Jaunes, expulsando bocanadas de humo gris al techo decorado con estucos que imitaban arquitrabes griegos.
- Se han contado unos cuatro mil hombres, todos ellos cimarrones fugados a las montañas- contestó Benezet, intuyendo a qué iría a parar la entrevista- Tienen fusiles, además de sables robados a los colonos. En las minas se han hecho con un arsenal considerable, y teniendo en cuenta que desde la metrópolis no nos llegan refuerzos algunos a causa del bloqueo de la República, intuyo que...
- No intuya nada- lo interrumpió el general, a punto de sucumbir a uno de sus ataques de cólera- A nosotros no nos van ni nos vienen los asuntos políticos. ¿Estamos? ¿Sabe qué tiene que hacer ahora, Benezet? Ordenar a las tropas que dirijan una ofensiva contra los rebeldes. El artículo 17 de la Declaración lo dice bien claro: “La propiedad es un derecho inviolable y sagrado”. ¿Qué más puede decirse? Estamos aquí para defender los intereses del Estado, y a cada cual que le parezca lo que quiera. Los propietarios son ciudadanos de pleno derecho, y ellos serán protegidos por su milicia. Aquí no se negocia con nadie. Por eso protestamos en marzo a causa del decreto de libertad de los mulatos, porque nuestra experiencia nos decía que tal medida inadecuada traería desórdenes a la colonia.

Benezet guardó silencio.

- Mi general... – le habló al fin.
- Qué tiene que decirme- se preparó Des Jaunes, dispuesto a escuchar algo desagradable.
- Sonthonax, el representante de la Convención Nacional, ha enviado algunas tropas desde Francia...

- ¿Y?- se impacientó Des Jaunes, apagando su puro.
- Las tropas se han rendido, y algunos soldados y oficiales se han pasado al bando enemigo- dijo Benezet en voz baja, con las facciones rígidas- España y Gran Bretaña cooperan con ellos. Pero eso no es todo: Sonthonax está firmando la rendición con los rebeldes, y he venido a traerle la orden por la cual usted está obligado, conforme a los intereses del Estado, a detener la ofensiva y a soltar a los rehenes capturados, y a presentarse asimismo al gobernador Sonthonax para entregarle los poderes durante el tiempo que estime conveniente.

Algunas novedades

Un burgués londinense leía los titulares del *Times* – periódico fundado en 1758- acerca de los sucesos de la revolución de Francia, así como ciertas noticias de alcance internacional, mientras se bebía su té de las cinco.

Los titulares bailaban como intérpretes de ballet ofreciendo, entre las candilejas de anuncios e imágenes que patrocinaban el espectáculo escrito, sus textos tipografiados con tinta todavía fresca, comentarios múltiples de las efemérides del día y aún de la hora, oráculos instantáneos, también algún que otro fragmento literario destinado a perdurar en la memoria. El burgués colocó el dedo sobre el cuerpo candente de una noticia recién horneada y reconstruyó un acontecimiento de acuerdo con lo que leía, tamizándolo de sus intereses políticos que saltaban ya en la página informativa.

"*Lord Wellesley consigue formidables victorias en la India, sometiendo a las regiones dominadas por Portugal y Francia a la Corona Británica, de acuerdo con la decisión de Robert Clive de Plassey de ceder la soberanía de la Compañía de Indias a Su Majestad... Varios ingenieros discuten la posibilidad de fabricar una máquina capaz de impulsarse por sí misma usando la presión del vapor... El movimiento de las enclosures, puesto de moda por las Sociedades Agrarias, permite un aprovechamiento mucho más eficiente de las tierras de labranza, eliminando el barbecho y permitiendo que los labradores empleen por primera vez abonos químicos facilitados por los propietarios de las tierras, aunque las inversiones obligan a los emprendedores a solicitar del Parlamento el aumento de las tarifas aduaneras del cereal... La isla de Santo Domingo, llamada la Española, acaba de abolir la esclavitud en su protectorado francés, según decreto de su gobernador a fecha de 29 de agosto de 1793... Continúan los desórdenes en la joven república francesa, sometida a un nuevo régimen constitucional que se cobra víctimas para la guillotina cada día ("Estamos en la Era del Terror del Continente" ha declarado nuestro Primer Ministro, recordando aquellas bellas palabras del almirante Nelson para conjurar los desequilibrios del Liberalismo Político: "Inglaterra cuenta con que cada hombre cumpla con su deber")... La nación de los Estados Unidos de América, presenta a su tercer presidente, Thomas Jefferson... La América Española agrava su crisis institucional... La Sociedad Secreta del Loto Blanco amenaza los intereses británicos en China... La revuelta de la tribu de los zulúes es sofocada por las milicias nacionales en la Colonia del Cabo, en África... Según su reciente Ensayo sobre la riqueza de las naciones, el economista político Adam Smith concede la facultad de distribuir equitativamente la riqueza a la mano invisible de los mercados, opinión que ha sido tildada de locura ideológica por los defensores del*

proteccionismo económico... ¡Admiren o condenen estos versos de los poetas locales Wordsworth y Coleridge! Solo pueden ser admirados o condenados, no hay término medio, según testimonio de la crítica... ¿Y esta fotografía? ¿Reconocen los avances de la técnica? Atribuyan el milagro al óxido de plata... Aseguren su mercancía con el sistema de seguros Lloyd's... Comprar más para sostener la industria, etc... Entidades bancarias modernas: Goldsmith, Rothschild ("la venganza de los judíos" en testimonio de su competencia en el sector financiero)... Nueva oración para alejar la enfermedad, cortesía de lady Frost, de la confesión de los cristianos cuáqueros... ¡Por fin un remedio para la epidemia de la viruela! ¡La vacuna del doctor Jenner! Trescientos pacientes por día en Londres... La Reina Madre viaja al país de Gales en compañía del Rey... Menú del día en Trafalgar Square... necrológicas... demandas... ferias del condado... votos...

El burgués dejó de leer, metió las gafas en su estuche con la vista fatigada, abrió su paraguas al notar que llovía, se arregló la peluca empolvada que se le había desajustado de la cabeza, pidió un simón y tomó la dirección que lo conduciría al Club Social de los Reformistas. Se bajó del simón, pagó el billete, encendió su pipa, introdujo una carta en el buzón de correos, se sonó la nariz, pidió su casaca en la lavandería, compró cinco participaciones de bolsa pertenecientes a la industria textil, adquirió dos biblias para su mujer y sus hijos, observó un escaparate donde se exhibían partidas de café y chocolate y compró algunos paquetes que ordenó llevar a su criado a casa, y para terminar, vio a un paralítico que pedía a las puertas del Club Reformista.

- No tengo tiempo ni dinero, amigo- le contestó.

Y atravesó la puerta giratoria, resoplando.

Las cartas del Emperador

La época de los aventureros se abría paso. Las nueve sinfonías de Ludwig van Beethoven presagiaban los impulsos del hombre por combatir de nuevo contra sí mismo, y el viejo Fausto, el alquimista evocado por Goethe, vendía su libertad a cambio del comercio con todos los bienes de la tierra.

La costumbre social formó una opinión pública en la que no cabía el aprendizaje, pues el modelo científico experimental de los laboratorios, la moda de controlar la naturaleza para sacar provecho de ella con el fin de satisfacer cualquier deseo o capricho, el canon griego de filosofía natural – cuyos frutos eran los cálculos ensortijados de Galileo y Newton-, sustituían cualquier actitud de escucha y de relación con el entorno siempre magistral.

Marchar a un ritmo desenfrenado en una sola dirección –el Progreso- se convirtió en la obsesión de los mercaderes, cuyos valores bursátiles desplazaron el interés hacia los valores humanos. En efecto, las arbitrariedades de los siglos del absolutismo y de la inquisición, la actitud despreocupada de la nobleza y del clero, la sumisión de los pueblos a un modelo de Estado que fundaba su riqueza en las reservas de oro y plata, habían despertado el anhelo de librarse de la tiranía, de romper las cadenas políticas que no eran otra cosa que el reflejo de un miedo colectivo, y el medio para lograr esa venganza de los unos contra los otros era la piedra filosofal de la libertad de empresa,

garantía de los derechos de propiedad en contra de la tutela arbitraria de la nobleza desacreditada.

¿Quién podía ser el campeón de esta lucha de clases? Un capitán capaz de vestir el uniforme del honor ultrajado, un militar que pudiera ser un político al mismo tiempo, un hombre salido de las clases desfavorecidas que impusiese su autoridad sobre las clases favorecidas. Se encontró a este hombre – porque las mujeres preferían conservar el bienestar de sus familias antes que involucrarse en una lucha de resultado incierto- en el general Napoleón Bonaparte. Él era el paladín que estaban buscando: valiente, resuelto, a veces obstinado, un estratega que ponía todo su empeño en sus planes y que no se dejaba llevar por la corriente de la misma opinión que confiaba en él.

Los miembros del Consejo de los Quinientos, los Decenviros de la Constitución del Nuevo Régimen, vieron llegar el día 10 de noviembre de 1799 al Interés armado como General, en la figura de aquel hombre del ejército que durante cuatro años fue cónsul y que en 1804 se convirtió en Emperador de Francia, el Imperio de las Ideas.

Todavía en 1802, durante su etapa de cónsul, el *Imperator in pectore,* redactando unas elaboradas cartas, restituyó la esclavitud en las colonias francesas, abolida por decreto revolucionario a fecha de 29 de agosto de 1793.

El acto de disparar una pistola

- Fíjese en la sofisticación de esta arma de fuego- le comentó el vendedor a su cliente, un *cowboy* de Texas, un joven de diecisiete años que viajaba por primera vez a Boston, en diligencia por una ruta plagada de baches e indios y militares, en compañía de aquel viajante de comercio que parecía tan simpático- Un tambor de catorce balas, ¿lo ve? El funcionamiento es automático al oprimir el gatillo. Por cuatro dólares es suyo este revólver, y sepa que le estoy haciendo un favor con vendérselo a ese precio, que para mí es regalarlo. Una pieza como esta puede salvarle la vida. Téngalo en cuenta.

La dama de la izquierda viajaba sola y no decía nada. Cubierta la cabeza y el cuerpo arrebujado en una manta de piel de visón para taparse del frío de febrero, leía con ojos tímidos una novela romántica cuyo argumento incluía viajes, amor de pareja e incomprensiones sociales.

Por primera vez el joven se sintió necesitado de anotar sus impresiones no compartidas en su memoria, para no olvidarlas por si alguna vez lograba casarse con una dama de la alta sociedad, como aquella desconocida exótica con la que viajaba. Y reconstruyó el mundo dentro de sí, acompasado su pensamiento con el traqueteo de la diligencia.

“ En la ciudad habrá nuevas oportunidades. Nadie conocerá mi origen, y como soy joven podré aprender rápido. Seré rico, tal vez millonario, tendré mi propio negocio y sirvientes a mi alrededor, y millones de máquinas me facilitarán el trabajo. Pero primero me compraré esta pistola. Es estrictamente necesaria para defender mis propiedades de los ladrones. Compraré una granja y venderé la carne en los mercados de las grandes capitales. Arrojaré mi sombrero al aire en las próximas elecciones, y tal vez sea yo el elegido cuando me compre ropa nueva. Y después me casaré con... esta señorita. Le escribiré una carta de amor, bailaré con ella y la seduciré, tendremos una

bella familia de hacendados. Seremos felices, y nuestros hijos tendrán más dinero que nosotros. ¡Oh sí! ¡Todo tan deprisa que no hay tiempo de pensarlo, y no será como el cuento de la lechera, ni las fábulas antiguas podrán decir nada, porque tenemos pruebas que avalan este ideal de vida! Los inventos brotan de todas partes. Telares, fábricas, revoluciones, transportes, minas. Las ruedas de la diligencia no arrastran a los caballos, son los caballos los arrastrados por las ruedas de la diligencia. Cuando se enciende la mecha, hay que actuar antes de que explote la pólvora del barril. ¡La libertad! No habrá planeta lejano, ni hombre esclavo. Pero las máquinas seguirán trabajando después de nuestra muerte, y nosotros no sabremos qué hacer para detenerlas. El tiempo es un dogma, existe como la gravedad, palanca del movimiento. Lo tengo atrapado en este reloj de pulsera. Doce números, dos agujas que giran imperturbables detrás del cristal protector, la clave del universo mecánico sincronizado con esta voluntad de control. Pero primero aprenderé a disparar. Es imprescindible. Habrá que actuar deprisa. Si no, perderemos esta oportunidad. Ya no seré rico, ni me casaré con esta señorita del visón. Ya no tendré hijos hacendados, y mi lenguaje perderá velocidad. Por eso, primero..."

- Cuatro dólares – repitió el viajante- Aquí está la bala de prueba.

La pistola reaccionó, y se volvió contra su dueño enfilándolo con la culata vuelta hacia él. La señorita chilló y el cochero se volvió para escuchar.

- Gracias por su oferta- dijo el muchacho, y la pistola lo dirigió a partir de entonces.

En el calabozo cercado del frío

Toussaints Louverture. 6 de abril de 1803

Querida Esposa:

Estoy encarcelado en una tierra lejana, en el fuerte de Joux, en el Jura Francés. Aquí me han encerrado los tiranos hasta el día de mi muerte, que presumo será mañana. Estoy solo. También estaba solo cuando se me ocurrió encabezar la revolución para devolver la libertad a los esclavos. Estos años han pasado por mí como un sueño, y cuando desperté de la fiebre me encontré en este calabozo cercado del frío, despojado de mi uniforme, hambriento, enfermo, abandonado. Sé que el Emperador que me ha encarcelado estará algún día como yo, y sentirá lo mismo que siento ahora. Me consuela pensar que tanto odio no sirve de nada.

He estado luchando por la libertad de los esclavos, arriesgando mi vida por defender los derechos de la gente de color, a quienes las épocas pasadas subyugaron a los intereses de los herederos de la tierra, y no me arrepiento de lo que he hecho. He sido un valiente, mis conciudadanos – es una palabra muy usada actualmente para referirse a los vecinos- me nombraron gobernador vitalicio de la Isla de Santo Domingo, donde nací. ¿Qué hay más reconfortante que verse reconocido por tus allegados? Este ha sido mi mayor regalo en la vida. Pero, en contrapartida a esta circunstancia favorable, he recibido algunos disgustos, y este tormento que vivo ahora es su última fase. Me he dado cuenta de que en esta militancia por lograr un propósito justo a mi modo de ver, me he traicionado a mí mismo, pues casi sin darme cuenta, me he ido convenciendo de

que tenía que parecerme a mis enemigos para estar a su altura, y llegado el momento siento que he venido a ser como ellos.

En las revoluciones las instituciones no cambian. Es más, resulta necesario que sean las mismas para que la iniciativa política tenga éxito. La esclavitud consiste en la guerra de una clase social por aprovecharse de la otra, que opone una resistencia solo formal al ataque, empleando el poder que esta misma le ha concedido para administrar sus intereses en su nombre, y aprovechando el miedo de la clase cedente para ampliar el poder de la clase cesionaria. Las dos, no obstante, están de acuerdo en hacer esta guerra. Los aparentemente desfavorecidos quieren participar de los privilegios de la clase dominante sin vencer antes sus temores a actuar de modo responsable, y los aparentemente favorecidos quieren llevar su codicia a las últimas consecuencias, sin apercibirse ni el uno ni el otro que la base de su organización social es esta sola realidad: el miedo.

Recuerdo el año 1800, cuando fui nombrado Gobernador Vitalicio de Santo Domingo, unificando las colonias francesas y españolas de la isla. Vestía entonces un uniforme con casaca y charreteras bordadas con hilo de oro, y mi cabeza estaba cubierta por un tricornio con una cimera de plumas enderezadas y la escarapela tricolor cosida a la tela, exactamente un círculo concéntrico de tres colores. Recuerdo también el año 1802, la insurrección de mis lugartenientes Christophe y Pétion, la proclamación por parte del negro Dessalines del Imperio de Haití habiendo adoptado el nombre de Jacques I. Estos acontecimientos sucedieron y están sucediendo mientras permanezco encarcelado. La guerra me ha sobrevivido y continúa por su propia cuenta. También lo hace en los imperios continentales de América, y parece que todos los pueblos desean rebelarse a un mismo tiempo.

A mí me importa poco lo que suceda después de mi muerte, si algo me importa de estos sucesos es lo que pueda pasaros a ti, querida esposa, y a nuestros hijos. Sé que en tiempos pasados, cuando vivía mi padre, los Conquistadores se sirvieron del clero para instaurar el miedo a través del Tribunal de la Inquisición, confundiendo la práctica religiosa con el orden público de la ley, e instituyendo dogmas teológicos en los comportamientos sociales que nada tenían que ver con la verdadera doctrina de una religión, fundamentada en la libertad. La Revolución nacida en Francia pretendió restaurar esa libertad perdida, pero no comprendió en absoluto su verdadera naturaleza, y lo que hizo fue sustituir un dogma por otro. Si antes los dogmas eran la Trinidad Divina proclamada y no entendida, y los sacramentos como costumbres y no como vivencias auténticas de fe, lo cual ya en tiempos pasados promovió herejías contra la institución de la Santa Sede, enfrentamientos políticos por el control de las instituciones que dejaban al margen el crecimiento personal del individuo, ahora la División de los Tres Poderes y las Declaraciones de Derechos se han impuesto también políticamente, desde las instituciones, sin tener en cuenta en absoluto el desarrollo del individuo. Yo era un hijo de esclavos que aprendí a leer con dificultad, pero soy un hombre, y la civilización no puede negar mi condición y mi sabiduría humanas. Yo he aprovechado el medio que se me ofrecía para vengarme, y me subí al carro de la revolución pensando en los sacrificios de mis compatriotas y los malos tratos recibidos por los colonos que los gobernaban.

Pero ahora se me viene a la cabeza este pensamiento: la verdadera valentía, la condición del hombre libre, consiste en dejar a un lado la venganza y buscar la felicidad a través de los demás, sembrando paz y no discordia, y practicando buenas obras hasta para el enemigo, porque solo en los demás nos encontramos a nosotros, como creo que no solo predica la religión cristiana, sino todas las religiones a su modo, aunque los símbolos sean diversos. Quien ayuda a un hombre a liberarse de las ataduras de su propia maldad, a sí mismo se ayuda, pues desaparece en el acto su miedo y se siente libre. Se me ocurre un ejemplo: cuando era un niño, los catequistas extranjeros me mostraron el modelo de conducta de un mulato hijo de esclavos que vivía en un convento de dominicos en Lima, y que por su condición de hijo de esclavos fue relegado a actividades que se consideraban bajas por la opinión social, y se dice que pasaba la vida barriendo los templos, y que él mismo se negaba, por humildad, a desempeñar ninguna otra actividad. Pues yo te aseguro que su tarea me ha valido más que todos los discursos teológicos y políticos y que todas las prédicas, y que aún, a pesar de mi negativa a aceptar ninguna imposición de los Conquistadores, no puedo olvidar que se llamaba San Martín de Porres. Y que si en el mundo quisiera seguir el modelo de alguien, seguiría el suyo.

¡Nunca es demasiado tarde para aprender! En mi vida he hecho muchas cosas buenas, y esta última, la de reconocer la verdad, ha sido la mejor de todas. Creo que Dios, o como quieran llamar a quien no conocemos y se manifiesta a veces ante nosotros, me ha regalado un día más de vida para contar todo esto por escrito. ¡Bendito sea su nombre, quienquiera que sea! Aceptaré este tormento como el paso necesario para pasar de esta vida a la otra, pues no tengo ninguna duda de que esta vida que he dejado atrás me seguirá adonde vaya, ya que la he modelado yo mismo a mi imagen.

Adiós, esposa mía, y adiós hijos. Rezad por mí una oración y cumplid con vuestras esperanzas. Hasta siempre,

Toussaints Louverture

El pensamiento y sus máquinas

Una idea es una forma de pensamiento que lleva a otra forma de pensamiento, pero si no se prueban sus efectos en un resultado personal, es una máquina que se comporta de manera ajena a nosotros, y a la que cedemos la energía de nuestra voluntad.

“La fuerza de atracción entre dos cuerpos es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa”. Aceptamos esta máxima de experiencia – de una forma ideal de experiencia- como una proposición universal, como un lábaro para dirigir nuestros comportamientos sociales. Una locomotora de vapor sobre raíles, un telar hidráulico, una fábrica de engranajes, un puerto de grúas gigantescas, un aeroplano a motor son máquinas que transforman el movimiento en trabajo, pero, ¿cuál es la función de reducir la tierra a un globo controlado por la mano del hombre?

Surcando la superficie de la materia y olvidando la raíz del movimiento, un hombre puede volverse también superficial, como una hoja arrancada del árbol, y sus

investigaciones serán reflejo de la enfermedad por crear una rueda mecánica en la que permanece encarcelado.

Narciso se mira en el agua. Se enamora de su reflejo ilusorio alimentado por su propia mirada. Adán muerde la manzana de la ciencia. Se siente indefenso ante la naturaleza que lo sobrepasa y huye del paraíso por el temor de imaginarse en él.

No obstante, la libertad alguna vez tiene que equivocarse para aprender. Resulta imprescindible que las máquinas salgan del hombre para que él las vea ante sí tal cuales son, para que sus pensamientos se le manifiesten. ¡Son la causa y el efecto de la libertad! Es preciso padecer todo esto, y cualquier proyección de nosotros nos curará devolviéndonos lo que somos para restaurar nuestra bondad original.

La utopía consiste en la proyección de una obsesión. La pantalla refleja lo irracional de las imágenes moviéndose a través de las sombras de nuestro temor a ver tal cual son los objetos. Los mitos, los arquetipos, las normas, los modelos. Platón y la Caverna Griega. La Atlántida. El Olimpo de los dioses etéreos, expulsados lo más lejos posible de nuestro corazón del que surgen. La institución de una sociedad moderna, vengados los defectos de la antigua, canonizando costumbres, idealizando gestos. Proyectando lejos, en el Estado, en la Ciudad, en el Orden Externo, en la Pantalla.

La empresa del desarrollo del miedo. Robert Owen funda Nueva Armonía, Charles Fourier instituye el Falansterio, Saint Simon ataca la monarquía, Etienne Cabet pergeña Icaria- la Nueva Arcadia de América-. Rothschild desarrolla la Entidad Financiera, Rockefeller compra minas de petróleo, el Mercado de Masa centraliza sus colonias alrededor de sus metrópolis tentaculares. Proudhon denuncia la propiedad privada, Rousseau defiende la propiedad privada, Carlos Marx pronuncia el *Manifiesto Comunista,* Voltaire avergüenza a la teología, la Compañía de Jesús acusa a Voltaire de promotor de falacias, Bakunin y Kropotkin suprimen la representatividad política, Bossuet escribe contra Fénelon y Fénelon contra Bossuet, Taylor inaugura la fabricación en serie, los tejedores de Silesia inauguran la huelga violenta en las fábricas, todas las ideas se esfuerzan en derribar a las contrarias.

Los acontecimientos se suceden derramando sus pinceladas de color en un lienzo impresionista, la máquina del tren de la sensación arroja volutas de humo al cielo azul mientras cabalga una fuga de caballos. En el nocturno de la emoción sigilosa las notas del piano de Chopin convergen en una tela de nostalgia donde cae la leve pluma del recuerdo de las edades pasadas. Un ruiseñor canta en el bosque sonoro, más allá del escenario.

Otra vez la inocencia

Mire bien esa fotografía. Representa a un hombre del pueblo. Es uno de esos hombres que la sociedad invoca y modela para atribuirle los poderes a los que desea renunciar para vivir cómodamente. No es un santo ni un profeta, es un líder ideológico que encabeza una doctrina. Un retratista de ilusiones, casi un director de cine.

Repare en sus gafas y en su bigote occidental, que contrasta con su pecho descubierto de brahmán o simplemente de practicante hindú. ¿Impactará con el contenido de nuestra

revista? Parece una de esas estampas que venden en Delhi sobre los avatares de algún dios del Ganges. ¡Qué gran actor!

¡Cómo se parece a nosotros! Es como si el miedo que proyectamos sobre los pueblos sometidos se sublevase contra nuestra causa, la de los dueños del mercado de valores. Cuando usted deja descansar el borde de sus ojos sobre la superficie convexa y lisa de su cabeza, llega a sentir temor, ¿no es así? Temor de que sea una réplica tan auténtica que no podríamos identificarla. *Eppuor si muove.* Y, sin embargo, constituye un peligro para nuestros intereses, milita en el bando de la revolución que encabezamos hace ya tanto tiempo y que ahora nos encabeza.

Sepa que este hombre fue encarcelado, sepa que entre marzo y abril de 1930, este hombre presidió la famosa Marcha de la Sal. Como siempre, la Marcha sobre Roma, la Marcha sobre París, la Marcha de los Bárbaros sobre la Metrópolis, los miembros de una casta que desean formar parte de otra. Esto es terrible. La Rusia de 1917 tiene ahora el monopolio de la producción mundial.

¿Impactará esta imagen con el contenido de nuestra revista? Deje de contar ese dinero, escúcheme. Esto es más importante, por ahora, señor redactor jefe. ¿A dónde irá a parar esto? Junto a la imagen del nuevo modelo de automóvil, que aparezca el retrato de este gurú de yoga no puede dejar de resultar sospechoso. Es un líder nacionalista encubierto, uno de esos descolonizadores que amenazan nuestro mercado. Sabíamos que el ataque tendría que llegar de alguna parte, pero que el arma que esgrimen contra nosotros se parezca tanto a la nuestra, que nuestro liberalismo político se vea amenazado por un libertario político, y que nuestro nacionalismo sea también su nacionalismo, mientras una guerra se desarrolla, mientras nuestra supremacía armamentística, nuestra idea de Estado, no halla recursos para sostener la rueda de la producción, me hace pensar que durante años hemos estado comportándonos sin saber lo que hacíamos.

Sí, el Parlamento de Eduardo III, la Marina Británica, la Revolución Industrial, el Banco de Inglaterra. ¡ Deje de contar ese dinero mientras se bebe el té, escúcheme! Todas esas sombras se han venido a congregar a esta endiablada pantalla de la Actualidad. La superficie del globo ha sido conquistada por nuestras máquinas. Pero, ¿qué hay de su centro, de su interior, de donde nos llega la energía de los recursos que las mueven? Las máquinas se han detenido, y no sabemos cómo sacárnoslas de en medio para caminar libremente. Continuarán ejercitándose hasta que nuestros recursos se agoten. Y los pueblos sometidos, reivindicando su oposición a nuestra política con una idéntica idea de Estado, no se detendrán hasta que nosotros no nos detengamos.

China y Japón se han industrializado, las dos Coreas, la Liga Árabe, Turquía, Rusia, Armenia, Indochina, todos los reinos del Lejano Oriente, de donde llegaba a la bélica Europa el hilo de seda, y los santuarios perdidos de África, de donde importamos a todos nuestros esclavos –los promotores de nuestro modelo de producción- parecen querer imitarnos en todo. Y ahora también la India de los brahmanes y de los ascetas, con su inmovilidad militante nos reta a que nos movamos nosotros, a que tiremos a la basura nuestras máquinas de coser cuando ellos no nos necesitan gracias a sus ruecas tradicionales, fabricadas por ellos mismos. ¡Deje de... ah, comprendo! ¡Está usted borracho! ¡Por eso contaba maquinalmente el dinero sin escucharme! Bueno, en fin, no me importa que esté borracho. Esto es más importante. Seré yo quien telefonee a la

embajada para pedir otra fotografía menos llamativa. Pero esta me la guardaré en el bolsillo de la americana.

Mahatma Gandhi. Bonito nombre. ¡ Es idéntico a nuestro primer ministro! El número está aquí, nueve, dos, seis, cuatro... a ver. Comunicando. La línea está ocupada. Llame usted más tarde. Más tarde. Bien, recortaré yo mismo la fotografía. Que no aparezca de cuerpo entero. Hablar con este muerto no me ha resuelto nada. El artículo lo escribiré yo mismo. Revista *Life.* Historia de las Revoluciones. Nuestro último *Cromwell.* Un buen escritor estoy hecho. Recórtale los brazos, recórtale las piernas, me gustaría recortar algunas palabras del diccionario también. En nuestro lenguaje sobran palabras... Imágenes. Radiotelevisión, en la onda. Satélites mecánicos sostienen el espacio civil. Sátira de imágenes que copian copias del mundo, fotocopias de documentos, papeles doblados de periódico atrasado. Será un buen abono para el porvenir. A ver, este tipo no se mueve... Debe estar en coma. Que venga la ambulancia. ¡En este despacho están todos locos! Bien, me salvaré si puedo.

Mírale la cara. ¡Hasta se me parece!

EL HOMBRE TRANSFORMABLE

Nunca de tal manera estuve tan tocado en mi vida

Joyce

La batalla nunca empezaba

Borges

Bajé del taxi a las 12:30 de la madrugada. Lo recuerdo perfectamente. Las luces del *Rocket* parpadeaban. Otra vez aquel árbol de ramas entrelazadas. Lo volví a ver allí, con los faroles de gas por candilejas, en lo alto del rascacielos.

- *¿El ginkgo del que habló al principio de la historia? ¿Aquel que decía que era como el final de una película?*

Exactamente. Se trata de una especie muy antigua, del jurásico. Si se contempla desde lejos, parece una cascada. Tiene una forma que reproduce un desarrollo perfecto, es decir, que mírese como se mire, podría acabar y volver a empezar desde el principio. Usted conocerá los rascacielos de los hoteles. Bien, puede que no haya vivido nunca en Dubai, pero sabrá de lo que le estoy hablando. El *Rocket* es un rascacielos de una barbaridad de metros hacia arriba. Se me viene a la memoria la habitación 565, ¿o tal vez fuera la 585?. En una de esas dos habitaciones residía ella. La mujer de la que le hablo. Una azafata de vuelo coreana de veintinueve años. Justo la mitad de mi edad actual. Se lo dije ya a varios psicoanalistas, igual que se lo digo a usted. La imagen de su rostro bañado en sangre aparece a menudo en mis sueños.

- *Es un efecto de su temor y de sus preocupaciones. Piense que es un recurso más de la película que se ha imaginado. Una imagen, al fin. No es culpa suya.*

Después la esfera del reloj, con sus doce cifras... Tras haber bajado del taxi me di cuenta de lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde.

- *El resultado de mirar al reloj.*

Eso no me lo ha dicho ningún psicoanalista. Pero tal vez usted sepa más que ellos.

- *Simplemente me esfuerzo en escucharlo a través de mí mismo.*

Por eso me siento mejor, más tranquilo. Como si estuviese contando la vida de otro, en tercera persona. Aunque yo no me lo crea cuando lo digo, lo cierto es que he de reconocer que estuve muy enamorado de esa mujer, como nunca lo estuve de otra en este mundo. No sé por qué. Por eso mismo sé que no miento, no podría mentir cerrando conscientemente todas las vías a la verdad que le sirve de cobertura; siempre se deja abierta una vía imposible de controlar, un arroyo inconsciente. Me viene a la mente la *Oda a Psique* de Keats. En mi juventud fui lector devoto de poesía. A los veinticinco años, entré de cabeza en los negocios y olvidé todo aquello, pero es curioso como las cosas vuelven a nosotros sin que las llamemos.

Disculpe el desorden de este relato. Se trata de una radiografía de mi pasado, y es completamente antirretórico y aleatorio, igual que el prospecto de un medicamento, aunque mi conciencia trata de encontrar las pistas, los rastros de sangre de aquella herida.

- *¿Qué ocurrió esta vez con el árbol?*

Ah, nada nuevo. Se me pareció una de estas visiones apocalípticas en azul eléctrico en el vértice de la estructura urbana. Cuando lo veo me digo: “estás soñando, Hermann”. Y vuelvo a lo mío. Esta vez me recordó mi último viaje con ella a Bruselas, antes de que me confesase lo del niño, y que iba a dejarme para siempre. La discusión aquella. Los platos rotos. La policía. El ruido de la autopista y los automóviles que pasaban pitando y dándome de luces, mientras yo fumaba la marihuana y veía todo despejado hasta el Palacio de las Bombillas, que resultó ser la entrada al parking de la avenida, donde me recogieron y me llevaron al hospital, después de retirarme el carnet de conducir. Tuve la depresión después, y me obsesioné con encontrarla para... No voy a decirlo. Me resulta muy desagradable.

- *Tenga en cuenta que está contando la vida de un tercero. Usted ya no es como era entonces.*

Sí, sí, eso me permite ser sincero con usted. Pero creo recordar... antes del último viaje había tenido la tentación de falsificar mi documento de identidad y mi pasaporte, de cambiar la fotografía, porque me había seducido la idea de irme con ella hasta el fin del mundo. Claro que mi mujer no sabía nada, y mis hijos ya trabajaban y ganaban más dinero que yo. ¡Tan enamorado estaba que no pensé ni en el futuro ni en arriesgar mi trabajo por vivir con ella aunque fuese en el infierno!

- *Es decir, que fue esa pasión y no otra la que a su juicio lo impulsó a actuar de la manera en que lo hizo...*

Así es, o quiero puntualizar, así creo que fue. No fue una cuestión de dinero. Por aquel entonces yo ganaba medio millón de euros al mes, sin contar las pagas extraordinarias. Mi jornada laboral era muy libre. Podía trabajar desde mi casa, con un ordenador con

acceso a la red de internet. No tenía necesidad de moverme para contactar con los concesionarios. Era un buen director de marketing. Todos estaban contentos conmigo en la empresa. Claro que me pasaba horas y horas pegado a la pantalla, y mi título de técnico informático me resultaba imprescindible para resolver los problemas de funcionamiento de esos cacharros con teclas y botones. Pero ese no fue el motivo de lo que pasó.

A ella la conocí en un vuelo que realicé a Houston para entablar negociaciones en nombre de la empresa con unos fabricantes que se habían unido a nosotros para hacer una campaña promocional conjunta en vísperas de los Juegos Olímpicos. Yo no suelo dar demasiada importancia a las mujeres. Quiero decir, para mí son un trámite necesario, algo así como una escala. Las conozco muy bien. Se interesan por ti cuando les vendes bien tu producto. Son clientes habituales. Creí que con esta sería lo mismo – nunca he respetado las reglas del matrimonio más que en lo que se refiere a la descendencia. Quien tiene dinero quiere divertirse- pero no fue así. Para empezar, me tropecé con ella en pasillo del avión, tras haber salido del servicio, y aproveché para mirarla a la cara. Me sonrió amablemente y me preguntó al verme despistado – yo me hacía a menudo el despistado-: "¿Se le ha olvidado algo, señor?". "No" respondí, y le vi la sonrisa de dientes pequeños, blanquísimos, resaltando en la línea roja de su lápiz de labios, "voy a sentarme". Ya en el asiento, con el cinturón abrochado, decidí hacerle unas preguntas, porque me había llamado la atención. Me confesó que había nacido cerca de Seúl pero había estudiado interna desde pequeña en colegios de Canadá. Su padre se había arruinado después de la guerra de 1948. Le conté el guión de mi vida ampliando detalles ficticios, procurando mantener su interés, le di mi número de teléfono, me dio el suyo y le pregunté dónde podría volver a verla. Me dio la dirección de un bloque residencial de Dubai. "Debe ser muy rica", pensé, "mejor". A la semana siguiente estábamos juntos, ya habíamos hecho el amor en la habitación número 565 ó 585 del hotel *Rocket,* junto a la Fuente Mágica – así le llamo a la fuente más sorprendente que se conoce hoy día en el mundo, cuyos surtidores lanzan chorros de agua a la altura del techo de los rascacielos-. La habitación me parece ahora poblada por animales salvajes, por panteras, tigres y fieras carnívoras, y todo me remite a su rostro manchado de sangre coagulada, mientras yo sostengo en la mano una serpiente que se transforma en un cuchillo de hoja brillante.

- *Hay algo que no concuerda en su relato... Usted confesó que ella le remitió a su dirección de Dubai, y después explica que estuvieron juntos en un Hotel. ¿Por qué en un hotel y no en la casa de ella?*

Porque ella nunca me llevó a su casa. Decía que su marido vivía allí y la vigilaba habitualmente, pero como Dubai era una ciudad tan grande, se le podía ser infiel al marido o a la mujer en la manzana contigua sin que nadie se enterase.

- *¿No cree que su amante pudo haberle mentido?*

Lo ignoro. Pero, ¿por qué razón lo sospecha?

- *Porque tal vez no viviese en Dubai, y es posible que quisiera impresionarlo con un signo de capacidad económica para interesarlo en ella, pues es usted un hombre de negocios que tiene al dinero como patrón de conducta y como distintivo de calidad entre las personas...*

Puede haber sido así. Ahora me doy cuenta. Me da la impresión de que he vivido hasta hoy en la ilusión de una fantasía que me ha conducido, como un túnel, a ese desenlace que no quiero mencionar.

- *El dinero es una ilusión, y todo lo que el dinero puede comprar lo es también.*

Pero el dinero sostiene la rueda del mercado, la asignación de los bienes a las unidades de trabajo.

- *El trabajo no puede medirse. Los bienes sirven a una utilidad inmediata. Pero el hombre que no se atreve a conocerse desea seguridad, e inventa el mercado de valores, que asigna cada bien a cada conducta humana teniendo en cuenta un patrón ficticio basado en la costumbre, en una moda o en un hábito concreto de vida: el dinero. Nada vale nada excepto si vale para quien puede servirse de él como un bien, pero puesto que la posesión frente al resto exige seguridad, se emplea el dinero como garantía y el crédito como rúbrica. En lugar de valorar los bienes por nosotros mismos de acuerdo a un criterio verdadero, cedemos nuestra voluntad al crédito de la valoración ajena, que se concreta en el interés financiero. Debido a esa causa quienes buscan seguridad en el dinero pierden paulatinamente la seguridad en sí mismos, hasta depender de sus posesiones y de sus costumbres que los aprietan cada vez más cuanto más se van enredando en ellas, debilitando su voluntad y perdiendo su capacidad de actuar.*

Es cierto. En otra circunstancia lo hubiese rebatido, pero hoy le doy la razón.

- *Se da la razón a usted mismo.*

Todavía hoy siento desprecio por los pobres, cuando son el vivo reflejo de los ricos. ¡Pero la tentación de la riqueza no puede suprimirse! El deseo de cualquier trabajador es verse rodeado de bienes.

- *Sí, pero no verse sometido a ellos. Igual que el árbol no puede verse sometido por sus frutos, porque no podría dar más al año siguiente. Los bienes del trabajador son inmateriales: el conocimiento de sí mismo y de sus semejantes, el amor por ellos y por uno mismo, lo que muchos llaman felicidad, el desarrollo de la voluntad. La satisfacción de las necesidades inmediatas (lo que llamamos bienes materiales) es un efecto de esa causa. No debemos apegarnos a la satisfacción de nuestras necesidades, porque entonces crearíamos otras necesidades derivadas de nuestro apego.*

Estoy de acuerdo. Lo veo un poco más claro. Tal vez cuando me enamoré de Shu-Lu – así se llama mi amante, recuerdo que me había contado que su familia le había puesto ese nombre en homenaje a la esposa de un caudillo tártaro del siglo X, que había dirigido ella misma el ejército de su esposo- estaba deseando encontrar una emoción que me librase de la mediocridad de la vida que llevaba. Me sentía viejo, y ella me devolvió la juventud. Nos entregábamos al amor olvidando por completo nuestras responsabilidades. Descubrí que ella había vivido tanto como yo a pesar de que tenía la mitad de mi edad, que nunca había estado enamorado como hasta entonces – mi mujer se me apareció a veces en el paisaje de mi memoria con el vestido de novia arrugado, como una cortina usada, administrando los ingresos del mes, mientras mis hijos

correteaban despreocupados por la casa- y que haría lo que fuera, hasta la mayor locura, por seguir unido a ella.

Lo cierto es que siempre nos unimos en el Hotel *Rocket,* junto a la Fuente Mágica. Usted no conoce Dubai. Es una ciudad completamente fantástica. Está en medio del desierto. Para empezar sería imposible levantar una ciudad en un entorno sin agua, y una ciudad de tales dimensiones, más admirable que la mítica Ecbatana – que se dice que quedó abandonada- o que Palmira, en Siria. Eso solo ha sido posible gracias al dinero, ese recurso al que usted llama ilusión. Es como si en el fondo del mar, por ejemplo, fuese posible encontrar un lago.

- *Y lo es. Muchos documentales filmados recogen la investigación de un equipo de naturalistas que han encontrado, a miles de kilómetros de profundidad bajo el océano, increíbles santuarios de vida, y también lo que usted nombra como lagos. Lo que ocurre es que no son lagos de agua, sino de metano y otros gases licuados. Y alrededor de esos lagos, varias colonias de bivalvos extraen el oxígeno necesario para vivir gracias a la actividad bioquímica de una especie de bacterias que habitan ese entorno. La energía se diversifica de modo admirable y las fuentes que nosotros conocemos son una pequeña parte del milagro total de la vida.*

Lo que sucede es que el hombre se obsesiona con lo que conoce, y quiere controlar a través de ello lo que no conoce. ¡Absurdo, sí, pero humano! Igual que el enamoramiento que le estoy relatando. Una fuente de energía desconocida. Tal vez la ciudad de Dubai sea el entorno perfecto, la metáfora perfecta para la consumación de esta pasión.

- *No tenga duda de que las pasiones buscan siempre su mejor representación.*

Shu-Lu era una mujer tan desequilibrada entonces como yo, y buscaba en la pasión amorosa un escape para las frustraciones de su existencia. “Existencia”, rara palabra, ¿no?. Siempre quiso ser actriz de cine. Decía que le hubiese gustado ser como Marilyn Monroe: una mujer-anuncio. ¡Qué superficial parece todo! En su país la educaron para vivir en el extranjero, y en el extranjero le recomendaron vivir de acuerdo con las costumbres de su país. Se me viene a la memoria Nietzsche y la decadencia del pensamiento occidental. Discúlpeme. Hemos importado el modelo de occidente a todas partes, como un motor o una biela. La energía con la que se mueve es el dinero bancario, y no el dios de los templos.

Somos como sombras de corazón vacío

Hölderlin. La filosofía experimental, fundamentada en la ciencia del ver y del oír ajenos, la dependencia de un modelo de civilización y de una sola fuente de energía. Los automóviles se mueven con la energía del petróleo, almacenado en yacimientos subterráneos de hace millones de años. Nosotros nos movemos con un almacén de conocimientos ajenos a nosotros, y avanzamos edificando monstruosas metrópolis, con habitaciones de hotel en las que resulta imprescindible hacer el amor con un amante y ser infiel al mundo que ha asegurado tu fuente de ingresos. Ahora lo veo más claro. Tal estilo de conducta exige el subdesarrollo de una parte de nosotros, y también la del resto del mundo que no pertenece a nuestro modelo de civilización.

- *De acuerdo. Pero se trata de un fenómeno ajeno a usted. Puede influir en su comportamiento si se deja llevar por él. Digamos que usted se subió al taxi y dio una dirección al taxista para que lo llevase al lugar en el que tenía previsto consumar el acto. ¿Podría valer como ejemplo?*

Así es. Ha recurrido a mis expresiones, cuando yo le decía que bajé del taxi a las 12:30 de la madrugada y vi el árbol de la premonición encima del rascacielos. Yo quería hacer el amor con Shu-Lu. Más que nada, quería demostrar que podía hacer el amor con la mujer a la que amaba, sin dejarme llevar por convenciones sociales. Si yo soy apasionado, ella lo era mucho más.

Antes del fatal desenlace que aún no estoy preparado para relatar, hicimos juntos todo lo que es posible hacer entre un hombre y una mujer. Recuerdo que pasamos un día sin salir de la habitación, y el recepcionista nos encargó que procurásemos ser más discretos para no molestar al resto de los clientes. Resulta increíble pensar cómo nuestros mayores encantos entonces se volvieron contra nosotros el día de la separación, y cómo nos reprochamos luego todo lo que nos prometimos antes. Los ojos de Shu-Lu son tremendamente negros. Siempre me han fascinado. Un misterio encantador. Ella se reía de mi forma de bailar – nunca he sabido hacerlo- y me confesaba que le sorprendía mi manera de mirarla. Decía que nunca un hombre la había mirado con tanto deseo.

Me enseñó sus fotografías de pasarela, donde solía lucir los diseños que estaban de moda o que los empresarios habían decidido poner de moda, las tendencias, los patrones, los cánones, las novedades. El diseño es otro de los embustes del dinero. No es artístico, ni humano, ni espontáneo; es mercantil, mecánico y artificioso. Solo sirve para querer salir de él.

- *Como la propiedad. Si usted levanta un muro para defenderse, su deseo sería rebasarlo.*

Pero al menos la propiedad sirve para preservar lo que se aísla del dominio público.

- *La propiedad y el dominio público son convenciones. En la naturaleza todo está en todo. Pero soportar las convenciones como un fenómeno más de la naturaleza es la tarea del hombre libre.*

¿Y dónde queda la belleza en todo esto?

- *La belleza es la verdad. Usted leyó a John Keats. Y supongo que no ignora las conclusiones de Platón. Creo que en el pasado, usted leyó bastante.*

¿Y cuál es la verdad?

- *La sinceridad, lo que usted trata de decir ahora. Puede que haya varias mentiras en lo que cuenta que usted no revela conscientemente, pero su intención es buscar la verdad. Este diálogo podría llamarse socrático en ese sentido, si usted lo quiere llamar así, conforme a sus referencias. Estamos destapando la información que tenemos, o dicho de otro modo, estamos comprobando lo que tiene solidez o no, lo que se mantiene o lo que cae por su propio peso.*

¿Y por qué nunca he confesado esto delante de los psicoanalistas?

- *Porque tal vez no se fiaba completamente de ellos. No le eran familiares ni su lenguaje ni su método.*

¿Nuestro diálogo podría ser artístico?

- *Si se pusiera en el contexto adecuado, como una novela o un relato, tal vez sí.*

Y esa visión que tengo del árbol fosforescente, que aparece a menudo en mis sueños...

- *Es el estímulo que le facilita contarme esta historia.*

Ahora lo recuerdo mejor. La discusión comenzó por el uso de una tarjeta de crédito. Pero antes habían sucedido algunas cosas. Ni ella ni yo deseábamos tener un hijo, pero lo tuvimos. Al principio practicábamos nuestros juegos sexuales con métodos anticonceptivos. Nunca me gustaron los preservativos para una relación carnal intensa o satisfactoria, así que ella se comprometió a tomar una píldora de estrógenos y progesterona para evitar el riesgo del embarazo no deseado.

Un día, no obstante, después de asistir a una cena en un restaurante de lujo, después de bañarnos en una piscina de agua caliente y de haber decidido nuestro plan para el próximo día, le confesé que se me había agotado el dinero de la cuenta corriente en lo que se refería a aquel mes. Ella me miró juguetona, me guiñó el ojo, me sacó la lengua como solía hacerlo y me dijo: "no es cierto". Acto seguido se subió la falda hasta la cintura con enfado fingido y colocando el dedo índice sobre el muslo desnudo, apretándolo con la yema del dedo, agregó apretando los labios: "quiero que me compres una liga nueva de seda de color rojo con un diamante del tamaño de un garbanzo, quiero que me la regales por mi cumpleaños para hacer el amor contigo". Al momento me pudo la seducción, pensando en cómo le sentaría y encendiendo despacio mis sensaciones, experimentando una vez más cómo mi cuerpo se activaba para la unión sexual. Hicimos el amor, pero cuando volví a recuperar la calma, volví a decirle la verdad. Ella se enfadó más que antes, y me dijo que no la quería. Durmió de espaldas a mí toda la noche, y a la mañana siguiente, arrepentido de haberle dicho nada, la llevé a una de las islas de arena del archipiélago artificial que han modelado los jeques árabes de Dubai en la costa que da al Mar Rojo, en el Golfo. Las islas están sembradas de palmeras, cercadas por un mar de color azul índigo – como en los trópicos- y tienen forma de piezas que se ensamblan en un rompecabezas magnífico con la forma de los cinco continentes y de las islas del mapa del planeta.

- *La imitación artificial de un mapa.*

Exacto. Es increíble el modo en que los jeques árabes han configurado un mundo aparte basándose en los ingresos inagotables que les reportan sus pozos de petróleo. Y cómo todo occidente, la industria de occidente, está alimentada por esa única fuente de energía. ¿No resulta increíble, mágico sin duda?

- *Le he dicho anteriormente que las pasiones buscan el modo más adecuado de manifestarse, se apoderan de nuestras fantasías y las escenifican delante de nuestros ojos tentándonos a salir del camino que hemos decidido recorrer.*

Sí, sin duda me parece diabólico. ¿Está bien decir esto?

- *Es su lenguaje. Lo divino y lo diabólico resultan ser efectos de sus decisiones. Efectos o representaciones. No les preste más atención de la debida.*

- Bien, pues después de haber estado juntos todo el día, inconscientes y embriagados de placeres y de emociones, comencé a sentir melancolía, pensé en mi mujer y en mis hijos y sin darme cuenta comencé a odiar mi vida y la mujer con la que estaba.
- *El remordimiento.*

Quisiera que mi mujer fuese aquella amante con la que estaba, pero no era cierto, y no podía engañarme.

- *La ilusión no es estable.*

Tampoco aquella vida me satisfacía: añoraba volver a hacer algo, porque durante el tiempo que estuve en Dubai me pareció que no había hecho nada.

- *Se dejó llevar por sus deseos y traicionó sus decisiones.*

Es decir, no estaba contento. Mi amante comprendió enseguida mi cambio de humor –las mujeres son muy sagaces para esto-...

- *Inteligencia emocional, una prolongación del instinto de maternidad.*
- ... y me lo reprochó. Supo que algo amenazaba nuestra comodidad, y se empeñó en que quería hacer una película, quería que yo produjese una película en la que ella fuese la protagonista.
- *Un spot publicitario. La autoestima que le faltaba en un mundo de reconocimientos ficticios a causa de la ficción del dinero, donde la gente es aceptada en un grupo social solo por lo que tiene.*

Entonces yo me enfadé de verdad. Ella me dio una bofetada que encendió mi cólera cuando le dije que se me había agotado el salario del mes, asegurando que yo la había estado engañando. La empujé y la tiré al suelo. Luego le pedí perdón. Pero aquella noche, para vengarse de mí, no tomó la píldora después de haber hecho el amor conmigo. A la mañana siguiente me mintió confesándome que estaba embarazada. Entonces sucedió, ¡ay!, sucedió.

- *¿Está preparado para contarlo?*

Sí, el árbol. Pensé que la había matado. El personal del hotel golpeaba en la puerta de la habitación, y yo vi en el suelo a una mujer inconsciente con la sangre bañándole la cara. La había golpeado con un cenicero de mármol cuando ella me amenazaba con tirarme dos platos a la cabeza, los cuales aparecieron rotos sobre el suelo. El árbol indefinido, la visión, encima del rascacielos cuando me escapé. El árbol, símbolo de la vida, del pasado libre, al que deseaba volver. El ginkgo que vi en Pekín después de casarme, en la luna de miel que pasé con mi mujer en Pekín.

- *¿Cómo escapó?*

Cogí a uno de los botones del hotel, lo introduje en la habitación, le puse la pistola en la cabeza y lo obligué a desnudarse. Lo até con las sábanas a una silla. Me vestí con su uniforme. Bajé sin ser visto. Tomé un taxi. Huí al aeropuerto, tomé un avión rumbo a Laos. Supuse que allí estaría seguro y que la policía no me encontraría. Imaginé que no habría convenio de extradición. Estuve cuarenta años viviendo como un indígena.

- *Tal vez me haya mentido acerca de su edad.*

Lo he hecho. Tengo setenta y seis años. Usted es un santo varón, un monje budista del Katmandú. Es mucho más joven que yo, pero sabe más de la vida. Es como si ya conociese mi historia antes de que yo se la contase.

- *La conozco, y me he estado preparando mucho tiempo para ella.*

¿Qué quiere decir? ¿Es usted algo más que un confesor? He ido a la consulta de varios psicoanalistas, pero con ninguno he logrado ser tan sincero como con usted, un joven practicante de una religión oriental que siempre me ha parecido una pérdida de tiempo.

-Las religiones enseñan a emplear el tiempo, y todas comunican al hombre con el Más Allá, que está dentro de sí mismo. Pero la revelación no procede de una sola fuente, cuando un hombre se comunica con otro, cuando alguien se sincera con alguien, no solo se libera a sí mismo de su dolor, sino también al otro. Usted lo ha hecho conmigo.

Está usted, ¿llorando? ¡Usted, un monje, un asceta! ¡Un hombre de Dios! ¡Un practicante de la virtud! Soy yo quien debiera hacerlo. Me he traicionado. Usted no lo ha hecho.

- *Pero mi pasado a veces llegó a dominarme como a usted, sin dejarme ser libre. No conoce todavía el regalo que le ha hecho la vida, y a mí también. No conoce el final de su historia. Su amante no le mintió cuando le dijo que estaba embarazada.*

¿Qué quiere decir?

- *Quiero decir que yo soy su hijo.*

LOS SEÑORES DE LA GUERRA

Versado estoy en los combates y en las matanzas de los hombres

Homero

El ejército permanece cercado por la nieve. Avanzan los escuadrones formados por boyardos y campesinos reclutados desordenadamente, a la luz ambigua del pálido sol de la madrugada. Kazán, la ciudad de los tártaros, el enclave al que se dirige el ejército, al este de la ciudad de Moscú – el punto de partida- parece alejarse cada vez más de los hombres organizados que se dirigen a sus murallas inexpugnables.

Primero los nobles boyardos, y después los reclutas del pueblo llano, pisando la nieve con raquetas de madera en la inmensa taiga rusa, se encaminan sucesivos a un destino imaginado en sus sueños de conquista. El zar está solo, cubierto de pieles, y se diría que es un soldado más de la expedición, porque su destino es seguir los pasos de sus antepasados, quienes fracasaron en el intento de tomar la ciudad a la que ahora se dirige para satisfacer sus deseos atávicos, cuyos fantasmas lo convencen de la necesidad de la conquista definitiva.

Los hombres no son los únicos en reunirse para conseguir un objetivo común; las manadas de lobos, en los montes abandonados por sus amos de dos piernas, se agrupan para cazar al ciervo en la nieve del invierno, y cuando la presa cae herida de muerte, los miembros de la manada se reúnen para comer la carne y beber la sangre de la víctima,

alimentándose sucesivamente de ella con la prioridad que conceden el privilegio y el rango. Los soldados de la expedición lo saben, pero no miran a los extremos para no perder de vista su objetivo.

El zar Iván, queriendo rodear la ciudad prohibida, ha fundado el poblado de Sviiazhsk delante de Kazán, y desde entonces los rusos y los tártaros comparten la misma feria. Preparado para un largo asedio, el ejército del zar acampa frente a las murallas de Kazán, combate a los enemigos que se arman para medir sus fuerzas con los atacantes y hacerles olvidar la idea de la conquista. Mueren soldados nobles y plebeyos de ambos bandos, a los que la muerte iguala, y los cadáveres son enterrados en el campo de batalla para que los cuerpos sin vida permitan seguir avanzando a los combatientes. Los hombres, piezas de un carro de combate sin dirección, necesariamente autodestructivo, caen y son reemplazados automáticamente, anulados por el deseo de conquista que los posee y que los gobierna.

Semeja que la ciudad, codiciosa de hombres, es la verdadera conquistadora de los enfrentados propietarios, cuyas almas le pertenecen desde el principio de la expedición. Lejos del combate, en sus aldeas de origen, las mujeres y los niños han olvidado a sus padres, los señores de la guerra, gobernados por un irreprimible deseo de venganza.

Moscú es una ciudad de madera construida por varias generaciones a orillas de un río, en torno a la fortaleza del Kremlin. San Sergio es su patrón, y la defiende aún después de muerto, entre las ruinas de los edificios saqueados por los invasores. El zar Iván ha rodeado Moscú de una muralla de piedra defendida por la artillería, y ha colocado a la Trinidad de los Teólogos en el panteón de la ciudad. Todo para servir a las exigencias de los muertos, cuya sangre derramada pide venganza, y cuyo fracaso toma el cuerpo de sus hijos para encaminarse en otra vida a la ciudad inexpugnable del propio deseo.

Transcurre un año de asedio, pero Kazán- la bien defendida- no se rinde. Se han acabado las provisiones, muchos soldados han muerto a consecuencia de las enfermedades propagadas en el campamento, y los vivos suspiran por regresar a sus hogares. Algunos boyardos han desertado, otros han encabezado conflictos contra el zar. El soberano, tras haber administrado el castigo correspondiente a la parcela de autoridad conculcada, siguiendo el reglamento de sus antepasados, y a veces endureciendo sus penas conforme a las necesidades agravadas de la situación reciente, se dispone a idear un plan.

Algunos de sus fieles más próximos atestiguan que han visto al Diablo aconsejarle mientras dormía. Confiesan que tenía el mismo gesto de su padre antes de partir de este mundo, pero sus palabras eran violentas y envueltas en un delicioso perfume de legitimidad. El Diablo es sumamente elegante, y sabe decir lo correcto para entusiasmar al que escucha en cada momento. Si se pone en cuestión lo que dice, se enfada, porque teme ser descubierto. Pero al poco rato de escucharlas, sus dulces palabras se convierten en un dolor que induce a la rebelión y a la guerra.

¿Quién más astuto que el Diablo?. El zar comprende que nadie puede llegar a consumar la conquista mejor que él. “La ciudad es tuya” le dice, “si te apoderas de sus murallas. Excava en ti y encontrarás un arma infalible”. Entonces se le ocurre el plan. Ordena excavar una zanja alrededor de la muralla que encierra el objeto de su deseo, ordena enterrar en la zanja sus reservas de pólvora, y deja un camino libre para el fuego

después de tapar la zanja. “En la ciudad confían ciegamente en las murallas”, piensa el zar, “nadie podría vivir en la ciudad si no confiase en que las murallas lo protegen”.

Un año entero ha durado el asedio, un año completo de privaciones, bajas y enfermedades. Si después de este esfuerzo obstinado la ciudad no se rindiese, el Diablo no podría consumar su victoria, y perdería la oportunidad de la verdadera conquista que se propone emprender. El Diablo no existe por sí mismo, pero el hombre puede concederle existencia cuando alberga una pretensión que sale fuera de su certeza, tal vez de su conciencia. Dios es el polo opuesto. Únicamente son Dios y el Diablo los dos polos de un campo magnético invisible en cuyo centro permanece el hombre, vacío de contenido, desplazándose ora al extremo de su verdad o desequilibrando su postura con respecto al centro de su percepción. Es el hombre quien, en su camino, le concede existencia a las cosas, encarnadas en él, y también al amigo y al enemigo, porque inconscientemente, con el modelo de su conducta, los evoca a su imagen y semejanza y percibe que ha sido creado por ellos.

El zar Iván sonríe pensando en la estratagema que le ha susurrado el Diablo, cuyo ingenio sobrepasa la imaginación, y considera que su plan tiene precedentes históricos de semejanza, y se le viene a la memoria la toma de Estambul por los turcos empleando como recurso una bala de cañón propulsada por una detonación de pólvora que abre una fisura en la muralla. También las murallas de Kazán se han derrumbado ahora con la explosión de la pólvora incendiada de la zanja, y los gritos de victoria se han multiplicado entre los soldados del ejército. En la ciudad, todos permanecen aterrados, sin saber todavía lo que ha ocurrido.

El ejército del zar penetra en el objeto de su deseo, en su deseo conquistado, saqueando las mansiones y los templos y cogiendo prisioneros a muchos hombres y mujeres que toma como rehenes y que conduce cargados de cadenas a Moscú. Una vez consumada la conquista, el ejército ruso cree ser propietario de su deseo, pero la ciudad encierra a los colonos como una trampa, y el temor se apodera de ellos. Ahora es necesario conservar la ciudad en poder de los conquistadores.

Iván decide reedificar la muralla tras haber ordenado celebrar, en nombre del ejército vencedor que ha dirigido a la conquista, una fiesta en honor a los vencedores, y después de ordenar edificar asimismo un templo conmemorativo en el Kremlin de Moscú: la iglesia de San Basilio. Pero en Kazán se desencadenan las preocupaciones, liberadas de la esclavitud por la conquista, y los fantasmas de los muertos rondan las calles. También el zar está preocupado y teme más que nunca el peligro. Ha reedificado las murallas, pero inquieto a causa de su propio plan de conquista, por el miedo de que sea conocido por el enemigo, que ahora acaba de crear, se ve obligado a prevenir otro ataque análogo, y coloca en las nuevas murallas unas planchas de bronce de superficie curva y sitúa a unos centinelas junto a ellas, para escuchar al enemigo. Esta tecnología y este nuevo servicio social tienen por objeto prevenir las incursiones del enemigo en el exterior de las murallas, quienes podrían poner en práctica idéntico plan al de los conquistadores.

Una vez poseído el deseo por encima de sí mismos, empleando su vida como un medio afecto al tal fin, los miembros del ejército, ahora colonos de la ciudad de Kazán, han caído en la servidumbre de conservar su posesión, y los señores de la guerra son ahora los enemigos reales o ficticios que rondan el exterior de la muralla reedificada.

Las murallas caen por sí mismas, ¿qué sentido tiene reedificarlas?. Algunos centinelas, al conciliar el sueño con riesgo de su vida a primera hora de la noche, creen escuchar un ruido externo de tierra removida, de picos y de palas, de susurros que resuenan sobre las planchas de bronce.

LA ESCUELA DE ATENAS

- Qué tiempos aquellos, en los que los filósofos poblaban las calles de Atenas, en los que sus escuelas se abrían a cualquiera en cualquier parte de la ciudad y alrededor de su territorio. Llegaban los extranjeros por el mar, y se admiraban de ver a un hombre con túnica y sandalias que explicaba la naturaleza del sol, como Anaxágoras de Clazomene, o a un pensador que les interrogaba sobre todo lo existente, como Sócrates, o a un enamorado de la armonía que educaba a través de la proporción matemática a sus discípulos en su Academia, como Platón, o a un estudioso de las leyes naturales que razonaba sobre la vida y los vivientes, como Aristóteles, o a un entusiasta del placer dosificado con un jardín abierto al público, como Epicuro, o a varios cultivadores de la imperturbabilidad de ánimo que impartían docencia bajo el pórtico del Partenón, como los estoicos Zenón y Cleantes, de los cuales aprendieron doctrina Posidonio y Séneca. Qué tiempos aquellos cuando Pitágoras explicaba la transmigración de las almas y comentaba la magia de los números, o cuando Eratóstenes medía la redondez de la tierra, o cuando Herodoto recogía la historia de los pueblos, o cuando Arquimedes hallaba la fórmula del volumen con ayuda del agua, o cuando Tales deducía el número pi de la sombra de una pirámide, o cuando Heráclito y Demócrito se enfrentaban con teorías acerca de la configuración del mundo físico, o cuando Jámblico pretendía descomponer la luz material del sol, o cuando Pirrón de Élide se divertía dudando de todo, o cuando Aspasia discutía con Pericles acerca del gobierno ideal, o cuando Plutarco recogía las maravillosas biografías de los hombres ilustres. Qué tiempos aquellos, y qué bien reflejados están en esta réplica del fresco de la Signatura Vaticana pintado por el célebre Rafael.
- Qué tiempos aquellos – acompañó el filósofo Voltaire a su anfitrión, el joven príncipe Federico II de Prusia- y qué tiempos estos en los que solo sabemos recordar los anteriores.

LA SEÑAL ROJA

Cada día, al amanecer, la tribu recorre el espíritu del bosque para alimentarse.

El espíritu del bosque es grande, mayor que todos nosotros, y nos permite estar juntos y alimentarnos en comunidad, sosteniéndonos los unos a los otros para equilibrar nuestras

posibles enfermedades en una salud común, como si un solo cuerpo nos equilibrase más allá de nosotros y más allá del bosque en el que vivimos.

Siempre aparece el bisonte, repitiendo su llegada en cada estación, pero variando su itinerario para que nosotros cambiemos de lugar en el bosque mágico de lo que nos rodea.

Aunque nadie en la tribu carece de función y de manifestación, existen enfrentamientos que se saldan con el derramamiento de sangre, y aprendemos de ellos que el enfrentamiento no sirve para nada, y que aquel que se enfrenta a otro es porque no se conoce bien a sí mismo.

El hombre, como el fruto, tiene su estación y su vejez, y cuando se cae del árbol del bosque, su cuerpo regresa a la tierra y pierde su forma para ganar la extensión de lo que aún no vemos.

A medida que vivimos aprendemos, siempre para bien, aunque pasando siempre a través del mal, el enemigo que nos hemos formado para aprender a ser mejores, y que al fin de nuestro camino vencemos irremisiblemente, pues para vencerlo lo hemos convocado.

El bosque cambia como cambiamos nosotros, pero nunca deja de ser lo que es, como nosotros.

Aunque sepamos manejar mejor el arco y la flecha, es el bosque y no el arco y la flecha el que nos alimenta.

Cuando el hombre come, se parece al animal, pero se diferencia de éste en que se alimenta dos veces: primero satisface la necesidad de sus órganos corporales, y después participa de la fuerza del espíritu del bosque para comprender todos sus misterios y para asimilar que no puede dominarlos.

El hombre es inteligente: no pisa dos veces el camino sin reconocerlo, pero su conocimiento es como el viento que pasa; de una generación a otra se pierden sus semillas.

Pero lo correcto siempre se mantiene, porque lo correcto es lo aprendido, lo que para bien no puede olvidarse, porque el espíritu del bosque participa de él, aunque no se vea, con los efectos del alimento en sí.

Sin ayuda del rito de la unidad, los músculos del hombre y las armas del cazador se paralizarían por el miedo de lo que no puede conocer, y no sería capaz de moverse ni de dar un paso en el bosque.

El rito de la unidad consigue que el hombre se reconozca, que se limpie de los secretos malvados que le aprietan la garganta y el estómago, que lo devuelva a la libertad y que lo reconcilie con sus hermanos, compañeros en la caza e hijos del mismo Padre Espíritu, puesto que de él reciben el alimento, como del padre y de la madre el nacimiento.

Durante el rito de la unidad, repartimos entre todos el alimento por igual, a diferencia del animal, que come por orden de mayor a menor ferocidad, y entramos en la Casa del Espíritu, que se confunde con la música de las olas del mar que se oyen desde la boca

de la cueva que nos alberga por la noche y que nos protege del frío, de la lluvia y del ataque de los animales.

Al terminar, aquellos de nosotros que estamos preparados para recibir en nuestro cuerpo las señales del rito en nombre de toda la tribu, nos acostamos en la cueva y mezclando los componentes desconocidos de la tierra pintamos con el color de nuestra sangre – y a veces variamos el color para no repetir el acto- en sus paredes de piedra los animales que vamos a cazar al día siguiente.

Llamamos a la pintura del bisonte La Señal Roja, y gracias a ella evocamos al animal antes de que aparezca, y destruimos el miedo que paraliza los miembros mediante el arte de la representación.

La imagen se pinta en nuestra memoria cuando la miramos, y la esperanza que evoca es tal, que ya está el animal en nosotros antes de que logremos cazarlo, lo cual no es más que un movimiento para atrapar el otro lado de la imagen.

En la Señal Roja no solo está representado el animal, también lo estamos nosotros; en cada toque de pintura podemos leer el aprendizaje de muchas generaciones, de todas las generaciones.

Yo he pintado el bisonte de mañana, cuando amanezca para mí en otra latitud, en nombre de mi tribu por última vez.

Cuando nazcan los hijos de nuestros hijos, podrán aprender de modo más cierto quienes fueron sus padres, y cómo lograban liberarse del miedo, hasta ser completamente libres.

El bisonte que he terminado de pintar me mira y me despierta de mi sueño, y sus pasos me conducen por un bosque jamás recorrido hasta llegar a escuchar las aguas de un río lejano, donde las voces de mis padres están congregadas, y yo avanzo hacia ellas hasta pertenecerles en una estación que no termina.

FIN

-

-